

Nº1 en ventas en Estados Unidos

THOMAS GREANIAS

El resurgir de la Atlántida



Acción trepidante, claves arcanas,
ruinas milenarias y giros inesperados



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

En la Antártida, un terremoto glacial se traga a un equipo de científicos y deja al descubierto un misterioso monumento más antiguo que la propia Tierra. En Perú, el doctor Conrad Yeats, arqueólogo, es apresado por las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos para que desentrañe la clave final de los orígenes de la raza humana. En Roma, el Papa convoca al Vaticano a una activista medioambiental, la doctora Serena Serghetti, con el fin de revelarle la terrorífica visión de un desastre apocalíptico. En el espacio, un satélite de seguimiento climático informa acerca de cuatro descomunales tormentas que se están formando alrededor del Polo Sur...

Las leyendas de una civilización perdida y las profecías de las religiones más importantes del mundo conducen a un descubrimiento estremecedor que cambiará el destino de la Humanidad. Es el último viaje, una travesía hacia el núcleo del tiempo, tan asombrosa y conmovedora como los albores del hombre... Es el resurgir de la Atlántida.

L≡**LIBROS**

Thomas Greanias

El resurgir de la Atlántida

Atlántida - 1

Para Laura

Agradecimientos

Por publicar esta novela y llevarla a manos de más lectores en todo el mundo de lo que ninguna primera novela se merece, estaré siempre agradecido a mi agente, Simon Lipskar, que creyó en mí desde el principio, y a mi editora, Emily Bestler, que hizo que todo esto fuera posible.

Por convertir el libro en su formato digital en un *best seller* en Amazon, les doy las gracias al consejo de Atlantis Interactive, Inc., y a las decenas de miles de suscriptores de @lantisTV de los siete continentes (incluida la Antártida).

Por prestarme desinteresadamente sus oídos y toda su vasta experiencia en el campo de la arqueología, estoy sumamente agradecido a: Thomas R. Pickering, antiguo subsecretario del Departamento de Estado de los Estados Unidos y notable arqueólogo aficionado; al doctor Zahi Hawass, director general del Complejo de Giza para el Consejo Superior de Antigüedades Egipcias y la primera autoridad mundial en lo referente a la Gran Pirámide; al doctor Kent Weeks, profesor de Egiptología en la Universidad Americana de El Cairo y director del Proyecto Cartográfico de Tebas. Gracias, caballeros, por su tiempo y sus ánimos.

Todos los errores y embellecimientos que haya en esta obra de ficción son míos y solo míos.

Por extender mi perspectiva en cuestiones geopolíticas de la Antártida, también debo darles las gracias a la Agencia Estatal para la Protección de los Océanos y a la Agencia Internacional de Asuntos Medioambientales y Científicos; al Centro Estadounidense de Archivos Polares, en Washington D. C.; a la Fuerza de Apoyo Naval estadounidense en la Antártida; a la tropa del portaaviones USS *Constellation*, y a los miembros de varias agencias gubernamentales que me han pedido que no los citara como fuente de información reservada.

Por mantener mis pies firmemente posados sobre la tierra, estoy en deuda con el investigador y sismólogo de Caltech Egill Hauksson; con Paul Richards, del Observatorio Terrestre Lamont-Doherty de la Universidad de Columbia, y con el geofísico de UC Berkeley Raymond Jeanloz.

Por sus imaginativas investigaciones acerca del continente de la Atlántida y los alineamientos astrológicos de las Pirámides de Giza y los templos de América

del Sur, debo agradecer las contribuciones de los autores Rand y Rose Flem-Ath, Colin Wilson, Graham Hancock y Robert Bauval. Por su esclarecimiento de las ramificaciones internacionales y espirituales de la arqueología, le debo las gracias a William J. Fulco, jesuita y doctor en Filosofía de la Universidad de Loyola Marymount, en Los Angeles.

Por alentarme a escribir una novela condenadamente buena, le doy las gracias a mi amigo y mentor, James N. Frey, el mejor entrenador de ficción de toda América. Por decir las cosas como son, por horribles que sean, le doy mi agradecimiento al *überpollster* y amigo George Barna, del Grupo de Investigaciones Barna. Por todos esos almuerzos, le doy las gracias a Doug Lagerstrom.

Para terminar, me gustaría darle las gracias a mi esposa, Laura Greanias, editora ejecutiva de noticias de *Los Angeles Times* y mi editora officiosa. Aunque la tierra se venga abajo y las montañas se desmoronen en el mar, siempre te amaré.

« Nada permanece durante mucho tiempo con la misma forma. He visto lo que una vez fue tierra sólida ahora hundida en el mar, y tierras creadas a partir de lo que antes era océano. Se han encontrado antiguas anclas en la cima de las montañas» .

—Pitágoras de Samos

Matemático griego (582-507 a. C.)

« En una región polar el hielo se deposita de manera continua, pero no se distribuye simétricamente alrededor del polo. La rotación de la Tierra actúa sobre estas masas de hielo de disposición asimétrica y produce un movimiento de acción centrífuga que se transmite a la corteza rígida de la Tierra. Este movimiento centrífugo, que aumenta constantemente, provocará, al alcanzar cierta fuerza, un deslizamiento de la corteza terrestre sobre el resto del cuerpo de la Tierra que acercaría las regiones polares al Ecuador» .

—Albert Einstein

Físico estadounidense (1879-1955 d. C.)

Primera Parte

Descubrimiento

*Seis minutos para el Descubrimiento
Antártida Oriental*

El capitán de corbeta Terrance Drake, del contingente de apoyo de la Marina de los Estados Unidos destinado en la Antártida, se paseaba nervioso tras una duna de nieve mientras esperaba a que arriera el gélido temporal. Necesitaba echar una meada con urgencia. Sin embargo, mear supondría violar una ley internacional.

Drake comenzó a temblar cuando una ráfaga de aire polar levantó unas enormes cortinas de nieve que, a su vez, barrieron en forma de remolinos el desolado e inclemente páramo de tierra helada que parecía extenderse hasta el infinito. Unas fantásticas dunas de nieve, llamadas «sastrugi», se elevaban en la oscuridad y sus sombras se esparcían como los cráteres en la superficie lunar. La «última región salvaje» de la Tierra era un infierno inhóspito y helado, pensó, un mundo en el que el hombre jamás tendría cabida.

Drake empezó a ejecutar movimientos rápidos para entrar en calor. Sentía que la presión aumentaba en su vejiga. El Tratado Antártico disponía una serie de protocolos muy estrictos en materia de protección medioambiental que se resumían en la norma: «No arrojar nada al medio ambiente». Y eso incluía mear en el hielo. Esos ecologistas pirados de la Fundación Nacional para las Ciencias le habían advertido de que el impacto del nitrógeno sobre el medio ambiente podía durar miles de años. Para evitarlo, se suponía que debía abrir sus paquetes de comida racionada y utilizar las bolsas a modo de orinal. Por desgracia, no tenía por costumbre llevar comida durante las patrullas de reconocimiento.

Echó un vistazo por encima del hombro a los distantes alojamientos de fibra de vidrio con techos blancos en forma de cúpula. Oficialmente, la misión del «equipo de investigación» norteamericano consistía en estudiar la inusitada actividad sísmica que se estaba produciendo bajo la capa de hielo. Tres semanas atrás, las ondas sísmicas provocadas por uno de esos terremotos habían ocasionado el desprendimiento en la costa este de la Antártida de un iceberg del

tamaño de Rhode Island. A la velocidad que se desplazaba —unos cinco kilómetros al día—, e impulsado por las corrientes oceánicas, tardaría unos diez años en llegar a aguas más cálidas, donde acabaría por fundirse.

Diez años, pensó Drake. Ésa era la distancia que lo separaba de cualquier sitio. Y eso significaba que podía sucederle cualquier cosa allí fuera y nadie lo escucharía gritar. Se obligó a no pensar en ello.

Cuando se alistó en Port Hueneme, California, para la que sería su primera misión en la Antártida, un cocinero civil manco, ya entrado en años, que servía una especie de sucedáneo de carne en el comedor de oficiales, le había sugerido que leyera las biografías de algunos hombres como Ernest Shackleton, James Cook, John Franklin o Robert Falcon Scott, todos ellos exploradores del siglo XIX y principios del XX que habían recorrido el Polo Sur para mayor gloria del Imperio Británico. El cocinero le dijo que se planteara su nuevo puesto como si de una prueba de resistencia se tratara, una especie de rito de iniciación hacia la verdadera hombría. Le dijo que un viaje a la Antártida sería algo así como una relación amorosa fugaz —exótica y embriagadora—, y que experimentaría un cambio trascendente y casi espiritual. Según él, justo cuando ese paraíso hostil lo hubiera seducido por completo, tendría que marcharse y odiaría tener que hacerlo.

Y una mierda.

Llevaba deseando largarse de esa cubitera desde el primer día. Sobre todo después de que, nada más llegar, se enterara por boca de sus subordinados de que fue allí, en la Antártida, donde el viejo cocinero de Port Hueneme perdiera el brazo debido a la congelación. El imbécil del cocinero había engañado a todos los miembros de la unidad.

Y ya era demasiado tarde para echarse atrás. Ni siquiera podría volver a Port Hueneme aunque quisiera. La Marina había cerrado el centro de entrenamiento para las misiones en la Antártida poco después de que Drake llegase a ese gélido infierno. En cuanto al cocinero manco, no había duda de que estaría gastándose la pensión de jubilación en la playa, silbándoles a las chicas en bikini. En cambio, él solía despertarse con unos dolores de cabeza horribles y con la boca totalmente seca. Noche tras noche, el aire, que era tan seco como el del desierto, hacía que la humedad de su cuerpo se evaporara. Cada mañana se levantaba con todos los síntomas de la resaca que deja una noche de borrachera, pero sin los beneficios de haber disfrutado realmente de una buena cogorza.

Se metió en el bolsillo la mano embutida en un abultado guante y sintió la congelada pata de conejo que su prometida, Loretta, le había regalado. Muy pronto, estaría colgada del retrovisor del Ford Mustang rojo descapotable que pensaba comprar para su luna de miel, cortesía de los días de permiso pagados. Estaba ahorrando en aquel lugar. Más que nada porque allí no había modo de gastarse el dinero. La Estación McMurdo, el principal puesto avanzado

norteamericano en la Antártida, se encontraba a unos dos mil quinientos kilómetros, y los únicos entretenimientos que ofrecía a sus doscientos ciudadanos invernales eran un cajero automático, una cafetería, dos bares y una proporción entre hombres y mujeres de diez a uno. La verdadera civilización se hallaba a cuatro mil kilómetros, en «Cheech» —Christchurch—, Nueva Zelanda. Para el caso, bien podría estar en Marte...

Así pues, ¿quién coño iba a verlo mear en el hielo?

Drake se detuvo. El temporal había amainado. En ese momento, los vientos catabáticos se habían calmado por completo y reinaba un silencio sepulcral. No obstante, el vendaval podría volver a arreciar sin previo aviso, como una ráfaga ensordecedora que se desplazaba a más de trescientos kilómetros por hora. Ésa era la impredecible naturaleza de los *thules* antárticos, los desiertos helados del interior del continente.

Ésa era su oportunidad.

Incapaz de aguantar más tiempo, bajó la cremallera del grueso traje que lo protegía del frío y orinó. El agujonazo del frío fue como una descarga eléctrica. Esa noche, la temperatura amenazaba con caer hasta los 54° bajo cero, punto en el que cualquier parte de su cuerpo que estuviera expuesta se congelaría en menos de treinta segundos.

Empezó la cuenta atrás en voz alta a partir de treinta. Su aliento dejaba pequeñas nubes de vaho. A falta de siete segundos para llegar a cero, se subió la cremallera de los pantalones y dio las gracias con una breve oración al tiempo que alzaba la mirada hacia el cielo. Las tres estrellas del cinturón de Orión brillaban con intensidad sobre la yerma superficie helada. «Los Reyes del Este», tal y como él mismo las llamaba, fueron los únicos testigos de su sucia hazaña. *Como los tres Reyes Magos*, pensó con una sonrisa, y en ese mismo momento sintió que el hielo retumbaba ligeramente bajo sus botas. *Otro terremoto*, comprendió. Sería mejor que comprobara las lecturas.

Se giró de nuevo hacia las blancas cúpulas de la base y la nieve crujió bajo sus botas. Las cúpulas tendrían que haber sido amarillas, tal y como dictaba el reglamento, o quizá rojas o verdes, con el fin de llamar la atención. Sin embargo, no era precisamente atención lo que el Tío Sam buscaba. No cuando el Tratado Antártico prohibía la presencia tanto de personal como de equipo militar en el Continente de la Paz, excepto para «fines de investigación».

Las órdenes officiosas de Drake eran llevar a un equipo de científicos de la NASA hasta el interior de la zona oriental de la Antártida, y tenía que hacerlo en avión, nunca a pie. Su propósito era el de avanzar siguiendo, nada más y nada menos, el meridiano del cinturón de Orión. Una vez que llegó al epicentro de los recientes seísmos y construyeron la base, el equipo de la NASA comenzó de inmediato a estudiar los terremotos y las reverberaciones. Y, después, comenzaron a perforar. Por tanto, la «investigación» tenía algo que ver con la

topografía subglacial del antiguo continente que se encontraba bajo tres kilómetros de hielo.

Lo que la NASA esperaba encontrar allí abajo era algo que Drake no acertaba a imaginar y que el general Yeats no le había revelado. De igual modo, no tenía la menor idea de por qué un equipo de investigación necesitaba armas y patrullas de reconocimiento rutinarias. La única amenaza concebible era el equipo de la Comisión de las Naciones Unidas para la Antártida (CNUA), emplazado en la Estación Vostok, un puesto que los rusos habían abandonado con anterioridad y que, de pronto, se había reocupado pocas semanas atrás. No obstante, la Estación Vostok estaba a más de seiscientos kilómetros, a unas diez horas de viaje por tierra. Los motivos por los que la NASA se preocupaba tanto por la CNUA resultaban tan misteriosos para Drake como lo que se hallaba oculto bajo el hielo.

Fuera lo que fuese lo que había allí abajo, tendría al menos unos doce mil años de antigüedad, o eso suponía él, puesto que según había leído en algún sitio, ése era el tiempo que el hielo llevaba cubriendo aquel infierno helado. Debía de ser algo vital para la seguridad nacional de los Estados Unidos de América, pues, de lo contrario, Washington no se habría arriesgado a llevar a cabo una acción con tanto secretismo ni se habría expuesto a la conmoción internacional que se produciría en caso de que la expedición ilegal fuera descubierta.

El centro de mando era un iglú prefabricado de fibra de vidrio, con varias parabólicas y otras cuantas antenas más apuntando hacia las estrellas. De camino al refugio, Drake provocó varios chasquidos al pasar entre las decenas de postes metálicos que había alrededor de la base. El aire seco de la Antártida convertía a cualquier ser humano en una bola cargada de electricidad estática.

Nada más entrar al centro de mando, el calor que generaban las estufas térmicas situadas bajo los bancos en los que se había dispuesto todo el material de alta tecnología le dio la bienvenida. No había hecho más que cerrar la puerta de aquel paraíso térmico cuando el operador de radio le hizo un gesto para que se acercara.

Drake se dirigió al panel de control a grandes zancadas, al tiempo que se sacudía la nieve de encima. Colocó los dedos sobre una banda metálica que rodeaba el panel de instrumentos y se descargó así de la electricidad estática. Las chispas lo agujonearon durante un instante, pero el método resultaba mucho menos doloroso que dañar de forma inadvertida los computadores y cargarse toda la información que contenían.

—¿Qué tiene?

—Los sondeos que realizamos mediante ondas electromagnéticas deben de haber captado algo. —El hombre se dio unos golpecitos en los auriculares—. Tiene un patrón demasiado regular como para tratarse de un fenómeno natural.

Drake frunció el ceño.

—Por el altavoz.

El teniente accionó un interruptor y, al instante, un sonido rítmico y regular retumbó por toda la estancia. Drake se quitó el gorro del anorak y dejó a la vista un mechón encrespado de cabello oscuro. Dio unos golpecitos con uno de sus gruesos dedos sobre el panel y ladeó la cabeza. Sin lugar a dudas, el sonido era de naturaleza mecánica.

—Son los de la CNUA —concluyó Drake—. Nos siguen la pista. Probablemente, lo que captamos no sea otra cosa que sus Hagglands, sus tractores de nieve. —Ya podía imaginarse a la perfección el inminente escándalo internacional. Yeats se pondría hecho una fiera—. ¿A qué distancia, teniente?

—A un kilómetro y medio bajo el hielo, señor —contestó el desconcertado oficial.

—¿Bajo el hielo? —Drake miró de soslayo al hombre. El sonido se había intensificado.

Una de las lámparas del techo comenzó a balancearse. Justo entonces, el suelo se agitó y retumbó bajo sus pies, exactamente igual que si se estuviera acercando un tren de mercancías.

—¡Eso no proviene de los altavoces! —gritó Drake—. Teniente, póngase en contacto con Washington vía satélite ahora mismo.

—Lo estoy intentando, señor. —El hombre pulsó varios botones—. No responden.

—Pruebe con la frecuencia alternativa —insistió Drake.

—Nada.

Drake escuchó un crujido y levantó la vista. Un pequeño trozo de hielo se estaba desprendiendo del techo. Se apartó de la trayectoria.

—¿Y por VHF?

El teniente negó con la cabeza.

—La radio no funciona.

—¡Joder! —Drake se abalanzó hacia el lugar donde guardaban las armas y cogió un M-16, que estaba recubierto con una funda aislante, antes de dirigirse a la puerta—. ¡Restablezca la comunicación vía satélite!

Drake abrió la puerta y salió en tromba al exterior. El ruido era ensordecedor. Jadeando más fuerte con cada larga zancada, corrió por el hielo hasta el perímetro del campamento, donde se detuvo.

Levantó el M-16 y oteó el horizonte a través del visor nocturno. Nada, aparte de esa aura espectral verde que se veía acentuada por los remolinos de niebla polar. Siguió observando, como si esperara distinguir de un momento a otro el contorno de una docena de Hagglands de la CNUA. Por el ruido, bien podría tratarse de un centenar. Joder, tal vez fueran los rusos en esos monstruosos vehículos de ochenta toneladas, los tractores Kharkovchanka.

Y, en ese momento, el suelo se estremeció bajo sus pies. Bajó la mirada y vio

que una sombra alargada se deslizaba entre sus botas. Retrocedió de un salto, sobresaltado. Había una grieta en el hielo, y se ensanchaba con rapidez.

Se colgó el M-16 del hombro y trató de dejar atrás la grieta en una carrera hacia el centro de mando. Se escuchaban gritos por todos lados a medida que el ruido hacía que los atemorizados soldados salieran tambaleándose de sus iglús de fibra de vidrio.

Y, de repente, el aullido del viento acalló los gritos.

El aire gélido se precipitó sobre sus cabezas como si estuvieran en un túnel de viento. El impacto de la corriente catabática hizo que Drake perdiera el equilibrio. Se tambaleó y cayó de espaldas sobre el hielo, golpeándose la cabeza con tanta fuerza que perdió el conocimiento durante un instante.

Cuando volvió en sí, el viento había amainado. Permaneció allí tumbado durante varios minutos antes de alzar la dolorida y palpitante cabeza para echar un vistazo a los alrededores por debajo del gorro del anorak, que estaba cubierto de polvo de nieve.

El centro de mando había desaparecido. En su lugar se abría un abismo negro; un enorme precipicio en forma de media luna y de unos cien metros de anchura se había tragado el campamento al completo. El frío le estaba jugando malas pasadas... O ésa era la esperanza de Drake, ya que podría jurar que el precipicio se extendía a lo largo de un kilómetro y medio sobre el hielo.

Muy lentamente, se arrastró hacia el abismo con forma de guadaña. Tenía que descubrir lo que había sucedido, quién había sobrevivido y quién necesitaba atención médica. Podía escuchar el sonido que producía su traje térmico al deslizarse sobre el hielo en medio de aquel silencio espectral; el corazón latía con fuerza en su pecho a medida que se acercaba al borde del precipicio.

Una vez allí, asomó la cabeza y dirigió el haz de la linterna hacia la oscuridad. La luz acarició los cristalinos muros de hielo de un blanco azulado antes de descender hasta el fondo.

Dios mío, pensó, este agujero debe de tener más de mil metros de profundidad.

Y entonces vio los cuerpos y los restos de la base. Se encontraban en una cornisa de hielo, unos cientos de metros más abajo. Resultaba muy difícil distinguir al personal del contingente de apoyo de la Marina, ataviado con los trajes blancos de rigor, de los restos de fibra de vidrio y metal retorcido. No obstante, pudo localizar sin problemas los cadáveres de los científicos civiles gracias a sus anoraks multicolores. Uno de ellos yacía en un pequeño saliente de hielo, apartado de los demás. Tenía el cuello doblado en un ángulo de lo más extraño, y su cabeza quedaba enmarcada por un halo de sangre.

La mente de Drake comenzó a trabajar a marchas forzadas según iba viendo lo que quedaba de la que había sido su primera misión al mando. Tenía que examinar el resto de los cuerpos para ver si alguno respiraba todavía. Tenía que buscar el equipo adecuado y conseguir ayuda. Tenía que hacer algo.

—¿Puede oírme alguien?—gritó, y su voz sonó hueca a causa de la sequedad del aire.

Aguzó el oído y creyó distinguir el sonido de unas campanillas. No obstante, el ruido resultó provenir de los miembros congelados del operador de radio, que se balanceaban y tintineaban como si de cristal se tratase al chocar contra el destrozado instrumental.

Volvió a gritar:

—¿Puede oírme alguien?

No hubo respuesta, tan solo el aullido grave del viento que silbaba al atravesar el abismo.

Drake miró con más atención y vio una especie de estructura que sobresalía del hielo. No se trataba de fibra de vidrio ni de metal, ni de nada que perteneciera al campamento. Era algo sólido que casi parecía brillar.

¿Qué coño es eso?, pensó.

Un silencio abrumador cayó sobre la planicie. En ese instante, Drake comprendió con aterradora lucidez que estaba solo.

Desesperado, rebuscó entre los restos un teléfono con el que poder conectarse vía satélite. Si tan solo pudiera mandar un mensaje para que en Washington supiesen lo que había sucedido... La esperanza de que pudieran enviarle ayuda desde la Estación de McMurdo o la de Amundsen-Scott podría infundirle las fuerzas necesarias para construir algún tipo de refugio, para sobrevivir durante esa noche.

De repente, el aullido del viento cobró fuerza. Drake sintió que el suelo cedía bajo sus pies y jadeó al tiempo que se desplomaba de cabeza hacia la oscuridad. Cayó de espaldas y, junto al ruido seco del golpe, escuchó un desagradable crujido. No podía mover las piernas. Trató de gritar para pedir ayuda, pero lo único que pudo escuchar fueron los fuertes resoplidos del aire al abandonar sus pulmones.

En el cielo, las tres estrellas del cinturón de Orión brillaban indiferentes y silenciosas. Drake percibió un olor peculiar, o mejor dicho, una especie de cambio en la naturaleza del aire. Sintió que su corazón comenzaba a latir con un ritmo inusual pero regular, como si estuviera perdiendo el control sobre su cuerpo. A pesar de eso, aún podía mover las manos.

Rebuscó con los dedos en el hielo y agarró como pudo la linterna, que todavía estaba encendida. Escudriñó en la oscuridad moviendo el haz de luz sobre las translúcidas paredes.

Sus ojos tardaron un instante en acostumbrarse. Ni siquiera podía distinguir qué era aquello que estaba mirando. Parecían trozos de carbón incrustados en el hielo. Sin embargo, pronto comprendió que eran un par de ojos; los ojos de una niña que lo miraba desde el otro lado de la pared helada.

Contempló ese rostro durante un momento y, cuando giró la cabeza, de su

garganta brotó un gemido sordo. A su alrededor había cientos de seres humanos perfectamente conservados, congelados en el tiempo, con las manos extendidas en un gesto desesperado que mantenía toda su elocuencia a pesar de los años.

Drake abrió la boca para gritar, pero el hielo comenzó a retumbar de nuevo y una brillante avalancha de afilados fragmentos helados cayó sobre él.

*Veintiún días después del Descubrimiento
Nazca, Perú*

Conrad Yeats escaló la falda de la altiplanicie bajo el abrasador sol peruano y contempló las llanuras de Nazca. El yermo e interminable desierto se extendía a centenares de metros bajo sus pies. Podía atisbar las gigantescas figuras del Cóndor, el Mono y la Araña dibujadas en la tórrida extensión que se asemejaba a la superficie de Marte. Las famosas Líneas de Nazca, de kilómetros de largo y miles de años de antigüedad, eran tan enormes que solo podían verse desde el aire. Y lo mismo podía decirse de la diminuta nube de polvo que giraba a lo lejos, a lo largo de la autopista Panamericana. Dicha nube se asentó cerca de la furgoneta que él mismo había aparcado a un lado. Sacó los prismáticos y los enfocó hacia abajo. Dos vehículos todoterreno del Ejército aparcaron junto a la furgoneta y ocho soldados peruanos se apearon de los coches para inspeccionarla.

Joder, pensó, ¿cómo sabían dónde encontrarme?

La mujer que había en la cuerda adyacente se ajustó la mochila y dijo con un lacónico acento francés:

—¿Algún problema, Conrad?

Conrad contempló sus cínicos ojos azules, enmarcados por un rostro de veinticuatro años tan suave como el de un bebé. Mercedes, hija de un magnate de la televisión francesa, era su productora en *Antiguos enigmas del universo*, y lo ayudaba con los reconocimientos del terreno.

—Todavía no. —Apartó los prismáticos—. Y, para ti, soy el doctor Yeats.

Ella compuso un mohín. Su coleta colgaba de la parte trasera de su gorra de béisbol de los Diamondbacks como la irritada cola de un purasangre que espantara las moscas.

—El doctor Conrad Yeats, la mayor eminencia mundial en arquitectura megalítica —entonó, imitando al actor de serie B que ejercía de locutor en su programa—. Rechazado por la Academia debido a sus brillantes y poco ortodoxas teorías acerca de los orígenes de la civilización humana. —Se detuvo

un momento—. Adorado por las mujeres de todo el mundo.

—Solo por las lunáticas —respondió él.

Conrad echó un vistazo al último saliente que había por debajo de la cima del altiplano. Estaba desnudo de cintura para arriba. Fuerte y musculoso, su cuerpo se había endurecido y bronceado al acometer las cimas de todos los puntos calientes del mundo geográfico y político. Llevaba el cabello oscuro demasiado largo y se lo había atado en la nuca con una tira de cuero. Su enjuta figura de treinta y nueve años y sus marcados rasgos lograban que pareciera cansado y hambriento; y la verdad era que así se sentía. Cansado del viaje que era la vida, hambriento de respuestas.

Había sido su búsqueda de los orígenes de la civilización humana —la «Cultura Madre» que había engendrado las sociedades más antiguas del mundo — lo que lo había conducido hasta los confines más remotos de la Tierra. Su obsesión, como una vez le dijera una monja, era en realidad la búsqueda de sus padres biológicos, que lo habían abandonado tras su nacimiento. Tal vez fuera así, pensó, pero al menos los antiguos habitantes de Nazca le habían dejado más pistas.

Se agarró a la cornisa que tenía por encima y se encaramó con agilidad a la cima del altiplano. Se inclinó hacia abajo, cogió la polvorienta mano de Mercedes y la alzó hasta la cornisa. La mujer cayó encima de él deliberadamente, de modo que se vio obligado a tumbarse de espaldas. Los traviosos ojos de Mercedes se clavaron en los suyos durante un instante, antes de ella mirara por encima de su hombro y se quedara boquiabierta.

La cima era totalmente plana, como si hubiera sido nivelada con un láser de precisión. Era como una gigantesca pista de aterrizaje en el cielo. Se abría sobre el desierto de Nazca y proporcionaba unas vistas deslumbrantes de algunos de los grabados más famosos.

Conrad se puso en pie y se quitó el polvo de encima mientras Mercedes se deleitaba con el paisaje. Tenía la esperanza de que ella se estuviese empapando bien, porque no tardaría mucho en verlo todo a través de unos barrotos, a menos que a él se le ocurriera una forma de eludir a los peruanos que se encontraban abajo.

—Tienes que admitirlo, Conrad —dijo la mujer—. Esta cima podría haber sido una pista de aterrizaje.

Conrad sonrió. Estaba tratando de picarlo. Puesto que los dibujos solo podían apreciarse desde el aire, algunos de sus excéntricos rivales en el campo de la arqueología habían sugerido que los antiguos habitantes de Nazca tenían máquinas que podían volar, y que el monte en particular sobre el que se encontraban Mercedes y él había sido en el pasado la pista de aterrizaje de naves espaciales alienígenas. No le habría importado que apareciera una de esas naves en aquel mismo momento y lo alejara de Mercedes y de los peruanos. No

obstante, necesitaba a esa mujer. El programa era el único medio que le quedaba para financiar sus investigaciones, y ella era su única línea de crédito.

—Supongo que no bastará con que te diga que, con toda probabilidad, unos alienígenas capaces de realizar viajes interestelares no necesitarían pista de aterrizaje, ¿verdad?—dijo.

—No.

Conrad suspiró. Ya era bastante duro tener que enfrentarse a las arenas del tiempo, a los gobiernos extranjeros y a algunas teorías soporíferas en su búsqueda de los orígenes de la civilización humana, como para encima tener que vérselas con antiguos astronautas que socavaban el poco respeto que la comunidad académica todavía le profesaba.

En un principio, Conrad había sido un arqueólogo innovador y posmoderno. Según su filosofía deconstructivista, las antiguas ruinas no eran ni de cerca tan importantes como la información que encerraban acerca de sus constructores. Semejante afirmación iba en contra de la incorruptible tendencia a la «preservación» de la arqueología, lo que en la mente de Conrad no era más que un sinónimo de «turismo» y de los dólares que éste proporcionaba. Se convirtió en un disidente para la prensa, en una fuente de amarga envidia para sus colegas y en una espina en el costado de los países de Oriente Próximo y América del Sur, que reclamaban los más grandes tesoros arqueológicos del mundo.

Un buen día desenterró decenas de alojamientos judíos del siglo XIII a. C. cerca de Luxor, en Egipto, que ofrecían la primera prueba física de la referencia bíblica del Éxodo. Pero la posición oficial del gobierno egipcio era que sus antiguos ancestros jamás habían utilizado esclavos hebreos para construir las pirámides. Más aún, solo el gobierno egipcio tenía derecho a anunciar cualquier descubrimiento a los medios. Conrad no informó al gobierno acerca de su descubrimiento antes de dirigirse a la prensa, violando así un contrato que todos los arqueólogos que trabajaban en Egipto tenían que firmar antes de empezar con las excavaciones. El portavoz del Consejo Superior de Antigüedades Egipcias lo llamó «estúpido capullo perezoso» y le prohibió la entrada a Egipto para siempre.

De la noche a la mañana habían cambiado las tornas y Conrad el iconoclasta se había convertido en Conrad el preservador, que demandaba protección internacional para su «ciudad de los esclavos». En cualquier caso, para cuando Egipto permitió que las cámaras se introdujeran en el lugar, los desmoronados cimientos de las residencias judías habían sido desterrados al olvido por las excavadoras, con el fin de dejar sitio a una instalación militar. No había nada que preservar, salvo una historia que no creía nadie y una reputación hecha añicos.

En esos momentos, las cosas estaban peor que nunca: despojado de la posición que le correspondía por derecho; sin medios económicos; en manos de Mercedes y su estúpido *reality show*, que proporcionaba entretenimiento, y no

arqueología, a las masas. No podía regresar a Egipto y pronto ocurriría lo mismo con Perú y Bolivia, por no hablar de un número creciente de otros países. Lo único que podía rescatarlo de los astronautas y de ese purgatorio de documentales desabridos y de relaciones aún más desabridas era el descubrimiento de la Cultura Madre.

La preocupación ensombreció el semblante de Mercedes.

—Perderíamos todo un día en traer al personal aquí arriba para la instalación —dijo, y reflexionó durante un instante antes de que su rostro se iluminara de repente—. Sería mucho mejor hacer una toma aérea desde un Cessna, con una voz de fondo.

—Esa clase de cosas le quita toda la gracia, Mercedes —dijo Conrad.

Ella le dirigió una mirada interrogante.

—¿De qué estás hablando?

—Veo que ha llegado el momento de que llevemos a cabo un ritual sagrado —le dijo al tiempo que le cogía la mano—. Uno que pondrá de manifiesto una gran revelación.

Conrad se puso de rodillas y la obligó a agacharse junto a él. Los ojos de Mercedes brillaban por la expectación.

—Haz todo lo que yo haga, y sé testigo de este gran misterio.

Mercedes se inclinó a su lado.

—Hunde los dedos en la tierra.

Ambos hundieron muy despacio los dedos en los guijarros volcánicos, negros y calientes, y en la tierra arcillosa, amarillenta y húmeda que había debajo.

—¿Esto está en el guión? —preguntó ella—. Es muy bueno.

—Limitate a frotar la tierra entre los dedos.

Ella así lo hizo y después se llevó un pequeño terrón hasta la nariz y lo olió, como si quisiera experimentar alguna epifanía cósmica.

—Ahí lo tienes —le dijo él.

Una expresión confundida atravesó el semblante de la mujer.

—¿Ahí tengo qué?

—¿No lo ves? —inquirió Conrad—. Este suelo es demasiado blando para que aterrice una aeronave provista de ruedas. —Le dedicó una sonrisa triunfal—. Así que se acabaron tus fantasías acerca de esos antiguos astronautas.

Debería de haber sabido que aquella sencilla y científica prueba no le sentaría muy bien a Mercedes, cuyos ojos se convirtieron en dos aceradas rendijas que echaban chispas. Ya había contemplado esa transformación con anterioridad. Así era como la chica había llegado a ser quien era en la televisión; bueno, así y gracias al dinero de su padre.

—El programa te necesita, Conrad —dijo—. Tu forma de pensar es distinta a la de los demás. Y tienes credenciales. O las tenías, mejor dicho. Eres un astroarqueólogo del siglo XXI, o lo que coño quiera que seas. No la cagues.

Quiero seguir contando contigo. Pero me presionan para conseguir mayores índices de audiencia, de modo que, si no te avienes a las reglas del juego, conseguiré alguna celebridad de bonita sonrisa que juegue a ser arqueólogo en la tele y ocupe tu lugar.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Dales a los chiflados que ven la televisión lo que quieren.

—¿Astronautas de la antigüedad?

Una sonrisa serena se abrió paso en el rostro de la mujer al tiempo que le lanzaba una mirada zalamera y de adoración. Conrad gruñó para sus adentros.

—Profesor Yeats —exclamó mientras lo rodeaba con los brazos y lo besaba en la boca.

Conrad, incapaz de apartarse o de respirar, la besó con desdén, notando cómo el cuerpo de Mercedes reaccionaba al odio que se profesaba a sí mismo. Era evidente que lo que había dicho el dramaturgo francés Molière acerca de los autores de teatro también podía aplicarse a los arqueólogos. Allí, él era quien se prostituía. Había empezado a hacerlo por su cuenta, y después para unos cuantos amigos y universidades. Joder, lo mismo habría dado que hubiera cobrado por ello.

De repente, el viento levantó la coleta de Mercedes y lo golpeó en plena cara. Un brillante objeto metálico revoloteaba en el cielo. Entornó los ojos y reconoció la silueta de un helicóptero militar Black Hawk, equipado con ametralladoras en ambos laterales.

Mercedes siguió su mirada y frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Problemas.

Conrad estiró una mano y sacó una Glock automática de 9 milímetros de la mochila de Mercedes. Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Me has hecho atravesar la aduana con eso?

—Claro que no, la compré en Lima el otro día. —Sacó un cargador de la riñonera y lo introdujo en la culata de la pistola. Se metió el arma en la parte trasera del cinturón—. Déjame hablar a mí.

Mercedes, estupefacta, solo pudo asentir.

El helicóptero descendió y el viento provocado por las hélices levantó una polvareda roja cuando tocó tierra. La puerta se abrió y seis soldados de las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos, con uniformes de campaña, se bajaron del aparato y aseguraron la zona, antes de que un desgarbado y joven oficial, vestido con un traje de vuelo azul de las Fuerzas Aéreas, bajara los escalones de metal hasta el suelo y caminara hacia Conrad.

—¿Doctor Yeats? —preguntó el oficial.

Conrad lo miró de arriba abajo. Parecía tener su misma edad; era un hombre delgado y de aspecto tranquilo que Conrad había visto alguna vez, en alguna

parte. Llevaba la mano izquierda cubierta por un guante de cuero negro.

—¿Quién quiere saberlo?

—La NASA, señor. Soy el comandante Lundstrom. Trabajo para su padre, el general Yeats.

Conrad se puso rígido.

—¿Qué es lo que quiere mi padre?

—El general necesita su opinión en un asunto de vital interés para la seguridad nacional.

—Estoy seguro de que así es, comandante, pero el interés nacional y el mío son dos cosas diferentes.

—En esta ocasión no, doctor Yeats. Según tengo entendido, es usted *persona non grata* para la universidad de Arizona. Y, en caso de que no se haya percatado, hay un pelotón armado de la milicia escalando ese acantilado. Tiene dos opciones: venir conmigo o pasar unas cuantas semanas en una celda peruana.

—De modo que lo que está diciendo es que o voy a ver a mi padre o acabo en la cárcel, ¿no es eso? Tendré que pensarlo bien.

—Piénselo bien —dijo Lundstrom—. Puede que su amiguita no quiera pagar la fianza para sacarlo de la cárcel cuando descubra que ha estado usándola para introducir de contrabando en el país un artículo egipcio robado, con el fin de pasárselo a un conocido capo suramericano de la droga.

—Otra de las mentiras de Luxor. ¿Y dónde se supone que conseguí ese artículo?

—Los egipcios dicen que usted lo sustrajo del Museo Nacional de Bagdad cuando la ciudad cayó bajo el dominio de las fuerzas de invasión norteamericanas durante la guerra de Iraq. Los iraquíes lo han confirmado. Al menos, eso es lo que les han dicho a los peruanos, a los bolivianos y a todo aquel que estuviera dispuesto a escucharlos.

Conrad trató de reprimir la furia que sentía contra los egipcios mientras calculaba las posibilidades de que Mercedes lo dejara pudrirse en prisión. Concluyó que, muy probablemente, permitiría que los guardias le dieran unos cuantos porrazos antes de pagar la fianza para sacarlo de allí.

—Qué ilusión... —le dijo Conrad a Lundstrom—. Pero tendré que dejar pasar esta magnífica oportunidad. —Le ofreció la mano al comandante para despedirse de modo cordial.

Sin embargo, Lundstrom permaneció inmóvil.

—Aún hay más, doctor Yeats —dijo—. Hemos encontrado lo que usted ha buscado durante toda su vida.

Conrad lo miró a los ojos.

—¿A mis padres biológicos?

—Bueno, la otra cosa que usted ha buscado durante toda su vida. Será informado en cuanto llegemos allí.

—Eso mismo me dijeron la última vez y estuvieron a punto de matarme, Comandante. Mire, ¿por qué no buscan a otro?

—Lo hemos intentado. —Lundstrom hizo una pausa para dejar que Conrad comprendiera que no figuraba el primero en la lista de nadie en esos días—. No obstante, si su desaparición tiene algún significado, parece que la doctora Serghetti ya ha sido reclutada por otra organización con el fin de investigar este asunto.

—¿Serena?

Lundstrom asintió con la cabeza.

Conrad repasó de memoria diversos escenarios, todos ellos muy desagradables e increíblemente emocionantes al mismo tiempo. El mero hecho de escuchar su nombre había logrado que se sintiera vivo de nuevo. Y la idea de que Serena, su padre y los distintos mundos que ambos habitaban coincidieran por primera vez le hizo preguntarse si el continuo espacio-tiempo podría soportarlo, o si, por el contrario, el universo explotaría.

—Esto no va a acabar bien, ¿no es así, Comandante?

—Es muy probable que no. Pero el general Yeats aguarda.

—Deme un minuto.

Conrad se giró, caminó hasta Mercedes, que había estado observándolos con el ceño fruncido mientras hablaban, y la besó.

—Lo siento, nena, pero tengo que marcharme.

—¿Marcharte? —inquirió—. ¿Marcharte adonde?

—A visitar a un antiguo astronauta de verdad.

Conrad estiró de nuevo la mano hacia su mochila y sacó una estatua de oro de Ramsés II, de la decimonovena dinastía, faraón durante el supuesto Éxodo. La había encontrado en la ciudad de los esclavos y era lo único que le quedaba en la vida que probara que no estaba chiflado. Se la dio a Mercedes.

—No tienes ni la menor idea de dónde salió esto, por si acaso alguno de esos amables caballeros te lo pregunta cuando te escolten de vuelta a Lima.

Mercedes se quedó con la boca abierta cuando Conrad y Lundstrom subieron al Black Hawk. La puerta se cerró, y el helicóptero militar se elevó del suelo y se alejó.

Conrad miró hacia abajo, en dirección a la meseta cada vez más lejana. Para cuando le hizo un gesto de despedida con la mano a Mercedes, la milicia ya había alcanzado la cima y el helicóptero estaba al otro lado de la montaña.

Conrad se giró hacia Lundstrom.

—Bueno, ¿para qué narices quiere verme mi padre?

—Diga mejor « dónde narices » —señaló Lundstrom al tiempo que le lanzaba un traje térmico blanco—. Cójalo.

*Veintidós días después del Descubrimiento
Aceh, Indonesia*

La doctora Serena Serghetti sobrevolaba los arrozales de color verde esmeralda a setenta metros de altura, con cuidado de mantener el helicóptero estabilizado. El sol brillaba entre las nubes oscuras, pero los truenos seguían retumbando sobre la frondosa falda de la montaña y la lluvia amenazaba con hacer su aparición.

Estaba muy cerca de la ciudad de Lhokseumawe, situada en la devastada región indonesia que en otro tiempo se conociera con el nombre de «Indias Occidentales Holandesas». En la provincia había veinte mil huérfanos, víctimas de una lucha que duraba ya varias décadas y que enfrentaba a los separatistas de Aceh y al Ejército indonesio. Además, en los últimos tiempos, los terroristas de Al Qaeda se habían introducido en la amalgama que constituía la facción musulmana, lo que había ocasionado que la situación fuese aún más explosiva. Tenía que hacer algo para ayudar a esos niños a los que el resto del mundo había olvidado.

Mientras sobrevolaba la zona pantanosa, echó un vistazo hacia abajo y vio el brillo del sol sobre la superficie oleaginosa. Un vertido de uno de los pozos petrolíferos de Exxon Mobile's Cluster había contaminado los arrozales, los huertos y los criaderos de gambas. No era la primera vez que sucedía, pero en esa ocasión la fuga parecía mucho más amenazadora. Las viudas y los huérfanos de los pueblos cercanos —Pu'uk, Nibong Baroh y Tanjung Krueng Pase— quedarían desolados. Tendrían que trasladarse a otro lugar al menos durante los próximos seis meses, o tal vez un año, puesto que su medio de subsistencia acababa de ser destruido.

Estaba a punto de conectar la cámara por control remoto que llevaba en el helicóptero cuando escuchó una voz en inglés, con un marcado acento, que le hablaba por los auriculares.

—Bienvenida al Pozo Trece, hermana Serghetti.

Miró hacia la derecha y vio un helicóptero del Ejército indonesio, armado con varias ametralladoras, que volaba en paralelo a ella. La voz volvió a hablar:

—Va a aterrizar en el helipuerto que hay en el centro del complejo.

Serena viró el helicóptero hacia la derecha y comenzó a ascender en el mismo instante en que cuatro balas pasaban rozando su flanco.

—Aterrice inmediatamente —ordenó la voz— o la volaremos en pedazos.

Aferró la palanca de mando con más fuerza y descendió en dirección al helipuerto. Su helicóptero apenas había rozado el suelo cuando se vio rodeada por soldados vestidos con uniforme de campaña y armados con M-16.

En cuanto salió del helicóptero con las manos en alto, se dio cuenta de que eran una unidad del Kopassus (las fuerzas especiales indonesias), cuya base estaba situada en el cercano Camp Rancong, lugar que había sido denunciado por las numerosas torturas que se habían llevado a cabo en él. El campamento era propiedad de PT Arun, la mayor compañía petrolífera de Indonesia, que era hasta cierto punto filial de Exxon Mobile, empresa que a su vez había construido el Pozo Trece.

El cerco de soldados del Kopassus se abrió para dejar pasar a un todoterreno. El vehículo se detuvo con un chirrido de frenos y un oficial, un coronel a juzgar por la divisa de su hombro, salió del vehículo y se acercó a ella con parsimonia. Era un hombre delgado, de veintipocos años. Tras él caminaba un civil algo mayor, caucásico y orondo, a quien Serena identificó como el representante norteamericano de la compañía petrolífera, dada su actitud insulsa y nerviosa.

—¿Qué significa esto? —exigió saber Serena.

—La famosa hermana Serghetti —dijo el coronel en inglés—. Habla usted el dialecto local como si fuera una nativa, pero su aspecto es muy distinto al de cualquiera de ellas. Las fotografías de los medios de comunicación no hacen justicia a su belleza. Y tampoco dicen nada de sus habilidades como piloto.

—Forma parte de mi trabajo, Coronel —comentó ella con sequedad, permitiendo que se notara su acento nativo, el australiano.

—¿Y cuál es ese trabajo exactamente? Parece tener muchos.

—El de llevar comida y medicinas a los más pobres de África y Asia, ya que sus gobiernos son tan corruptos que los cargamentos de Naciones Unidas rara vez llegan a las aldeas de destino —contestó ella—. O bien desaparecen o bien se pudren en los muelles porque las carreteras son intrasitables.

—En ese caso, está usted en el lugar equivocado, señora —señaló el norteamericano, que tenía acento sureño—. Soy Lou Hackett y estoy al frente de la operación que se está llevando a cabo en este lugar. Debería usted estar en Timor Oriental, ayudando a los católicos a contener a los musulmanes. ¿Qué coño hace aquí, en una provincia musulmana como Aceh?

—Documentándome sobre posibles violaciones de los derechos humanos, señor Hackett —contestó—. Dios también ama a los musulmanes y a los separatistas de Aceh. Tal vez tanto como a los ejecutivos norteamericanos.

—¿Violaciones de los derechos humanos? Aquí no hay nada de eso —dijo el

señor Hackett, que observaba con avidez el helicóptero de Serena mientras un grupo de técnicos del Kopassus lo revisaba a conciencia.

Serena lo miró directamente a los ojos.

—¿Acaso me quiere dar a entender que no es su petróleo el que ha inundado los criaderos de gambas de toda la zona, señor Hackett?

—Yo no catalogaría un pequeño accidente como una violación de los derechos humanos.

El norteamericano se enjugó el sudor de la frente con un viejo y desgastado pañuelo. Serena distinguió una insignia bordada: el emblema del presidente de los Estados Unidos. Una baratija, sin duda, en recuerdo de la contribución económica a alguna campaña electoral.

—Entonces, ¿no es su compañía la que ha construido los barracones militares en el Pozo Trece, donde las víctimas de los abusos afirman haber sido interrogadas? —continuó ella, mirando de soslayo al Coronel—. ¿Y tampoco ha actuado como proveedor de maquinaria pesada para el Ejército, de modo que éste pueda cavar fosas comunes donde enterrar a las víctimas de Sentang Hill y Tengkorak Hill?

El señor Hackett la contemplaba como si fuera ella, y no el vertido de petróleo, el verdadero problema.

—¿Qué es lo que quiere, hermana Serghetti?

El coronel indonesio respondió por ella.

—Quiere hacerle a Exxon Mobile y a PT Arun lo mismo que le hizo a Café Denok, en Timor Oriental.

—¿Se refiere a acabar con el yugo de un monopolio económico controlado por el Ejército indonesio, y a dejar que la gente pueda vender sus productos de acuerdo con los precios del mercado? —preguntó—. Vaya, ésa sería una buena idea.

A todas luces, Hackett ya había aguantado demasiado.

—Joder, si la gente de Timor Oriental quiere ser esclava de Starbucks, es problema suyo, hermana. Pero cuando usted obligó al Ejército a abandonar sus negocios cafeteros, éste comenzó a sentirse muy atraído por los míos.

—Deje que le dé yo otra buena idea, hermana Serghetti —dijo el Coronel al tiempo que le ofrecía una hoja de papel. Se trataba de un fax—. Márchese.

Serena leyó el fax dos veces. Era del obispo Carlos, de Yakarta, el ganador del Nobel de la Paz de 1996. Según decía, se requería su inmediata presencia en Roma.

—¿El Papa quiere verme?

—El Papa, el Pontífice, la Santa Sede, me importa una mierda cómo quiera llamarlo —soltó el norteamericano—. Yo soy baptista. Límitese a sentirse afortunada por poder salir de aquí.

Serena se dio la vuelta hacia el helicóptero, a tiempo de ver que varios

soldados se llevaban las cámaras que acababan de dismantelar de la parte inferior del aparato.

—¿Y los habitantes de Aceh? —insistió ella, dirigiéndose al señor Hackett a la par que el Coronel la empujaba con el codo hacia su todoterreno. No había duda de que su helicóptero acababa de ser confiscado—. No puede fingir que todo esto no está sucediendo.

—No tengo por qué fingir nada, hermana —le contestó él mientras le decía adiós con un gesto arrogante de la mano—. Si algo no aparece en las noticias, es que no ha sucedido.

Veinticuatro horas más tarde, Serena se encontraba arrellanada en el asiento trasero de un anónimo sedán negro, mientras el viejo Benito lo hacía avanzar con lentitud entre la airada multitud y el mar de cámaras que abarrotaban la plaza de San Pedro. Le parecía inconcebible el hecho de poder inspirar unos sentimientos tan fuertes. Y, sin embargo, ella era la causa de las demostraciones de protesta que tenían lugar en la calle.

Solo tenía veintisiete años, pero ya se había hecho con una innumerable lista de enemigos en las compañías petroleras, las madereras, en la industria biomédica y entre aquellos que se beneficiaban mediante la explotación de personas, de animales o del medio ambiente. No obstante, sus esfuerzos habían dejado sin trabajo, de forma accidental, a unas cuantas personas de las muchas que ella intentaba salvar. Bueno, tal vez fueran más de «unas cuantas», a tenor de la multitud que se congregaba en la plaza.

Vestida con su característico uniforme, que consistía en un traje de Armani y botas deportivas, no quedaba mucho en ella de la monja carmelita que fuera una vez. Pero ahí estaba el quid de la cuestión. En su papel de «Madre Tierra» encabezaba los titulares, y de la mano del reconocimiento llegaba la influencia. ¿De qué otro modo iban a tomarla en serio el público frívolo, el mundo secular y, en última instancia, Roma?

Dios era otra cuestión muy distinta. No estaba segura de lo que el Creador podía pensar de ella, así como tampoco estaba segura de querer saberlo.

Contempló la calle a través de los cristales mojados por la lluvia. La policía vaticana estaba haciendo retroceder tanto a los manifestantes como a los *paparazzi*. Justo en ese momento, como surgido de la nada, ¡zas!... se escuchó un fuerte crujido que le hizo dar un respingo. Uno de los manifestantes se las había ingeniado para pegar su pancarta a la ventanilla: «BÚSQUESE OTRO PLANETA, MADRE TIERRA».

—Creo que la han echado de menos, *signorina* —le dijo el conductor con su mejor inglés.

—Sus intenciones son buenas, Benito —replicó ella, sin dejar de mirar a la muchedumbre con compasión. Podría haberle contestado en italiano, francés, alemán o una docena de idiomas más, pero recordó que Benito quería mejorar

su inglés—. Están asustados. Tienen familias que alimentar. Necesitan un chivo expiatorio al que culpar por su falta de empleo. Y me ha tocado a mí.

—Solo usted, *signorina*, desearía el bien a sus enemigos.

—No hay enemigos, Benito, solo malentendidos.

—Habla como una verdadera santa —concluyó Benito al tiempo que dejaban a los manifestantes tras la verja y giraban para tomar un sinuoso camino.

—Dime, Benito, ¿sabes por qué me ha convocado el Santo Padre a la Ciudad Eterna para mantener una audiencia privada? —preguntó mientras se alisaba los pantalones con pretendida indiferencia, con el fin de disimular la ansiedad que crecía en su interior.

—Con usted siempre resulta difícil adivinarlo. —A través del retrovisor, Benito le dedicó una sonrisa que reveló un diente de oro—. Muchos problemas entre los que elegir.

Muy cierto, pensó ella.

Cuando era monja, no solía llevarse bien con sus superiores; era una proscrita dentro de su propia orden. Incluso el Papa, su aliado, había comentado en una ocasión para la revista *Newsweek*: «La hermana Serghetti está haciendo lo que Dios haría si conociera todos los hechos». Fue una buena réplica, pero ella sabía que ninguna declaración manifiesta a su favor podría protegerla dentro de esas puertas.

Nacida en las afueras de Sydney y fruto de una relación ilícita entre un sacerdote católico y una criada, la infancia de Serena Serghetti estuvo dominada por la vergüenza. Creció entre sórdidos chismorreos y llegó a odiar a su progenitor, que negó su paternidad hasta el final y murió como un mentiroso alcohólico. Serena acalló los rumores haciendo la promesa solemne, a los doce años, de mantener su virtud intacta, sobresaliendo en los estudios de lingüística y, lo más asombroso de todo, ingresando en un convento a los dieciséis. En muy pocos años, se había convertido en un ejemplo viviente de redención para la Iglesia y en la conciencia andante de los pecados ecológicos de la humanidad.

Fue una época muy buena mientras duró, unos siete años en total. Unos meses después, tras sufrir una crisis personal en América del Sur, regresó a Roma en busca de guía espiritual y descubrió que el Vaticano se negaba a pagar sus facturas del agua, amparándose en su estatus de estado soberano y en el oscuro Tratado Laterano de 1929, por el cual se establecía que Italia debía abastecer de agua de modo gratuito al enclave de cuarenta hectáreas..., pero donde no se hacía mención alguna de los costes del alcantarillado.

«Ni damos al César lo que es del César, ni prestamos a Dios el servicio adecuado como sus representantes en la Creación», había dicho ella al renunciar públicamente a sus votos y abrazar la causa medioambiental.

Fue entonces cuando los medios de comunicación la apodaron «Madre Tierra». Desde aquel momento, le había resultado imposible impedir que la

gente la llamara Madre Tierra, o hermana Serghetti. Sin lugar a dudas, era la exmonja más famosa del mundo. Al igual que sucediera con la difunta princesa Diana antes de morir, Serena no formaba parte de la familia real eclesiástica, pero se había convertido, sin saber muy bien cómo, en su «Reina de Corazones».

La Guardia Suiza, ataviada con sus uniformes de color carmín, adoptó la posición de firmes cuando el sedán que la transportaba llegó a la entrada del *Governorate*. Antes de que Benito pudiera abrirle la puerta y ofrecerle un paraguas, ella ya subía los escalones bajo la lluvia sin prisa alguna, chapoteando con su calzado deportivo en los charcos mientras alzaba la mirada al cielo y disfrutaba de la sensación de las gotas de agua que le caían sobre el rostro. Si su experiencia previa en el Vaticano podía tomarse como ejemplo, ése sería el último soplo de aire fresco del que disfrutaría durante un tiempo. Uno de los guardias le dedicó una sonrisa cuando atravesó la puerta.

El interior estaba caldeado y seco, y el joven jesuita que la estaba esperando la reconoció al instante.

—Hermana Serghetti—la saludó con cordialidad—. Por aquí.

Mientras seguía al joven a través de un laberinto de pasillos en dirección a un antiguo ascensor, pudo escuchar el murmullo de actividad que provenía de las distintas oficinas.

Y pensar que todo esto comenzó con un pobre carpintero judío, reflexionó al tiempo que entraban en el ascensor y la puerta se cerraba tras ellos.

Se preguntó si Jesús se sentiría tan ajeno a su propia Iglesia como le sucedía a ella.

Cuando captó su imagen en las puertas metálicas del ascensor, frunció el ceño y se colocó las solapas de la chaqueta. Cayó en la cuenta de la ironía que suponía preocuparse por la seda y la lana, sabiendo que habían sido tejidas con el sudor de algún pobre niño en una fábrica del Lejano Oriente para alimentar el mercado de consumo global. Las ropas y la imagen que éstas ayudaban a proyectar representaban todo lo que ella odiaba, pero las utilizaba como medio para conseguir más dinero y concienciar a una opinión pública que se mostraba más interesada en la imagen de una antigua monja que en las obras de caridad que llevaba a cabo. Que así fuera.

¿Vestiría Jesús de Armani?

El mundo estaba desquiciado, y Serena solía preguntarse con bastante frecuencia por qué Dios lo había hecho de ese modo o por qué se había limitado a permitir que acabara convirtiéndose en semejante abominación. Ella habría manejado las cosas de otra manera, sin lugar a dudas.

La oficina que buscaba estaba situada en la quinta planta y pertenecía al jefe de los servicios de inteligencia del Vaticano, un cardenal llamado Tucci. Sería éste el encargado de explicarle la situación, como también la acompañaría hasta

su audiencia privada con el Papa. Sin embargo, el cardenal no parecía estar por ningún sitio, así que el joven jesuita la instó a entrar en el despacho.

La estancia tenía un estilo más antiguo y elegante del que se achacaba a la reputación de Tucci. Las paredes estaban adornadas con pinturas medievales y mapas antiguos que no tenían nada que ver con el arte contemporáneo y moderno que, según se decía, era el favorito del cardenal.

De más edad y aún más elegante era el hombre que estaba sentado en un sillón de cuero de respaldo alto, flanqueado por dos globos terráqueos Blaeu. El atuendo de color blanco, adornado con el cordón dorado en el cuello, armonizaba a la perfección con su cabello canoso. Tenía todo el aspecto de un hombre de fe urbano y apuesto, y sus ojos, cuando levantó la mirada del expediente que estaba leyendo, resultaron ser despiertos e inteligentes.

—Hermana Serghetti —dijo su escolta jesuita—, Su Santidad.

El Papa, a quien Serena había reconocido al instante, no necesitaba presentación alguna.

—Santidad —lo saludó ella mientras el jesuita cerraba la puerta al salir.

La actitud del gran hombre no parecía ser ni severa ni beatífica. En realidad, el aura que irradiaba era tan pragmática como la del presidente de cualquier empresa. Salvo que su empresa no cotizaba en las bolsas de Nueva York, Londres o Tokio, y sus previsiones de ganancias no se medían en términos de cuatrimestres, años o décadas. Su empresa llevaba en pie más de dos milenios y medía sus progresos en términos de eternidad.

—Hermana Serghetti. —El Papa se dirigió a ella con un afecto genuino al tiempo que le indicaba con un gesto que tomara asiento—. Ha pasado mucho tiempo.

Sorprendida y recelosa, Serena se hundió en la silla de cuero mientras el Papa volvía a examinar el informe que había redactado el Vaticano acerca de ella.

—Manifestaciones contra la destrucción de la capa de ozono frente a la sede de las Naciones Unidas en Nueva York —leyó en voz alta, con un tono sereno y resonante—. Presiones en todo el mundo contra empresas biomédicas. Su página *web* tiene incluso más visitantes que la mía.

Apartó la mirada de los documentos y la observó con ojos brillantes y vivaces.

—En ocasiones, me pregunto si su obsesión por salvar la Tierra de las garras de la raza humana está motivada por algún deseo interno de redimirse a sí misma.

Ella se removió en la silla de cuero. El asiento era duro e incómodo.

—¿Redirme de qué, Santidad?

—Conocí a su padre, y a lo sabe.

En efecto, y a lo sabía.

—De hecho —continuó el Papa—, y yo fui el obispo a quien él acudió en busca de consejo cuando supo que su madre estaba embarazada.

Eso era algo nuevo para Serena.

—Quería que su madre se sometiera a un aborto.

—No me sorprende —contestó ella, incapaz de ocultar la amargura que teñía su voz—. Supongo que le aconsejó que no lo hiciera, ¿verdad?

—Le dije que Dios es capaz de crear cosas bellas incluso en las circunstancias más sórdidas.

—Entiendo.

Serena no sabía si el Santo Padre quería que le diera las gracias por haberle salvado la vida o si, sencillamente, se limitaba a narrar los acontecimientos pasados. La estaba evaluando, de eso estaba segura, pero no con compasión ni con prejuicios. Solo con curiosidad.

—Hay algo que siempre he querido preguntarle, Serena —prosiguió el Papa. Ella se inclinó hacia delante—. Teniendo en cuenta las circunstancias de su nacimiento, ¿cómo puede amar a Jesús?

—Por las circunstancias que rodearon Su nacimiento —contestó ella—. Si Jesús no fuera el Único y Verdadero Hijo de Dios, sería un bastardo, y su madre, María, una fulana. Podría haberse dejado llevar por el rencor; no obstante, eligió el amor y hoy en día la Iglesia lo llama «Redentor».

El Santo Padre asintió.

—Al menos, estará de acuerdo en que se ganó el apodo.

—Por supuesto, Santidad —replicó—. Y a usted también le dejó una tarea bastante ardua.

Él sonrió.

—Según tengo entendido, usted afirmó en una ocasión que le gustaría desempeñar esa misma tarea algún día.

Serena se encogió de hombros.

—Está sobrevalorada.

—Cierto —replicó el Papa, que la miró con astucia—, por no mencionar que es bastante inalcanzable para las mujeres que abandonan el convento y repiten los pecados de sus padres.

De súbito, la fachada impenetrable que utilizaba para enfrentarse a los medios de comunicación se desmoronó y se sintió desnuda. Con este Papa, una audiencia privada se asemejaba más a una sesión terapéutica que a un encuentro con la Inquisición, y eso la despojaba de la indignación necesaria para sostener un enfrentamiento.

—No estoy muy segura de comprender adonde quiere llegar, Santidad —balbució, preguntándose cuánto sabía el Santo Padre. En ese momento, y tras recordar el destino de aquellos que lo habían subestimado, decidió que era mejor afrontar la situación sin ambages, con el fin de no empeorar la mortificación que

sentía—. Estuve a punto, Santidad —confesó—. Pero olvida que ya no soy una monja y no estoy atada a mis votos. No obstante, le alegrará saber que planeo seguir célibe hasta el matrimonio..., aunque sospecho que no me casaré nunca.

El Papa dijo:

—Pero, en ese caso, ¿por qué...?

—El hecho de no consumar nuestra relación en el plano físico no significa que no se consumara emocionalmente —explicó Serena—. Y mis sentimientos no dejaban lugar a dudas: no podía llevar la vida de una prometida de Cristo y, a la vez, arder de pasión por un hombre. No sin convertirme en una hipócrita como mi padre. Por tanto, si está pensando en usar ese asunto para minar mi credibilidad...

—Tonterías —la interrumpió el Pontífice—. El nombre del doctor Yeats aparece en uno de los informes del servicio de inteligencia, eso es todo.

—¿Conrad? —preguntó, asombrada por la eficiencia del personal del Vaticano.

—Sí —contestó el Papa—. Tengo entendido que lo conoció en Bolivia, durante su anterior etapa como nuestra lingüista más prometidora.

Ella se reclinó en la silla. Tal vez hubiesen encontrado un manuscrito que necesitaran traducir. Tal vez Su Santidad tuviera un trabajo para ella. En ese momento, comenzó a respirar con más tranquilidad. Le alegraba poder abandonar el tema de su celibato, pero la referencia que había hecho el Santo Padre acerca de Conrad había despertado su curiosidad.

—Así es. Yo estaba trabajando con la tribu Aimara, en los Andes.

—Se subestima usted —la reconvino el Papa—. Utilizó la lengua aimara para desarrollar un programa informático de traducción que pudiera utilizarse en la Cumbre para la Tierra de las Naciones Unidas. Y lo logró sin otra cosa que un computador portátil, cuando cientos de expertos de un buen puñado de universidades europeas fracasaron en el intento teniendo supercomputadores a su disposición.

—Yo no fui la primera —explicó Serena—. El mérito es de un matemático boliviano, Iván Guzmán de Rojas, que lo logró allá por los años ochenta. El aimara puede usarse como lengua intermedia para realizar traducciones simultáneas del inglés a otros cuantos idiomas.

—A seis para ser más exactos —precisó el Papa—. Pero, al parecer, usted descubrió una aplicación mucho más universal.

—El único secreto de mi sistema radica en la estructura lógica y rígida de la lengua aimara —argumentó ella, sintiendo que su confianza regresaba a raudales—. Es ideal para la transformación en algoritmos informáticos. Sus reglas sintácticas pueden ser descifradas utilizando un tipo de abreviatura algebraica que los computadores entienden a la perfección.

—Todo esto me resulta fascinante —confesó el Santo Padre—. Es lo más

cerca que el hombre puede estar de escuchar el susurro de Dios en esta vida.
¿Por qué abandonó la lingüística?

—Sigo haciendo mis aportaciones de vez en cuando, Santidad.

—De hecho, se ha convertido en toda una trabajadora independiente. No solo es usted la «Madre Tierra» y la embajadora oficial de buena voluntad de las Naciones Unidas, sino que también ha trabajado, por lo que veo, en el *Latinatis Nova et Vetera* —dijo, en referencia al nuevo diccionario de latín ideado por la facción tradicionalista del Vaticano, con el fin de impulsar la expansión de la lengua de Virgilio en el nuevo milenio.

—En efecto, Santidad.

—Así pues, tenemos que darle las gracias por haber acuñado los términos latinos para las palabras «discoteca» y «modelo de portada»: *caberna discothecaria* y *teritoris paginae puello* respectivamente.

—No olvide *pilamalleus super glaciem*.

El Papa necesitó cierto tiempo para realizar la traducción mental.

—¿Hockey sobre hielo?

—Muy bien, Santidad.

El Santo Padre fue incapaz de reprimir una sonrisa antes de adoptar una actitud seria.

—Y ¿qué apelativo usaría para un hombre como el doctor Yeats?

—Un *sordidissimi homines* —contestó ella, sin necesidad de pensarlo dos veces—. Uno de los desechos de la sociedad.

El Papa asintió con tristeza.

—¿Ese hombre es el motivo por el cual usted eligió silenciar sus dones, abandonar la Iglesia y huir para convertirse en Madre Tierra?

—Conrad no influyó en mi decisión de dedicar todas mis energías a la defensa del medio ambiente —replicó, si bien su respuesta sonó más apologética de lo que le hubiera gustado.

El Papa asintió.

—No obstante, lo conoció mientras trabajaba con la tribu Aimara en Bolivia, poco antes de que abandonara la Iglesia. ¿Qué es lo que sabe de él?

Serena se tomó un momento. Podría decir muchas cosas; no obstante, se limitaría a las esenciales.

—Es un ladrón, un mentiroso y el arqueólogo más brillante y más peligroso que he conocido en la vida.

—¿Peligroso? —repitió el Papa.

—No tiene respeto alguno por las antigüedades —explicó ella—. Cree que la información que se obtiene de un descubrimiento es más importante que el descubrimiento en sí. Por tanto, en su afán por sacar a la luz un nuevo hallazgo, a menudo pone en peligro la integridad del lugar, mandando al cuerno a las

generaciones futuras.

El Santo Padre asintió.

—Eso explicaría por qué el Consejo Superior de Antigüedades Egipcias le ha prohibido volver a poner un pie en Luxor.

—A decir verdad, el director general del Consejo perdió cierta cantidad de dinero a manos de Conrad en una partida de cartas en el Casino Luxor, donde estaban celebrando una entrevista —reveló Serena—. Según tengo entendido, pagó a Conrad con una estatuilla de la decimonovena dinastía y, desde entonces, éste ha estado intentando introducirla en el mercado negro sin ningún éxito. Al parecer, necesita el dinero con urgencia para continuar con su trabajo. Sería una adición maravillosa a nuestra colección, si le interesa, por supuesto.

El Papa frunció el ceño para dejar claro que no apreciaba en demasía su desabrido sentido del humor.

—Y supongo que la historia se repitió en Bolivia, país del que el doctor Yeats fue expulsado un año después de que usted lo conociera.

Serena se encogió de hombros.

—Digamos que descubrió que la hija de cierto *generalissimo* era más interesante que las ruinas.

—¿Detecto cierto deje de celos?

Serena se echó a reír.

—Siempre habrá otra mujer en la vida de un intrigante como Conrad. En cuanto a lo otro, los tesoros de la Antigüedad nos pertenecen a todos.

—Comienzo a hacerme una idea clara sobre él. Si me permite la pregunta, hermana Serghetti, ¿qué encontró usted en un hombre así?

—Es la persona más honesta que he conocido jamás.

—Pero antes lo tachó de mentiroso.

—Eso forma parte de su honestidad. ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Nada, en realidad, aparte del efecto que ejerce sobre usted —le contestó el Papa, si bien Serena percibió que había mucho más.

—Si me permite la pregunta, Santidad, ¿para qué me necesita usted? Ya no soy una monja católica, ni una lingüista del Vaticano, ni formo parte de ninguna otra rama oficial de la Iglesia.

—Ya sea como monja o como lingüista contratada, Serena, siempre formará parte de la Iglesia y la Iglesia siempre formará parte de usted. Tanto si le gusta como si no. En este momento, nuestro mayor interés reside en saber cómo se desarrolló la lengua aimara. Es tan pura que algunos de sus colegas sospechan que no evolucionó de la misma manera que el resto de las lenguas, sino que fue ideada partiendo de cero.

Serena asintió.

—Un logro intelectual impensable en una sencilla tribu agrícola.

—Exacto —convino el Papa—. Dígame, hermana Serghetti, ¿de dónde

proceden los aimaras?

—Los mitos más antiguos recogen una serie de acontecimientos insólitos que tuvieron lugar en las cercanías del lago Titicaca tras el Gran Diluvio —explicó—. Hacen referencia a unos extraños que intentaron construir una ciudad en el lago.

—Tiahuanaco —concluyó el Santo Padre—, con su enorme Templo del Sol.

—Su Santidad está muy bien informado —dijo Serena—. Se dice que la ciudad abandonada estuvo habitada en sus orígenes por gente procedente de «Aztlán», la isla-paraiso perdida de los aztecas.

—Una isla-paraiso perdida... Interesante.

—Un mito antediluviano de lo más común, Santidad. Muchas leyendas narran historias acerca de esa isla perdida y culpan de su pérdida a esa inundación. El filósofo griego Platón, sin ir más lejos, nos legó el relato de la historia de la Atlántida. Al igual que los haida y los sumerios, que también comparten una historia similar sobre sus orígenes.

El Papa asintió.

—Y, sin embargo, es difícil encontrar dos culturas tan distintas entre sí como la sumeria y la haida; una situada en la lluviosa costa noroeste de los Estados Unidos y la otra en el árido desierto de Iraq.

—El hecho de que dos culturas tan dispares compartan un mito común que explique un acontecimiento concreto no garantiza que dicho acontecimiento tuviera lugar —explicó ella con sequedad, dejándose llevar por su faceta académica—. Si tenemos en cuenta los registros fósiles y la geología, por ejemplo, descubriremos que, en efecto, hubo una inundación, una Edad de Hielo y todo lo demás. Pero si existió un tal Noé que construyó un arca o si su procedencia era asiática, africana o caucásica, no son más que especulaciones. Y no hay prueba alguna que sustente la teoría de esa isla paradisíaca.

—Entonces, ¿qué conclusión saca usted de todas esas historias tan parecidas entre sí?

—Siempre las he considerado indicadores de la universalidad del intelecto humano.

—De modo que, para usted, el Génesis no es más que una metáfora, ¿no es cierto?

Había olvidado la costumbre del Papa de llevar todas las discusiones al ámbito de la fe. Serena asintió con lentitud.

—Sí, supongo que sí.

—No parece estar muy segura.

—Sí, desde luego que sí. —Bien, ya lo había dicho. La había obligado a confesarlo.

—Y la Iglesia... ¿qué es? ¿Una buena idea que se estropeó en el camino?

—Como todas las instituciones humanas, la Iglesia terrenal es un organismo corrupto —contestó ella—. Pero ha proporcionado hospitales, orfanatos y

esperanza a toda la humanidad. Sin ella, la civilización se hundiría en un abismo moral.

—Me alegra oírle decir eso. —Había cierta ternura en la mirada del Santo Padre y una pizca de incredulidad en su voz cuando prosiguió—: Hermana Serghetti, quiero que medite con seriedad si siente la llamada del Espíritu Santo en su interior, apremiándola a llevar a cabo una misión sagrada que tal vez la haga digna del apodo de « Madre Tierra» .

Lo único que el Espíritu Santo le estaba diciendo era que había algo raro en todo aquel asunto. Ella había increpado al Vaticano y había colgado los hábitos. Pese a todo, en esos momentos el Papa le pedía que se convirtiera en su emisaria oficial.

—¿Qué tipo de misión?

—Tengo entendido que usted es una observadora oficial además de consejera para la correcta aplicación del Tratado Antártico Internacional.

—Formo parte del Comité del Tratado para la Protección Medioambiental en calidad de consejera —puntualizó—. Pero represento a Australia, Santidad, no a la Iglesia.

El Santo Padre asintió y tamborileó con los dedos sobre los brazos del sillón.

—¿Ha escuchado las noticias sobre la actividad sísmica en la Antártida?

—Por supuesto, Santidad. El mes pasado se desprendió un iceberg del tamaño de Delaware tras el último terremoto. Y otro del tamaño de Rhode Island antes que ése. Así, a bote pronto, entre ambos podrían sumar el equivalente a la longitud de la costa este de los Estados Unidos.

—¿Y si le dijera que nuestros servicios de inteligencia han localizado una expedición norteamericana ilegal en la Antártida, en una zona reclamada por su país natal, Australia?

—Le diría que los estadounidenses estarían violando el Protocolo de Madrid de 1991, que establece la Antártida como zona de paz reservada en exclusiva para fines de investigación científica. Cualquier actividad militar está prohibida en todo el continente. —Serena se inclinó hacia delante—. ¿Cómo sabe todo esto?

—No hace mucho, desaparecieron tres satélites espía estadounidenses de sus órbitas —explicó él.

Serena parpadeó con incredulidad. ¿Cuánto tiempo llevaría el Vaticano interesado en el seguimiento de los satélites espía de otros países?

—Tal vez dejaran de funcionar o fueran destruidos de modo deliberado —sugirió ella.

—Por regla general, los satélites estadounidenses inservibles son abandonados en sus órbitas —explicó el Papa con la misma desenvoltura que si estuvieran discutiendo acerca de la hermenéutica del Nuevo Testamento—. Y si un satélite, no digamos ya tres, hubiera dejado de funcionar, los supervisores del Congreso habrían hecho más ruido que el Concilio Vaticano II. Sin embargo, no ha

sucedido nada.

—Me temo que esas cuestiones sobrepasan con mucho mis conocimientos, Santidad —dijo Serena—. ¿Cuál es su interpretación de lo sucedido?

—Esos satélites seguían unas órbitas que permitían un movimiento más lento que el de otras cámaras espía situadas en alturas mucho mayores; lo que les proporcionaba bastante más tiempo para fotografiar objetivos.

—¿Objetivos?

—Las ofensivas militares suelen tener lugar poco antes de que un satélite sobrevuele el lugar, con el fin de registrar los daños antes de que el enemigo pueda encubrirlos. No obstante, después del último registro de actividad sísmica en la Antártida, ninguno de los satélites espía conocidos ha pasado sobre la zona afectada. Eso sugiere que es posible que uno o varios de los satélites desaparecidos estén al acecho.

—¿Está sugiriendo que el Ejército norteamericano está provocando de forma deliberada esas ondas sísmicas? —preguntó Serena.

—Eso es lo que quiero que averigüe usted.

Serena volvió a reclinarsse en la silla. El Papa no tenía motivo alguno para mentirle. Sin embargo, estaba segura de que se había callado muchas más cosas. ¿Por qué si no iba la Santa Sede a tomarse semejante interés en un continente desierto en el que había más pingüinos que católicos?

—¿Hay algo más que quiera decirme? —le preguntó al Santo Padre—. ¿El doctor Yeats está involucrado en este asunto?

El Papa asintió con la cabeza.

—Al parecer, forma parte de la expedición estadounidense.

Así que el asunto tenía algo que ver con Conrad, pensó, aunque fuese en un escenario de lo más inusitado.

—¿Y para qué iba a necesitar el Ejército norteamericano a un arqueólogo?

El Santo Padre no respondió, y Serena supo al instante que el Vaticano estaba solicitando su colaboración como lingüista y no como ecologista. Lo que significaba que los norteamericanos habían encontrado algo en la Antártida. Algo que requeriría de la participación de arqueólogos y lingüistas expertos. Algo que, a todas luces, había agitado los cimientos del Vaticano. La única razón por la que el Papa se había puesto en contacto con ella era sencillamente porque no le quedaba otro remedio. Resultaba más que evidente que los norteamericanos no habían consultado con la Santa Sede. Aunque tal vez debieran haberlo hecho, concluyó con rapidez.

—Tiene algo que mostrarme, ¿no es así, Santidad?

—Así es. —Sus nudosos dedos desplegaron sobre el escritorio una copia de un mapa medieval. Estaba fechado en 1513—. Esto fue descubierto en el antiguo palacio imperial de Constantinopla, en 1929. Pertenecía a un almirante turco.

—El almirante Piri Reis —apostilló ella—. Es el mapamundi de Piri Reis.

—Veo que lo ha reconocido —asintió con la cabeza—. En ese caso, supongo que también habrá visto esto.

Señaló un antiguo informe de las Fuerzas Aéreas estadounidenses. Estaba fechado el 6 de julio, de 1960 y su nombre en clave era « Proyecto Libro Azul» .

—No —contestó ella con patente interés, al tiempo que cogía el breve informe—. ¿Desde cuándo tiene acceso el Vaticano a los documentos confidenciales del servicio de inteligencia del Ejército norteamericano?

—¿Se refiere a este viejo informe? —preguntó a su vez el Santo Padre—. No creo que pueda ser clasificado como « confidencial» . Pero el apéndice que lo acompaña sí lo es.

Serena hojeó las páginas que el jefe de la Unidad de Cartografía de la Base Westover de las Fuerzas Aéreas en Massachusetts había escrito. Los oficiales del Ejército del Aire estadounidense habían llegado a la conclusión de que la representación de la Antártida que Piri Reis había hecho en su mapa coincidía a la perfección con la Costa de la Princesa Marta en el continente helado y con la Península Palmer.

Los ojos de Serena se demoraron en la última página, donde el teniente coronel Harold Z. Ohlmeyer, del Escuadrón de Reconocimiento nº 8, había escrito:

« Los detalles geográficos representados en la parte inferior del mapa coinciden de forma extraordinaria con los resultados del perfil sísmico llevado a cabo sobre el casquete polar por la expedición conjunta de los gobiernos de Suecia, Gran Bretaña y Noruega en 1949. Esto indica que la costa había sido dibujada antes de quedar cubierta por el hielo. La capa de hielo en esta región tiene un grosor aproximado de un kilómetro y medio en estos momentos. Nos resulta imposible explicar cómo se pudieron obtener los datos representados en este mapa, teniendo en cuenta el estado de desarrollo que se le supone a la cartografía en 1513» .

Tras esto, podía leerse el apéndice agregado por el Pentágono, datado en 1970 y escrito a mano con trazos decididos por el coronel Yeats de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Serena sabía que ese hombre era el padre de Conrad, y el nombre consiguió que se le erizara el vello de la nuca. La nota decía así:

« Los futuros informes referentes al mapamundi de Piri Reis y al Proyecto Sonchis deberán ser remitidos a este despacho, donde serán correctamente archivados» .

—Sonchis... —repitió Serena mientras cerraba la carpeta.

—¿Algún significado?

—Supuestamente, fue un sacerdote del Antiguo Egipto llamado Sonchis quien le contó a Platón todos los detalles de la historia de la Atlántida.

—En el mapa del almirante Reis hay una inscripción en la que se explica que

está basado en otros mapas más antiguos cuyos orígenes se remontan a la época de Alejandro Magno.

—¿Qué es lo que está diciéndome exactamente, Santidad?

—Que tan solo una cultura marítima avanzada y global que existiera hace más de diez mil años podría haber creado estos mapas.

Serena parpadeó varias veces.

—¿Cree usted que la Antártida es la Atlántida?

—Y que sus secretos están enterrados bajo una capa de tres kilómetros de hielo —concluyó—. Lo que tenemos entre manos es mucho más que una antigua civilización perdida: es la cultura primigenia perdida que su amigo el arqueólogo, el doctor Yeats, ha estado buscando; una cultura que poseía un conocimiento científico que nos resulta inabarcable.

—Si todo eso es cierto, muchas verdades quedarán en entredicho —replicó Serena—, entre ellas, la interpretación que la Iglesia hace del relato del Génesis bíblico.

—O, por el contrario, puede que se vea respaldada —señaló el Papa con un tono desesperanzado en la voz—. No obstante, si ése fuera el caso, nos veríamos en una situación complicada.

—No le sigo, Santidad.

—Dios me ha revelado una profecía sobre el fin de los tiempos —confesó—. Sin embargo, se la he ocultado a la Iglesia porque la mera posibilidad es, de por sí, espantosa.

Serena se sentó en el borde de la silla. Dejando a un lado sus preocupaciones habituales, tenía que reconocer que este Papa parecía estar en plenas facultades mentales y bastante lúcido.

—¿Qué vio, Santidad?

—Una hermosa rosa congelada en el hielo —contestó el Papa—. El hielo se agrietaba y de esa grieta surgía fuego y comenzaba una guerra que los hijos de Dios emprendían contra la Iglesia y toda la humanidad. Al final, el hielo se derretía y se deslizaban lágrimas por los pétalos de la rosa.

Serena recordó el capítulo sexto del Génesis, en el que se decía que « los hijos de Dios» gobernaron la Tierra en épocas remotas. Sus vástagos, nacidos de las mujeres, hicieron tanto daño que Dios los destruyó, a ellos y a toda la raza humana, con el Gran Diluvio. Salvo a Noé y su familia. Sin embargo, Serena también recordaba que ni las visiones apocalípticas de la Biblia ni las que habían relatado los pastorcillos portugueses detallaban el futuro con demasiada precisión. Al contrario, lo resumían y lo situaban sobre un escenario atemporal y unificado, plagado de símbolos que precisaban de una interpretación.

—Entonces, ¿su Santidad cree que esta visión, la leyenda de la Atlántida y las actividades militares que los Estados Unidos están llevando a cabo en la Antártida forman parte de un todo?

—Así es.

Serena intentó ocultar sus dudas, pero, por sí solas, cada una de las tres cuestiones resultaba muy difícil de creer.

—Entiendo.

—No, no lo entiende —la rebatió él—. Observe con más atención. —Le tendió un pergamino enrollado que tenía en la mano—. Éste es uno de los mapas que el almirante Reis usó para trazar el suyo. La fuente principal, en realidad.

Serena extendió el brazo con lentitud y cogió el mapa de las manos del Santo Padre. En cuanto lo tocó, sintió que una descarga de entusiasmo recorría sus venas.

—Aparece el nombre de Sonchis —explicó el Papa—. Pero el resto de la escritura es anterior a la cultura minoica.

—Deme un par de semanas y...

—En realidad, esperaba que pudiera descifrarlo durante su viaje a la Antártida —confesó él—. En estos instantes, un avión privado está repostando en la pista de aterrizaje, a su disposición para que pueda emprender su viaje.

—¿Mi viaje? —repitió Serena—. Usted mismo lo ha dicho: esta ciudad, si es que existe, está enterrada bajo una capa de hielo de tres kilómetros de grosor. Para el caso, lo mismo daría que estuviera en Marte...

—Los norteamericanos la han encontrado —insistió el Santo Padre—. Ahora, usted debe encontrarlos a ellos antes de que sea demasiado tarde.

El Papa colocó una mano sobre el globo terráqueo que tenía a su derecha y la otra sobre el de la izquierda.

—Estos globos terráqueos fueron pintados por el maestro cartógrafo holandés Willem Blaeu en 1648 —explicó—. En esa época, también mostraban el « mundo moderno ». Por desgracia, la representación, tanto de la superficie del planeta como del cielo, es enteramente errónea. Mire, California es una isla.

Serena observó el globo terráqueo y vio una serie de monstruos en el mar.

—Estoy familiarizada con el trabajo de Blaeu, Santidad.

—Lo que una vez se tomó por verdadero ha resultado ser falso —comentó—. Si lo tomamos como advertencia, llegaremos a la conclusión de que nuestro modo de ver el mundo tal vez resulte igual de erróneo dentro de unos cuantos siglos. O de unos cuantos días.

—¿Unos cuantos días? —repitió Serena—. ¿Su profecía tendrá lugar dentro de unos cuantos días y no se la ha revelado a la Iglesia?

—Hermana Serghetti —comenzó el Santo Padre, que seguía empeñado en dirigirse a ella como si fuese una monja, un miembro de la familia, en lugar de una extraña—, las implicaciones espirituales, políticas y militares serían muy desagradables. Piense en lo que sucedería si la humanidad se desentendiera por completo de la tradición judeocristiana y la anarquía moral reinara en la Tierra.

—Ya lo he hecho, Santidad. Y, pese a que no parece haber afectado a Roma,

ese día llegó para el resto del mundo hace mucho tiempo.

El Papa guardó silencio durante un incómodo minuto. Finalmente, se aclaró la garganta y dijo:

—¿Alguna vez se ha preguntado por qué eligió formar parte de una familia adoptiva segura y predecible como es la Iglesia?

Serena no contestó. Era una pregunta que ella misma evitaba plantearse. La verdad era que, a pesar de sus diferencias públicas, creía que la Iglesia era la esperanza de la humanidad, la única institución que mantenía a raya la propagación de un modo de vida amoral que escaparía a cualquier control.

—Tal vez se debiera a que, como monja, usted encontraba más fácil estar a bien con Dios —sugirió el Papa—. O tal vez a que necesitaba con desesperación saber, sin el más mínimo asomo de duda, que Él la encontraba digna de su aceptación.

El Santo Padre se había acercado tanto a la verdad que para Serena resultaba casi insoportable permanecer en la habitación. Deseaba huir a toda carrera y esconderse.

—No obtendré la salvación de mi alma inmortal a través de mis buenas obras, sino gracias a la misericordia divina, representada en la muerte expiatoria de Cristo en la cruz, Santidad.

—A eso es exactamente a lo que me refiero —concluyó el Papa—. ¿Qué más se podría decir?

Serena sintió que el vacío se extendía en su interior como un dolor sordo. No tenía respuesta alguna para el Papa, pero deseaba decir algo, cualquier cosa.

—El hecho de que me destierre a la Antártida para descubrir a los norteamericanos no va a...

—¿A hacerla merecedora del apodo de Madre Tierra? —finalizó el Sumo Pontífice, que la miraba como un padre miraría a su hija—. Hermana Serghetti, quiero que vaya a la «última región salvaje» de la naturaleza y que encuentre a Dios... lejos de todo esto. —Señaló los libros, los mapas y las obras de arte—. Solo usted, el Creador del universo... y el doctor Yeats.

*Veintitrés días y seis horas después del Descubrimiento
Base Glacial Orión*

El centro de mando de la Base Glacial Orión era un habitáculo de techo bajo, atestado de paneles y abarrotado con el personal de la unidad que se encargaba de controlar unos monitores que no dejaban de parpadear sumidos en la penumbra. Sin embargo, para el general de división Griffin Yeats era todo un triunfo para la logística de las Fuerzas Aéreas, que lo habían erigido en menos de tres semanas y en el entorno más desconocido de todo el planeta.

—Treinta segundos, general Yeats —dijo el coronel O'Dell, el oficial ejecutivo de Yeats, que parecía no tener cuello alguno desde las sombras donde estaba situado su resplandeciente monitor.

Una imagen de la Antártida parpadeó en la pantalla principal. El continente helado tenía un color azul espectral visto desde el espacio, una enorme isla rodeada por un océano inmenso que quedaba enmarcada por un anillo de tierra firme. El ombligo de la Tierra.

Yeats contempló el monitor sin poder creer lo que veía. Había contemplado esa misma imagen del Hemisferio Sur en una ocasión, desde la ventanilla de la nave espacial *Apolo*. Desde entonces había pasado toda una vida. Aun así, algunas cosas no cambiaban nunca y, en aquel momento, el asombro lo invadió de nuevo.

—Satélite en posición en quince segundos, señor —anunció O'Dell.

La imagen se desenfocó un instante, justo antes de que una gigantesca nube de tormenta entrara en el campo visual. Yeats vio que algo parecido a las patas de una araña comenzaba a girar en el sentido de las agujas del reloj alrededor del continente helado. Había hasta doce de esas patas, también llamadas «collares de perlas», que no eran más que frentes de bajas presiones exclusivos de la región.

—¡Joder! Menuda tormenta —dijo Yeats—. Deme los detalles.

—Parece que tenemos cuatro tormentas diferentes que se están uniendo en dos frentes, señor —le informó O'Dell—. Abarcan una extensión de más de seis

mil kilómetros. Lo suficiente para cubrir toda la superficie de los Estados Unidos.

Yeats asintió con la cabeza.

—Quiero que vuelvan a despejar la pista de aterrizaje.

Un silencio sepulcral, interrumpido tan solo por el zumbido y los ocasionales pitidos de los computadores y las pantallas, cayó sobre la estancia. Yeats era consciente de que todos los ojos estaban clavados en él.

O'Dell carraspeó.

—Señor, deberíamos alertar a seis-nueve-seis.

—Negativo. Quiero que la radio permanezca en completo silencio.

—Pero señor, su... El doctor Yeats está a bordo.

—Tenemos a cuarenta hombres en ese avión, coronel. Y también a un excelente piloto, el capitán Lundstrom. Nada de transmisiones. Aviseme cuando se aproximen.

—Sí, señor —contestó O'Dell al tiempo que se despedía con el saludo de rigor mientras Yeats abandonaba el centro de mando.

El ventanal que ocupaba una de las paredes del alojamiento del general Yeats permitía una vista privilegiada del desfiladero helado donde se estaba llevando a cabo la excavación. Unas cuantas columnas de humo azulado y cristalino se alzaban desde el fondo del abismo. Y allí, en el fondo, se encontraba aquello que tanto Conrad como él habían estado buscando.

Se sirvió un Jack Daniels y se sentó tras el escritorio. Tenía unos dolores horribles y de buena gana se habría puesto a aullar como los vientos catabáticos que azotaban en el exterior. Sin embargo, no podía permitir que O'Dell y el resto de los oficiales lo vieran de otro modo que no fuese en plena forma.

Colocó el pie derecho sobre el escritorio y se levantó la pernera del pantalón, dejando al descubierto una pierna desfigurada y cubierta de cicatrices; ése había sido el regalo de despedida de la que fuera su primera misión en aquel infierno helado, más de treinta y cinco años atrás. El dolor comenzaba unos centímetros por debajo de la rodilla. El frío le jugaba malas pasadas.

Sin embargo, le sentaba de puta madre estar al mando de nuevo, pensó al tiempo que vislumbraba una borrosa imagen de sí mismo en la ventana de plexiglás reforzado. Seguía conservando una imagen dominante, a pesar de haber entrado ya en los sesenta. La mayoría de los rostros adolescentes que poblaban la base no tenía ni idea de quién había sido él en sus buenos tiempos. O para ser exactos, quién se suponía que debería haber sido.

Griffin Yeats debería haber sido el primer hombre que viajara a Marte.

En 1968, los astronautas veteranos procedentes de los programas Apolo y Géminis comenzaron el trabajo. Se dispuso que el transbordador que iría a Marte (cuyo diseño original corrió a cargo del pionero en el campo de los cohetes intercontinentales, Wernher von Braun, en 1953, y que fue revisado *a posteriori* por los ingenieros de la NASA) despegaría de la estación espacial

norteamericana Freedom el 12 de noviembre de 1981, alcanzaría el planeta rojo el 9 de agosto de 1982 y regresaría a la Tierra un año después..., si la política hubiera sido tan predecible como la órbita de los planetas.

Para 1969, la guerra de Vietnam había mermado el presupuesto federal y el éxito del alunizaje había saciado de modo temporal el ansia de los norteamericanos por la exploración del espacio. Debido a la creciente presión que ejercía el Congreso contra la misión, el presidente Nixon decidió cancelar tanto el viaje a Marte como el programa de la estación espacial. Tan solo el proyecto del transbordador espacial consiguió obtener luz verde. Una decisión catastrófica que retrasó la misión a Marte por espacio de varias décadas, que dejó un transbordador espacial completamente equipado sin ningún lugar adonde ir, y que consiguió que la NASA fuera un barco a la deriva que ocupaba las últimas posiciones en los intereses políticos de Washington por carecer de un objetivo específico.

Y también puso fin a todos los sueños de grandeza de Yeats.

El monitor del escritorio emitió un zumbido y sacó al general del trance. Era O'Dell, que lo llamaba desde el centro de mando.

—Señor, al parecer los hemos localizado en el radar. Veinte minutos para el aterrizaje.

—¿Cómo vamos con la pista de aterrizaje?

—Despejándola, señor. Pero la tormenta...

—No quiero excusas, Coronel. Estaré ahí en un minuto. Será mejor que para entonces tenga más noticias.

Yeats dio otro trago al *whisky* y clavó la mirada en el paisaje exterior.

En el momento en que Nixon decidió abandonar la misión a Marte, Yeats ya se encontraba en la Antártida, inmerso en una estancia de cuarenta días en un hábitat específicamente diseñado para simular el primer aterrizaje marciano. La tripulación estaba compuesta por cuatro hombres, además de dos módulos de aterrizaje, una planta de energía nuclear y un vehículo de exploración para desplazarse por los alrededores.

La temperatura de la Antártida era tan gélida como la de Marte, y la fuerza del viento se asemejaba bastante en ambos entornos. Sus tormentas de nieve podían ser tan aniquiladoras como las tormentas de arena marcianas. Sin embargo, lo más importante consistía en que era un continente casi tan remoto como el planeta rojo, y era en situaciones de soledad extrema cuando salía a la luz el verdadero carácter de los miembros de una tripulación.

Fue una experiencia que cambió para siempre la vida de Yeats, de un modo que jamás podría haber imaginado. Cuatro hombres se embarcaron en la misión. Solo uno salió de ella, cojeando y medio muerto. Pero ¿para qué? ¿Para deambular por los pasillos del Pentágono como una reliquia artrítica del antiguo programa espacial? ¿Para criar a un chico huérfano? ¿Para perder a su esposa y

a sus hijas en el proceso? Se lo habían quitado todo.

Y ese mismo día tenía toda la intención de recuperarlo.

Veintitrés días después del Descubrimiento

Para cuando Conrad se despertó de un sobresalto, el fuselaje del C-141 Starlifter estaba congelado. Adormilado y dolorido, se frotó los ojos. Estaba atrapado con un pequeño grupo de soldados de operaciones especiales que llevaban trajes térmicos e iban armados con M-16 cubiertos por fundas aislantes.

Notó otra sacudida. Durante la mayor parte del trayecto habían atravesado cielos despejados y habían sobrevolado una blancura interminable. Sin embargo, en aquel momento se movían a través de una especie de niebla oscura y las turbulencias se intensificaban a cada segundo. Los enormes contenedores que había en la parte posterior del avión comenzaron a moverse, tensando las correas de sujeción que crujían con cada desplazamiento.

Conrad le echó un vistazo a su reloj GPS multifunción, que utilizaba una red de veintisiete satélites para triangular su posición en cualquier lugar del globo terráqueo y que tenía un margen de error de unos treinta metros. No obstante, las últimas dieciséis horas pasadas a bordo de diferentes transportes militares debían de haberse cargado la batería de litio, ya que la latitud y la longitud no aparecían. En cambio, la aguja de la brújula no dejaba de dar vueltas como loca en todas direcciones. Fue entonces cuando cayó en cuenta de que debían de estar acercándose a uno de los polos; casi con toda seguridad, al Polo Sur.

Se volvió hacia el soldado de expresión pétrea que estaba sentado a su lado y le gritó por encima del rugido de los motores de propulsión:

—Creía que el personal militar no podía pisar la Antártida.

El soldado comprobó su M-16 y replicó con la mirada al frente:

—¿De qué personal militar habla, señor?

Conrad gruñó. Ésa era precisamente la mierda que había tenido que soportar durante toda su vida por la simple razón de ser hijo de Griffin Yeats, astronauta fracasado de la NASA, que había conseguido de alguna manera atravesar los oscuros pasillos de poder que recorrían el Pentágono hasta convertirse en un general de las Fuerzas Aéreas. Yeats era un firme defensor de que la verdad debía divulgarse en función de la máxima «no hay que saber nada más que lo

necesario», lo que incluía las circunstancias que rodeaban el nacimiento de Conrad. De acuerdo con la versión oficial de Yeats, Conrad era, presuntamente, el resultado de un lío de una noche entre el capitán Rick Conrad y una bailarina de *strip tease* de Daytona Beach de la que ni siquiera sabía el nombre. Cuando el capitán Conrad murió en la Antártida durante una misión de entrenamiento, la mujer abandonó a su hijo bastardo a las puertas del hospital de Cabo Cañaveral. Poco tiempo después, la mujer murió de sobredosis. La NASA, que estaba ansiosa por mantener la imagen imaculada de sus astronautas, se mostró también más que dispuesta a acelerar los trámites burocráticos para que el oficial superior y mejor amigo del capitán Conrad, el comandante Griffin Yeats, lo adoptara.

No obstante, a medida que fue creciendo, Conrad comenzó a dudar de la veracidad de la historia que contaba Yeats. Estaba claro que su madrastra, Denise, lo dudaba. Desde el principio, ésta había sospechado que Yeats era el padre biológico de Conrad y que había utilizado la muerte del capitán Conrad como una tapadera convincente para explicar el nacimiento de su propio hijo ilegítimo. Así pues, no resultó extraño que, cuando Conrad no tenía más que ocho años, Denise se divorciara de Yeats y se marchara llevándose a sus dos hijas, de once y nueve años, las únicas amigas que Conrad tenía.

Al final, tras años de traslados de base en base y de soportar miserias, Conrad se convirtió en un rebelde que fue expulsado de varios institutos y acabó por enfrentarse a Yeats. Su padre no solo negó los hechos, sino que también rechazó la posibilidad de utilizar los contactos que tenía en el gobierno para ayudar a Conrad a identificar de una vez por todas a sus padres biológicos. Ésos fueron los motivos que llevaron a Conrad a detestarlo.

Sin embargo, por aquel entonces era más que evidente que al general Yeats le traía al fresco lo que Conrad o cualquier otra persona pensara de él. A pesar de que su carrera como astronauta había sido un fracaso, Yeats consiguió un ascenso tras otro hasta que, a la postre, logró su estrella, y con ella la dirección de la misteriosa Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada para la Defensa, o DARPA, que dependía del Pentágono. Gracias al respaldo económico que recibió en la década de los ochenta durante el mandato de Reagan, Yeats y su equipo de planificación, compuesto por estrategias militares extremistas, inventaron Internet, el sistema de posicionamiento global, la tecnología de camuflaje y el ratón para el computador, entre « otras cosas » .

Aquella misión en concreto, pensó Conrad, se encuadraba sin duda en el apartado de « otras cosas » . Pero ¿ en qué consistía exactamente? Sospechaba desde hacía mucho tiempo que un fabuloso descubrimiento yacía bajo el hielo de la Antártida. Después de todo, la zona oriental de la Antártida era un continente muy antiguo, y en una época remota fue tropical. Era obvio que Yeats había encontrado algo y necesitaba su presencia. O tal vez no fuera otra cosa que un

patético intento de reconciliación entre padre e hijo.

Dos grandes explosiones en los motores hicieron que Conrad devolviera su atención al congelado fuselaje del C-141. Sin pedir permiso, se desabrochó el cinturón de seguridad y se acercó dando tumbos a la cabina del piloto, para lo que tuvo que apoyarse de vez en cuando contra el fuselaje con el fin de guardar el equilibrio.

La cabina de mandos ofrecía un engañoso aspecto brillante y bien ventilado. Sin embargo, solo podía ver una extensión blanca al otro lado del parabrisas. Lundstrom estaba sentado en el asiento del piloto, gritándoles al copiloto y al navegante, pero el rugido de los motores era tan intenso que Conrad no podía entender lo que decía.

—¿Podría al menos ver ese fabuloso descubrimiento antes de que me maten? —gritó.

Lundstrom pareció bastante molesto cuando lo miró de soslayo por encima del hombro.

—Vuelva a su asiento, doctor Yeats. Está todo bajo control.

Sin embargo, los ojos del piloto delataban su ansiedad, y de repente Conrad recordó dónde lo había visto antes: hasta hacía cuatro años, Lundstrom había sido comandante de una lanzadera espacial. El guante de cuero que llevaba, y que en esos momentos aferraba con fuerza la columna de dirección, ocultaba una mano que había quedado desfigurada a causa de quemaduras graves, al igual que una tercera parte de su cuerpo, debidas a una explosión en la plataforma de lanzamiento antes de su tercera misión, que acabó suspendida.

—Vamos, Lundstrom, supongo que manejar la lanzadera espacial no sería tan movido como esto —comentó Conrad.

Lundstrom no dijo una palabra, sino que se limitó a devolver su atención a los controles.

Conrad miró el radar que indicaba la situación meteorológica y vio que cuatro borrascas en espiral convergían hasta convertirse en dos frentes de bajas presiones.

—¿Volamos hacia esa cosa?

—Vamos a deslizarnos entre el extremo de uno de los frentes y el comienzo del otro antes de que se unan —explicó Lundstrom—. McMurdo nos ha advertido de que los vientos que soplan en el extremo del primer frente no sobrepasarán los cien nudos. Después nos moveremos sobre la parte anterior del segundo frente, con vientos de cola de entre cien y ciento veinte nudos que nos empujarán hacia el hielo.

—¿Y conseguiremos hacerlo de una pieza? —Por lo que Conrad sabía, McMurdo era la mayor base estadounidense en el continente. Tenía entendido que contaba con una pista de aterrizaje enorme—. ¿Por qué no podemos aterrizar allí e intentarlo de nuevo mañana? ¿A qué viene tanta prisa?

—Nuestro pasillo se está cerrando con rapidez. —Lundstrom le dio unos golpecitos a la pantalla del radar—. Para mañana, esos dos frentes habrán convergido hasta convertirse en la madre de todas las tormentas. Ahora, vuelva a su asiento.

Conrad se sentó detrás del navegante.

—Ya está.

Lundstrom le dirigió una mirada a su copiloto. Conrad podía ver sus reflejos en el parabrisas. Al parecer, habían decidido que poco importaba que se quedara allí.

Lundstrom dijo entonces:

—Su expediente nos advirtió de que podría causar problemas. Supongo que de tal palo, tal astilla.

—No es mi verdadero padre, ni yo soy su verdadero hijo. —Al menos, eso esperaba Conrad en aquel momento. Al igual que la mayoría de los norteamericanos, sospechaba que, en algún lugar de Washington, existía una base de datos en la que había información sobre él. Lundstrom acababa de confirmarlo—. ¿O es que esa información no estaba en mi expediente?

—Junto con algunos exámenes psiquiátricos —replicó Lundstrom, que a todas luces disfrutaba de aquel pequeño interludio a costa de Conrad—. Pesadillas acerca del fin del mundo. Ningún recuerdo anterior a los cinco años. Fue un niño un tanto chiflado.

—Supongo que usted no conoció las maravillas de desayunar leche aderezada con LSD y otros alucinógenos —fue la respuesta de Conrad—. O de experimentar súbitos recuerdos del pasado cuando tenía seis años. O de patear el culo de los mocosos de las Fuerzas Aéreas que decían que estabas chiflado.

Lundstrom se quedó callado un instante, muy ocupado con los controles.

Sin embargo, ya había despertado la curiosidad de Conrad.

—¿Qué más decía mi expediente?

—Algo de la mierda que revolvió durante la primera guerra de Iraq, a principios de los noventa.

Conrad todavía seguía en la universidad por aquel entonces.

—Historia antigua.

—Eso he oído —dijo Lundstrom—. Algo relacionado con los MiG soviéticos y el zigurat de Ur.

Conrad asintió. Cuatro mil años atrás, Ur había sido la capital de Sumeria en la tierra de Abraham. En la actualidad, estaba enterrada bajo las arenas de Iraq.

—Algo parecido, sí.

—¿Parecido a qué? —La curiosidad de Lundstrom parecía auténtica. Al parecer, su expediente no incluía todos los detalles.

—Los iraquíes tenían la desagradable costumbre de construir instalaciones militares junto a tesoros arqueológicos para utilizarlos a modo de escudos

protectores —explicó Conrad—. Así que, cuando los satélites estadounidenses detectaron dos cazas MiG-21 soviéticos cerca de las ruinas del antiguo zigurat de Ur, el Pentágono llegó a la conclusión de que los iraquíes escondían los MiG en aquel lugar para evitar que los bombardearan.

Lundstrom asintió.

—Recuerdo haberlo escuchado.

—Bueno, pues también sospecharon que el propio Hussein se ocultaba dentro del zigurat —prosiguió Conrad—. De manera que les proporcioné los datos de localización que necesitaban para que lanzaran un misil Maverick sobre el lugar.

—¿Un Maverick? Eso es un destructor de búnkeres de primera generación. Me está tomando el pelo.

—Solo un Maverick podría abrirse camino hasta el terreno que se encuentra bajo la pirámide, destruirla desde dentro y hacer que pareciera un desaguisado de los iraquíes.

—¿Me está diciendo que borró de la faz de la tierra un tesoro de la humanidad solo para matar a un *despot du jour*?—El asombro de Lundstrom parecía genuino —. Menuda mierda de arqueólogo es usted.

—Precisamente el que ustedes, hermanitas de la caridad, parecen necesitar —replicó Conrad—. Así pues, ¿por qué no me dice...?

Un repentino y agudo aullido alertó a la tripulación. Lundstrom aferró los mandos con fuerza. El copiloto comprobó los indicadores.

El navegante gritó:

—Vientos laterales que oscilan entre 2,5 g y 8 g.

—Cambio radical del viento —dijo Lundstrom al tiempo que ajustaba los alerones—. Joder, están congelados. Parece que hemos dado con una corriente de chorro.

Conrad se sujetó en el asiento en cuanto el avión penetró en una fuerte turbulencia y el giroscopio comenzó a dar vueltas a lo loco.

—El giroscopio no funciona —gritó el navegante.

A lo que Lundstrom respondió también a gritos:

—Dame un punto celeste para fijar el rumbo.

El navegante se giró hacia el sextante de burbuja que sobresalía de la parte superior de la cabina, por encima de sus cabezas, e intentó determinar la posición en la que se encontraban a partir de las estrellas. Pero negó con la cabeza.

—Las nubes son demasiado densas como para extrapolar una lectura.

—¿Es que no han oído hablar del GPS? —gritó Conrad para hacerse oír por encima del ruido.

—No sirve de nada con el PEM.

¿*Pulso electromagnético*?, pensó Conrad. Ese tipo de microondas, que eran el resultado de pequeñas explosiones de origen nuclear, tenía la costumbre de anular todo el instrumental tecnológico más novedoso. Eso explicaba por qué

volaban en semejante cafetera. ¿Qué coño estaba haciendo Yeats allí abajo en el hielo?

—¿Qué pasa con el puñetero sistema de navegación Doppler? —preguntó Conrad.

—Negativo.

—Escúcheme, Lundstrom. Tenemos que pedir ayuda por radio a McMurdo. ¿A qué distancia estamos?

—No acaba de enterarse, Conrad —respondió Lundstrom—. No vamos a aterrizar en McMurdo. Nuestra zona de aterrizaje designada está en otra parte.

—Pues dondequiera que esté esa « otra parte », no vamos a llegar, Lundstrom —replicó—. Tiene que cambiar el rumbo y dirigirse a McMurdo.

—Demasiado tarde —dijo Lundstrom—. No sería seguro volver atrás. Estamos obligados a continuar.

—O deberíamos estarlo junto con Yeats y su patético grupo de Washington — fue la respuesta de Conrad.

En ese momento, el navegante gritó:

—El viento en contra aumenta vertiginosamente: ¡cien nudos! Velocidad con respecto a tierra disminuyendo a toda prisa: ¡ciento cincuenta nudos!

Los cuatro motores del avión se esforzaban por superar el viento en contra. Conrad podía percibir la resistencia en las vibraciones que sacudían el suelo bajo sus pies. La turbulencia ascendía por sus piernas como si de una espiral de energía descontrolada se tratase, hasta que tuvo la sensación de que se le fundían las entrañas. Para ser un hombre muerto, se sentía muy vivo y quería seguir de esa manera.

—Mantenga este cacharro en el aire y comenzaremos a volar hacia atrás — gruñó.

—Viento en contra de ciento setenta nudos —gritó el navegante—. ¡Doscientos! ¡Doscientos veinticinco!

Lundstrom permaneció en silencio un instante y pareció considerar una estrategia alternativa.

—Corta los motores uno y cuatro y pon sus hélices en bandera.

—Recibido —respondió el navegante, que apagó los dos motores.

—La velocidad con respecto a tierra sigue descendiendo —comunicó el navegante, que parecía desesperado—. Casi hemos agotado el combustible.

Conrad propuso entonces:

—¿Qué tal un aterrizaje de emergencia sobre el hielo?

—Es posible —respondió Lundstrom—. Pero este pájaro tiene ruedas, no esquíes.

—¡Pues que aterrice sobre la panza! —gritó Conrad.

—Negativo —fue la respuesta de Lundstrom—. Con un terreno tan escarpado, lo más probable es que acabáramos estrellándonos contra un iceberg.

Otra ráfaga de viento lateral los sacudió con tanta fuerza que Conrad temió que el avión se diera la vuelta y cayera en picado sobre el hielo. De alguna forma, el piloto consiguió mantenerlo en el aire.

—Tiene que hacer algo —gritó Conrad—. ¡Deshágase de la carga!

—El general Yeats preferiría deshacerse de nosotros antes de llegar a ese extremo.

—Tenemos que pedir ayuda por radio.

—Negativo. Hay un corte de radio. No funciona.

Conrad no lo creyó.

—Y una mierda. Ésta es una operación secreta. No hay corte de radio que valga. Yeats quiere que nadie se entere de esto. —Conrad se sentó tras la radio e intentó ponerse unos cascos, pero las sacudidas le dificultaron la labor.

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó Lundstrom.

Conrad consiguió ajustarse los cascos.

—Pidiendo ayuda.

Conrad escuchó un *clic* junto a su oreja, pero no provenía de los cascos. Era el sonido que hacía un arma corta cuando la bala entraba en la recámara. Se volvió para descubrir que Lundstrom le apuntaba a la cabeza con una automática, una brillante Glock de 9 mm. Conrad la reconoció como su propia pistola, de la que lo habían despojado cuando se subió a aquel helicóptero en Perú.

—Mueva el culo hasta su asiento, doctor Conrad.

—Ya estoy en mi asiento. —Conrad accionó el interruptor de la radio. Se escuchó un zumbido bajo—. No puede matarme. Me necesita, Lundstrom. Solo Dios sabe por qué, pero me necesita. Y será mejor que aparte mi pistola. No sería la primera vez que se dispara de modo accidental. Si este viajecito se vuelve más movido, bien podría fallar el tiro y hacer un agujero en el parabrisas.

Lundstrom miró hacia el amenazador cielo.

—Maldito sea, Conrad.

Conrad se inclinó sobre el micrófono de la radio, muy consciente del cañón de la pistola que oscilaba detrás de su cabeza mientras ajustaba la frecuencia.

—¿Cuál es nuestro nombre en clave y frecuencia?

Lundstrom dudó un instante. Pero justo en ese momento, una fuerte sacudida estuvo a punto de hacerlo saltar de su asiento. Lundstrom bajó la pistola cuando la turbulencia sacudió la cabina.

—Somos seis-nueve-seis —gritó Lundstrom al tiempo que se estiraba para ajustar la frecuencia.

Conrad activó el micrófono de la radio.

—Aquí seis-nueve-seis. Solicitamos ayuda urgente. —No hubo respuesta alguna—. Aquí seis-nueve-seis —repitió—. Solicitamos ayuda urgente.

Una vez más, no recibió respuesta.

—¡Allí! —gritó el navegante—. ¡La Base Glacial Orión!

—¿Base Glacial Orión? —repitió Conrad.

La niebla se despejó por un segundo, lo que les permitió ver el páramo que se extendía bajo ellos. Ante Conrad se alzaron unas montañas que sobresalían del hielo y que se extendían hacia el horizonte, hasta donde abarcaba la vista. Por las laderas, llenas de salientes irregulares, una nieve semejante a nata montada descendía hasta el fondo de un gran valle marcado por una grieta oscura en el hielo, con forma de media luna. Situado en la parte cóncava de la grieta se hallaba un asentamiento humano de cúpulas, tiendas y torres. Conrad pudo atisbarlo antes de que la niebla volviera a tragárselo.

—¿Hemos llegado? —preguntó.

Lundstrom asintió.

—En caso de que podamos encontrar la pista.

—¿La pista? —inquirió Conrad justo cuando otra sacudida estuvo a punto de arrojarlo de su asiento. Si no se hubiera puesto el cinturón de seguridad, comprendió, su cabeza formaría parte del panel de control en esos momentos.

—La pista de aterrizaje —explicó Lundstrom—. Abierta en el hielo con excavadoras.

—¿Vamos a intentar un aterrizaje a ciegas? —Conrad se quedó mirando los remolinos de nieve que danzaban al otro lado del parabrisas de la cabina. Las luces estroboscópicas y los focos de posición no servían de nada en medio de semejante tormenta. Con el cielo cubierto, no se podían distinguir sombras ni horizontes. Y sobrevolar una superficie blanca uniforme hacía imposible juzgar la altura y la distancia. Incluso los pájaros caían a la nieve—. Estáis completamente locos.

La radio chasqueó.

—Seis-nueve-seis, aquí torre —dijo una voz brusca y monótona—. Repita. Torre llamando a seis-nueve-seis.

—Aquí seis-nueve-seis —respondió Lundstrom, que se apoderó del micrófono—. Adelante, torre.

El controlador al otro lado de la línea dijo:

—Vientos cruzados de quince nudos y ráfagas de cuarenta nudos. Visibilidad cero-cero.

Conrad se dio cuenta de que Lundstrom hacía cálculos y sopesaba si debía aventurarse o quedarse a la espera y rezar para que se produjera un milagro.

—El viento cruzado es infernal y las ráfagas alcanzan los sesenta nudos, señor —gritó el navegante.

Conrad recuperó el micrófono.

—Intentar que esta cafetera aterrice en un cubito de hielo gigante es algo suicida, y lo saben.

—Equipos de rescate preparados —dijo el controlador—. Cambio.

Conrad clavó la vista en la niebla al tiempo que Lundstrom los llevaba hasta

ella. La visibilidad era nula en medio de la neblina y la tormenta de nieve. De repente, la cortina volvió a abrirse y una hilera de barriles de acero negro apareció justo delante de ellos. La propia pista estaba marcada con señales de luces incandescentes.

—Volamos demasiado bajo —dijo.

—Vamos a comenzar el descenso —ordenó Lundstrom.

El copiloto redujo el flujo de combustible con suavidad, con el fin de no perder la sincronización de los motores.

La radio cobró vida de nuevo.

—Comiencen la maniobra de aterrizaje a la señal de «ahora» —indicó el controlador.

—Recibido.

—Se encuentran en la curva de descenso.

—Recibido —repitió Lundstrom cuando una sacudida descorazonadora hizo temblar el avión del morro a la cola.

Conrad apretó las cintas del arnés de su asiento y contuvo el aliento.

—Se encuentran por debajo de la curva de descenso —advirtió el controlador—. Disminuya la velocidad de descenso y vire dos grados a la izquierda.

—Recibido. —Lundstrom movió con mucho cuidado la columna de dirección y Conrad pudo sentir cómo el C-141 se nivelaba.

—Se encuentran de nuevo en la curva de descenso —dijo el controlador—. Tres kilómetros para tocar tierra...

Conrad seguía sin ver nada a través del parabrisas, aparte de una cortina blanca.

—... Un kilómetro para tocar tierra... Quinientos metros para el aterrizaje... Doscientos cincuenta metros... Aterrizaje...

Conrad y Lundstrom intercambiaron una mirada. Seguían en el aire.

—¿Torre? —preguntó Lundstrom.

Le contestó un silencio que les pareció eterno y que fue seguido de un crujido ensordecedor. Los soldados cayeron los unos sobre los otros como piezas de dominó para luego colgar, inertes, de sus asientos. Las cintas de sujeción de la parte posterior se soltaron y la carga se desplazó hacia delante.

Conrad escuchó el crujido y volvió la vista para encontrarse con que los contenedores metálicos avanzaban por la cabina principal en dirección a la del piloto. Se agachó cuando algo le rozó la oreja y golpeó a Lundstrom en la cabeza, haciendo que el cráneo del piloto se estampara contra el panel de mandos.

Conrad trataba de alcanzar la columna de dirección en el momento en que un bloque de hielo hacía añicos el parabrisas y la oscuridad lo engullía todo.

Veintitrés días y siete horas después del Descubrimiento

Fue el pitido intermitente del indicador de posición del C-141 lo que hizo que Conrad saliera de la inconsciencia. Parpadeó varias veces y, cuando abrió los ojos, vio un remolino de nieve. Poco a poco, la imagen comenzó a enfocarse. A través del maltrecho fuselaje vio las distintas piezas del avión esparcidas sobre el manto de hielo.

Echó un rápido vistazo a Lundstrom. Los ojos del piloto estaban abiertos de par en par con una expresión horrorizada, y en sus labios se había quedado congelado para toda la eternidad un silencioso grito. Conrad vio que del cráneo del hombre sobresalía un trozo de metal. Debía de haber muerto cuando se produjo el impacto.

Tragó saliva con fuerza y respiró hondo. El aire de la Antártida pareció entrar en tromba en sus pulmones para congelarlos. Se sentía mareado y aturdido. *Esto no va bien, se dijo, nada bien.* Su temperatura interna estaba descendiendo. No tardaría mucho en sufrir una hipotermia; su corazón se detendría a menos que hiciera algo en ese mismo instante.

Forcejeó para quitarse el cinturón de seguridad, pero le resultaba imposible mover los dedos. Cuando miró hacia abajo, vio que tenía la mano derecha congelada sobre el asiento. Sabía que eso significaba que los vasos sanguíneos se habían contraído y que el tejido estaba muriendo poco a poco.

Echó un vistazo a la cabina del avión, intentando mantener el pánico a raya. Utilizó su entumecida mano izquierda, que aún estaba protegida por el guante, para coger el termo que había quedado atrapado tras el cadáver de Lundstrom. Logró abrirlo, no sin esfuerzo, y vertió el café caliente sobre la mano derecha. Una nube de vapor se alzó al instante y se escuchó un siseo cuando la despegó del asiento. Se miró la palma chamuscada. Estaba roja y llena de ampollas, pero el entumecimiento provocado por el frío le impedía sentir cualquier dolor.

Se arrastró hasta el copiloto y acercó una oreja a los labios del hombre. Respiraba, aunque de forma casi imperceptible. Lo mismo sucedía con el navegante. Desde la parte de atrás le llegaban los gemidos de dolor de los

miembros de la unidad.

Cogió el transmisor.

—Aquí seis-nueve-seis —logró pronunciar a duras penas, inclinándose sobre el micrófono—. Necesitamos ayuda urgente.

No obtuvo respuesta. Cambió la frecuencia.

—Aquí seis-nueve-seis, cabrones —repitió.

Ninguna de las frecuencias utilizadas pareció dar resultado. Tras unos cuantos minutos de chasquidos, el transmisor quedó en silencio.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que nadie lo escuchaba.

Se abrió paso entre los restos de la cabina con el fin de localizar una radio de emergencia, si bien no pudo encontrar ninguna. Sin lugar a dudas, tendría que haber una baliza; una radiobaliza que indicara la posición de emergencia. Sin embargo, era posible que Lundstrom y su equipo no quisieran que los encontraran si llegaba a producirse un accidente en un caso como éste.

Lo único que descubrió fue una bengala y, para colmo, en su propio equipaje. Muy útil, sin duda...

Vaya una forma más patética de morir, pensó mientras contemplaba la bengala que tenía en la mano. *Sobrevives a un accidente aéreo para convertirte en un bloque de hielo*. Dios, cómo odiaba el frío. De niño no había conocido otra cosa, y lo último que deseaba era morir en la nieve. Porque eso significaría que no se había alejado de su casa tanto como una vez soñara. Y porque jamás se reconciliaría con su padre.

Una bonita ironía, ¿verdad?, pensó mientras comprobaba la temperatura en su reloj multifunción. El termómetro digital marcaba 31° C bajo cero. Claro que eso fue hasta que le dio por echarle otro vistazo y se dio cuenta de que no había visto bien los dígitos: 87° C bajo cero...

Se desplomó sobre el suelo, junto al resto de la tripulación, y empezó a sentir que le pesaban los párpados. Luchó para mantenerse despierto, pero resultó ser una batalla perdida. Estaba a punto de caer en la inconsciencia cuando, de improviso, el avión comenzó a agitarse y creyó escuchar el ladrido de un perro.

Abrió los ojos, se arrastró como pudo hasta su mochila y consiguió colgársela en uno de los hombros. Acto seguido, buscó la bengala con movimientos lentos, se deslizó por un agujero abierto en el fuselaje y cayó al hielo.

El golpe agudizó sus sentidos.

Consiguió ponerse en pie y contempló la yerma planicie helada. No había nada que ver. En todo caso, que la nieve caía con más fuerza que nunca. Y, justo entonces, surgió un enorme vehículo de entre la niebla.

Parecía uno de esos grandes Hagglunds suecos. Las dos cabinas de fibra de vidrio estaban unidas y se alzaban sobre orugas neumáticas que dejaban un rastro de marcas cuadradas sobre la nieve.

Conrad se apresuró a partir la bengala para encenderla y comenzó a agitar

los brazos. Los sentía pesados y apenas notaba lo que sostenía en la mano.

Los Hagglands se detuvieron frente a él. La puerta de la cabina delantera se abrió y un *husky* de Alaska saltó al suelo y pasó corriendo a su lado, camino de los restos del avión estrellado. Al instante, escuchó un sonido metálico y vio las botas blancas de una enorme figura que emergía del vehículo y descendía los peldaños de la escalerilla hasta el suelo.

Conrad supo que era su padre en cuanto vio los movimientos precisos y medidos, por no hablar de la imponente altura. Yeats se acercaba a él, embutido y rígido dentro del traje térmico de color blanco, con unas gafas protectoras que tenían manchas grises en la parte inferior para reducir el molesto brillo de la nieve. Sus botas se hundían en la superficie con cada una de sus poderosas zancadas.

—Infringiste mis órdenes de no utilizar el radio, hijo. —Yeats se detuvo delante de él como si se tratara de una estatua, mientras los copos de nieve caían a su alrededor—. Has delatado nuestra posición.

—Yo también me alegro de volver a verte, papá.

Yeats le quitó la bengala de la mano, la arrojó sobre la nieve y la aplastó bajo una de sus botas.

—Ya has atraído suficiente atención.

La furia se alzó en el interior de Conrad con la fuerza de un géiser. Furia que iba dirigida contra su padre y contra sí mismo por permitir que Yeats retrocediera en el tiempo y lo arrastrara de nuevo a su gélido infierno personal.

—Lundstrom está muerto, al igual que la mitad de tus hombres —dijo, señalando el avión con la mano congelada.

Yeats habló por su radio:

—Equipos B y R —gruñó el general—. Salvad lo que podáis del compartimento de carga antes de que la tormenta nos entierre vivos.

Conrad miró por encima del hombro los restos del avión, y a los hombres que no tardarían en ser olvidados bajo la implacable nieve. El perro salió del amasijo de hierros con un reloj de pulsera en la boca. Tenía el hocico salpicado de sangre congelada. Pasó rozando la pierna de Conrad, que lo siguió con la vista mientras el animal corría hacia el Hagglands.

—¡*Nimrod!* —gritó Yeats al animal, que hizo caso omiso de su llamada y comenzó a arañar la puerta de la cabina delantera.

—*Nimrod* es el único de los presentes que parece tener cerebro. —Conrad se encaminó hacia la puerta de la cabina, y se disponía a abrirla cuando Yeats se lo impidió estirando un brazo por delante de él.

—¿Adonde crees que vas? —exigió saber Yeats.

Conrad abrió la congelada puerta del vehículo y dejó que *Nimrod* lo precediera al cálido interior de la cabina.

—No te mees en los pantalones, papá. Con este frío, se te podría caer algo...

Conrad se echó un vistazo a la mano vendada mientras seguía a Yeats por el aislado pasillo del interior de la misteriosa Base Glacial Orión. Uno de los médicos de la enfermería le había vendado la mano lo mejor posible. No obstante, en esos momentos se estaba descongelando y dolía como mil demonios.

A través de los altavoces ocultos se escuchaba música clásica. Solo una delgada pared de poliestireno los separaba de la furiosa tormenta que rugía en el exterior. Veinte centímetros y lo que parecían los débiles acordes de la *Sinfonía n.º 25 en sol menor*.

—Mozart —dijo Yeats—. Algunos experimentos de lo más gilipollas demostraron que la música clásica tiene un efecto positivo sobre el sistema cardiovascular. Dentro de diez años será el *blues*, el *rap* o cualquier cosa que emocione a esos capullos.

Atravesaron otro compartimento estanco que conducía a un nuevo módulo y Conrad se vio invadido por una especie de vértigo. La mitad superior del módulo era idéntica a la mitad inferior y el techo estaba cubierto por paneles de instrumentos, interruptores de circuitos, marcadores de temperatura y dosímetros. Los relojes del panel, al igual que el que Yeats llevaba en la muñeca, marcaban la hora por la que se regían todos: la hora de Houston.

Conrad no tardó en distinguir las marcas de la NASA por todos lados y, de repente, comprendió que la Base Glacial Orión jamás estuvo destinada a establecerse en la Tierra. Debieron de diseñarla para ser una estación espacial en órbita o una colonia en uno de los casquetes polares de Marte, donde el hielo podía derretirse para obtener agua y hacer funcionar el soporte vital.

—¿Qué cojones has construido aquí? —preguntó.

—Bienvenido al asentamiento humano más inaccesible de todo el planeta, hijo.

Tras doblar una esquina, Conrad siguió a su padre a lo largo de otro interminable pasillo. Se escuchaba una especie de zumbido que quedaba apagado por la música. Y, de cuando en cuando, toda la base parecía agitarse a causa de un temblor, como si acabara de pasar un tren de mercancías.

—Tenemos un centro de mando, un módulo para la reproducción de diferentes ecosistemas, un centro de comunicaciones vía satélite, un laboratorio astrofísico y un observatorio, así como varios módulos para el procesamiento de materiales, sensores remotos e investigación médica —enumeró Yeats.

—Te olvidas del equipo de perforación —comentó Conrad—. Eso explicaría los temblores.

Yeats fingió no haberlo escuchado y señaló en la dirección opuesta.

—Los calabozos están por allí.

Toda la base es un calabozo, pensó Conrad mientras observaba un túnel

descendente que acababa en otro compartimento estanco sellado.

—¿Y para qué ibas a encerrar a alguien? ¿Es que hay algún lugar adonde escapar?

—Las condiciones extremas de este lugar tienen fama de hacer que la gente sobrepase todos los límites —explicó Yeats.

Conrad miró a su padre.

—¿Eso es lo que te sucedió a ti?

Yeats se detuvo y se giró con brusquedad frente a una puerta donde rezaba: «SOLO PERSONAL AUTORIZADO». Como si hubiera alguien en los alrededores que pudiera violar las medidas de seguridad...

—Acompáñame al interior, hijo —lo invitó Yeats mientras colocaba la mano sobre la barra que bloqueaba la puerta—, y tal vez tú mismo acabes por sobrepasar tus propios límites.

Dentro de un cavernoso laboratorio, y emplazada sobre una plataforma, se encontraba una pirámide de unos tres metros de altura. Era una pieza sólida de piedra con una especie de brillo rojizo y cuyas caras estaban rodeadas por cuatro surcos o anillos. Éstos comenzaban en la mitad de las caras y se iban acercando unos a otros a medida que ascendían hasta el vértice.

Conrad dejó escapar un silbido.

—Los satélites del Pentágono descubrieron una mancha oscura bajo el hielo poco después del último gran terremoto de hace unas cuantas semanas —explicó Yeats—. Se envió un equipo de reconocimiento, pero no encontraron nada que pudieran seguir investigando. La mancha anómala parecía ser invisible para los sondeos con ondas electromagnéticas. Entonces fue cuando comenzamos a excavar. Nos topamos con la roca a un kilómetro y medio bajo la capa de hielo. A todas luces, esto no es una formación rocosa natural.

No, no lo era, pensó Conrad, presa de una creciente agitación que se intensificaba a medida que estudiaba la piedra. La postura oficial del Departamento de Estado de los Estados Unidos defendía que ningún ser humano había puesto un pie en la Antártida antes del siglo XIX. No obstante, esa roca era al menos tan antigua como el hielo que la había cubierto: doce mil años de antigüedad. Lo que sugería, sin lugar a dudas, la existencia de los restos de una civilización dos veces más antigua que la sumeria, la civilización más antigua de la Tierra.

Pasó la mano por la lisa superficie de la piedra e introdujo un dedo en uno de los extraños surcos. Ese hallazgo podría ser la primera evidencia de la Cultura Madre que llevaba buscando toda la vida, pensó a punto de echarse a temblar.

—¿Dónde está el resto? —preguntó.

Yeats parecía estar ocultando algo.

—¿El resto de qué?

—De la pirámide —contestó Conrad—. Esto no es más que la piedra *benben*.

—¿La piedra *benben*?

Definitivamente, Yeats se estaba haciendo el tonto, ansioso por comprobar si todo lo que había invertido en su hijo había merecido la pena. A Conrad no le importaba cantar para poder pagarse la cena, pero no estaba dispuesto a conformarse con las migajas.

—Un símbolo utilizado en el Antiguo Egipto para representar al pájaro *bennu*: el fénix —explicó Conrad—. Representa el nacimiento y la inmortalidad. Es el vértice de la pirámide o piramidión.

—¿Ya habías visto alguno antes?

—No —contestó Conrad—. Ninguna de las grandes pirámides del mundo lo conserva. Sabemos de su existencia gracias a los textos antiguos. Eran copias de las desaparecidas piedras *benben*, las cuales se creía que habían caído del cielo.

—Como un meteorito —finalizó Yeats, que no apartaba la vista de la roca.

Conrad asintió con la cabeza.

—Pero un piramidión de este tamaño indica que la pirámide que había bajo él debía de ser enorme.

—De un kilómetro y medio de altura y más de tres kilómetros de ancho.

Conrad miró a su padre fijamente.

—Diez veces el tamaño de la Gran Pirámide de Giza.

—Once veces, para ser más exactos —lo corrigió Yeats. Su padre había hecho bien los deberes—. Más grande que el Pentágono. Y mucho más avanzada. Su superficie es bastante más lisa que la de un bombardero invisible, lo que explicaría por qué resultaba ilocalizable para los rastreos con ondas electromagnéticas. Esos surcos del vértice son la única marca distintiva externa de la P4. Además de su impresionante tamaño, por supuesto.

Conrad volvió a tocar el piramidión, todavía reacio a creer que hubiera existido una civilización en la Tierra en una época tan temprana, y mucho más avanzada de lo que incluso él había imaginado con anterioridad.

—P4 —repitió. Ése era el nombre con el que la habían bautizado. Un diminutivo de «Pirámide de los cuatro anillos». Tenía sentido—. Y tiene, al menos, doce mil años de antigüedad.

A lo que Yeats contestó:

—Si es tan antigua como este piramidión, tiene al menos seis mil millones de años, hijo.

—¿Seis mil millones? —repitió Conrad—. Eso es imposible. La Tierra solo tiene cuatro mil quinientos millones de años. ¿Me estás diciendo que la P4 es más antigua que nuestro planeta?

—Así es —aseguró Yeats—. Y está justo bajo nuestros pies.

Veinticuatro días y quince horas después del Descubrimiento

Yeats distinguía los débiles acordes de Mozart que sonaban bajo el zumbido de los aparatos del sistema de ventilación que introducía el aire en su compartimiento, mientras observaba cómo Conrad analizaba los datos provenientes de la P4 en su computador portátil.

Con una taza de café caliente en la mano vendada, Conrad sacudió la cabeza.

—Nunca cambiarás, ¿verdad, papá?

Yeats se tensó.

—¿Y eso qué significa?

—Nunca me enseñaste a volar una cometa ni a lanzar una bola rápida cuando era niño —explicó Conrad—. No, tuve que aprender esa clase de cosas por mi cuenta. Contigo siempre eran cosas del tipo « ¿qué te parece el diseño de este sistema de armamento, hijo? », o « ¿desde dónde te gustaría ver el lanzamiento de mi nuevo satélite espía? ». Y cada vez que te veo, en cualquier lugar de este appestoso planeta, siempre es en el mismo escenario. Siempre es en una base militar. Siempre oscura. Siempre fría. Siempre con nieve.

Yeats echó un vistazo a través de la ventana para observar la tormenta que rugía en el exterior. El temporal era tan intenso que ya ni siquiera podía ver la garganta de hielo. Lo que había quedado del C-141 ya estaría más que enterrado. Se sentía aliviado por el hecho de que Conrad hubiera sobrevivido al impacto, y también se alegraba de verlo. No obstante, era evidente que Conrad no sentía lo mismo, y eso le dolía.

—Tal vez sea algo inherente a mi persona. —Yeats se sirvió un tercer trago de *whisky* y señaló el portátil con la cabeza—. Sea como sea, la prueba del carbono 14 parece concluyente.

—Solo en el caso del piramidión —comenzó Conrad justo cuando una nueva oleada de temblores, parecidos a los que provocaba el paso de un tren, sacudió la estancia.

—Ése lo hemos provocado nosotros —dijo Yeats, que hizo referencia así a la excavación que se llevaba a cabo en el fondo del abismo para limpiar el hielo

que rodeaba la P4—. Distinguirás el temblor de verdad cuando lo sientas.

—¿Y tú crees que es la P4 la que provoca los terremotos?

—Tú eres el genio, hijo; dímelo tú.

Conrad dio un sorbo al café e hizo una mueca.

—¿Qué coño es esto? ¿Diesel fermentado?

—Es por el agua. La base se abastece de nieve fundida. La comida a base de soja es todavía peor.

Conrad dejó el café a un lado.

—El simple hecho de que el piramidión de la P4 tenga, supuestamente, una antigüedad de seis mil millones de años no significa que el resto de la pirámide sea tan antigua, ni que la construyeran los alienígenas.

—¿Quién ha dicho nada de alienígenas? —Yeats intentó que su expresión no revelara nada, pero Conrad iba muy por delante de él.

—Los meteoritos no han dejado de bombardear la Tierra desde la formación del planeta. Un ejemplo sería ese pedrusco de Marte de cuatro mil quinientos millones de años que encontraron aquí mismo, en la Antártida, hace unos cuantos años —continuó Conrad—. Los seres humanos pudieron encontrar un meteorito miles de millones de años después y elaborar un piramidión con él.

Yeats se bebió de un trago su Jack Daniel's.

—Si con eso te sientes mejor...

—Desde luego, alguien tuvo que construir la P4 —dijo Conrad—. Y lo hicieron mucho tiempo antes de que el hielo cubriera la Antártida o de la existencia de cualquier civilización conocida. Fueran quienes fuesen los constructores de la P4, se trataba de una civilización avanzada, puede que incluso más avanzada que nosotros mismos.

Yeats asintió con la cabeza.

—Lo que significa que quienquiera que consiga acceso a su tecnología podría alterar, al menos teóricamente, el equilibrio de poder en el mundo.

—¿Sigues con esa paranoia de la fuerza asimétrica? —preguntó Conrad—. No me extraña que estés dispuesto a arriesgar vidas humanas y a romper los tratados internacionales para levantar una base militar en la Antártida.

Yeats hizo una pausa.

—Querrás decir la Atlántida, ¿no?

—¿La Atlántida? ¿Crees que hay una ciudad ahí abajo?

Yeats asintió.

—Por lo que sabemos, la P4 no es más que la punta del iceberg, si me permites la expresión.

—La Atlántida no es más que un nombre, un mito —replicó Conrad—. Tal vez esa leyenda se base en lo que crees que has encontrado. Pero tal vez no. Tal vez sea la Cultura Madre, perdida desde hace tanto tiempo. O tal vez no. Requeriría décadas de investigación llevar a cabo una excavación como es

debido tan solo en la P4.

Eso era típico de Conrad, pensó Yeats. ¿Acaso no era bastante realizar el mayor descubrimiento desde el hallazgo del Nuevo Mundo? No, Conrad tenía que estar «seguro»; Dios no permitiera que fuera otro Colón, que acabó descubriendo algo que siempre había estado allí.

—No contamos con décadas, hijo —explicó Yeats—. Tenemos días. He visto uno de tus programas especiales de televisión, y dejaste muy claro que la Antártida era la Atlántida.

Yeats pulsó un icono de la pantalla y se abrió una ventana con el anuncio promocional de *Antiguos enigmas*. Yeats miró a Conrad y este compuso una mueca, avergonzado.

—La Atlántida —anunció la voz de barítono del locutor—. La antigua ciudad de increíbles riquezas y ejércitos que el filósofo griego Platón describió en sus *Diálogos*, allá por el siglo IV a. C. Una civilización que fue tragada al completo por las aguas en tan solo un día. Los supervivientes buscaron refugio por todo el mundo y construyeron las pirámides de Egipto, los zigurats de Suramérica y otros restos arqueológicos de origen desconocido. Venga a explorarlo desconocido con nuestro astroarqueólogo, el doctor Conrad Yeats.

Yeats cortó en ese momento.

—¿Y bien?

—Lo que dije fue que la Antártida es el único lugar del mundo que se ajusta palabra por palabra a la descripción que Platón hace de la Atlántida —matizó Conrad—. Nunca dije que de verdad creyera que la historia de Platón fuese cierta. Recuerda, papá, que en el mundo académico es cuestión de publicar o morir, y que solo las ideas más peregrinas reciben atención.

Yeats frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que Platón es un mentiroso?

Conrad se encogió de hombros.

—Platón no era más que un idealista que se inventó un paraíso perfecto, la Atlántida, que cumpliera todos sus deseos.

A Yeats lo decepcionó la respuesta evasiva de Conrad y entrecerró los ojos.

—Por el contrario, tú careces de todo ideal.

—Todo arqueólogo tiene su propio emplazamiento para la Atlántida —replicó Conrad—. La mayoría cree que se trata de la isla de Thira, en el Mar Mediterráneo, que fue engullida por el agua después de que su volcán entrara en erupción. Eso sucedió novecientos años antes de que Platón escribiera su historia sobre la Atlántida. Otros la sitúan en el Atlántico Norte o en Troya, en Turquía, una ciudad que también se consideraba legendaria hasta que aparecieron sus ruinas hace poco. Y también están los que sugieren que la Atlántida era el continente americano y que la ciudad perdida podría encontrarse en cualquier lugar, ya sea bajo el lago Titicaca o bajo Los Ángeles.

Al escuchar eso, Yeats comentó:

—Pero ninguno de esos lugares se parece en nada a esa civilización de tecnología avanzada que, según Platón, fue destruida hace casi doce mil años.

—Cierto.

—Por lo que esto que tenemos podría tratarse, en efecto, de la Atlántida.

—Podría, sí. —Conrad se encogió de hombros—. Mira, lo único que digo es que si lanzas un dardo contra un mapamundi, acertarás en algún lugar donde alguien ubica la Atlántida —dijo Conrad—. Es más, si te parecieras al productor de mi programa, incluso podrías lanzar los dardos a cualquier parte del sistema solar en una carta celeste. Las posibilidades son infinitas. No puedo sacar ninguna conclusión hasta que entre en la P4.

—No puedo prometerte que llegues a entrar, hijo —le advirtió Yeats—. Al menos, no de momento. Se trata de una operación militar. Si tienes una teoría acerca de la P4, suéltala de una vez o guárdatela.

—De acuerdo. Entonces cogeré el siguiente vuelo y me iré a casa.

—Maldita sea, Conrad. —Yeats golpeó la mesa con el puño—. No vas a irte a ningún sitio. Y si de verdad quieres entrar en la P4, será mejor que me digas algo que no sepa ya a estas alturas.

Conrad se puso en pie y se acercó a la ventana. Por un terrible instante, Yeats creyó que Conrad iba a coger una de las sillas de metal para estrellarla contra el cristal reforzado. Sin embargo, se limitó a mirar por la ventana mientras el viento aullaba en el exterior. El hombre había aprendido a dominar la rabia que lo había consumido cuando era niño.

—Muy bien, en ese caso, allá va —dijo Conrad sin darse la vuelta—. La más verosímil de mis suposiciones es que la P4 no es sino el modelo original en el que se basó la Gran Pirámide de Giza, pero a una escala mucho mayor. En otras palabras: la P4 es el monumento original y la Gran Pirámide que construyó Keops es una replica de inferior calidad.

—¿La más verosímil de tus suposiciones? —repitió Yeats—. No puedo guiarme por tus instintos, hijo.

—Es mucho más que eso —replicó Conrad—. Tus propios datos indican que la base está alineada con los cuatro puntos cardinales: norte, sur, este y oeste. También tiene una inclinación de cincuenta y un grados y cincuenta y dos minutos, exactamente igual que la Gran Pirámide. Y dado que conozco la Gran Pirámide, y de primera mano además, puedo realizar algunas suposiciones bien fundamentadas acerca de la P4.

Yeats dejó escapar el aliento.

—¿Como cuáles?

—Como que la P4 es una representación del Hemisferio Sur de la Tierra.

—Por lo que la Gran Pirámide de Egipto sería una representación del Hemisferio Norte —concluyó Yeats—. Ya lo capto. Pero ¿qué pasa con eso?

Conrad se acercó de nuevo al escritorio y pulsó unas cuantas teclas en su portátil.

—El hemisferio queda representado en una superficie plana, la misma técnica que se usa en cartografía. —Giró el portátil para que Yeats pudiera ver el gráfico de la pantalla. Parecía una cruz gamada—. Ésta sería la pirámide si la representáramos desde arriba. El vértice representa el Polo Sur, mientras que el perímetro representa el Ecuador.

—Continúa.

—Ésa es la razón de que el perímetro tenga una relación de dos pi (2π) con respecto a la altura —explicó Conrad—. De esa manera, la P4 representaría el Hemisferio Sur en una escala 1:43 200.

—¿Representa el Hemisferio Sur con relación a qué? —preguntó Yeats.

—Al cielo —respondió Conrad—. Los antiguos asociaban ciertos significados a según qué constelaciones. Una vez haya determinado el equivalente celeste de la pirámide en el firmamento, tendremos una idea más clara de cuál es su función.

—¿Función? —repitió Yeats—. Es una tumba, ¿no?

—Las pirámides en sí nunca fueron diseñadas para servir como lugares de enterramiento, aunque sí es cierto que se usaron con ese fin alguna que otra vez —explicó Conrad—. El propósito último de las pirámides estaba relacionado con la búsqueda de la inmortalidad que llevaban a cabo los antiguos reyes. Para obtener la vida eterna, el Rey tenía que participar en el descubrimiento de una revelación que desvelaría el misterio del «Tiempo Primordial».

—¿El Tiempo Primordial? —Yeats lo miró de hito en hito—. ¿Qué es eso?

—Es el secreto de la creación —explicó Conrad—. La forma en que se creó el universo, cómo llegamos hasta aquí, hacia dónde vamos.

—¿Hacia dónde vamos? ¿Cómo cojones iban a saber eso los constructores de la P4?

—Los antiguos creían que el calendario cósmico volvía a su posición original cada veintiséis mil años, más o menos —dijo Conrad—. Cada periodo de tiempo termina con algún tipo de cataclismo que da lugar a una nueva creación o a otra era. Los supervivientes de semejante suceso de extinción global querían, como es lógico, advertir a las generaciones futuras.

—¿De manera que este secreto se remonta hasta los tiempos del Génesis?

—A una época muy anterior al Génesis —lo corrigió Conrad—. De acuerdo con las leyendas mayas y aztecas, ha habido al menos cinco Soles o Creaciones. Supuestamente, vivimos en la era del Quinto Sol.

—¿Qué le sucedió al Cuarto Sol? —exigió saber Yeats.

—Pues, según los antiguos, fue destruido por el Diluvio Universal —explicó Conrad—. Basándome en los cuatro anillos que hemos encontrado en el piramidión, calculo que la P4 se construyó en los albores del Cuarto Sol, justo

después de la destrucción del Tercero, momento en el que el Génesis que aparece en la Biblia narra la creación de los cielos y la tierra a manos de Dios.

—Acabas de decirme que la P4 se remonta bastante más atrás que todo eso.

—Porque espero poder encontrar dentro de la pirámide todo un depositario de conocimientos sobre los tres Soles previos —dijo Conrad—. Puede que incluso guarde en su interior el secreto del Tiempo Primordial, algo mucho más antiguo que el universo conocido.

Yeats comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación, incapaz de contener su nerviosismo. El dolor de la pierna lo estaba matando, pero no le importaba.

—¿Estás seguro?

—No podré estarlo hasta que entre. —El rostro de Conrad se ensombreció—. Sin embargo, es lógico asumir que, además de cualquier otra cosa que descubramos ahí abajo, la P4 esconde un legado de conocimiento tan vasto como el nuestro.

—Razón por la que debemos entrar nosotros en primer lugar —concluyó Yeats—. Porque no pasará mucho tiempo antes de que tengamos compañía.

En ese momento, Conrad preguntó:

—¿Habéis encontrado ya la entrada?

—Tengo trabajando a un equipo de excavación en una plataforma emplazada en la cima de la P4 —dijo Yeats—. La cúspide de la pirámide sobresale del fondo del abismo unos cuatro metros y medio, como la punta de un iceberg. El personal está excavando un agujero hacia la base en la cara oriental. Ahí es donde la simulación por computador nos dice que encontraremos la entrada. Estamos a medio camino.

—Estáis excavando en el lugar equivocado —dijo Conrad.

Yeats inspiró con fuerza.

—Está bien, entonces dime dónde debería estar haciéndolo.

—En la cara norte o en la sur, aunque con la P4, me inclino más hacia la primera —comentó Conrad—. A algo menos de un kilómetro, el equipo de excavación debería encontrar la entrada hacia un largo pasadizo vertical que nos conduciría al mismo núcleo de la P4.

—¿Debería? —gruñó Yeats—. ¿De verdad esperas que paralice a mi equipo para seguir una de tus corazonadas?

—Escúchame. Si la P4 es en verdad el modelo original en el que se basaron para construir la Gran Pirámide, sospecho que encontraremos dos pasadizos verticales que partirían del centro de la pirámide hacia el exterior de las caras norte y sur. Si las similitudes que he visto continúan, podremos utilizar estos pasadizos verticales para entrar en la P4 en la mitad del tiempo que nos llevaría hacerlo siguiendo tu sistema.

—¿Y cuál sería exactamente la función de estos pasadizos verticales? Si es

que existen.

—Tengo una idea aproximada —contestó Conrad—, pero tendría que entrar en la P4 para asegurarme.

—Por supuesto —masculló Yeats.

—Creía que el precio de mi acceso a la P4 era decirte algo que todavía no supieras —dijo Conrad en el momento en que el intercomunicador comenzaba a sonar—. Acabo de hacerlo.

—Lo que me has dicho no tendrá valor alguno a menos que encontremos estos pasadizos verticales, cuya existencia afirmas —dijo Yeats.

—Los encontraréis —insistió Conrad al ver que el intercomunicador volvía a sonar.

Irritado, Yeats activó la pantalla. Era O'Dell desde el centro de mando.

—¿Qué pasa?

—Una de las patrullas avanzadas acaba de dar su informe —dijo O'Dell—. Parece que la llamada de auxilio del doctor Yeats ha atraído atención indeseada. Tenemos compañía.

Veinticuatro días y dieciséis horas después del Descubrimiento

La puerta del compartimento estanco se abrió, momento en el que sopló una ráfaga de aire polar que trajo un remolino de nieve. Una figura etérea emergió de la nube con un anorak verde de Gore-Tex. Antes incluso de que la capucha ribeteada de piel se echara hacia atrás y aparecieran las gafas ultravioletas, Conrad supo instintivamente quién era.

—Serena —dijo.

Como Conrad sabía muy bien, todo hombre tenía su propia Atlántida, una parte de su pasado o de sí mismo que parecía sumergida y desaparecida para siempre. Serena Serghetti era su Atlántida, y en aquel momento, de repente, acababa de volver a la superficie.

Serena no dijo nada durante un minuto; se limitó a sonreírle y a mirar a su alrededor. Poco después, *Nimrod* se acercó a ella y lamió su mitón de lana. Ella acarició con cariño la oreja del *husky*.

Conrad echó un vistazo a Yeats, que estaba en silencio junto a él, y a los dos policías militares armados y ataviados con sendos trajes térmicos que se encontraban tras Serena. Todos parecían esperar una especie de declaración.

Al final, Serena le dirigió la palabra a Conrad por primera vez en cinco años.

—¿Tienes permiso para que esté aquí? —preguntó al tiempo que acariciaba a *Nimrod*.

Conrad parpadeó con incredulidad. Tal vez estuviera tan perdido en el momento que no hubiera escuchado bien.

—¿Para el perro?

Serena asintió.

—En 1993 se prohibió la presencia de los *huskies* en el continente, al igual que la de cualquier especie no autóctona de la Antártida. Y eso te incluye a ti, Conrad, y a tus amigos aquí presentes.

Yeats la miraba fijamente, con la boca abierta.

—¿Os conocéis?

—¿Es que no la reconoces? —preguntó Conrad—. Es Serena Serghetti, alias

Madre Tierra; en su tiempo fue la mejor lingüista del Vaticano, pero en la actualidad desempeña el papel de activista medioambiental y grano en el culo oficial.

—Ya te gustaría a ti ser ese culo... —dijo Serena con vivacidad al tiempo que extendía el mitón hacia Yeats—. General Yeats, en persona cualquiera diría que es usted de carne y hueso. No se parece en nada a la descripción que Conrad hizo de usted.

Conrad miró a Yeats, que dejó pasar la puya.

—¿El Vaticano?

—En realidad, estoy aquí como representante de la Sociedad de Preservación Australiana en el Antártico y como consejera del comité medioambiental de la Comisión de las Naciones Unidas en la Antártida. Esta tierra pertenece a Australia, como bien sabe, según el Artículo Cuatro del Tratado Antártico, del que forman parte los Estados Unidos. Todos los miembros deben notificar las expediciones, estaciones, personal militar y equipamiento activos en la Antártida. Usted no ha declarado los asuntos que lo traen a nuestro territorio, general Yeats.

La mente de Conrad trabajaba a toda máquina para tratar de encajar la misteriosa presencia de Serena en aquel infierno helado, por no mencionar aquella extraña conversación con su padre sobre las trivialidades arcanas de las leyes internacionales.

Yeats se aclaró la garganta.

—El Artículo Cuatro, a pesar de reconocer que algunas naciones reclaman el territorio, establece expresamente que dichas reclamaciones no tienen por qué ser aceptadas por otros países —dijo Yeats con serenidad—. En otras palabras, podría haber setenta naciones y no siete reclamando la potestad sobre este territorio, hermana Serghetti, y no por ello los Estados Unidos reconocerían su validez.

—Tal vez —replicó Serena—. Pero no hay ambigüedad alguna en el Artículo Uno, que prohíbe clara y enérgicamente la presencia de cualquier contingente de naturaleza militar, lo que no lo deja en buen lugar.

—A menos que dicho contingente tenga propósitos científicos.

—¿Y qué propósitos son éstos, Conrad?

Conrad se dio cuenta de que se dirigía a él, y le dijo lo primero que se le vino a la cabeza:

—Estamos llevando a cabo una operación de salvamento.

Y se detuvo a estudiar su reacción; ella miró a su alrededor y se fijó en las puertas del centro de mando que se encontraba pasillo abajo, y en los soldados con los fusiles M-16 protegidos con fundas aislantes.

—¿Se refiere a ese C-141 que se estrelló? —preguntó—. Vi los restos cuando aterricé en la pista.

Conrad observó a Yeats, que parecía impresionado. No solo era la Madre

Tierra. También era la Monja Voladora. No era de extrañar que Yeats tuviera la barbilla en el suelo.

—¿Usted hizo aterrizar el avión? —preguntó Yeats.

—Su estación es difícil de pasar por alto con esa grieta tan ancha como el río Colorado que la rodea. ¿Fueron ustedes los causantes de dicha grieta?

—Ya estaba ahí —replicó Yeats a la defensiva.

—En ese caso, no le importará que le eche un vistazo —comentó Serena—. El Tratado Antártico da derecho al acceso e inspección de todas las estaciones. Considerémoslos inspectores oficiales.

Se apartó un poco y Conrad vio detrás de ella a cuatro jóvenes en buena forma, con ojos oscuros y hundidos. El pesado equipo de vídeo y de sonido descansaba sobre sus amplios hombros.

—¿Quiénes son? —dijo Conrad.

—Mi equipo de filmación. Supongo que podremos grabar algunas imágenes mientras realizamos la inspección, ¿no?

—Desde luego —dijo Yeats, que les hizo un gesto a los policías militares para que ayudaran a los hombres a dejar el equipo—. Puede inspeccionar todo lo que quiera desde el calabozo.

Conrad observaba a Serena y al personal que había llevado con ella en sus respectivas celdas, a través de dos monitores del centro de mando. Los hombres estaban sentados tranquilamente en el suelo, como zorros enjaulados. Serena, entretanto, estaba tumbada en su catre como si fuera la Bella Durmiente.

—No puedes encerrar a Madre Tierra —le dijo a Yeats—. Se va a enterar todo el mundo.

Sin embargo, Yeats estaba concentrado en otros monitores que mostraban varias imágenes borrosas del Habitat P4 y el equipo de excavación que había sobre la cima plana de la P4, donde una cuadrilla de trabajo estaba cavando un túnel en la cara norte de la pirámide, tal y como Conrad les había ordenado.

—Será mejor que reces para que tu corazonada del pasadizo resulte ser cierta, hijo. O puede que yo mismo te encierre también. Y, con franqueza, en tu caso al mundo no le importaría una mierda.

Conrad abrió la boca para decir algo justo en el momento en que el coronel O'Dell entraba con una carpeta. Conrad no pasó por alto su mirada de desaprobación y se dio cuenta de que era el único civil que andaba suelto por la base. O'Dell parecía estar deseando arrojarlo al calabozo con los demás.

—Aquí tiene el informe de la ASN sobre la hermana Serghetti, señor.

—Gracias, coronel.

Conrad contempló a Yeats mientras éste examinaba el archivo.

—¿La Agencia de Seguridad Nacional tiene informes sobre monjas?

—Sobre monjas que llevan a cabo un traductor universal basado en la lengua aimara —dijo Yeats—. La ASN ha estado tratando de ponerle las manos encima al sistema de la hermana Serghetti desde entonces. El aimara es tan puro que la ASN sospecha que no evolucionó como el resto de las lenguas, sino que fue estructurado partiendo de cero.

—Explíquenos eso, doctor Yeats —espetó O'Dell.

Yeats miró a O'Dell con profundo desagrado, pero Conrad no se inmutó.

—El más antiguo mito aimara afirma que, después del Gran Diluvio, unos extranjeros trataron de construir una ciudad en el lago Titicaca —explicó Conrad—. Conocemos lo que queda de ella como Tiahuanaco, con su Gran Templo del Sol. Pero los constructores la abandonaron y desaparecieron.

—¿Y de dónde coño salieron esos constructores? —preguntó Yeats con evidente interés.

—Según la leyenda, vinieron de la paradisíaca isla perdida de Aztlán. La versión azteca de la Atlántida —dijo Conrad, sin apartar la mirada de su padre—. Así que, ¿qué estabas diciendo?

Yeats cerró la carpeta.

—Tal vez la buena hermana conozca el idioma de la gente que construyó la P4.

Serena siempre había considerado la Antártida como un símbolo de paz y armonía, un modelo de cómo los humanos podían convivir entre sí y con el resto de las especies con las que compartían el planeta. También había albergado esperanzas similares con respecto a su relación con Conrad. Sin embargo, en aquel momento, mientras miraba su celda en el interior de la Base Glacial Orión, su sueño se deshizo para dejar al descubierto cuatro gélidas paredes, un diminuto lavabo y un orinal.

Había una cámara oculta en algún sitio, estaba segura de ello, y el general Yeats y el puerco de Conrad estarían sin duda observando cada uno de sus movimientos. Sin embargo, no podían leerle la mente. Así que se sentó en el catre y fingió estar a solas con sus pensamientos.

Como australiana, se sentía más unida a la Antártida que los estadounidenses. De niña, muy a menudo miraba el mar a sabiendas de que el gran continente blanco se encontraba al otro lado. Australia era la nación más cercana a la Antártida y reclamaba un cuarenta y dos por ciento de su superficie, lo que incluía la mayor parte de la zona oriental y el terreno (o mejor dicho, el hielo que había sobre el terreno) sobre el que los norteamericanos habían construido su instalación secreta.

Sin embargo, a pesar de todo su trabajo en la Antártida, la mayor parte para salvar a los leopardos marinos, su experiencia se había limitado a los paisajes

espectaculares de los límites del continente. Allí la vida salvaje era maravillosa, y las auroras gloriosas. No obstante, esa misión en los desiertos de nieve interiores había demostrado que la Antártida era, en efecto, un continente vacío. Incluso en ese momento, dentro de la calidez de la base estadounidense, podía sentir su desolación.

También creyó oír los crujidos que provenían de las articulaciones de expansión. Las estaciones sobre el hielo tendían a hundirse por su propio peso a medida que el calor que generaban derretía el hielo circundante. Esa estación, que probablemente ya llevaba varios días allí, tan solo se estaba asentando.

Recordó su captura en la pista secreta de aterrizaje excavada en el hielo y la escolta subsiguiente a la Base Glacial Orión. En el camino, los tractores Hagglunds en los que los norteamericanos la habían trasladado habían pasado junto a una planta de energía. Ésta se encontraba enterrada a cientos de metros de las dependencias, tras la protección de una duna de nieve. Demasiado lejos para proporcionar energía a motores diesel con ese frío, pensó. Fue entonces cuando se dio cuenta de que lo más probable era que fuese una planta nuclear de tamaño reducido. Un sistema de 100 kilovatios, posiblemente.

Al principio se sintió ultrajada. ¿Cómo se atrevían a traer material nuclear al continente?, pensó. El noventa por ciento de todo el hielo mundial se encontraba allí. Cualquier desestabilización en el hielo, con la correspondiente fusión, podría provocar una catástrofe global. Solo eso era suficiente para meter en aprietos a los norteamericanos con la ONU.

Sin embargo, la furia que sentía contra los estadounidenses por haberse saltado todas las leyes internacionales se había transformado en fascinación. Por muy tranquila que hubiese parecido ante Conrad y el general Yeats en el compartimiento estanco, en realidad estaba nerviosísima. Se trataba de Conrad, por supuesto. No obstante, era evidente que su misión conllevaba mucho más que proteger el impoluto medio ambiente antártico de los norteamericanos.

Comprendió que allí se había descubierto algo trascendental, tal y como había dicho el Papa. Algo que podría poner la Historia —y la tradición judeocristiana— patas arriba. No obstante, y a pesar de todo ello, se sentía muy emocionada. De todos los posibles candidatos que Su Santidad habría podido elegir para que lo representara en aquel lugar, la había elegido a ella.

Escuchó cómo la puerta se abría con un zumbido y se dio la vuelta.

Cuando el policía militar abrió la puerta de la celda y condujo a Conrad al interior, Serena estaba sentada al borde del catre, dando sorbos al «diesel fermentado» que le habían servido en una taza de poliestireno. Conrad se percató del anillo de compromiso de plata que llevaba en el dedo anular izquierdo y que simbolizaba su unión espiritual con el Único y Verdadero Hijo de Dios. Por desgracia, para Serena el Hijo de Dios era Jesús, y no un desprestigiado sinvergüenza como Conrad Yeats. Se preguntó por qué lo llevaba puesto todavía.

Probablemente lo hacía para mantener a los tipos como él a raya.

—Conrad. —Serena consiguió esbozar una sonrisa—. Supongo que te han enviado ellos. Siempre se te han ocurrido unas ideas de lo más extrañas para una cita secreta.

Conrad vio que solo llevaba puesto el suéter de lana, y que el cabello negro caía con suavidad sobre sus hombros. Bajo el suéter llevaría un forro de polipropileno para absorber el sudor de la piel, o ropa interior acrílica térmica, como era lo normal. A Conrad no le hacía falta imaginarse lo que había debajo de eso, y se dio cuenta de que era él quien estaba sudando.

—¿Qué es lo que te parece tan extraño? —Acercó una mano para acariciarle el rostro—. Todavía estás helada.

—Estoy bien. ¿Qué te ha ocurrido?

Él se miró el vendaje de la mano.

—Accidente laboral.

—¿Como le sucedió a Yeats? La verdad es que es mucho más difícil aceptar el hecho de verte junto a tu padre que imaginarme que tú y yo podríamos haber acabado juntos.

—¿Como tú y esos chicos que parecen sacados de la revista *GQ*, y que están en la celda de...?

—¿De al lado? —sonrió—. ¿Te preocupa la competencia, Conrad? —preguntó—. No es necesario. Si yo fuera la última mujer sobre la Tierra y tú fueras el último hombre, me haría monja de nuevo.

Conrad clavó la mirada en aquellos bonitos ojos castaños. Era la primera vez que se veían a solas, cara a cara, en cinco años, y le pareció que estaba más hermosa que nunca. Él, por el contrario, se sentía viejo y caduco.

—¿Qué estás haciendo aquí, Serena?

—Creo que yo podría preguntarte lo mismo, Conrad.

Se moría de ganas de contarle lo de las ruinas bajo el hielo, de decirle que sus teorías eran ciertas. Pero no podía hacerlo. Después de todo, jamás se habían enfrentado a las ruinas de sus propias vidas en la superficie.

—No estás aquí solo para salvar el medio ambiente —señaló Conrad—. Cuando entraste en el compartimento estanco, no te sorprendió verme.

—Tienes razón, Conrad —dijo ella con suavidad al tiempo que le colocaba una mano en la cara—. Te echaba de menos y quería verte.

Conrad se apartó.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

—Vaya, ¿y tú no?

El suelo comenzó a temblar. Serena volvió a sentarse en el catre y echó un vistazo a su reloj.

Está cronometrando los temblores, pensó Conrad para sus adentros.

De repente, ella dijo:

—¿Cuándo pensáis informar al resto del mundo acerca de vuestro descubrimiento?

Conrad tragó saliva con fuerza.

—¿Qué descubrimiento?

—La pirámide que hay bajo el hielo.

Conrad parpadeó con incredulidad, pero no dijo nada. Aun así, no tenía sentido negar el hecho de que, de alguna forma, ella sabía tanto o más que él sobre la expedición.

—¿Y qué más te ha contado Dios?

—Yo diría que el equipo ha estado excavando túneles de exploración en el hielo alrededor de la pirámide —dijo—. Y apuesto a que probablemente, en estos mismos momentos, tu padre, el vaquero, ha encontrado la puerta.

Se hizo un minuto de silencio. Ya no bromeaban con su habitual toma y daca, sino que eran compañeros en la búsqueda de la verdad. Conrad se sentía feliz e irritado a un tiempo de que ella estuviese allí. Le preocupaba su seguridad y, a la vez, se sentía amenazado por su presencia, como si ella fuera a interponerse en su camino de algún modo.

—Serena —dijo con suavidad—. Ésta no es una plataforma petrolífera en la que puedas encadenarte para protestar por la producción de combustibles fósiles. Ya han muerto unas cuantas decenas de soldados en esta expedición, y es casi un milagro que tú y yo estemos hablando.

Una nube de seria reflexión cruzó el semblante de Serena. Estaba procesando sus ideas.

—Puedo cuidar de mí misma, Conrad —dijo—. El que me preocupas eres tú.

—¿Yo?

—Tu padre no te lo ha contado todo.

—No me digas. —Conrad se encogió de hombros—. Sacarle un poco de información es como sacar una piedra del riñón. Está claro que oculta algo. Al igual que tú, Serena. Mucho más. Mira, ni los Estados Unidos ni el Vaticano serán capaces de ocultar algo tan grande, no importa cuánto intenten tapanlo.

Ella entrecerró los ojos.

—Conrad, sé que no eres tan ingenuo, así que debes de estar engañándote a ti mismo, porque no quieres aceptar la realidad. Dime, ¿cómo consiguió Yeats meterte en esto? ¿Te prometió la financiación que necesitas para la búsqueda de las edades? ¿Más ayuda para encontrar a tus verdaderos padres, tal vez?

—Podría ser.

—Hazme caso, Conrad —dijo, con el dolor de la experiencia personal reflejado en su mirada—, hay algunas respuestas que no querías saber.

—Habla por ti, Serena.

—Conrad, esto no tiene nada que ver contigo ni conmigo. Tiene que ver con el mundo y con un bien mucho mayor. Tienes que tener en cuenta al resto de las

personas.

—Las tengo en cuenta. Esto es un acontecimiento sin precedentes en la historia de la humanidad. Y quiero compartirlo con el mundo.

—No, lo que quieres es magnificar el gran nombre del doctor Conrad Yeats —lo corrigió—, y al infierno con el resto del mundo. ¿Por qué debería importarte? La información sobre la Tierra es más importante que el planeta y sus habitantes. ¿No es eso lo que crees? No has cambiado ni un ápice.

—Si te refieres a nuestra relación, sabías a la perfección lo que hacías por aquel entonces, señorita Todopoderosa. Lo que pasa es que no querías aceptar la responsabilidad de tus acciones.

—Era tan pura como la nieve, Conrad. Pero tú la cagaste conmigo. Igual que vas a cagarla con el planeta.

—Oye, que en realidad no hicimos nada.

—A eso me refiero, precisamente —dijo ella—. Tampoco hiciste mucho para contradecir los rumores, ¿verdad?

—Yo no soy el malo aquí.

—¿No? —preguntó—. No eres más que un peón de los Estados Unidos, dispuesto a traicionar todas tus creencias acerca de la cooperación internacional y la hermandad de la humanidad para satisfacer tu egocéntrica curiosidad.

—No pretendo cambiar el mundo —le dijo—. Solo quiero entenderlo. Y ésta es nuestra mejor oportunidad para entender quiénes somos y de dónde venimos. Tú haces que parezca la fruta del conocimiento prohibido. Un mordisco y estaremos todos condenados.

—Puede que ya lo estemos, Conrad. ¿No fue ésa la razón por la que te sentiste atraído por mí en primer lugar? Yo era tu fruta prohibida. Al igual que esas ruinas que has encontrado bajo el hielo.

—Yo creo que fue al revés, Serena —replicó—. Y lo tengo muy claro. Serena asintió.

—Entonces, no tendrás ningún problema en que te acompañe ahí abajo.

Conrad la contempló con incredulidad. La única razón de que estuviera allí era su estatus como máxima autoridad mundial en arquitectura megalítica y su condición de hijo del general que dirigía la expedición. Serena no tenía nada que hacer.

—Debes de estar bromeando.

—¿Qué ocurrirá cuando te encuentres con alguna inscripción? —preguntó sin más—. ¿Quién descifrará su significado? ¿Tú?

No solo había fracasado a la hora de sacarle alguna información, pensó Conrad dejándose llevar por el pesimismo, sino que también había permitido que ella dirigiera la conversación hacia ese punto precisamente. El punto al que Yeats había predicho que llegarían. Y, de alguna forma, Serena también lo sabía.

—Está claro que no soy lingüista, pero en mi carrera he aprendido un par de

cosas.

—¿Como lo que son las enfermedades venéreas? —le espetó—. Lo único que sabes, Conrad, es que estás aquí porque ellos creyeron que no podrían conseguir mi colaboración.

Lo que más le molestó a Conrad fue que lo dijo con total humildad. No era un farol, sino una posibilidad plausible. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella estaba actuando para la cámara de seguridad situada cerca del techo. Había estado hablando para Yeats todo el rato.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —le dijo—. Absolutamente increíble.

Ella le dedicó una breve y cálida sonrisa que habría podido derretir los casquetes polares.

—¿Querrias que fuese de alguna otra forma?

Veinticuatro días y dieciséis horas después del Descubrimiento

USS Constellation
Océano Antártico

—¡Maldito Yeats! —maldijo el almirante Hank Warren.

El bajo y fornido Warren examinó con los prismáticos las oscuras siluetas de la formación de batalla de su grupo de cargueros desde el puente del portaaviones *USS Constellation*. Se encontraba a unos treinta kilómetros de la costa de la Antártida Oriental, y la misión de Warren consistía en mantener oculto su grupo de batalla hasta nuevas órdenes.

Con ese fin, todos los radares y satélites estaban desconectados. Tan solo la radio de frecuencia modulada, capaz de realizar transmisiones en milisegundos, estaba permitida. Apostados en cubierta había un número extra de vigías con prismáticos que barrían el horizonte del amanecer en busca de siluetas de barcos enemigos y periscopios de submarinos.

La idea era que se mantuviera la formación de batalla cerca de la costa sin revelar su posición para después atacar al enemigo por sorpresa. Un portaviones nuclear era bueno para eso. Pero ¿quién coño era el enemigo ahí abajo? Su tropa y él se estaban congelando el culo tratando de que no los detectaran, y el único enemigo al que estaban intimidando eran los pingüinos.

Mientras tanto, un avión no identificado que utilizaba la frecuencia militar de la Marina de los Estados Unidos había realizado una llamada de socorro antes de desaparecer del radar. Y si la tripulación del *Constellation* la había escuchado, los demás también.

Lo único que sabía es que todo el asunto tenía algo que ver con ese cabrón chiflado de Griffin Yeats, cosa que no hacía sino ponerlo aún más nervioso.

Mucho tiempo atrás, Warren había pasado algún tiempo con la Fuerza de Apoyo Naval estadounidense en la Antártida. Fue su equipo de rescate el que encontró a Yeats vagabundeando, sumido en el estupor en el 69, tras haber pasado cuarenta y tres días en los desiertos de nieve; el único superviviente de una misión de entrenamiento para un aterrizaje en Marte que jamás tuvo lugar.

El imbécil insistía en llevarse los tres contenedores de suministro de la NASA con él, incluso a pesar de que la Marina tenía los suyos propios. No le importaban los tres cadáveres que había dejado atrás. No fue hasta un tiempo después cuando el equipo de Warren supo que los contenedores que Yeats había sacado eran radiactivos. Pero así era Yeats, indiferente al caos que causaba en las vidas de las personas que se interponían en su camino. Cuando Warren presentó una queja, lo único que consiguió fue que le pusieran esa asquerosa etiqueta de «confidencial» e «información necesaria».

En esos momentos, más de treinta y cinco años después y con el rango de almirante, Warren todavía estaba en la inopia en lo referente a Yeats. Y eso lo frustraba a más no poder. Su tripulación acababa de recibir una breve llamada de socorro de lo que parecía ser algún vuelo de operaciones encubiertas que se autodenominaba 696 y que, al parecer, se había estrellado al aproximarse a alguna pista de aterrizaje fantasma. La mano de Yeats se intuía en toda aquella debacle, y Warren se iba a encargar personalmente de que ese hombre recibiera el retiro prematuro que se merecía.

—Aquí sonar llamando a puesto de mando —gritó el jefe de sonar desde su consola.

—Aquí puesto de mando. —Warren estaba al cargo del turno de mañana. Era importante que la tripulación lo viera al mando, e incluso más importante, que él se sintiera al mando.

—Informe vigía sobre nave desconocida entrando en la zona a dos-cero-seis —informó el jefe de sonar—. A menos de mil metros.

—¡Qué! —exclamó el almirante—. ¿Cómo coño lo hemos pasado por alto?

Warren alzó los prismáticos y se giró hacia el sudoeste. Allí. Un barco. Las letras del casco decían: «*MV Arctic Sunrise*». Era un barco de Greenpeace, y a bordo iba un chico que apuntaba con el zoom de su videocámara al *Constellation*.

—¡Sáquenlos de aquí, timonel!

—Demasiado tarde, señor —dijo un señalero—. Nos han avistado.

El encargado de señalización hizo un gesto hacia el monitor de televisión.

—Aquí la CNN, en directo desde el *MV Arctic Sunrise*. —El reportero estaba retransmitiendo desde la cubierta del barco de Greenpeace—. Como pueden ver detrás de mí, el *USS Constellation*, uno de los navíos de guerra más poderosos que se ha construido jamás, navega cerca de la costa antártica, y su misión es un absoluto secreto. Pero, hace unos momentos, la CNN ha conseguido grabar grandes grietas en esta corteza helada de la Antártida que sugieren que la zona está a punto de desmoronarse.

Unos de esos tipos con aspecto de universitario desaliñado, la clase de tipo que no duraría una semana en Annapolis, apareció en pantalla para decir:

—Los científicos consideran la rápida desintegración de esta y otras zonas de hielo alrededor de la Antártida como una señal de que el peligro por el

calentamiento global continúa.

Acto seguido, apareció la longitud en metros de un iceberg que se había desprendido de la costa pocas semanas atrás. La voz de fondo del reportero advirtió de que el enorme trozo de hielo tenía alrededor de 5000 kilómetros cuadrados, con paredes de hielo que se elevaban a unos sesenta metros de la superficie del agua y que tenía una profundidad estimada de unos trescientos metros.

—Y ahora, un nuevo y extraño giro del fenómeno del calentamiento global ha salido a la luz en relación con las acusaciones de pruebas nucleares no autorizadas que los Estados Unidos han llevado a cabo en el interior de los desiertos de nieve antárticos.

El reportaje de la CNN concluyó con una larga toma del amenazador perfil del *Constellation* sobre el horizonte al amanecer.

—Vaya una mierda, joder —exclamó Warren. La MSNBC y las demás cadenas retransmitirían en breve la misma información. Las cosas no podían ponerse peor—. ¡Maldito seas, Griffin Yeats!

Veinticuatro días y dieciséis horas después del Descubrimiento

Serena estaba sentada en su litera, escuchando el zumbido de los dos ventiladores que insuflaban aire y Dios sabía qué más al interior del frío calabozo. Estaba temblando. Las imágenes que se había esforzado por suprimir habían resurgido tras ver a Conrad. En esos momentos, mientras se abrazaba el cuerpo para mantener el calor, el recuerdo de la última vez que estuvieron juntos regresó a su memoria.

Corría el mes de marzo, y habían pasado seis meses desde su primer encuentro en el simposio de arqueólogos especializados en América Central que tuvo lugar en La Paz, la capital de Bolivia. Por aquel entonces todavía era monja y se veían prácticamente a diario, ya que trabajaban codo con codo en un proyecto de investigación acerca de la ciudad perdida de Tiahuanaco, en los Andes.

Conrad Yeats era un hombre inteligente, atractivo, ingenioso y sensible. Su espiritualidad casi superaba a la de los colegas de Serena en Roma, y lo que más la atraía de él era la pureza de su vocación. Algunos parecían ver cierta amenaza en su teoría sobre la Cultura Madre y, sin embargo, ella le encontraba una especie de sentido absurdo, de acuerdo con sus propios estudios acerca de las diferentes mitologías del mundo. Conrad y ella se aproximaban a la misma conclusión partiendo desde caminos separados: él desde la arqueología y ella desde la lingüística.

La última noche del programa de estudios de campo, Conrad la invitó a acompañarlo para mostrarle una «revelación» relacionada con el lago Titicaca, a unos veinte kilómetros de Tiahuanaco.

Un lugar curioso para una despedida, reflexionó ella mientras caminaba por la orilla. Los residentes y los turistas iban de un lado a otro y bebían cerveza en las tabernas cercanas al lago, desde que el Sol comenzaba a ponerse.

Un apuesto y bronceado Conrad apareció entonces, remando en una elegante barca de cañas, como un miembro de la tribu de Tiahuanaco vuelto a la vida. La barca procedía de la isla de Suriqi. Con más de tres metros de largo y construida

con arbustos *titora*, era una embarcación amplia en su parte central y estrecha en ambos extremos; tanto la proa como la popa eran altas y curvadas. Las cañas se mantenían unidas mediante un entramado de cuerdas.

—¿Le resulta familiar? —le preguntó él mientras la apremiaba a subirse a bordo—. Es exactamente igual que las embarcaciones hechas de caña de papiro que los faraones utilizaban para navegar por el Nilo en la Era de las Pirámides.

—Y supongo, doctor Yeats, que podrá explicarme cómo pueden aparecer dos diseños tan asombrosamente familiares en dos lugares tan distantes entre sí, ¿estoy en lo cierto? —preguntó ella, siguiéndole la corriente.

No era más que uno de los muchos misterios del lago Titicaca, le había contestado él, haciendo uso de su mejor voz nasal de guía turístico al tiempo que la invitaba a acompañarlo al centro del lago para mostrarle su «revelación».

Serena sabía de muy buena tinta en qué consistía dicha revelación, y no pudo evitar sonreír.

—En el centro del lago no hay nada que no pueda enseñarme aquí.

—Yo no lo diría tan alto —le aconsejó el arqueólogo.

No debería haber ido con él. Las hermanas de la orden se regían por la norma de viajar siempre en parejas, y, por principios, nunca se quedaban a solas con un hombre en una habitación con la puerta cerrada. No se trataba de miedo ni de paranoia, sino de guardar las apariencias. La causa de Cristo no podía quedar mancillada por la más mínima falta de decoro.

Sin embargo, tal y como era habitual, Conrad resultó ser demasiado persuasivo como para resistirse.

Comenzó a remar con movimientos largos y poderosos que los hicieron deslizarse por la superficie plateada. A casi cuatro mil metros sobre el nivel del mar, el Titicaca era el lago situado a mayor altura del mundo, y su aspecto lo proclamaba a las claras. Serena tenía la sensación de estar a punto de tocar el cielo.

—Lo más extraño de este lago es el hecho de que, a pesar de estar situado a cientos de kilómetros de distancia del Pacífico, alberga una gran cantidad de peces oceánicos, caballitos de mar, crustáceos y más ejemplares de fauna marina —comentó Conrad antes de guiñarle un ojo.

—¿Y cree que es agua salada procedente del Diluvio del Génesis? —preguntó Serena.

Conrad se encogió de hombros.

—Cuando las aguas retrocedieron, una enorme cantidad quedó estancada aquí, en lo alto de los Andes.

—Supongo que eso explica la existencia de los muelles de Tiahuanaco.

Conrad sonrió.

—Exacto. ¿Por qué si no iba a haber muelles entre las ruinas de una ciudad localizada a veinte kilómetros del lago?

—A menos que, en algún momento de la historia, la ciudad hubiera sido un puerto y la orilla sur del lago fuese veinte kilómetros más extensa y quedara unos treinta metros por encima del nivel actual —concluyó Serena—. Lo que significaría que la civilización floreció en este lugar antes del Diluvio, y que Tiahuanaco tiene al menos quince mil años de antigüedad.

—Imagínese...

No le costó trabajo imaginarlo. De hecho, deseaba hacerlo. Un mundo anterior a los albores de la historia conocida. *¿Cómo era? ¿Sería la gente muy diferente a nosotros?*, se preguntó. *Tuvo que haber mujeres como yo en aquella época, pensó, y hombres como Conrad. Ha abandonado su pose escéptica y se está mostrando maravillosamente accesible esta noche.* Una actitud muy diferente de la que adoptaba frente a los científicos.

El aire del anochecer era gélido y Serena se arrebujó en la proa. Conrad comenzó a remar más despacio. El cielo del crepúsculo lucía un magnífico azul turquesa y el lago parecía extenderse hasta el infinito, como un cristal.

Se mantuvieron en silencio durante un buen rato, deslizándose sobre el agua en la barca de caña con el único acompañamiento del sonido de los remos al golpear el agua, cuya rítmica cadencia se asemejaba a un antiguo metrónomo. Cuando llegaron al centro de las brillantes aguas, Conrad alzó los remos y dejó que la barca se deslizara bajo las estrellas.

—¿Qué sucede?—preguntó ella.

—Nada. —Sacó una cesta con comida y una botella de vino—. Nada en absoluto.

—Conrad —comenzó ella—, debería regresar. Las hermanas estarán preocupadas.

—Y tienen motivos para estarlo.

Se sentó junto a ella y la besó, antes de empujarla con delicadeza hasta que estuvo recostada sobre el fondo. Le acarició la cara y la besó en los labios. Ella se estremeció.

—Conrad, por favor.

Cuando sus miradas se entrelazaron, Serena recordó la dolorosa infancia que él había sufrido y la conexión que los unía. Era como si todo indicara que, si iba a hacer aquello con algún hombre, si iba a haber un instante a lo largo de su vida y un lugar para hacerlo, sin duda aquél era el momento adecuado.

—Mañana regreso a Arizona y tú vuelves a Roma —le susurró él al oído—. Y podemos recordar nuestra última noche en Bolivia como la noche que jamás sucedió.

—Tienes toda la razón —contestó ella antes de empujarlo por la borda y escuchar un grato chapoteo.

En el interior de su cuarto, mientras preparaba el material que necesitaría para el inminente descenso a la P4, Conrad también estaba rememorando la

noche que pasó con Serena en la barca de cañas.

Siempre había admirado la determinación y la valentía de la mujer. Además, su belleza era incomparable y hacía gala de ella sin esfuerzo alguno, como si no le importara la edad en absoluto; podía tener diecisiete años o setenta, daba igual. Era encantadora, modesta y hasta divertida. Pero, durante aquella noche, habían sido esos ojos brillantes, casi deslumbrantes en la oscuridad, los que le habían arrebatado el corazón, los que lo habían hipnotizado.

Ella le dijo que siempre había admirado la pureza y la determinación de su carácter. Le había dicho que él era como era; al contrario de lo que le sucedía a ella, que era capaz de hacerse pasar por otra persona muy diferente a la que era en realidad. Conrad se preguntó qué oscuro secreto estaría a punto de confesar, aunque no tardó en comprender que no ocultaba ninguno. El único pecado de Serena era haber sido una hija no deseada.

Fue entonces, durante un fugaz instante, cuando estuvo más cerca que nunca de conocerla. Por primera vez comprendió el deseo de esa mujer por experimentar una muerte sagrada y aquello que la empujaba a ser una mártir, una santa, una mujer que tener en cuenta. Si Conrad descubrió algo, fue que las obras de caridad de Serena eran su modo de evitar la intimidad con los demás. Tenía mucho miedo de «ser descubierta» y, de ese modo, no poder estar a la altura de sus propias expectativas, mucho menos de las de Dios. Serena haría cualquier cosa para evitar sentirse repudiada, inútil, un «error» como fue su nacimiento. Sin embargo, no temía que él pudiera llegar a rechazarla. Sabía que la amaba.

Y así fue como comprendió que ella lo amaba de verdad.

Sintió que había descubierto lo que llevaba buscando toda la vida: había descubierto el Templo de Dios. No obstante, también se vio como un ladrón frente al altar sagrado, tomando aquello que no le pertenecía y que confería a la experiencia un aura de excitación, de peligro y de satisfacción que ninguna reliquia u objeto antiguo que hubiera encontrado antes, o que pudiera encontrar en el futuro, lograría igualar.

Sin embargo, supo que todo había llegado a su fin cuando ella lo empujó por la borda del bote de cañas y lo arrojó a las heladas aguas del lago Titicaca. Cuando volvió a subir a la barca, Serena no sonreía. No había sido una broma. Al contrario, el miedo había regresado a su mirada.

De súbito, Conrad se dio cuenta de que había sido ella quien le había arrebatado algo a él, y no al contrario.

—¿Adonde crees que vas? —le preguntó.

—De regreso a Tiahuanaco —contestó ella—, antes de que alguien se percate de mi ausencia durante el desayuno.

—Arriégate. Disfrutemos del tiempo que nos queda.

—Me decepciona, doctor Yeats —comentó ella al tiempo que le devolvía el

remo—. Nunca pensé que perteneciera al tipo de hombre que se aprovecha de una monja.

Conrad, un hombre cuyo ego no era precisamente pequeño, se sintió desilusionado al ver que ella rechazaba sus avances. Y, lo que era peor, cuando vio que negaba su propia participación en el asunto.

—Y yo nunca pensé que tú fueses el tipo de monja que se preocupa de lo que piensen los demás.

—No lo soy —respondió ella con rapidez.

Serena tenía razón, por supuesto. Era obvio para todo el mundo. No obstante, Conrad también percibía que lo que de verdad la asustaba eran los sentimientos que albergaba hacia él, la posibilidad de perder el control. Y si Serena Serghetti pertenecía a un modelo de monja determinado, era, sin lugar a dudas, a uno que se aseguraba de no perder jamás el control.

Su despedida no fue precisamente alegre. Serena actuaba como si la noche que habían pasado juntos hubiera sido un tremendo error que hubiera echado por tierra todo su futuro. Sin embargo, a decir verdad, no se arrepentía ni por un instante. O, al menos, ésa fue la conclusión a la que llegó él. En realidad, lo que ella temía era descubrir una intimidad más profunda. Como si tuviera algo que ocultar. Y, entonces, Conrad lo entendió. Se trataba de sí misma. Se había decepcionado a sí misma y, como resultado, se sentía indigna de él.

Conrad tenía la certeza de que Serena se equivocaba, de modo que se juró demostrarle que merecía cualquier cosa sin necesidad de responder al título de «hermana», y que él era digno de semejante sacrificio. Pero no se dejó convencer.

El último recuerdo que tenía de ella era el momento de la despedida junto a la orilla, cuando intentó robarle un beso y la observó desaparecer a la carrera en busca de un taxi. Le hizo un gesto de despedida con la mano, pero Serena no volvió la vista atrás. Intentó ponerse en contacto con ella en Roma, a través del teléfono, una semana más tarde. Después de dejar pasar unos cuantos meses sin que Serena respondiera las llamadas, decidió presentarse sin previo aviso en una de sus charlas. En aquel entonces ya era famosa, y estaba tan dedicada a su trabajo que Conrad se preguntaba a quién de los dos deseaba olvidar: a la niña no deseada que llevaba dentro o a él.

De cualquier modo, pronto descubrió que una entrevista privada con Madre Tierra era tan fácil de conseguir como el descubrimiento de su amada y desaparecida Cultura Madre.

Hasta ese momento.

La monja tiene las pelotas de titanio, pensó Yeats mientras repasaba el encuentro de Serghetti con Conrad en uno de los monitores del centro de mando. Al menos, eso tengo que concedérselo. El Papa sabía muy bien lo que hacía cuando la envió.

—¿Cómo es que la doctora está al tanto de todo eso, señor? —preguntó O'Dell, que estaba de pie al lado del general.

—No sabría decirlo —contestó Yeats—. Y dudo mucho que el Vaticano quiera que hable. Pero, por lo que sabemos, la mujer tiene razón. Es probable que su presencia sea necesaria para lo que se nos avecina.

—¿Y su hijo, señor?

Yeats miró a O'Dell.

—¿Qué pasa con él?

—He visto el informe del Departamento de Defensa. —O'Dell parecía preocupado—. Su hijo ha recibido tratamiento psicológico desde que estaba en el jardín de infancia. Pesadillas sobre cataclismos. Visiones acerca del fin del mundo. Con todo el respeto, señor, está chalado.

—Tuvo una infancia traumática, sí —replicó el general, deseando que O'Dell dejara el tema—. ¿Acaso no la hemos tenido todos? Además, el Departamento de Defensa no tiene su informe completo. Créame, yo lo escribí.

Yeats estaba a punto de volver a prestar atención al monitor cuando la teniente López, una de sus oficiales de comunicaciones, se acercó. Aparte de la hermana Serghetti, la joven López era la única mujer en la Base Glacial Orión.

—General Yeats —lo llamó—. Creo que será mejor que vea esto.

Yeats la siguió hasta el monitor principal y vio al *USS Constellation* en la televisión, con el logotipo de la CNN en la esquina inferior derecha de la pantalla.

—Warren —maldijo el general entre dientes. Estaba contemplando la intrépida embarcación de Greenpeace yuxtapuesta en la pantalla al poderoso portaaviones *Constellation*. Maldita fuera esa salchicha embutida en un traje de mariner.

O'Dell preguntó:

—¿Cómo se han enterado, señor?

—Adivínelo, coronel. —Yeats señaló en dirección al pequeño monitor, a la imagen de la hermana Serghetti, que seguía en su celda—. Se ha limitado a dejar pasar el tiempo, esperando a que llegara la caballería. No tardaremos mucho en tener a un ejército de inspectores de armamento de las Naciones Unidas tocando a la puerta.

Lo que significaba que el equipo de exploración tendría que entrar y salir de la P4 antes de que eso sucediera, dedujo Yeats, que comenzó a hacer planes de inmediato. Tendrían que sacar de la P4 todo el material tecnológico significativo, además de los datos que encontrarán, antes de que cualquier fuerza internacional llegara al lugar.

—Las cosas empeoran, señor —anunció López—. McMurdo informa que la Estación Vostok interceptó nuestras comunicaciones con el vuelo seis-nueve-seis. Ya han enviado un equipo de la CNUA.

Yeats soltó un gruñido.

—Lo sabía. ¿Quién lidera el equipo?

—Un oficial de las Fuerzas Aéreas egipcias —informó ella al tiempo que le tendía un informe—. El coronel Ali Zawas.

—¿Zawas? —Yeats observó la foto de un apuesto hombre vestido con uniforme, con ojos oscuros, mirada reflexiva y cabello negro ondulado—. Mierda.

O'Dell dijo:

—No tendrá ningún parentesco con...

—Es el sobrino del secretario general —dijo Yeats—. Se graduó en la Academia de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Voló junto a los Aliados en la primera guerra del Golfo y derribó dos cazas iraquíes. Un oficial magnífico y todo un caballero. —Le devolvió el informe a López—. ¿Con qué respaldo cuenta Zawas, teniente?

—Los rusos en Vostok, al mando de un tal coronel Ivan Kovich. Y los australianos que están en la Estación Mawson. —Hizo una pausa—. Y también cuentan con algunos de nuestros científicos norteamericanos de la Estación Amundsen-Scott que no estaban al corriente de nada.

—¡Joder! —gruñó Yeats—. El mundo entero estará aquí dentro de unas cuantas horas.

—No con la tormenta que tenemos encima, señor —aseguró O'Dell—. El tiempo estimado de llegada es de seis horas. Según el informe del servicio meteorológico, la tormenta va a ser de las buenas. Tal vez impida cualquier movimiento en las próximas tres semanas.

Yeats desvió la vista hacia la ventana. El cielo se había oscurecido. Los copos de nieve golpeaban el cristal como si fueran balas.

—Puede que la tormenta detenga a los australianos, pero no hará más que retrasar a Zawas y al equipo de la CNUA. —El general se giró hacia O'Dell—. Entretenga a los bárbaros aquí arriba mientras yo llevo al equipo de exploración a la P4.

—¿Y cómo voy a explicar que retenemos a Madre Tierra en contra de su voluntad? —preguntó O'Dell.

—No tendrá que hacerlo —respondió Yeats—. Se viene con nosotros. Y nos vamos ya.

Segunda Parte

Descenso

Primera hora del descenso
El abismo

El cielo que cubría la garganta había adquirido un negro ominoso, y Serena sintió que el gélido viento comenzaba a soplar de improviso. Si se suponía que aquello era un respiro en medio de una tormenta polar, no quería ni imaginarse lo que sería estar en el exterior cuando tuviera lugar el verdadero temporal. La niebla ascendía desde el fondo del abismo, cuyo refugio más cercano, el llamado «Habitat P4», se encontraba a más de kilómetro y medio de profundidad.

—¿Está segura de encontrarse preparada para esto, hermana?

Era Yeats quien le había hecho la pregunta. Vestido con su traje térmico blanco, se deslizaba hacia abajo por la pared de hielo que se encontraba por encima de ella, y su sonrisa adquiría un tinte diabólico gracias a la luz del foco del casco. Cuando aún estaban en la superficie, se había recreado contándole los peligros a los que se enfrentaría si bajaba con el equipo de exploración. Pero ¿qué otra alternativa le quedaba? Permanecer en la base con el resto del mundo hasta que el equipo volviera a la superficie sería como quedarse en la oscuridad.

—Técnicamente, General, es doctora Serghetti —lo corrigió al tiempo que clavaba el crampon sujeto a sus botas de goma en una de las sujeciones para los pies—. Y escalé el Everest con la que fue mi primera madre superiora.

—¿Fue ella quien le dio el ligero?

Yeats estaba señalando el arnés de Serena, que, a decir verdad, se parecía a un ligero rojo con dos vueltas alrededor de sus muslos. En caso de caída, solo acusaría el golpe en la parte inferior del cuerpo.

—No, solo me dio esto. —Serena sacó su piolet y lo clavó en el hielo para crear un agujero en el que colocar un nuevo enganche con un mosquetón. Quería demostrarle a Yeats que estaba más que preparada para ese desafío. Sin embargo, la realidad era que tenía una sensación extraña. Su corazón latía muy deprisa y respiraba casi entre jadeos—. ¿No huele algo raro?

—Sí —dijo Yeats—. Su historia.

Serena no había conocido al famoso Griffin Yeats hasta que llegó a la Base

Glacial Orión; por ende, solo sabía lo que le había contado Conrad acerca de él. En cualquier caso, no se fiaba de él. Tal y como dijera Emerson, «hablas tan alto que no puedo entender lo que dices». El tipo era todo un hijo de puta; y la expedición, una putada. La única diferencia radicaba en que él lo ocultaba mejor que Conrad, quien poseía una honestidad refrescante y era capaz de convertir sus defectos en algo encantador. Yeats no había accedido a que se uniera a la expedición por mero altruismo ni porque valorara su experiencia como lingüista, concluyó Serena.

—Cuénteme de nuevo qué le ha hecho cambiar de opinión. ¿Por qué ahora me permite acompañarlos?

—Si algo aprendí en la NASA, fue que las mujeres suponían un aditamento muy agradable a las tripulaciones espaciales.

Ella había estado esperando un comentario sexista de ese tipo.

—Vaya, y yo que pensaba que era porque las mujeres nos desenvolvemos mejor con tareas de precisión y somos más meticulosas y flexibles que los hombres cuando hay que hacer varias cosas a la vez...

—Siempre que no sean demasiado emocionales y no se molesten con cualquier cosa —replicó Yeats, que se dejó caer hasta perderse de vista justo cuando Conrad se deslizaba hasta el lugar donde se encontraba Serena.

—¿Algún problema? —le preguntó.

Ella dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza.

—Tu padre no se detiene ante nada, ¿verdad?

—No está en su naturaleza —respondió Conrad sin ninguna emoción—. Una vez que se programa, sigue sin mirar atrás hasta que acaba el trabajo.

—Y deja un reguero de cuerpos a su paso.

—En ese caso, será mejor que no dejemos que se adelante mucho —dijo Conrad al tiempo que comenzaba a descender de nuevo.

Serena lo siguió. En climas tropicales era un escalador experto, pero un exceso de confianza podría resultar mortal en las gélidas condiciones meteorológicas en las que se encontraban. Y Serena estaba preocupada por él. Por el alma de Conrad. Y por la suya también. Porque, en cierta ocasión en la que había tratado de salvarlo, sintió que los había condenado a ambos.

Conrad ya estaba cerca, así que se dejó caer unos centímetros y encontró una sujeción. El hielo casi parecía brillar con un hermoso tono azulado.

—Precioso —dijo Serena.

—No te detengas, Serena. Sigue adelante —le dijo Conrad sin perder un segundo.

Serena continuó desplazándose por su cuerda. Sin embargo, no podía dejar de preocuparse por el estado físico de Conrad.

¿Estaba hiperventilando? No estaba segura, y para colmo sentía que su propia respiración se aceleraba de una forma que no era normal. Al igual que su

corazón. Los latidos eran regulares pero rápidos.

Se descolgó un poco más cuando Conrad le hizo señas con su mano enguantada.

—Allí abajo —dijo—. ¿Lo ves?

Serena intentó ver algo a través de la niebla que se extendía bajo ellos. En ese momento se abrió un hueco y pudo observar un entramado de luces, una especie de zona de aterrizaje.

—Lo veo.

—No, dime si de verdad lo ves.

De repente se dio cuenta de que esa zona de aterrizaje era, en realidad, la cima allanada de una brillante y blanca pirámide que surgía, de modo repentino, del fondo del abismo. Se vio obligada a cubrirse los ojos con la mano para protegerse del brillo de las luces que se reflejaba en la superficie.

—La P4 —se oyó murmurar.

—No me preguntes cómo llegó hasta aquí —le dijo Conrad, que se había puesto unas gafas de sol—. Todavía no puedo explicarlo, pero ya lo haré.

El convencimiento de su voz inspiraba confianza. Su entusiasmo era innegable, sin adulterar, contagioso. No mostraba indicios de miedo, pensó Serena con envidia, solo sentía una curiosidad y una exaltación genuinas. Ella, en cambio, casi había olvidado lo que era eso.

Se puso las gafas de sol. La cima aplanada, que era más brillante que la más prístina de las nieves, resultaba cegadora. De modo que aquélla era la razón de que el Papa la hubiera enviado allí, pensó de repente. Había sospechado que sería por algo asombroso, pero no estaba ni mucho menos preparada para el monumento que tenía delante, ni para sus dimensiones. Era gigantesco.

Estaba absorta en aquella maravilla cuando escuchó que su cuerda crujía.

—Se habrá aflojado un poco —le aseguró Conrad—. No te preocupes.

A continuación, escuchó un crujido más fuerte seguido de un tintineo metálico. El mosquetón que sujetaba su cuerda saltó del hielo y Serena creyó que iba a caerse.

—¡Conrad! —gritó al tiempo que enterraba su piolet en el muro y se aferraba a él.

Conrad, sin embargo, no dijo nada. Serena miró a su lado. No estaba; era su mosquetón el que acababa de saltar.

Bajó la vista justo a tiempo de ver cómo Conrad desaparecía en la niebla.

—¡Conrad! —volvió a gritar.

Yeats descendió hasta llegar a su lado.

—¿No puede esperar un poco antes de enterrarlo? —le preguntó al tiempo que estudiaba con detenimiento la niebla que se extendía bajo ellos. Tiró de la cuerda de Conrad con uno de sus dedos, protegido por el guante—. Sigue colgado.

Serena escuchó otro crujido y, al levantar la vista, descubrió que su propia

sujeción comenzaba a ceder. De forma instintiva, empuñó el piolet y se lo tendió a Yeats, que levantó un brazo en gesto defensivo.

—Coja esto —le dijo, y acto seguido se sintió caer al vacío.

Segundos más tarde se encontraba entre la niebla, descendiendo vertiginosamente hacia las luces que había más abajo, hasta que su cuerda se tensó de improviso y la caída se detuvo con un brusco tirón. Por un instante, creyó que se había roto la cadera, pero el arnés había funcionado a la perfección.

Contuvo el aliento y escuchó el ruido que producía su anorak impermeable al rozarse contra la cuerda de nailon en la que se balanceaba.

—¿Conrad? —preguntó a voz en grito.

—Estoy aquí —respondió él—. He encontrado algo.

Giró la cabeza hacia el sonido de su voz y la linterna que llevaba en la cabeza lo iluminó unos tres metros más abajo, colgado de su cuerda y sin posibilidad de encontrar un apoyo.

—Aguanta.

Tuvo que intentarlo en tres ocasiones antes de poder trazar un arco lo bastante amplio como para acercarse. Cuando se balanceó hacia él, dejó la mano extendida y Conrad se aferró a ella y la mantuvo pegada a su cuerpo. Durante unos segundos se mecieron en el aire de esa manera, aferrados el uno al otro.

—¿Ya has terminado de hacer *punting*? —le preguntó ella, que intentaba enmascarar su ansiedad tras el sarcasmo.

—¡Mira! —exclamó él.

Serena se dio la vuelta en la oscuridad y su linterna bañó de luz el muro. Había algo en el hielo. Una vez que sus ojos se ajustaron a la luz, se encontró cara a cara con una niña, congelada en el tiempo.

—Santo Cielo —musitó.

—¿Recuerdas que me dijiste que solo volveríamos a estar juntos cuando el infierno se congelara? —le preguntó—. Pues bien, ya ha llegado ese momento.

La niebla se disipó y la luz que provenía del fondo inundó el muro por completo. En un instante, Serena pudo contemplar a cientos de seres humanos, cuyos rostros habían quedado congelados con idénticas expresiones de terror. Todos parecían estar gritando a la vez. Se tapó los oídos y, al hacerlo, se dio cuenta de que era ella quien gritaba.

Tercera hora de descenso
Módulo hábitat

Una hora más tarde, ya en el interior del módulo hábitat de la P4, la preocupación de Conrad resultaba patente mientras contemplaba el cuerpo de Serena, que yacía sobre la mesa de operaciones plegable. Sus ojos parpadeaban con rapidez bajo las luces de alta intensidad; una mascarilla de oxígeno le cubría la boca y tenía varios electrodos electrocardiográficos colocados en el pecho. Le habían apartado el pelo de la cara y le habían aflojado el cinturón que le ceñía los pantalones.

Conrad señaló al exterior a través de la ventana tintada, en dirección a la bandera norteamericana que Yeats había colocado en la cima de la pirámide.

—Concéntrate en la bandera y respira profundamente —le dijo al tiempo que le suministraba oxígeno procedente de un enorme tanque amarillo.

Le habían quitado tanto el anorak como el jersey, de modo que Conrad tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no quedarse mirando el movimiento de sus generosos pechos, que subían y bajaban bajo la camiseta interior de lana. Serena había estado hiperventilando desde que alcanzaron el fondo de la garganta de hielo, al parecer debido a la impresión que le había provocado la enorme tumba congelada que los rodeaba. Conrad desvió la mirada hacia el monitor del electrocardiograma. Hasta aquel mismo momento, su corazón no había recuperado el ritmo normal.

—¿Mejor? —le preguntó pasado un minuto.

Serena lo observó como si se hubiera vuelto loco por el mero hecho de formular esa pregunta.

Conrad paseó la mirada por el reducido campamento que se hallaba en la cima aplanada de la P4, en el fondo de la garganta. Se trataba de un único módulo de unos dieciséis metros de largo por cuatro de ancho. Yeats se había reunido con los tres técnicos al lado de los monitores. Uno de ellos era López, una oficial a quien Conrad recordaba de la Base Glacial Orión. Los otros dos eran un par de rubios fanáticos de los esteroides que respondían a los nombres de Kreigel

y Marcus. Sin duda alguna, eran los musculitos de Yeats allí abajo.

Se dirigió al General.

—¿Tenías alguna razón en concreto para no mencionar los cuerpos congelados?

—Sí —respondió el General—. Quería ver vuestra reacción.

Conrad señaló a Serena sin dejar de mirar a su padre.

—¿Satisfecho?

—Deja de quejarte.

Yeats se puso en pie con una jeringuilla hipodérmica en la mano. Empujó el émbolo de la jeringuilla y un poco de líquido trazó un arco en el aire. Serena protestó.

Conrad observó con creciente alarma cómo Yeats cogía el brazo de la mujer.

—¿Qué vas a hacer? —exigió saber.

—Darle un chute de eleuterococo, un estimulante —explicó al tiempo que le inyectaba la solución a Serena antes de que Conrad pudiera detenerlo—. Es un extracto de una planta, de la familia del *ginseng*. Los buceadores de aguas profundas, los equipos de rescate de montaña y los cosmonautas la toman para aguantar el estrés mientras trabajan en condiciones inhóspitas. A decir verdad, se podría decir que fue la única aportación de utilidad con la que contribuyeron los rusos a nuestro programa espacial.

La droga parecía estar surtiendo efecto. Conrad desvió la mirada hacia Serena, que respiraba con más normalidad a pesar de que el enfado teñía su mirada. Era evidente que esa mujer no estaba acostumbrada a que la cuidasen.

—Se pondrá bien —dijo Yeats—. Ahora, si no te importa, tengo que comprobar los progresos que ha hecho el equipo de excavación en la búsqueda de ese legendario pasadizo vertical tuyo.

—Tan legendario como la P4 —gritó Conrad a sus espaldas cuando el general levantó la lona y salió al exterior. El aire polar, cuya temperatura no subía de los cero grados, se coló en el interior.

—Parece que lo llevas bastante bien, Conrad —dijo Serena, que lo pilló desprevenido. Se había quitado la mascarilla de oxígeno—. ¿Debo suponer que no es la primera vez que ves cuerpos congelados de más de doce mil años de antigüedad?

Él bajó la mirada para observarla, conteniendo su entusiasmo a duras penas. No todos los días se encontraban pruebas que corroboraran sus teorías y que demostraran que no estaba loco.

—Esos cuerpos explican cómo llegó hasta aquí la pirámide.

—¿Llegó hasta aquí? —Serena consiguió sentarse. El color ya había regresado a sus mejillas—. ¿De qué estás hablando? ¿Es que se movió?

Conrad rebuscó en su mochila para sacar una naranja congelada.

—La saqué de la pared de hielo —dijo—. Esto demuestra que la Antártida se

encontró en otro tiempo en un clima cálido.

Serena miró la naranja con atención.

—Hasta que se congeló de repente, ¿no?

Conrad asintió.

—Es la teoría del desplazamiento de la corteza terrestre de Hapgood.

—¿Charles Hapgood? —preguntó Serena.

—Eso es. Lleva muerto bastantes años. ¿Has oído hablar de él?

—Sí, he oído hablar de su carrera como profesor universitario, pero no de su teoría acerca del desplazamiento.

Conrad siempre disfrutaba de cuanto oportunidad se le presentaba para contarle algo a la Madre Tierra que ésta ignorara. Sostuvo la naranja en alto y dijo:

—Imagina que esto es la Tierra.

—De acuerdo. —Serena parecía dispuesta a seguirle la corriente.

Conrad abrió una navaja de bolsillo y trazó el contorno de los siete continentes en la piel, que se iba descongelando.

—Según la teoría de Hapgood, la era glacial no fue el resultado de un fenómeno meteorológico, sino que se debió más bien a una catástrofe geológica que sucedió hace unos doce mil años. —Conrad le dio la vuelta a la naranja, de manera que los Estados Unidos se encontraron en el Círculo Polar Ártico y la Antártida quedó muy cerca del Ecuador—. Así sería el mundo en aquella época.

Serena alzó una ceja.

—¿Y qué sucedió?

—Toda la corteza exterior de la superficie de la Tierra se desplazó, como si fuera la cáscara de esta naranja. —Conrad volvió a girar la naranja hasta que los continentes se alinearon en la posición actual—. La Antártida queda así tragada por la zona polar mientras que América del Norte se separa del Círculo Polar y pasa a un clima templado. El hielo, por tanto, se funde en América del Norte, pero cubre la Antártida.

Serena frunció el ceño.

—¿Y cuál fue la causa de semejante cataclismo?

—Nadie lo sabe —contestó Conrad—. Aunque Hapgood afirmaba que se debió a un desequilibrio del hielo en los casquetes polares. A medida que la capa de hielo aumentaba, los casquetes se volvieron tan pesados que se desplazaron y arrastraron con ellos las superficies de los restantes continentes, que se deslizaron de una pieza hasta sus nuevas posiciones.

Serena clavó la mirada en él.

—¿Y estás dispuesto a arriesgar lo poco que queda de tu reputación para apoyar esta ridícula teoría del desplazamiento?

Conrad se encogió de hombros.

—A Albert Einstein le gustó la idea. Según él, era muy posible que se

hubiesen producido desplazamientos significativos en la superficie de la corteza terrestre cada cierto tiempo. Eso explicaría algunas cosas bastante extrañas, como los ejemplares de mamut congelados en el Círculo Polar con vegetación tropical en el estómago. O la existencia de personas enterradas junto a una pirámide, a más de mil quinientos metros de profundidad, en la capa de hielo de la Antártida.

Serena le tocó el hombro con suavidad.

—Si eso te ayuda a encontrarle un sentido al mundo, me alegro por ti.

Conrad se tensó. Por un momento había creído que ella estaba tan entusiasmada por las pruebas como él. Había creído que eran iguales. Sin embargo, Serena no hacía sino criticar la conclusión a la que él había llegado. No, lo que era aún peor: lo criticaba a él. Le dolió que una hipótesis científica del todo plausible, propuesta por una de las mentes más privilegiadas de la historia, fuese rechazada con tanta delicadeza, y por una mujer creyente, nada menos.

—¿Acaso tiene la Santa Sede una teoría mejor?

Serena asintió.

—El Diluvio.

—Más de lo mismo —dijo Conrad—. Ambas podrían encajar en la Teoría del Dios Maníaco Homicida. —Sin embargo, tan pronto como hubo pronunciado esas palabras, lamentó haberlas dicho.

—Oiga, señor, cuidado con lo que dice —dijo una voz femenina a sus espaldas.

Conrad se giró y vio que López le dirigía una mirada de pocos amigos. Otra católica, comprendió. López desvió la vista hacia Serena y le preguntó:

—¿Quiere que le dé una patada en el culo de su parte?

Serena sonrió.

—No, gracias, ya lo han hecho demasiadas veces.

—De acuerdo, pero la oferta sigue en pie —replicó López antes de regresar a su trabajo.

Los gemelos arios, Kreigel y Marcus, parecían decepcionados. Conrad supuso que serían luteranos, agnósticos o, sencillamente, un par de buenos alemanes que, de haber vivido en otro tiempo y lugar, hubieran sido los modelos perfectos para la propaganda de las SS de Hitler.

Serena buscó su anorak y deslizó los brazos por las mangas.

—¿Y qué sugiere, doctor Conrad? —Intentaba subirse la cremallera del abrigo, pero los cables del electrocardiograma estaban por medio—. ¿Tal vez que Dios es el culpable de todas las hambrunas, guerras y miradas lascivas de la humanidad?

Conrad se dio cuenta de que lo miraba fijamente, con una expresión acusadora, aunque también compasiva, de sus cálidos ojos castaños. Eso era algo que lo sacaba de sus casillas. Quizá hubiera estado mirando sus pechos

demasiado tiempo, pensó. Después de todo, era humano. Y ella también, aunque se negara a reconocerlo.

—Me fijé en la forma en que mirabas a esa niñita atrapada en el hielo —dijo Conrad en voz baja—. Era como si te estuvieras viendo a ti misma. No parece el tipo de ser impío a quien el Diluvio del Génesis debía castigar.

—La lluvia moja a los justos y a los injustos por igual —dijo, distraída—. O el hielo, en este caso.

Conrad se dio cuenta de que Serena estaba pensando en otra cosa. Las cifras en el monitor del electrocardiograma se dispararon de nuevo, aunque ella no se dio cuenta.

El hombre señaló los monitores.

—Mira, tal vez sería mejor que volvieras arriba y bajara un reemplazo cualificado. —Se acercó para ayudarla con los cables del electrocardiograma—. No quiero que te pase nada.

Irritada, Serena lo apartó de un empujón con el hombro y se arrancó los cables.

—Hable por usted, doctor Yeats.

Conrad se rascó la cabeza y la observó con incredulidad.

—¿Es que no puedes enviar señales más confusas?

Serena se subió la cremallera del anorak y se puso en pie de un salto.

—¿Quién es el que está confundido, doctor Yeats?

Conrad se quedó muy quieto, consciente de que López lo observaba con ávido interés, al igual que Kreigel y Marcus. Los soldados parecían estar deseando que la buena monja le diera un rodillazo en la entrepierna al malvado arqueólogo.

En aquel momento, la lona que servía de puerta se levantó y otra ráfaga de aire gélido entró en el módulo junto con el general.

—Tenías razón, Yeats —dijo Conrad sin inmutarse—. La hermana está bien.

—Perfecto. Hora de ponerse en marcha. Vamos a entrar en la P4 —informó—. El equipo de excavación acaba de encontrar tu pasadizo.

*Cuarta hora de descenso
Cámara superior*

El pasadizo tenía alrededor de dos metros de ancho por otros dos de alto, calculó Serena, y la pendiente se perdía en la más absoluta oscuridad. El lanzamiento de una moneda le había otorgado el dudoso privilegio de ser la primera en entrar; después, claro está, de que el equipo de excavación hubiese enviado pasadizo abajo una versión modificada del robot Mars Sojourner, de diez kilogramos y seis ruedas, armado con un soplete y una cámara. El robot por control remoto confirmó lo que Conrad había sospechado: el pasadizo conducía directamente hacia una cámara que se encontraba justo en el corazón de la P4.

Serena pudo notar cómo se le aceleraba el pulso mientras permanecía en pie sobre el rellano que los norteamericanos habían construido en la cara septentrional de la P4 y contemplaba la entrada del pasadizo. Se dio cuenta de que todavía estaba algo afectada por la visión de la niña congelada en el hielo, por no mencionar el súbito y catastrófico final de una sociedad al completo. Ojalá la niña no hubiera parecido tan aterrorizada...

Siempre le había reconfortado la teoría de que el Génesis era un mito y que el Diluvio no era otra cosa que una metáfora teológica. Sí, había evidencias fósiles que sugerían un cataclismo natural. Y no, no albergaba muchas dudas acerca de la veracidad de esa especie de inundación global. Pero tomarla como una retribución divina por la maldad de la humanidad era algo muy distinto. Ésa no era más que la opinión de Moisés. Por desgracia, Serena encontraba la opción alternativa (que los indiferentes ciclos de la naturaleza exterminaban especies enteras de forma aleatoria) incluso más angustiada, aunque solo fuera porque le quitaba todo el sentido a su justa indignación.

Casi podía escuchar la voz del Santo Padre sugiriéndole que quizá tuviese algo que ver con su propia niñez. Se había visto como una niña, una víctima inocente encerrada en el hielo, congelada en el tiempo como las distintas partes de su propia personalidad. O quizá no fuera más que el fracaso de su fe a la hora de proporcionarle verdadero consuelo ante la maldad inexplicable y el sufrimiento

del mundo. Era como si Satán tuviera su propio ángel de la guarda: Dios. No obstante, eso habría convertido a Dios en el Diablo, un pensamiento demasiado espantoso para que lo considerara siquiera.

Su trance se vio interrumpido por la voz de Conrad, que le llegó desde detrás.

—Siempre puedo ir yo delante, Serena, si eso es lo que quieres.

Echó un vistazo a Conrad por encima del hombro y frunció el ceño. Como había encontrado la entrada secundaria de la pirámide, se comportaba de un modo bastante arrogante. Su mirada decía a las claras que, una vez más, él tenía razón, como era habitual. No solo acerca de la P4, sino también en todo lo demás, lo que la incluía a ella. Como si, en ese momento, la considerara de la misma forma que a cualquier otro enigma arqueológico.

Furiosa, le preguntó:

—¿También puedes traducir antiguas inscripciones alienígenas?

—Como muy bien sabe, hermana Serghetti, la palabra escrita no es más que una forma de comunicación —replicó Conrad.

Serena odiaba toda esa palabrería académica, probablemente porque ella misma la utilizaba muy a menudo. O tal vez porque, al igual que en su conversación en el módulo hábitat, esa palabrería reducía de algún modo la intimidad que, sentía, se había establecido entre ellos durante el descenso al abismo de hielo.

—Además —añadió Conrad—, no creo que encontremos inscripciones aquí dentro.

—¿Cómo lo sabes?

—No es más que un presentimiento. —Conrad recorrió con los dedos la brillante superficie blanca de la pirámide—. Fíjate en las piedras perfectamente encajadas que recubren toda la estructura.

Si había algún surco, por pequeño que fuera, ella no podía detectarlo debido a la intensidad con la que se reflejaba la luz.

—¿Y cómo es que nuestras pirámides no brillan como éstas?

—Los recubrimientos fueron retirados para levantar las mezquitas durante la Edad Media —explicó Conrad—. Las pirámides se convirtieron en canteras baratas. Tócalo.

Serena deslizó el guante sobre la superficie. La piedra tenía un tacto parecido al del cristal.

—¿Es de un mineral diferente?

Conrad sonrió.

—Te has dado cuenta. No es de extrañar que las ondas electromagnéticas no detectaran la pirámide. Tenías razón, Yeats. Esta cosa es más escurridiza que un bombardero invisible.

—Y más dura que el diamante —añadió Yeats con impaciencia desde algún lugar a las espaldas de Conrad—. Partió todas nuestras brocas cuando estuvimos

tratando de agujerearla antes de encontrar el pasadizo. Todavía no le hemos dado un nombre. Ahora, si pudiéramos avanzar y...

—*Oreichalkos* —respondió Conrad.

Su voz pareció rebotar en las paredes del pasadizo y perderse en su interior.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó Serena.

—Oricalco o «metal brillante», así se llama este misterioso mineral. Platón dijo que la gente de la Atlántida lo utilizaba —explicó Conrad—. Era una aleación pura que extraían de las minas, una «montaña de cobre» casi sobrenatural. Brillaba como el fuego y se utilizaba para revestir las paredes... y para realizar inscripciones. Me apuesto lo que sea a que los dos metros exteriores de la pirámide están hechos con esa cosa.

De alguna forma, parecía demasiado seguro de sí mismo. Por lo que Serena dijo:

—Crees que tienes todas las respuestas, ¿verdad?

—No lo sabremos hasta que hayamos entrado, ¿no es así?

—¿Y qué pasaría si los constructores hubieran colocado alguna trampa? —preguntó Serena.

—Fueron los atlantes quienes quedaron atrapados, ¿o ya lo has olvidado? —señaló Conrad—. Además, los constructores jamás pretendieron que se entrara desde arriba, desde este pasadizo. Las únicas trampas, si es que las hay, se encontrarán dispersas alrededor de la base de la P4 y en los túneles que conducen a las cámaras más importantes.

Serena miró a Yeats por encima del hombro de Conrad; el hombre tenía el ceño fruncido, bien por la preocupación o bien, lo que era más probable, por la impaciencia. López, Kreigel y Marcus, que estaban a su lado, mantenían una expresión tan impenetrable como de costumbre.

—Descubrámolo —dijo al tiempo que se introducía en el pasaje.

Conrad estaba en lo cierto con respecto al *oreichalkos*, tal y como Serena no tardó en descubrir. Una vez que hubieron recorrido unos dos o tres metros de pasadizo, la superficie de los muros se convirtió en una especie de metal o de piedra más tosca. Raspaba ligeramente su anorak de Gore-Tex, pero descubrió que podía descender por el pasadizo apoyada sobre ambos pies si se inclinaba hacia atrás y mantenía la cuerda en tensión. La luz de las lanternas solo conseguía penetrar la oscuridad unos quince metros por delante.

—¿Cómo vais ahí abajo? —gritó Yeats. Su voz quedaba amortiguada y adquiría cierto tinte metálico debido a la configuración del pasadizo.

—Bien —replicó ella.

Sin embargo, no se sentía bien. El aire resultaba pesado y sofocante. Las húmedas y densas paredes parecían cerrarse a su alrededor a medida que descendían por la pendiente de treinta y ocho grados. Mientras reptaba por el pasadizo, comenzó a sentir un hormigueo en la parte baja de la espalda que, muy

despacio, iba ascendiendo por su columna.

Veinte minutos después, salieron del pasadizo a una descomunal estancia de color rojo oscuro que parecía irradiar un tremendo calor y poder. Estaba completamente vacía.

—Aquí no hay nada, Conrad —dijo Serena, que pudo escuchar el eco de su voz—. Ni inscripciones ni nada.

—No estés tan segura.

Se giró y vio que Conrad se dejaba caer, ayudado de la cuerda, por la pared que daba fin al pasaje, seguido de Yeats y sus tres oficiales.

Conrad barrió la cámara con el foco, revelando unas paredes levantadas con bloques de una piedra que se parecía al granito. El suelo y el techo estaban contruidos con idénticos bloques gigantes. La estancia era más grande que un campo de fútbol, y Serena supuso que tendría unos sesenta metros de altura. A pesar de todo, tenía la sensación de que las paredes se cerraban sobre ella.

—Hablando de arquitectura megalítica... —dijo Conrad mientras deslizaba el haz de luz por el techo—. Tan solo por esto, la ingeniería logística resulta asombrosa.

Conrad tenía razón acerca de la arquitectura, pensó Serena. Revelaba mucho acerca de los constructores. Eso era lo que la intrigaba tanto de la lingüística. La lengua trataba a menudo de esconder o manipular el significado y, al hacerlo, revelaba la verdadera naturaleza de la civilización que había tras los artefactos.

El problema era que allí no había inscripciones. No había nada. Incluso en las excavaciones de menor importancia había encontrado algún objeto que la conectaba de alguna manera con la gente de aquellas lejanas épocas. Un trozo de cerámica, una estatuilla, eran más que simples objetos. Perteneían a unos seres humanos que pensaban y sentían. Era como tratar de conocer a su padre a través de los objetos personales del sacerdote después de su muerte, y descubrir que incluso las cosas más triviales le revelaban datos acerca de su propio pasado.

Allí no sentía ninguna conexión. Nada. Tan solo un vacío absoluto, y resultaba escalofriante. Ni siquiera un sarcófago, un féretro que, si no le fallaban sus recuerdos acerca de las pirámides egipcias, debería de haberse encontrado en el extremo occidental de aquella cámara, pero que no estaba. Al menos una tumba se erigía por alguien. Pero ese lugar era frío, práctico y reservado.

—No veo más pasadizos —dijo—. Dijiste que encontraríamos otro. Y no hay puertas. Estamos en un punto muerto.

—Ahí está. —El haz de luz de Conrad señaló el pasadizo de la pared meridional. Parecía idéntico al que acababan de abandonar.

—Lo único que vamos a encontrar al final de esto es un bloque de hielo —dijo Serena.

Conrad lo miró mejor y asintió.

—En la Gran Pirámide de Giza, el pasadizo meridional servía para conducir

al faraón fallecido hasta las embarcaciones de cañas que utilizaría para navegar sobre su reino terrenal. El pasadizo septentrional servía para que se uniese a las estrellas en el reino celestial.

—Qué bonito —dijo Serena—. Pero no veo el sarcófago de ningún faraón fallecido por aquí.

Observó a Conrad mientras éste caminaba hasta el centro de la cámara. El eco de sus pasos parecía intensificarse a medida que se acercaba al corazón de la estancia.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Si no hay nada en el interior de esta estancia, tendremos que examinar la habitación en sí. —Caminó hacia el muro occidental y giró la cabeza hacia el Este. Cogió lo que parecía un bolígrafo y enfocó un delgado rayo láser hacia las paredes. Después examinó las lecturas—. Esta habitación es un rectángulo perfecto de uno por dos —anunció—. Y la altura de esta cámara es exactamente la mitad de la longitud de la diagonal de la planta.

—¿Y?

—Puesto que la cámara forma un rectángulo perfecto de uno por dos, los constructores han formado una sección áurea, es decir, ϕ .

—¿ ϕ ? —preguntó Yeats.

— ϕ es un número irracional, como π , que no puede calcularse de forma aritmética —explicó Conrad—. Su valor se calcula sumando uno a la raíz cuadrada de cinco y dividiendo el resultado entre dos, lo que da 1,618 033. O con el valor límite de la proporción entre los números sucesivos de la serie Fibonacci: la serie de números que comienza con 0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13...

—¿En la que cada dígito es la suma de los dos dígitos anteriores? —dijo Serena, completando su lección—. ¿Adonde quieres llegar?

—Los constructores no dejaron nada al azar en este lugar. Cada piedra, cada ángulo, cada cámara han sido sistemática y matemáticamente diseñados en función de algún gran propósito. Ésta no es solo la mayor y más antigua estructura del planeta: también es la más perfecta.

Serena tragó saliva con fuerza.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que es humanamente imposible.

Serena lo observó con cautela y llegó a la conclusión de que creía lo que estaba diciendo a ciencia cierta. Ella todavía no había llegado a ese extremo, pero estaba impresionada por su inteligencia. Era raro que conociera a un hombre más inteligente que ella. El problema radicaba en que, quizá, Conrad fuera demasiado brillante para su propio bien, como los genios que los norteamericanos utilizaron para construir la bomba atómica durante la Segunda Guerra Mundial. Era obvio que, de algún modo, esperaba conseguir algo en la P4 que pudiera catapultarlo hasta su merecido lugar en la historia.

No obstante, al contemplar al general estadounidense, Serena supo que Yeats jamás lo permitiría. Su expresión fría y pétrea le dijo que, una vez Conrad hubiera cumplido su misión, sería prescindible. No como su hijo, sino como arqueólogo. Conrad, sin embargo, era demasiado inteligente como para acabar resultando prescindible. Por esa misma razón a ella no le preocupaba lo que Conrad decía, sino lo que se callaba.

—De modo que has llegado a la conclusión de que la P4 es alienígena, ¿no es eso? —Meneó la cabeza—. Los cuerpos que encontramos en el hielo eran humanos. Yeats dijo que las autopsias del laboratorio habían confirmado ese punto.

—Eso no significa que esa gente construyera la P4 —dijo Conrad—. Esta cosa podría haber estado aquí mucho antes de que ellos llegaran.

La manera en que utilizaba la denominación «esta cosa» la molestaba. La P4 no era una cosa. Era una pirámide... ¿O no? Sin inscripciones, le resultaba imposible descubrir cualquier posible significado que pudiera tener aquel monumento, de la misma manera que no podía plantarle cara a Conrad, salvo para decir:

—Eso no lo sabes con seguridad.

—Ten algo de fe.

Conrad atravesó la estancia y caminó hasta el pasadizo opuesto. Una vez allí, sacó un dispositivo portátil de su cinturón.

—¿Qué estás haciendo?

—Poniendo en marcha mi simulador astronómico. —Conrad pulsó un botón para que apareciera un gráfico en la pantalla—. El pasadizo septentrional por el que hemos llegado tiene un ángulo de treinta y ocho grados y veintidós minutos. Este pasadizo meridional tiene una inclinación de quince grados y treinta minutos.

Serena se acercó a él.

—No te sigo.

—Olvidas que esta pirámide puede ser un instrumento meridiano para seguir el curso de las estrellas —dijo Conrad con la vista clavada en la pantalla del dispositivo—. Los pasadizos de la cámara real en la Gran Pirámide, por ejemplo, apuntaban hacia Orión y Sirio. Tengo la corazonada de que se construyeron siguiendo éstos como modelo. Lo único que tenemos que hacer es lograr que los pasadizos encajen con varias coordenadas celestes a través de la historia, y así podremos datar la P4 con precisión... —Se detuvo en seco. No dejaba de mirar la pantalla de su dispositivo.

—Continúa —dijo Serena.

—Espera. —Conrad frunció el ceño—. Esto no puede estar bien.

—¿Qué pasa?

—¿Pasa algo malo, Conrad? —preguntó Yeats, que todavía apuntaba con su linterna hacia el pasadizo meridional.

—El ángulo de estos pasadizos apunta a unas estrellas concretas de una época también concreta —dijo Conrad—. Este pasadizo apunta hacia Alfa Canis Majoris, en la constelación del Can Mayor. Era conocida como Sirio por los antiguos, que la asociaban con la diosa Isis, la madre cósmica de los reyes de Egipto.

—En oposición al rey cósmico Osiris —dijo Serena.

Los ojos de Conrad se iluminaron.

—Cuya constelación, Orión, se alza por el Este en estos mismos momentos.

—Ya me contaste todo esto en la Base Glacial Orión. —Yeats miraba con impaciencia sobre el hombro de Conrad.

—No lo entiendes —explicó Conrad, y la propia Serena se esforzaba por encontrarle sentido—. Este pasadizo apunta hacia Alfa Canis Majoris en estos mismos momentos, en la cúspide de la Era de Acuario, tal y como puede observarse desde el Polo Sur durante el amanecer del equinoccio de primavera.

Yeats dijo:

—Estamos en septiembre, Conrad.

—Para los que viven en el Hemisferio Norte —le recordó Serena a Yeats—. Aquí estamos en primavera, al igual que en el resto del Hemisferio Sur. —Se volvió hacia Conrad—. Y bien, ¿qué significa eso?

—Bueno, desde un punto en el suelo cuya localización no varíe, el firmamento es como el cuentakilómetros de un coche. El cielo cambia siguiendo un ciclo completo cada 26 000 años —explicó—. Y eso significa que o bien esta pirámide se construyó hace 26 000 años, durante la última Era de Acuario o...

—¿O qué? —lo apremió Serena.

—O se construyó para alinearse con las estrellas en una época futura. —La miró a los ojos y ella sintió un hormigueo en la espalda—. En este preciso momento, en el que nos encontramos ahora.

*Quinta hora de descenso
Base Glacial Orión*

O'Dell estaba echado en su litera, en el interior de la Base Glacial Orión, escuchando a Chopin y a la espera de noticias de Yeats y del equipo de exploración cuando, de repente, los muros empezaron a temblar y sonó la señal de alarma.

La monotonía diaria de la base se interrumpía con bastante frecuencia para llevar a cabo un «sim», o simulacro. Al sonido de la señal de alarma, todo el personal se apresuraba a ocupar sus puestos en el centro de mando, donde estaban situados los paneles con las luces de advertencia y los equipos de diagnóstico. Una luz intermitente advertía de que la situación de emergencia era simulada.

Sin embargo, puesto que era O'Dell quien ordenaba los simulacros y no había ordenado ése en concreto, sabía que no habría ninguna luz parpadeando en el panel que advirtiera de ello. Sintió cómo se le aceleraba el pulso y cómo la adrenalina se disparaba en su organismo al tiempo que salía en tromba de su cuarto en dirección al módulo donde se ubicaba el centro de mando, allí donde el personal ya estaría reunido alrededor del monitor principal.

—Han traspasado el perímetro exterior, señor —informó el teniente que estaba de guardia—. Sector Cuatro.

O'Dell observó la imagen granulada que presentaba la nieve al ser arrastrada por el viento y, al instante, un enorme objeto grisáceo surgió de entre la neblina polar.

—Son los rusos. —Lanzó una maldición en cuanto reconoció el tractor Kharkovchanka.

—Traspaso en el Sector Dos, señor —dijo otra voz.

—¡Sector Uno!

—¡Sector Tres!

O'Dell echó un vistazo a las distintas pantallas que había en la estancia: tractores Kharkovchanka por todos lados. Los rusos habían rodeado la base.

Permaneció inmóvil mientras asimilaba poco a poco la gravedad de la situación, hasta que sintió un golpecito en el hombro.

—¿Señor?

O'Dell se dio la vuelta y vio al oficial de comunicaciones. Parpadeó varias veces. El hombre estaba moviendo los labios pero él no oía nada.

—¿Qué?

—He dicho que los rusos intentan establecer comunicación con nosotros, señor. ¿Quiere que responda?

O'Dell respiró hondo.

—¿Podemos contactar con el general Yeats?

—Perdimos contacto con el equipo en cuanto entraron en la P4.

Antes de que O'Dell pudiera responder, se escuchó una voz procedente del intercomunicador del compartimento estanco oriental.

—¡*Ivan*es a las puertas!

O'Dell escuchó los golpes que los rusos asestaban a la puerta con lo que parecían ser las culatas de sus AK-47. Dejó escapar el aire con lentitud antes de girarse hacia el oficial de comunicaciones.

—Informe a los rusos de que un comité de bienvenida los recibirá en el compartimento estanco oriental.

—Sí, señor.

—Entretanto, oculten todo lo que puedan.

Salió del centro de mando y se dirigió hacia un laberinto de corredores flanqueados por unas luminosas ventanas de cristal reforzado.

En cuanto echó un vistazo en dirección al asentamiento de módulos cilíndricos y cúpulas geodésicas que se encontraba en el exterior, comprendió que sería imposible ocultar lo que su unidad estaba haciendo en ese lugar.

Atravesó un compartimento estanco, camino de un módulo en el que los acordes de la sinfonía de Mozart se escuchaban con mucha más fuerza. Dejó atrás a un equipo de limpieza que se encontraba a la entrada del laboratorio donde se guardaba el piramidió. Las puertas dobles con la advertencia «SOLO PERSONAL AUTORIZADO» habían desaparecido tras una falsa ventana de cristal, convenientemente empañada. Solo esperaba que los rusos no fueran demasiado meticulosos en su búsqueda. No obstante, eso era mucho pedir; al igual que lo era el deseo de que pasaran de largo junto a los dosímetros, instalados en varios paneles, que medían la radiación del reactor nuclear de la base. O'Dell cayó en cuenta de que aquella sería una prueba más que suficiente para poner fin a su carrera de modo definitivo. Y, si eso llegaba a suceder, Yeats se encargaría de poner fin a su vida.

Dos policías militares desarmados lo esperaban en el compartimento estanco. O'Dell asintió con la cabeza y la pesada puerta comenzó a abrirse muy despacio. El aire gélido del exterior lo dejó sin aliento al tiempo que dos figuras (una baja y

corpulenta; la otra alta y delgada) entraban, sacudiéndose la nieve de las botas. El más bajo de los dos se quitó el gorro y O'Dell contempló el rostro hinchado y enrojecido más feo que había visto en toda su vida.

—Soy el coronel Ivan Kovich —se presentó el hombre con actitud triunfal, haciendo gala de un inglés con marcado acento ruso—. Y usted se encuentra metido en un gran problema. Un problema enorme.

Antes de que O'Dell pudiera replicar que la Base Glacial Orión no era más que una sencilla estación de investigación, Kovich comenzó a toser de modo incontrolable. El larguirucho auxiliar propinó a su comandante unos cuantos golpes en la espalda, hasta que Kovich le hizo saber con un gesto que ya era suficiente.

—Léaselo, Vlad —ordenó Kovich, que agregó a modo de presentación—: Éste es Vladimir Lenin, tataranieta del mismísimo Lenin.

O'Dell lo observó con interés mientras el joven oficial se sacaba un arrugado trozo de papel del anorak y lo estiraba. A todas luces, este Lenin no había ascendido tanto en el escalafón como su antecesor. Con un inglés algo titubeante, leyó:

—Ha violado el Artículo Uno del Tratado Antártico Internacional. No se permite presencia militar. El Tratado nos autoriza a inspeccionar la base.

El joven Lenin miró a Kovich de soslayo y, cuando éste asintió, volvió a guardarse el papel.

—¿Alguna pregunta?—inquirió Kovich a O'Dell.

Éste respondió con otra pregunta:

—¿Cuántos hombres más de su unidad se nos unirán?

—Se nos unirán tantos rusos como americanos haya en esta base y en el fondo de ese barranco de ahí fuera —informó el ruso.

—¿Y el coronel Zawas y su unidad?

—Esperábamos que usted nos informara —contestó Kovich—. No hemos tenido noticias de ellos. Han desaparecido como por arte de magia.

Quinta hora de descenso

El interior de la cámara estaba en silencio. Yeats miró a Conrad, y por su expresión pudo deducir que había cometido un gigantesco error de cálculo. Y le dio la impresión de que la monja también se había dado cuenta.

—Por casualidad, no habrás... —preguntó el general.

—No he cometido ningún error —dijo Conrad—. El pasadizo meridional, que sabemos que fue construido hace al menos doce mil años, está diseñado para alinearse con la estrella Sirio tal y como aparece en nuestro cielo en la actualidad. De la misma forma, el pasadizo septentrional apunta hacia Alnitak, la estrella central del Cinturón de Orión.

Yeats sabía muy bien que había más, pero Conrad no iba a contárselo y conocía la razón. Serena también observaba a Conrad con mucha atención.

—Incluso si tienes razón con respecto a los alineamientos astronómicos, ¿por qué ahora? —le preguntó—. ¿Crees que la P4 tiene algo que ver con los recientes terremotos?

Para alivio de Yeats, Conrad no dijo nada.

—Creo que deberíamos llamar a la Base Glacial Orión antes de emprender ninguna otra acción. —Yeats sacó la radio y ajustó la frecuencia—. Base Glacial Orión, aquí Equipo Fénix.

No hubo respuesta, tan solo siseos y chasquidos.

—Base Glacial Orión —probó Yeats de nuevo—. ¿Me recibe?

De nuevo, solo le respondió el silencio.

—Joder —dijo Yeats—. Estos muros deben de interferir la señal.

—No interfirieron el video que envió la sonda —dijo Serena—. Puede que su base ya no esté allí. Puede que haya quedado enterrada tras la tormenta de nieve.

—Mire, hermana Serghetti... —gruñó Yeats.

—Doctora Serghetti —lo corrigió ella.

—Mire, doctora Serghetti, nos encontramos en una situación en la que se ha perdido la comunicación por radio, situación que, probablemente, se deba a esta

tormenta polar. Eso es todo. Teniendo en cuenta el estado meteorológico en que se encuentra la superficie, yo voto por esperar aquí abajo hasta que la tormenta amaine. Y, mientras estemos en este lugar, haremos lo que se supone que debemos hacer. ¡López, Marcus, Kreigell!

Los tres oficiales se pusieron en posición de firmes de inmediato.

—¡Señor!

—Instalen un nuevo comando y un puesto de logística dentro de esta cámara. Lo más probable es que el hábitat sea inestable. Traigan todo lo que necesiten aquí abajo. —Yeats colocó una mano sobre el hombro de Conrad—. En la superficie dijiste algo acerca de que la pirámide tenía cuatro pasadizos.

—Sí —dijo Conrad—. Sospecho que los otros dos pasadizos, si es que existen, se encuentran en una cámara inferior. Tendremos que encontrarla para asegurarnos.

—¿Para asegurarnos de qué? —presionó Serena.

Conrad respondió:

—Lo sabré cuando lleguemos allí.

—¿Y cómo piensas llegar allí? —inquirió ella.

—Por esa puerta.

—¿Qué puerta? —preguntó Yeats.

—Esa puerta.

Yeats observó cómo Conrad se giraba hacia el pasadizo por el que habían bajado y examinaba la pared de la derecha con la linterna. Allí, en el rincón, para sorpresa de Yeats, había un pasillo abierto. Había estado siempre a sus espaldas.

—Eso no estaba ahí antes —dijo Serena con voz ronca.

—Sí, sí que estaba —dijo Conrad—. Ha estado ahí desde el principio.

Una vez más, el sentido que Conrad poseía del espacio y del tamaño sorprendía a Yeats. No le habría extrañado nada que su hijo ya hubiera trazado un mapa del interior de la P4 en su cabeza.

—Te digo que no estaba —insistió Serena.

—Y yo te digo que lo pasaste por alto —dijo Conrad—. Cálmate, ¿quieres?

—Sin problemas. —Serena dio un paso hacia la puerta abierta—. Entonces, ¿a qué estamos esperando?

Yeats le bloqueó el paso con un brazo.

—Usted se quedará aquí mientras Conrad y yo buscamos los dos pasadizos que faltan.

Yeats pudo vislumbrar un destello de furia en la mirada de la mujer. Estaba claro que no aceptaba bien las órdenes. No era de extrañar que fuera un dolor de cabeza para el Vaticano. Comenzó a hacer fuerza contra el brazo que la retenía para dirigirse hacia la entrada, pero Conrad la agarró por el hombro y la hizo retroceder.

—Está bien, Serena —dijo Conrad—. Cuando encontremos los pasadizos, vendremos a buscarte.

Ni de coña, pensó Yeats.

—Por supuesto que vendremos a buscarla —le dijo—. Tan pronto como encontremos algo.

—Te lo prometo —añadió Conrad con énfasis, lo que molestó a Yeats. Conrad no tenía ningún derecho a prometer nada a nadie.

La expresión del rostro de Serena le indicó a Yeats que no había creído ni una sola palabra pronunciada por su hijo.

—Está bien —dijo ella—. Marchaos.

Yeats hizo un gesto con la cabeza en dirección a Marcus y a Kreigel, que tomaron posiciones en la entrada y, acto seguido, salió tras Conrad de la habitación a través de un túnel cuadrado de techo bajo.

Mientras avanzaban en la oscuridad, a Yeats le preocupaba el error de cálculo que había cometido al permitir que Madre Tierra se uniera al equipo. No porque tuviese algo en contra de la mujer en sí, sino porque era evidente que Conrad no pensaba ni actuaba con claridad cuando ella andaba cerca.

Tenía la esperanza de que un poco de distancia entre ellos aclarara la cabeza del chico.

La estrategia funcionó pocos minutos más tarde, cuando alcanzaron una sólida plataforma horizontal. Parecía una especie de altar. Conrad se detuvo en seco.

—¿Qué es esto? —preguntó Yeats.

—Esto se encuentra justo sobre el eje este-oeste de la pirámide —explicó Conrad—. Señala el punto de transición entre las mitades norte y sur del monumento.

—¿Y eso qué quiere decir? —Yeats estaba a punto de dar otro paso cuando Conrad lo rodeó con un brazo. Era más fuerte de lo que se había esperado.

—Mira.

Conrad apuntó con su linterna a la oscuridad, revelando lo que parecía un gigantesco túnel de metro que se hundía hacia el centro de la Tierra. Justo en mitad de ese suelo brillante se abría un canal de unos doce metros de ancho y seis de profundidad. Reproducía hasta el más mínimo detalle el diseño que presentaba el techo abovedado en su vértice, unos noventa metros por encima.

—Éste es el corredor principal, o Gran Galería.

—Maldita sea, hijo. —Yeats dio un paso para apartarse del borde—. Desde luego, sabes cómo moverte sin problemas por este lugar. ¿Estás seguro de que no has estado aquí antes?

—Solo en mis sueños.

—Pues a mí me parece una pesadilla —respondió Yeats al tiempo que se asomaba al borde—. ¿Adonde conduce?

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Conrad extendió una cuerda que llevaba en la mochila—. La pendiente tiene alrededor de veintiséis grados y los suelos son resbaladizos. Tendremos que usar cuerdas. Trata de mantenerte pegado a los muros y no resbalar hacia el canal.

Habían descendido unos trescientos metros cuando, de pronto, Yeats perdió todo sentido de la orientación. Era la misma sensación de vértigo que había experimentado en ocasiones en la Base Glacial Orión, allá en la superficie. No habría sabido decir dónde empezaba y terminaba el túnel, ni diferenciar entre el techo y el suelo. Se frotó los ojos, que le escocían a causa del sudor frío, y continuó descendiendo a lo largo de la gran galería.

En ese momento, Conrad dijo:

—En realidad, no has traído a Serena como mera observadora, ¿verdad?

A Yeats le dio la impresión de que, en verdad, Conrad echaba de menos a la monja. Por todos los santos, pensó, si acababan de dejarla...

—Joder, no —dijo Yeats—. Quiero descubrir cuánto sabe acerca de esta cosa. Y es más de lo que dice.

—¿Qué te hace sospechar? —preguntó Conrad.

—Deformación profesional.

—En ese caso, tal vez no sea sensato que Serena se quede sola.

—He dejado a tres buenos oficiales de guardia.

—Lo que pasa es que no veo la necesidad de dejarla atrás.

—Sí, sí que hacía falta. Y ahora ya puedes decirme lo que no podías contarle a la buena hermana. En otras palabras, lo que de verdad estás pensando.

—Lo más probable es que no sea nada —dijo Conrad—. Pura coincidencia.

—Eso no existe en este lugar —replicó Yeats—. Desembucha.

—Mira a tu alrededor. —Conrad hizo un gesto con la mano que abarcó la amplia y resplandeciente galena—. No hay inscripciones, iconografía religiosa o cualquier otro símbolo discernible, ni en esta galería ni en la pirámide.

—¿Y qué pasa con eso?

—Que está claro que no se trata de una tumba. Ni siquiera es un rompecabezas que los iniciados que vagabundeen por la zona puedan resolver, tal y como dije antes.

—Entonces, ¿qué cojones es esto?

—Me da la impresión de que estamos en el interior de una máquina enorme.

Yeats notó una profunda e inquietante sacudida en las tripas. Las noticias, preocupantes pese a ser previsibles, se parecían mucho a algún tipo de profecía.

—¿Una máquina?

—Creo que tiene un propósito determinado.

En el ambiente se palpaba una especie de pesadez. Yeats se aclaró la garganta.

—¿Qué propósito?

—No lo sé. Puede que el desastre se cebara con los constructores antes de que tuvieran tiempo de ponerla en funcionamiento.

—Puede.

—O, tal vez —continuó Conrad—, esta máquina causara el desastre.

Yeats asintió muy despacio a medida que asimilaba las palabras. De alguna forma, ya lo había presentido. Quería contarle más cosas a Conrad, pero aquél no era el momento adecuado. Si tenía suerte, Conrad acabaría por averiguarlo sin ayuda de nadie.

Durante el descenso por la Gran Galería, Conrad se arrepintió de haber dejado a Serena en la cámara superior. Y no solo porque quería que se diera cuenta de que sus suposiciones acerca de la P4 habían resultado ser ciertas. Había leído en sus ojos lo desairada y apartada que se sentía. Él conocía muy bien esa sensación y no pudo evitar una punzada de culpabilidad por no haber salido en su defensa ante Yeats. Sin embargo, no iba a desperdiciar su propia oportunidad de explorar los niveles inferiores y abrirse camino hacia el descubrimiento arqueológico más importante de la historia de la humanidad.

No obstante, tan pronto como alcanzó el final de la galería, el mapa mental que había trazado del interior de la pirámide comenzó a resultar mucho más claro. Se colocó frente a una bifurcación que desembocaba en dos túneles más pequeños. Deberían haber sido tres.

Escuchaba la respiración jadeante de Yeats tras él.

—¿Y bien? —quiso saber el general con impaciencia—. ¿Qué camino tomamos?

Conrad estudió los dos túneles más «pequeños». Cada uno tenía más de nueve metros de altura. Uno continuaba la pendiente de treinta y seis grados de la galería. El otro, en cambio, caía noventa grados hasta un pasadizo vertical. Ninguno lo satisfacía.

Guiado por el instinto, Conrad se giró y comenzó a buscar un tercer túnel que debería doblar por debajo de la galería, pero no pudo encontrarlo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Yeats.

Conrad le dio unas palmaditas a la fría pared. Estaba completamente seguro de que la cámara central que buscaba se encontraba en ese mismo nivel. Y si en realidad la Gran Pirámide de Giza estaba construida según el modelo de la P4, entonces el corredor que conducía a esa cámara central debía de estar allí, al final de la galería.

El problema era que no estaba.

Quizá estuviera dando demasiadas cosas por sentado al pensar que los antiguos egipcios habían copiado punto por punto la estructura de los atlantes. Aun cuando su hipótesis inicial fuese cierta, eso no significaba que los egipcios dispusieran del conocimiento o de los medios necesarios para realizar una copia exacta de la P4.

—La cámara que estamos buscando se encuentra en este nivel —dijo—. Pero tendremos que acceder a ella desde abajo.

—Bien —respondió Yeats—. ¿Qué túnel?

—En teoría, ambos corredores deberían conducir a la cámara funeraria —dijo Conrad con cierta vacilación.

—Mientras no sea la nuestra...

—No lo entiendes —añadió Conrad—. La cámara funeraria que se encuentra al fondo de la pirámide sirve como una especie de vestidor cósmico donde el rey puede danzar y celebrar la consumación de la vida. En la cima de la pirámide se encuentra el fénix o piramidión, que simboliza la resurrección. Para llegar de un lugar a otro hay que ascender.

—Ya me hago una idea —dijo Yeats—. Y en algún lugar entre ambos puntos, tendrá lugar el abracadabra.

—En la cámara central —explicó Conrad—. Allí es donde, posiblemente, descubramos un archivo de textos o de tecnología que desentrañe el enigma de la P4. —Conrad echó otro vistazo a su alrededor—. Puesto que el pasillo de acceso no se encuentra aquí, sospecho que la cámara funeraria indicará el camino.

—Así pues, ¿qué túnel conduce a la cámara funeraria?

Conrad podía sentir la mirada inquisitoria de Yeats. A decir verdad, todavía tenía que terminar de acostumbrarse a atacar esa pirámide desde la parte superior, al contrario que había sucedido en todas sus experiencias anteriores, en las que había abordado la situación de abajo arriba.

Paseó la vista por el primer túnel. Lo más normal sería continuar con la pendiente de la galería que acababan de atravesar. Sin embargo, sospechaba que ese túnel conducía a la entrada principal de la P4. Lo más probable era que estuviese bloqueado en algún punto, para impedir que los extraños entrasen en la pirámide desde el nivel más bajo.

—Ilumíname, hijo.

—Puerta número dos —dijo Conrad—. Tomaremos el pasadizo vertical.

—De acuerdo. —Yeats se inclinó sobre el pasadizo y dejó caer una nueva cuerda.

Conrad emergió del final del pasadizo vertical media hora después y se dejó caer sobre un corredor inferior que iba de norte a sur, y que también tenía más de nueve metros de altura. Yeats acababa de caer junto a él cuando comenzó a sonar la alarma del reloj de Conrad.

—¿Tienes alguna cita en alguna parte? —preguntó Yeats.

—Estamos bajo la base de la P4. —Conrad se quitó el guante izquierdo e inclinó la muñeca para dejar al descubierto la pantalla azul retroiluminada y electroluminiscente de su reloj multifunción. Además de contar con brújula incorporada, barómetro, termómetro y GPS, incluía un gráfico de altitud—.

Hemos descendido casi dos mil quinientos metros. Programé la alarma para que sonara a la altitud que pretendía alcanzar.

Yeats sacó su propio altímetro, el equipo estándar de las Fuerzas Aéreas.

—Te has equivocado en más de cuatrocientos metros —dijo Yeats—. Apenas hemos descendido dos mil metros.

Conrad contempló su altímetro con incredulidad. En esos momentos, su padre no iba a permitir que diera ningún paso en falso. Por pequeño que fuera. Y mucho menos de cuatrocientos metros. Comprendió que, por lo que a Yeats se refería, aquello bien podría ser el primer aterrizaje humano en Marte, y la NASA no permitía ningún margen de error. A medida que iba dándole vueltas al asunto en su cabeza, llegó a la conclusión de que Yeats tenía razón. En todo caso, la P4 era más importante para la humanidad que Marte. Desde luego, estaba más cerca. Tan cerca que se podía tocar.

—Entonces, ¿qué camino tomamos? —presionó Yeats—. ¿Norte o sur?

Conrad cortó su cuerda y se giró de forma automática hacia el norte.

—Por aquí.

Tras haber descendido unos 365 metros, el suelo se inclinó de pronto, con lo que la altura que había hasta el techo resultó casi el doble. Unos cincuenta metros más adelante se encontraba la entrada que Conrad buscaba. Podía notar que realmente comenzaba a hervirle la sangre.

—Aquí es —dijo.

Entraron en la gigantesca estancia. Los haces de sus linternas se desintegraron en la nada cuando el suelo comenzó a inclinarse ligeramente. Inmerso en la oscuridad y helado de frío, Conrad sintió que aquella cavidad era, en cierta forma, mucho más grande que la cámara superior que habían dejado atrás, justo encima de la Gran Galería. No obstante, el vacío que envolvía la luz de las linternas también parecía comprimido de algún modo. Se dio cuenta de que aquél era, sin lugar a dudas, un terreno inexplorado, lo que le provocó una extraña presión en el estómago.

—Voy a lanzar una bengala... Se encenderá en treinta segundos —dijo Yeats—. Tres, dos, uno.

Conrad escuchó cómo Yeats lanzaba el cartucho a la oscuridad. Comenzó a contar en silencio al tiempo que sacaba la cámara digital para capturar cualquier imagen que apareciera ante ellos. Unos segundos más tarde, la estancia quedó inundada por la luz.

Conrad se protegió los ojos mientras grababa con la cámara algo que guardaba una mínima semejanza con un cráter de piedra. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, comenzó a ver que eso era precisamente el lugar donde se encontraban. Estaban al borde de un cráter titánico de casi un kilómetro y medio de diámetro. Pero solo tenía unos sesenta metros de profundidad.

La bengala chisporroteó y se apagó. Una vez más, Conrad y Yeats se vieron

sumidos en la oscuridad.

Yeats aprovechó ese momento para decir:

—Muéstrame lo que tienes.

—Aquí está.

Conrad reprodujo la grabación en la pantalla que la cámara tenía en la parte posterior. Resplandecía con fuerza en la oscuridad.

—Para —dijo Yeats.

Conrad detuvo la imagen. Había algo en el centro del cráter. Un círculo o una especie de maza.

—¿Puedes acercar la imagen?

—Un poco.

Con los dedos temblorosos a causa de la adrenalina, Conrad aumentó el tamaño de la imagen hasta que ocupó toda la pantalla. Sin embargo, aún seguía siendo demasiado borrosa como para que pudieran sacar algo en claro.

—En marcha —dijo.

Conrad y Yeats caminaron juntos hacia el centro, poniendo mucho cuidado en no perder el equilibrio a causa de la pendiente del terreno. Conrad sintió que el corazón se le desbocaba. Jamás había visto una cámara como ésa en Egipto ni en América, nada que se le pareciera en lo más mínimo ni en tamaño ni en distribución.

Tras pasar la marca de los ochocientos metros, Yeats mandó hacer un alto.

Conrad bajó el haz de su linterna al suelo y descubrió algo a unos diez metros por delante de ellos. Grabados en la piedra pulida del suelo había cuatro anillos que partían de un cartucho ovalado central, algo así como una especie de sello majestuoso.

Yeats dejó escapar un silbido grave.

—Por fin, inscripciones para la Madre Tierra.

—No necesariamente —dijo Conrad, que respiraba con dificultad. Parte de él quería correr de vuelta y traerla. Otra parte, sin embargo, se negaba a admitir que no podía descifrarlo él mismo—. Se trata de algún tipo de icono o de símbolo.

—En ese caso, incluso tú deberías ser capaz de descifrarlo.

Conrad se dirigió hacia el centro del suelo, donde había un jeroglífico que le resultaba familiar inscrito en el interior del cartucho oval. Era un dios o un rey situado en el interior de algún tipo de dispositivo mecánico. Se asemejaba a un varón caucásico con barba, y vestía lo que parecía un elaborado ornamento en la cabeza que se conocía como «corona *atef*». Además, sostenía una especie de cetro en la mano. Parecía un pequeño obelisco.

—Esta figura me resulta familiar —se oyó decir—, pero no acierto a descubrir por qué.

Volvió a mirar el cartucho del suelo. La imagen que había inscrita en el interior era muy similar a los símbolos que representaban al dios Viracocha, en

los Andes, y a Quetzalcoatl en Centroamérica. Sin embargo, era ese otro símbolo el que despertaba algo instintivo y aterrador en su interior, y de repente supo por qué.

—Esta pirámide está dedicada a Osiris —dijo con voz temblorosa.

—¿Y qué? —preguntó Yeats—. Según tengo entendido, la mayoría de las pirámides está dedicada a algún dios.

—No lo entiendes —dijo Conrad con entusiasmo—. Este sello sugiere que la P4 fue construida por el Rey de la Eternidad en persona, el Señor del Tiempo Primordial.

—¿Tiempo Primordial?

—La época del Génesis de la que te hablé en la Base Glacial Orión, la época en que la humanidad emergió de la oscuridad primordial y los dioses le ofrecieron los dones de la civilización —dijo Conrad—. Los antiguos textos egipcios dicen que la introducción de esos dones, esa tecnología, corrió a cargo de unos intermediarios o deidades menores, conocidos como « los Vigilantes » o « Urshu » .

Yeats meditó un instante antes de hablar.

—¿De modo que crees que los *urshu* fueron los atlantes que construyeron la P4?

—Tal vez —contestó Conrad—. Estoy seguro de que Serena tendrá su propia interpretación. Pero no tiene sentido negar que hemos descubierto la veta madre. —Conrad pudo escuchar el triunfo en su propia voz—. La Cultura Madre.

—El Tiempo Primordial —dijo Yeats.

—El Tiempo Primordial —repitió Conrad, y dijo la frase una vez más en idioma egipcio antiguo—: *Zep Tepi*.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, parecieron girar en torno a la estancia y arremolinarse en el centro del suelo del cráter, como impelidas por alguna fuerza centrífuga. El suelo comenzó a temblar.

De repente, el cartucho se abrió y Conrad se tambaleó hacia atrás cuando una columna de fuego emergió del suelo y se introdujo a través de un pasadizo circular que había en el techo.

—¡Joder! —gritó al tiempo que caía de espaldas.

Comenzó a deslizarse por el suelo del cráter hacia el llameante agujero.

Yeats lo agarró del brazo para sujetarlo.

—Calma, calma, calma...

Justo entonces, la erupción de fuego desapareció y los temblores cesaron. Lo único que quedó fue un pasadizo en forma de cráter allí donde se había abierto el cartucho.

Conrad sintió un tirón cuando Yeats lo ayudó a ponerse en pie.

—Y bien, ¿adónde coño crees que conduce eso, hijo?

Conrad se inclinó hacia delante y echó un vistazo al pasadizo de fuego.

Durante una fracción de segundo divisó un túnel resplandeciente que parecía descender hasta las mismas entrañas de la tierra. Pero el calor residual de la llamarada le quemó la frente y tuvo que retirarse rápidamente.

—Según parece —dijo Conrad al tiempo que se tocaba con cautela la frente para comprobar que aún seguía allí—, yo diría que a la boca del infierno.

Era el vodka.

Tenía que ser el vodka, juró el coronel Ivan Kovich cuando contempló por primera vez la pirámide que se encontraba en el fondo del abismo de hielo. El vodka o algún alucinógeno experimental que los americanos le habían echado a la bebida en la base de la superficie.

Fuera lo que fuese, decidió, era parte de un complot americano para volver locos a los rusos. Había comenzado con la financiación que el imperio capitalista aportara a la revolución comunista de 1917. Se había convertido en un hecho consumado con la instauración de Stalin y los gulags, y poco después con la matanza de veinte millones de personas durante la Segunda Guerra Mundial. Todo había culminado con la humillante desintegración de la Unión Soviética en 1991 y el alzamiento de los arcos dorados de las hamburgueserías americanas en Moscú.

En esos momentos, cuando los Estados Unidos se habían convertido en la mayor superpotencia mundial, Kovich estaba convencido de que los americanos mantenían vivos a los rusos para su propio y perverso placer, negándoles a sus cuerpos los nutrientes necesarios con los Big Mac y aniquilando sus almas con series de televisión como *Los vigilantes de la playa*.

Para huir de ese infierno, Kovich había buscado refugio en la parca e imaculada belleza de la Antártida y, sin embargo, había acabado tropezando con un verdadero hotel de lujo, todo un Four Seasons en la nieve, en la forma de la Base Glacial Orión. Con computadores último modelo, cómodos dormitorios, aseos relucientes y una buena reserva de alimentos, lo único que se echaba en falta era una piscina y un balneario.

El conserje del Hotel Orión, el coronel O'Dell, se había mostrado bastante agradable durante la inspección. No obstante, los americanos comenzaron a ponerse nerviosos cuando los dosímetros rusos detectaron radiación y Kovich sugirió que se inspeccionara el gigantesco abismo de hielo sobre el que se había instalado la base.

Kovich estaba convencido de que estaba a punto de descubrir una instalación de pruebas nucleares, sobre todo porque la propia Rusia tenía una al otro lado del planeta, en el Círculo Ártico.

Tan solo después de alcanzar el fondo del abismo y de contemplar la prominente cumbre de una pirámide, Kovich se dio cuenta de que los americanos lo habían empujado a él y a sus veinte camaradas rusos más allá del límite de lo tolerable. Además, ¿cómo podría olvidar alguna vez el horror que reflejaron los rostros de sus hombres al ver los centenares de cuerpos humanos congelados en las paredes de esa tumba de hielo?

Era un hecho cierto que su comandante había conseguido por fin conducirlos al infierno.

El blanco y reluciente exterior de la pirámide ni siquiera aparecía en los barridos del radar que realizaban a escasos metros. Era evidente que los americanos habían desarrollado un material de recubrimiento supersecreto e indestructible que podría hacer que sus flotas y bombarderos resultasen invisibles e invencibles.

Como si eso no fuera suficiente, cierto mensaje se repetía una y otra vez en la cabeza de Kovich: «¡Espere, aún hay más!», decía la voz, como en un espantoso anuncio publicitario americano. «¡Mucho, mucho más!». Como bonificación especial a aquel abismo del infierno, los americanos habían dejado algo parecido a una caravana aparcado sobre la cima de la pirámide, junto a otro agujero que los instaba a ir más allá.

Allí, en aquel «hábitat», Kovich dejó a los dos observadores americanos que los habían acompañado en el descenso junto con cinco de sus hombres. Junto con el resto de su equipo procedió a continuar el descenso a través del pasadizo de unos dos metros de altura, y no alcanzaron el otro extremo hasta bien pasada una media hora.

Llegaron a lo que parecía ser un gigantesco horno de piedra del tamaño de un estadio olímpico. Y, en el interior de esa cámara, había cuatro soldados americanos —dos hombres y dos mujeres— que bajaron las armas, si bien se negaron a decir una palabra.

Como gran premio final resultó que, al parecer, no había forma de salir de aquella tumba. Cuando fracasó el intento de comunicarse con Vlad y el resto del personal que se quedó en la Base Glacial Orión, Kovich se temió lo peor.

Llegó a la conclusión de que lo habían engañado. Aquello era una trampa. Los habían atraído hasta esa tumba descomunal para poder matarlos. Entretanto, los americanos grabarían las imágenes de su lento descenso hacia la locura con cámaras ocultas y las utilizarían para montar los vídeos de entrenamiento de sus nuevos reclutas.

Al final, uno de sus hombres encontró un pasillo abierto.

Kovich dejó unos cuantos hombres con el fin de que vigilaran a los

americanos y prosiguió con el resto a lo largo de un túnel cuadrado que conducía hasta una meseta situada sobre lo que semejaba un gigantesco túnel del metro de Moscú, y que parecía ir directo al centro de la tierra. Calculó que tenía al menos unos cien metros de alto y que podría tragarse el centro comercial GUM de Rusia, el más grande del mundo. Una serie de canales de unos doce metros de anchura y unos seis de profundidad recorrían las brillantes paredes, el suelo y el techo.

—¡Mire, señor! —gritó uno de sus soldados al tiempo que señalaba hacia el abismo—. ¡Hay más!

Tras asomarse al borde, Kovich solo pudo frotarse los ojos con incredulidad, porque dentro de uno de los canales había dos cuerdas que lo desafiaban a descender todavía más.

Algo se revolvió en la burbujeante psique de Kovich hasta abrirse paso a borbotones entre las arremolinadas imágenes de comida rápida, biquinis, cuchillos Ginsu y CDs de autosuperación. Ese algo era la súbita comprensión de que tanto sus hombres como él iban a morir. De que jamás lograrían volver a la superficie.

Con una escalofriante claridad, Kovich tomó la última decisión estratégica de su vida: si ellos no iban a abandonar esa tumba, tampoco lo harían los americanos.

Séptima hora de descenso

En el interior de la sala de calderas subterránea que se hallaba bajo la P4, Conrad se llevó una cantimplora fría a la frente mientras la tenue luz procedente del pasadizo vertical se extendía por el suelo del cráter. A pesar de que todavía le escocía la quemadura, apartó la cantimplora y se dio cuenta de que había vello de las cejas chamuscado adherido a la condensación del exterior.

—Está claro que la cosa está que arde... —le decía Yeats—. Será mejor que nos pongamos en marcha antes de que otra bocanada nos deje fritos. Entre la herida de congelación de la mano y la quemadura de segundo grado de la cara, ya tienes dos puntos en contra.

—Deja al menos que consigamos una lectura —dijo Conrad—. Tienes un sensor de calor por control remoto, ¿no?

Yeats sacó una pequeña bola de su mochila.

—El escudo está hecho del mismo material que utiliza la NASA en los escudos térmicos de las lanzaderas espaciales —explicó—. Échate hacia atrás.

Conrad observó cómo lanzaba la bola hacia el pasadizo. Un minuto después comenzaron a aparecer números en el computador de bolsillo de Yeats. Conrad se acercó para curiosear.

—Antes de que tu sensor con escudo térmico se fundiera en el descenso —dijo Conrad—, recorrió más de seis mil quinientos metros y registró una temperatura de casi cinco mil grados Celsius.

—Santa Madre de Dios —musitó Yeats—. Ésa sería una temperatura similar a la de la superficie del Sol.

—O a la del núcleo fundido de la Tierra —dijo Conrad—. Creo que se trata de un respiradero geotérmico.

—¿Respiradero geotérmico? —Yeats entrecerró los ojos—. ¿Como los que hay en el fondo del océano?

Conrad asintió con la cabeza.

—Uno de mis antiguos profesores descubrió un lugar como este al oeste de Ecuador, a unos novecientos kilómetros de la costa y a más de dos mil metros de

profundidad —dijo—. Existen pocos seres vivos en el fondo de los océanos, y a que no llega la luz del Sol y las temperaturas están por debajo del punto de congelación. Sin embargo, en aquellos puntos donde se abren grietas en la corteza terrestre, el calor del núcleo escapa y calienta el agua. Así es como algunas formas de vida marina (cangrejos, almejas y gusanos de hasta tres metros) sobreviven ahí abajo.

Conrad miró a su alrededor. Aquella cámara geotérmica tenía el mismo propósito. En aquel momento, la pregunta era si los atlantes habían construido la P4 sobre un respiradero ya existente con el fin de aprovechar su calor, o si poseían una tecnología tan avanzada que les había permitido perforar hasta el núcleo de la Tierra (o de cualquier otro planeta, ya puestos) para conseguir una fuente de energía ilimitada.

—Según Platón, la Atlántida fue destruida por una gran erupción volcánica — comentó Yeats—. Tal vez ésta fuera la causa.

—O tal vez ésta sea la fuente de energía legendaria de la Atlántida —dijo Conrad—. Teóricamente, los atlantes habían logrado dominar el poder del Sol. Como es natural, la mayoría de los científicos asumió que eso hacía referencia a la energía solar. Sin embargo, estos respiraderos geotérmicos provienen del núcleo de la Tierra, que está tan caliente como la superficie del Sol. De modo que bien podrían ser la llamada « fuerza del Sol» que poseía la Atlántida.

—Podría ser —dijo Yeats.

Sin embargo, Conrad sabía que Yeats tenía en mente otro propósito para la P4 y que, con toda probabilidad, no estaba relacionado ni con su valor arqueológico ni incluso con el tecnológico.

—¿Tienes otra teoría?

Yeats asintió.

—Veamos, lo que estás insinuando es que la P4 es, en esencia, una enorme máquina geotérmica que puede canalizar el calor del núcleo de la Tierra y utilizarlo para fundir el hielo que cubre la Antártida.

Conrad guardó silencio. No lo había pensado en términos tan catastróficos. En su mente, ese rumbo de pensamiento se adentraba en el terreno de los ecologistas como Serena, que siempre estaban alarmando con sus desastres naturales. Sin embargo, la ansiedad se fue apoderando poco a poco de él a medida que recordaba los cuerpos atrapados en el abismo de hielo que había sobre la P4 y la teoría del desplazamiento de la corteza terrestre de Hapgood. Ni se le había ocurrido pensar en la posibilidad de que un desastre natural de la magnitud de un desplazamiento global de la corteza terrestre —la culminación de un ciclo geológico de cuarenta y un mil años de antigüedad— pudiera ponerse en marcha a voluntad. Yeats, en cambio, sí parecía haber considerado esa posibilidad con sumo detenimiento. Como poco, Conrad tenía que admitir que se guardaba el suficiente calor bajo la P4 como para derretir tal cantidad de hielo que el

aumento del nivel del mar resultante bastaría para que desaparecieran las ciudades costeras de todos los continentes.

—Sí, supongo que esta maquinaria podría calentar la Antártida —respondió Conrad con lentitud—. Pero ¿con qué motivo?

—Quizá para convertir el continente, o tal vez el planeta, en un lugar más habitable para su especie —prosiguió Yeats—. ¿A quién coño le importa? La cuestión es que debe de haber una sala de control por algún sitio y que tenemos que encontrarla. Antes de que alguien más lo haga.

—Entendido —respondió Conrad, que no dejaba de preguntarse por qué se sorprendía de que Yeats fuera un hombre tan práctico como él mismo—. Debería ser la cámara central que hemos estado buscando, de la que parten los dos pasadizos celestiales.

—Pues salgamos de una puñetera vez de aquí y encontrémosla —dijo Yeats—. Antes de que esta cosa vuelva a ponerse en marcha... de verdad.

Mientras ascendían de nuevo por la galería, Conrad se vio asaltado por el miedo de haber hecho lo que juró que jamás haría: destruir la integridad de un hallazgo. Peor aún, podría haberse matado, junto con los demás, en el proceso. Casi podía escuchar los murmullos que lo habían perseguido toda su carrera: «ladrón de tumbas» ... «violador de excavaciones vírgenes» ... «Conrad el Destructor» ... En aquel momento resultaba más necesario que nunca regresar junto a Serena, encontrar la cámara secreta de la P4 y asegurarse de que esa válvula de presión cósmica estaba bien cerrada.

Cuando alcanzaron la bifurcación que se encontraba al final de la Gran Galería, a Conrad no le sorprendió encontrar tres túneles en lugar de dos.

—Ni se te ocurra decirme que viste ése antes —le advirtió Yeats.

—No, definitivamente no estaba aquí antes —convino Conrad—. Tal vez algo de lo que hicimos en la cámara inferior abrió una puerta.

Alzó la mirada hacia la galería que llevaba a la cámara superior y vio que varias figuras se descolgaban desde allí.

Yeats también las vio y cogió su arma.

—Al suelo —susurró—. Y es una orden.

Ambos apagaron las linternas que llevaban en la cabeza y retrocedieron en dirección al nuevo túnel de acceso, donde se apostaron a ambos lados de la entrada. Con la espalda pegada a la pared, Conrad le dirigió una mirada a Yeats. La silueta de su padre quedaba oscurecida por el brillo apagado que provenía del fondo de la galería.

—Equipo Fénix, responde —dijo Yeats al micrófono de su radio, pero no obtuvo respuesta—. Respóndame, equipo Fénix. —De nuevo, solo hubo silencio—. Maldita sea.

Conrad se puso las gafas de visión nocturna y echó una ojeada a la vuelta de la esquina. Dos figuras se dejaron caer sobre el saledizo que había al fondo de la

galería. Sus ojos verdes (debido a los visores nocturnos) se movían de un lado a otro en la oscuridad. Conrad volvió a su anterior posición y miró a su padre.

—¿Quiénes son?—susurró.

—Ni idea —respondió Yeats—. Pero te aseguro que no son de los míos. Muévete.

Comenzaron a alejarse por el largo y oscuro túnel de acceso. Aquel corredor tenía unos diez metros de alto, pero parecía mucho más pequeño en comparación con la grandiosidad de la Gran Galería por la que habían descendido. Después de recorrer unos cuatrocientos metros en dirección sur, la pendiente del suelo dio paso, de modo abrupto, a un túnel mucho más grande, con un techo el doble de alto que el anterior.

—Por allí. —Yeats dirigió el haz de la linterna hacia el suelo.

A unos cien metros por delante se encontraba o bien una puerta o bien el final del túnel. Era difícil saberlo. Justo en ese instante, Conrad sintió una ráfaga de aire. Levantó la vista y vio un pasadizo en el techo. Había otro en el suelo, con una pendiente de la misma inclinación.

—Podría tratarse de uno de esos pasadizos celestes adicionales que conducían a la cámara secreta —dijo—. Creo que atraviesa este corredor. Tendría que dejar caer una cuerda para asegurarme.

—Yo voy a seguir este corredor otros cien metros o así para averiguar qué hay al final —replicó Yeats—. Después volveré aquí y podrás decirme lo que has encontrado.

Conrad observó cómo desaparecía mientras él extendía la cuerda y la dejaba caer por el pasadizo. Estaba asomado al borde, con mucho cuidado, cuando escuchó el sonido de unas botas a sus espaldas; cuando se dio la vuelta, se encontró con un par de ojos verdes que brillaban en el pasadizo.

—¿Y quién coño eres tú? —preguntó Conrad. La figura con gafas de visión nocturna levantó un AK-47.

—Tu peor pesadilla —dijo con un fuerte acento ruso al tiempo que conectaba su radio—. Aquí Leonid llamando al coronel Kovich. He capturado a un americano.

—¡Y una mierda!

Conrad le arrancó el AK-47 de las manos de una patada y recogió el visor láser roto del suelo. Leonid sacó una pistola Crach Yarigyn PY 9 mm en el instante en el que Conrad dibujaba en su frente el punto rojo que creaba la mirilla láser. El arqueólogo albergaba la esperanza de que Leonid pasara por alto el hecho de que la mirilla no tenía arma alguna.

—Tírala. Ahora.

El ruso tiró su pistola y Conrad soltó el aire de sus pulmones.

—Muy bien.

Una navaja de cazador con el mango de hueso se deslizó por la manga

derecha del ruso y fue a parar a su mano. Se produjo un *clic* en el momento en el que el pulgar topó con el botón que abría, la navaja, tras lo cual el ruso levantó el brazo, lanzando la hoja, hacia la carne blanda que había bajo la barbilla de Conrad.

Éste, que había anticipado el movimiento en el mismo instante en que escuchó el ruido que hizo la navaja, bloqueó el brazo y le aferró la muñeca con ambas manos, retorciéndosela de tal manera que el ruso soltó la navaja y comenzó a gritar de dolor. Le retorció el brazo hacia atrás y hacia arriba, sin soltarle la muñeca en ningún momento. En aquella ocasión, el ruso gritó cuando los músculos se desgarraron, tras lo que Conrad le estampó la cabeza contra la pared. Acto seguido lo empujó hacia el pasadizo que se abría en el suelo.

Conrad trataba de atisbar algo en la oscuridad del pasadizo por el que había caído el ruso, cuando escuchó pasos de nuevo. Recogió del suelo el AK-47 y levantó la vista para encontrarse con que Yeats volvía a la carrera.

—Sin salida —dijo—. ¿Qué cojones ha pasado aquí?

Conrad estaba a punto de contárselo cuando sintió que algo le tironeaba del tobillo. Bajó la vista y comprobó que la cuerda de nailon se cerraba como un nudo corredizo alrededor de su bota; se dio cuenta demasiado tarde de que el ruso había conseguido de alguna manera engancharle la cuerda y de que lo arrastraba en su caída.

—¡Sujeta esto! —Le arrojó a Yeats el otro extremo de la cuerda al tiempo que se tiraba por el pasadizo que había en el suelo del túnel—. ¡Y no lo sueltes!

Según caía en medio de la oscuridad, Conrad se esforzó por enganchar la cuerda a su arnés. Podía sentir cómo iba pasando de un nivel a otro sin que se vislumbrara todavía el final. Se tensó a la espera de que algo detuviera su caída.

De repente, la cuerda que rodeaba su bota se soltó al tiempo que la que rodeaba su arnés se tensaba. Por fin, entró en una estancia amplia. La cuerda se tensó de golpe y lo dejó colgado en el aire. Comenzó a balancearse, incapaz de detenerse.

—¡Papá! —gritó—. ¿Puedes oírme?

Al principio no oyó nada, pero después le llegó un débil:

—¡Apenas!

Conrad buscó a tientas una linterna en su cinturón y la encendió. Le llevó varios segundos asimilar lo que vio.

Se mecía como un péndulo en el interior de una cámara grandiosa con forma de cúpula geodésica. Le temblaban los dedos debido a la adrenalina mientras iluminaba el techo con la linterna. El vértice de la cúpula se hallaba a unos treinta metros por encima de su cabeza. Había numerosas constelaciones diseminadas por las cuatro caras convergentes. Parecía una especie de observatorio cósmico.

Conrad bajó el haz de luz de la linterna. Sobre el suelo se alzaba una especie de altar con un obelisco de unos sesenta centímetros en el centro. Y, empalado en

el obelisco, se encontraba el ruso.

—¡Papá! —gritó—. ¡La he encontrado!

Octava hora de descenso

Conrad cortó su cuerda para así descender los seis metros que lo separaban del suelo de la cámara geodésica. Levantó la vista para contemplar las estrellas que había grabadas en el techo abovedado, que se encontraba casi a sesenta metros sobre su cabeza. No había otra entrada a la cámara, al menos no una que estuviera a la vista. Tan solo el pasadizo del techo. Era un descubrimiento totalmente nuevo. Su descubrimiento. Era el primer ser humano que había puesto un pie en aquella cámara desde hacía más de doce mil años. Por lo que sabía, era el primer ser humano que jamás la había pisado.

Exceptuando, claro está, al ruso que había quedado empalado en el obelisco del centro de la estancia. Tuvo que empujar con fuerza para levantar el cadáver del monolito y dejarlo sobre el suelo con el fin de poder arrastrarlo hacia un lado.

Se limpió la sangre del ruso de las manos y rodeó muy despacio el altar del obelisco mientras aguardaba a que Yeats encontrara la forma de entrar en la sala. Temblando por la anticipación, apuntó la luz de la linterna hacia los cuatro anillos que se extendían desde el altar. A continuación, levantó el haz hasta el propio monolito.

Parecía un obelisco clásico. Sería unas diez veces más alto que ancho. Salvo por la base, que era redondeada, se asemejaba a un modelo a escala de sesenta centímetros del Monumento a Washington. En cada uno de los laterales había inscripciones técnicas, las únicas inscripciones que había encontrado en la pirámide hasta ese momento.

Al final necesitaría la ayuda de Serena para averiguar su significado, comprendió mientras sacaba la cámara digital para grabarlo todo. Por el momento se concentró especialmente en una serie de seis anillos grabada en uno de los cuatro laterales del objeto, y en una secuencia de cuatro constelaciones — Escorpio, Sagitario, Capricornio y Acuario — que había en otro.

El hecho más importante era que el obelisco parecía ser idéntico al cetro que sujetaba Osiris en el sello real que había visto en el suelo de la cámara geotérmica. Históricamente, el cetro del rey encerraba poderes asombrosos, el

mismo tipo de poder que su padre, el general, buscaba, y del que temía que otro pudiese apoderarse.

Éste es el cetro de Osiris, pensó. Ésta es la llave de la P4, del respiradero geotérmico y de todo lo demás.

Se inclinó hacia delante para coger el obelisco en el mismo instante en que una puerta oculta comenzaba a abrirse... Una serie de puertas, en realidad. Cuatro enormes losas de granito comenzaron a alzarse del suelo en el fondo de la estancia.

Retrocedió cuando la última puerta reveló una solitaria figura que permanecía de pie en un pasillo procedente, al parecer, de la Gran Galería.

—Conrad.

Sabía que era Serena antes de que entrara en la cámara. Tras ella, apareció un enorme ruso que sujetaba un AK-47, cuya mira láser resplandecía en la oscuridad.

—El doctor Yeats, supongo. —La voz tenía un fuerte acento ruso—. Soy el coronel Kovich. ¿Dónde está Leonid?

Kovich empujó a Serena en dirección a Conrad y éste la atrapó entre sus brazos.

—Gracias a Dios que te encuentras bien —susurró mientras la estrechaba.

Sin embargo, su mirada fría lo dejó paralizado. Un instante después, la mujer observó el obelisco. También se fijó en el cadáver que había en el suelo, y para consternación de Conrad lo relacionó con la sangre que le manchaba las manos.

—Eureka, Conrad —le dijo—. Lo has encontrado. Espero que mereciera la pena.

—Puedo explicarlo —respondió.

—Usted mató a Leonid —dijo Kovich.

—En realidad él trató de matarme a mí —explicó Conrad—. Cosa que sucedió justo antes de que cayera sin cuerda por el pasadizo. En caso de que no lo haya notado, sus oficiales no cuentan, precisamente, con el mejor equipo del mundo.

En ese momento, una voz ronca se alzó por detrás del ruso:

—Y que lo digas.

Conrad se giró y descubrió que Yeats entraba en la estancia con un AK-47 apuntando a Kovich.

—Esta puta mierda se ha atascado ya dos veces. Tire el arma.

El ruso frunció el ceño pero dejó el rifle sobre el suelo, cerca del cadáver de Leonid.

—Por favor, general Yeats —intentó razonar Kovich—. Somos soldados.

Yeats se acercó hasta Kovich y le dio un buen rodillazo en la entrepierna. El ruso se dobló por la mitad a causa del dolor.

—Siéntese en el suelo —ordenó Yeats— y después cruce las piernas. Y no se

haga el héroe a menos que quiera acabar como su camarada aquí presente.

Kovich contempló el enorme agujero del pecho de Leonid y, acto seguido, se deslizó por la pared como Humpty-Dumpty. Yeats golpeó el cráneo del ruso con la culata del arma. Conrad pudo escuchar un crujido antes de que Kovich se desmoronara en el suelo, gimiendo de dolor.

—Vivirá —dijo Yeats—. Pero hay decenas de «Ivanés» armados paseándose por el lugar, así que no tenemos mucho tiempo. ¿Qué has descubierto?

—Este obelisco —dijo Conrad—. Es la llave de la pirámide.

Yeats contempló las inscripciones que había a los lados del monolito.

—¿Sabe lo que significan, doctora Serghetti?

—Dicen que Osiris construyó este lugar —respondió Serena, sorprendiendo a Conrad por la facilidad con la que era capaz de traducir las escrituras—. El obelisco es su cetro. Pertenecer al Santuario del Sol Primigenio.

—¿Qué es eso? —quiso saber Yeats.

—El «Enclave del Tiempo Primordial» del que te hablé en la Base Glacial Orión —explicó Conrad, incapaz de contener su nerviosismo.

Para él todo tenía sentido, porque la figura de Osiris que había visto en la cámara geotérmica estaba situada sobre una especie de asiento o trono. El Asiento de Osiris se ubicaba, a todas luces, en ese Santuario del Sol Primigenio... al igual que el propio Secreto del Tiempo Primordial.

—De modo que tenemos que coger este cetro de Osiris y colocarlo en su lugar, en ese Santuario del Sol Primigenio o como se llame —dijo Yeats.

—No es una buena idea, General. —Serena señaló las marcas que había en el lateral sur del obelisco, donde estaban grabados los anillos—. Las inscripciones que hay bajo los seis anillos dicen que la maquinaria controlada por la pirámide fue puesta en marcha por Osiris con el fin de poder vigilar a la humanidad. Una especie de mecanismo cósmico de puesta a cero, diseñado para hacer borrón y cuenta nueva un total de seis veces antes de que llegue el final de los tiempos.

—¿Para vigilar a la humanidad? —preguntó Yeats—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que los atlantes construyeron esta cosa para evitar que avanzáramos demasiado —dijo Serena—. Algo así como la Torre de Babel del Génesis. La idea es que los avances tecnológicos resultan inútiles si no van acompañados también de un avance moral. Así pues, la humanidad se ve continuamente sometida a una prueba para demostrar su bondad y su nobleza.

—Seis veces —comentó Conrad—. Has dicho que la humanidad tiene seis oportunidades antes del final de la historia. ¿De dónde has sacado eso?

—Los seis Soles, Conrad. —Leyó las inscripciones que había dentro de cada uno de los anillos de la cara sur del obelisco—. El Sol Primigenio fue destruido por el agua. El Segundo Sol acabó cuando el globo terrestre se inclinó sobre su

eje y todo se cubrió de hielo. El Tercer Sol fue destruido, como castigo a los desmanes humanos, por un fuego que lo consumió todo y que provino del cielo y de la tierra. Esta pirámide fue construida en el amanecer del Cuarto Sol, que terminó con un diluvio universal.

—De modo que somos los hijos del Quinto Sol, como rezan los mitos aztecas y mayas, ¿es eso? —preguntó Conrad—. ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Que estamos condenados a repetir los pecados de los antiguos?

—No, eso es lo que dice tu precioso obelisco —replicó Serena—. Y en lo que se refiere a repetir los pecados de los antiguos, y si el pasado siglo de historia humana sirve como referencia, entonces ya lo hemos hecho... con creces.

Conrad permaneció en silencio durante un momento. Ella tenía razón. Al final, dijo:

—¿Y, exactamente, cuándo termina el Quinto Sol y comienza el Sexto?

—En el mismo momento en que retires el cetro de Osiris de su base.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Conrad.

—En serio.

—Está mintiendo —dijo Yeats.

—No, no estoy mintiendo. —Le dirigió una mirada furiosa a Yeats—. Aquí dice que «solo aquel que se presente ante los Centelleantes en el momento y el lugar más honorables podrá retirar el cetro de Osiris sin desgarrar el Cielo y la Tierra». Cualquier otro que no sea «el más honorable» desatará consecuencias inimaginables.

—¿Los Centelleantes? —inquirió Yeats—. ¿A quién cojones se refiere?

—Son estrellas —respondió Conrad—. Los Centelleantes son estrellas. Los constructores sabían leer las estrellas y éstas predecían un momento específico en el continuo espacio-tiempo, el momento «más honorable». Ésta es la «cláusula de excepción» de la humanidad, por decirlo de alguna manera; el secreto que rompe la maldición de los antiguos de una vez por todas.

—Qué conveniente para ti, Conrad —dijo Serena—. La respuesta está escrita en las estrellas, y tú puedes interpretarlas como te dé la gana.

—¿Quieres decir como los tres Reyes Magos y el nacimiento de Cristo?

Serena no iba a morder el anzuelo.

—Esto es completamente distinto.

Conrad la presionó.

—O quizá como el símbolo del pez de los primeros cristianos, que, casualidades de la vida, coincidía con el amanecer de la era de Piscis y que, para más casualidad, está a punto de acabar con el amanecer de la nueva era de Acuario.

—¿Y qué pretendes decir con eso? —preguntó Serena.

—Quiero decir que la era de la Iglesia ha terminado, y que eso es lo que os tiene en vilo a ti y a tus amiguitos del Vaticano.

—Te equivocas, Conrad.

—Las estrellas dicen que estoy en lo cierto.

Yeats señaló uno de los lados del obelisco.

—¿Te refieres a estrellas como las de esas cuatro constelaciones del cetro?

—No, a las de arriba. —Conrad señaló los grabados del techo abovedado—. Esta cámara es una especie de reloj celeste. Mirad.

Colocó la mano cerca del obelisco y escuchó el jadeo de Serena cuando lo giró como si fuera un *joystick*, moviéndolo hacia un lado y después al otro. Mientras lo hacía, se escuchó un ruido sordo y la cúpula geodésica que tenían por encima comenzó a moverse, sincronizada con los giros que él realizaba.

—Si queremos colocar el firmamento en una cierta época, comenzamos con la «aguja horaria», o era, que corresponde al zodiaco —dijo—. Nos encontramos en los albores de Acuario, de modo que esa constelación se queda fijada en aquella posición, al este.

Mientras hablaba, la cúpula volvió a colocarse en su posición original.

—El «minutero» del reloj viene dado por la localización; como, por ejemplo, la situación en los hemisferios Norte o Sur.

En ese momento, Conrad movió el obelisco y un patrón de estrellas completamente distinto rotó desde la parte inferior del suelo de la cámara. Sin embargo, giró la cúpula aún más, hasta que volvió a colocar el diseño original en la bóveda.

—Un tercer parámetro, más preciso, viene dado por los equinoccios del año.

Conrad realizó el ajuste final y completó su demostración al devolverlo todo a su posición inicial. El sonido cesó.

—Así que ya ves, Serena, el obelisco y el altar alrededor del que nos encontramos son la representación de la Tierra en una localización fija. Las constelaciones de la cúpula de lo alto son el firmamento. Juntos, determinan una posición muy concreta en el tiempo.

Serena, que en apariencia todavía estaba desconcertada por lo que evidentemente consideraba un imprudente manejo del artefacto, dijo:

—¿Y cómo están alineadas las estrellas de la estancia en este mismo momento?

—Están alineadas con el obelisco tal y como lo está el firmamento sobre la Antártida en la actualidad —dijo a modo de conclusión, como si esos hechos zanjaran cualquier posibilidad de discutir el asunto.

—Así que debo suponer que éste es el momento más honorable en toda la historia de la humanidad —dijo—, porque el gran Conrad Yeats está vivo y lo ha descubierto.

Conrad sonrió.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

Serena lo miró con desprecio.

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez seas el mayor capullo de todos los tiempos y que, si quitas el obelisco, éste podría ser el momento más ignominioso de la humanidad?

En realidad, a Conrad sí se le había ocurrido, y ahora también empezaba a enfadarse con ella.

—Piénsalo bien, Serena —le dijo—. Si lo que dices es cierto, los constructores de la P4 debían de saber que solo una civilización avanzada y con tecnología sofisticada podría, en primer lugar, localizar la pirámide, y en segundo lugar, entrar en ella. Son nuestros avances los que nos ennoblecen. De modo que, sencillamente, éste debe ser el momento más honorable, y este obelisco es la llave del conocimiento de los orígenes de la civilización humana.

—O tal vez sea un caballo de Troya —replicó ella—. Tal vez el obelisco sea como la aguja de las horas de un reloj, como la anilla de seguridad de una granada. Si la quitas, será el fin de nuestros días, Conrad.

—O, tal vez, tengas miedo de que la Iglesia pueda perder su papel como eminencia en lo que al Génesis se refiere —señaló él, que estaba harto de aguantar sus ataques de histeria—. Puede que haya llegado el momento de que nos libremos de la ignorancia y del miedo para hacer sitio a un nuevo día gobernado por el conocimiento.

Miró a Yeats, que hizo un gesto hacia el obelisco.

—Limitate a coger el putito cetro, hijo. Porque si no lo haces, hay decenas de rusos armados fuera de la cámara que no tendrán el más mínimo reparo en hacerlo, y Dios sabe cuántos miembros más de la CNUA hay sobre el hielo.

Conrad le echó un vistazo a Serena antes de acercarse al cetro de Osiris. Pudo percibir el miedo de la mujer cuando colocó las manos en torno a la piedra. Era suave al tacto, como si las inscripciones se encontraran por debajo de la superficie.

—Conrad, eres un iluso si crees que tu padre te permitirá salir de la P4 con ese cetro —le dijo—. Al menos, bajo la protección de las Naciones Unidas hay una oportunidad de que el resto del mundo conozca tu descubrimiento.

Conrad vaciló. Tenía una rara sensación en su interior, algo que no podía explicar. Al extender las manos hacia el obelisco sintió las diminutas vibraciones que emanaban de él. Pero entonces apartó las manos.

—En nombre de Dios, ¿a qué esperas? —exigió saber Yeats.

Conrad no estaba seguro. Había una sola oportunidad en todo un milenio de dejar su huella en las arenas del tiempo y poner la Historia patas arriba con un descubrimiento espectacular. Sólo tenía una oportunidad para lograr la inmortalidad.

—Te lo pido por favor, Conrad, no tomes una decisión a la ligera —lo apremió Serena—. Podrías desencadenar algo que no seas capaz de detener.

—No sabe lo que dice, hermana —dijo Yeats—. Alguien sacará el obelisco, y

será mejor que lo haga Conrad porque es el único que puede hacerlo. Si hay alguien honorable, es él.

—Permítame que actúe como experta en el carácter de Conrad y le diga que está muy equivocado —señaló Serena—. El mero hecho de que sea su hijo no significa...

—Conrad no es mi hijo.

Conrad se quedó helado, al igual que Serena. Incluso el ruso contuvo el aliento. Un profundo silencio invadió la estancia.

—Bueno, es su padre adoptivo —replicó Serena con calma y aparentando que comprendía lo sensible que era Conrad respecto a ese tema.

—Ni siquiera eso. —Yeats se quitó la mochila de provisiones y comenzó a rebuscar en el interior.

Conrad no le quitaba la vista de encima a su padre, preguntándose qué clase de revelación estaba a punto de producirse. *¿Por qué en este preciso momento y no en cualquier otro?*, pensó. *¿Y por qué en este lugar y no en cualquier otra parte?*

—Aquí está tu padre. —Yeats sostenía una cámara digital.

—¿Tienes una imagen suya? —Conrad observó la imagen en la pantalla de la cámara. Era una imagen del Sello de Osiris que había en el suelo de la cámara geotérmica.

—Éste es tu padre —dijo Yeats.

Conrad contempló fijamente la figura del hombre barbudo que había en el interior de esa especie de trono mecánico y sintió que algo se agitaba en lo más profundo de su ser, en un lugar que ni siquiera sabía que existía.

—¿Qué estás diciendo?

—Te encontré en una cápsula enterrada en el hielo hace más de treinta y cinco años —dijo Yeats con una voz tan sombría que Conrad sintió que se le congelaba hasta la médula de los huesos—. No tendrías más de cuatro años.

Conrad guardó silencio. Alguien rió por lo bajo. Era Serena.

—Por Dios, Yeats —dijo—. ¿Acaso cree que somos estúpidos?

Sin embargo Yeats no se reía, y Conrad no había visto jamás la expresión que los ojos de su padre tenían en aquel momento.

—No necesitas que nadie te diga lo que es cierto y lo que no, hijo —dijo el general—. Lo sabes muy bien.

La mente de Conrad trabajaba a marchas forzadas. Yeats tenía que estar mintiendo. Por un lado, Conrad se había hecho pruebas de ADN para buscar a sus padres y en los resultados nada sugería que no fuese un hombre norteamericano normal y corriente. Por otro lado, sin tener en cuenta la poca credibilidad del asunto, eso explicaría todos los años perdidos de su infancia.

—Si es mentira, eres un asqueroso hijo de puta —le dijo a Yeats—. Pero si es cierto, entonces todo lo demás es mentira y jamás he sido otra cosa para ti que

un proyecto científico. De cualquiera de las maneras, estoy condenado.

—En ese caso sálvate ahora, Conrad —dijo Yeats—. Yo tenía la misma edad que tú cuando el Tío Sam abortó la misión a Marte y me robó mis sueños. Jamás pude elegir qué hacer. Tú sí puedes. No sigas mi ejemplo, porque te arrepentirás toda la vida de haber perdido una oportunidad como ésta.

El truco sucio funcionó. Al mirar a Yeats, Conrad vio una versión chiflada de sí mismo en el futuro si fracasaba en ese momento. Fue una visión que le produjo un estremecimiento.

Serena, al parecer, percibió que había perdido la batalla.

—Conrad, por favor... —suplicó.

—Lo siento, Serena —dijo muy despacio, al tiempo que comenzaba a girar el obelisco sobre su base.

Mientras lo hacía, las paredes curvas de la cámara geodésica comenzaron a girar y las constelaciones del techo cambiaron. El suelo retumbó y comenzó a rotar también.

—Necesitamos más tiempo para descifrar esto —gritó Serena, abalanzándose sobre él—. No puedes tomar una decisión que afectará al resto del mundo. Tienes que esperar.

Sin embargo, Yeats la detuvo en seco al plantarle el cañón de una Glock delante de la cara.

—¿Al igual que Eisenhower cuando, en 1945, se detuvo a orillas del Elba y dejó que los rusos tomaran Berlín en lugar de hacerlo él? —dijo—. ¿O cuando Nixon vetó el proyecto de la misión a Marte en 1969? No lo creo. En aquel entonces se necesitaba una fuerza decisiva, al igual que ahora. No voy a detenerme antes de haber alcanzado el objetivo de mi misión.

Conrad echó un vistazo a Serena, que trataba de librarse de los brazos de Yeats.

—No lo hagas, Conrad. Te juro que...

—Deja de hacer juramentos, Serena —le dijo—. Lo único que conseguirás será romper otro voto.

Agarró el obelisco con ambas manos mientras se decía que esa oportunidad era, sencillamente, demasiado irresistible como para dejar que se le escapara. Que si debía pasar el momento, bien podría dar por terminada su vida.

—Por favor, Conrad...

Conrad notó que el obelisco salía de su base a medida que tiraba de él hacia arriba. Le dedicó una sonrisa de triunfo a Serena.

—Ya está —dijo con una pizca de alivio—. No ha sido tan...

Sin embargo, el resto de la frase quedó silenciada por un crujido atronador.

—¡Dios mío! —susurró Serena cuando el ruido se volvió ensordecedor.

Las paredes abovedadas de la habitación comenzaron a girar a una velocidad vertiginosa, como si se tratara de una espiral cósmica a punto de resquebrajarse.

Entonces, de repente, las paredes se detuvieron. Las constelaciones se encajaron en la nueva ubicación y una onda expansiva sacudió la pirámide.

*Novena hora de descenso
Base Glacial Orión*

En el interior de la Base Glacial Orión, el coronel O'Dell se dedicaba a jugar al póquer con Vlad Lenin y otros dos rusos en el módulo que servía de comedor, cuando las tazas de plástico de las que bebían vodka comenzaron a agitarse y se escuchó el sonido de la señal de alarma.

O'Dell observó al perplejo Vlad. Fuera lo que fuese, aquello no lo estaban provocando los rusos. Salió a toda carrera del comedor con Vlad pisándole los talones.

Cuando entró en el centro de mando, ya había un grupo de norteamericanos y rusos congregados alrededor del monitor principal. En él parpadeaban las palabras « INCIDENTE SOLAR » .

—Debe de tratarse de un error —afirmó O'Dell, que se abrió paso entre el grupo de rostros preocupados.

Un teniente hizo que apareciera en pantalla el sistema de control del Soporte Vital Medioambiental, el SVM, que mantenía con vida al equipo tanto en el espacio como en la Antártida. Localizó el sensor que estaba recogiendo la anomalía.

—Las lecturas provienen de abajo, señor —informó el teniente, que se aferró al panel cuando los temblores aumentaron—. La otra explicación posible que se me ocurre es el SP-100.

O'Dell fue incapaz de contenerse y lanzó una mirada nerviosa a Vlad, que no parecía comprender lo que el teniente había dicho. El SP-100 era la pequeña planta de energía nuclear de la Base Glacial Orión; un sistema de cien kilovatios enterrado a un kilómetro de la base, bajo una duna de nieve.

—Dios mío. —O'Dell tomó una honda bocanada de aire—. ¿Cuáles son las lecturas del dosímetro?

—Tengo una filtración en las dependencias exteriores de doscientos setenta rem, señor. Aquí, en el centro de mando, se registran sesenta y cinco rem; cada uno de los miembros del equipo está absorbiendo quince rem. Aún estamos por

debajo del límite de seguridad.

Sin embargo, era el temblor lo que estaba acojonando tanto a O'Dell como a los rusos.

—¿Y ahora qué?

—No hay otra solución, señor —contestó el teniente—. Tenemos que replegarnos hacia la perrera.

La perrera era un módulo para la reentrada en la atmósfera terrestre, y que habían dispuesto bajo el centro de mando y los tanques de suministro; quedaba protegido de los protones de alta energía que irradiaba el SP-100 gracias al escudo protector que recubría la parte externa del centro de mando.

—Que bajen tantos miembros de la unidad como sea posible —ordenó.

El personal norteamericano no tardó en obedecer y en abandonar de forma ordenada el centro de mando. Los rusos, por el contrario, observaron cómo la estancia se quedaba vacía y se apresuraron a abandonar el lugar en la dirección opuesta, camino del compartimento estanco y sus Kharkovchankas.

—¡Esperen! —los llamó O'Dell al tiempo que corría tras ellos.

Sin embargo, los rusos ya habían abierto no solo la puerta interior sino también la exterior, y escaparon antes de que él llegase. El viento cargado de nieve no dejó de azotarle en la cara mientras cogía un traje térmico, unas gafas protectoras y unos guantes del compartimento de almacenaje y se apresuraba a salir al exterior.

Los rusos estaban arrancando sus Kharkovchankas. O'Dell corrió hacia la fila de Hagglunds y agarró la puerta de la cabina más cercana.

—¿Adonde coño creen que van? —preguntó en voz alta al tiempo que les hacía señas desde los Hagglunds.

Lo último que necesitaba era que Yeats, Kovich o las Naciones Unidas lo culparan por la muerte de más rusos.

Estaba a punto de entrar a la cabina cuando sintió una sacudida. Al mirar hacia el suelo, vio una grieta en el hielo que se extendía bajo sus pies. Abrió la boca, horrorizado, y sintió que algo afilado se le clavaba en el guante. Era *Nimrod*, el perro de Yeats, que tiraba de él de modo frenético.

—¡Vete de aquí! —le gritó a la par que abría la puerta, pero *Nimrod* no le hizo caso y saltó al interior del vehículo.

O'Dell escuchó lo que pareció ser una serie de explosiones atronadoras, y al volver la vista atrás vio que la base se desprendía como si de un iceberg se tratara. En ese momento sintió un nuevo temblor y contempló con angustia cómo el hielo se resquebrajaba justo bajo él.

¡La capa de hielo se estaba derritiendo!

Saltó a la cabina junto al perro, y tan pronto como hubo cerrado la puerta el vehículo comenzó a dar bandazos de un lado a otro. Las grietas del hielo se extendieron en todas direcciones. *Mi vida ha llegado a su fin*, pensó cuando la

cabina de fibra de vidrio cayó a las revueltas y gélidas aguas y comenzó a alejarse.

Cuando sintió que el Hagglands empezaba a subir y bajar en el agua, estuvo a punto de ahogarse de alegría.

—¡Joder, esto flota! —le gritó a *Nimrod*, que saltaba de un asiento a otro presa de la agitación.

Los Kharkovchankas rusos, por el contrario, se hundían como si fuesen piedras hasta desaparecer bajo la burbujeante superficie de agua helada.

O'Dell accionó desesperadamente los limpiaparabrisas de la luna delantera. Cada vez que la cortina de agua desaparecía del cristal, ante él se abría un paisaje en ebullición. La Base Glacial Orión había desaparecido; solo quedaba una especie de hongo nuclear que empezaba a alzarse en el aire. Pensó, sumido en la desesperación, que el reactor había explotado. Sin embargo, el SP-100 carecía del poder destructivo que estaba contemplando.

Otra nueva onda expansiva lo envió de cabeza al suelo, justo bajo el salpicadero. Escuchó cómo su cráneo crujía al golpearse contra un objeto afilado, y cómo *Nimrod* ladraba sin cesar mientras la cabina comenzaba a dar vueltas a su alrededor.

Novena hora de descenso

El estruendo que había en la cámara del obelisco, en el interior de la P4, era tan ensordecedor que Serena apenas podía escuchar su propia voz mientras le gritaba a Conrad, que estaba paralizado como una estatua y agarraba con fuerza el cetro de Osiris en una mano.

—¡Suéltalo! —exclamó.

Conrad acababa de dar un paso hacia el altar cuando el suelo se abrió bajo sus pies y surgió una columna de fuego que redujo al coronel Kovich a cenizas. Conrad se apartó del agujero de un salto justo en el momento en que el altar desaparecía bajo una ardiente llamarada. Lo que quedaba del ruso explotó en una nube de polvo. El obelisco cayó al suelo.

Serena se adelantó para cogerlo, pero se movió con demasiada rapidez y se balanceó sobre el borde, conservando apenas el equilibrio. Durante unos horribles segundos quedó suspendida sobre aquel agujero infernal y sintió su abrasadora caricia en las mejillas. En ese instante, Conrad llegó desde atrás y tiró de ella con fuerza para apartarla del pasadizo.

Permaneció segura entre sus brazos un instante, contemplando la preocupada mirada de Conrad y sintiéndose enormemente agradecida. Sin embargo, una nueva onda expansiva sacudió la cámara y los hizo perder el equilibrio antes de que pudiera recuperar el aliento. El obelisco rodó por el suelo.

—¡El cetro! —gritó.

Yeats se lanzó tras él para recuperarlo, pero a medida que la vibración se intensificaba se tambaleó sobre la pierna izquierda y cayó al túnel. No obstante se las arregló para agarrarse al borde en el último segundo. Serena vio sus dedos aferrados a la parte superior del agujero, sujetos al suelo de piedra.

Conrad recogió el obelisco y agarró a Serena.

—¡Trata de llegar hasta él!

Mientras Conrad sujetaba con fuerza su mano, ella se asomó al borde del agujero y se sorprendió al ver que Yeats se balanceaba sobre el infernal abismo.

Sabía que carecía de la fuerza necesaria para ayudarlo a salir de ahí, pero le

gritó a Conrad:

—Creo que podré tirar de él un poco y ya podrá subir solo.

Acababa de alargar el brazo cuando se produjo una nueva sacudida que envió el cadáver de Leonid hacia el agujero. En su descenso, golpeó a Yeats. Los dedos del general desaparecieron del borde y Serena escuchó que Conrad gritaba:

—¡Papá!

A continuación, el arqueólogo tiró de ella hacia atrás y se acercó al túnel. Permaneció inmóvil junto al borde mientras trataba de asimilar la desaparición de su padre.

Serena echó un vistazo a su alrededor y comprobó que la cámara se sacudía de arriba abajo. No quería marcharse de allí, pero tampoco quería quedarse atrás y acabar derretida. Así pues, colocó la mano sobre el hombro de Conrad.

—No hay tiempo para lamentar la pérdida de aquéllos cuyo destino estamos a punto de compartir —le dijo.

Sus palabras bastaron para devolver a Conrad a la realidad.

—Esta cámara va a convertirse en un horno dentro de unos segundos —dijo él mientras cogía la mochila que Yeats había dejado y se la echaba al hombro—. ¡Volvamos a la galería!

Ambos corrieron hacia el pasillo exterior. El temblor no era tan intenso allí fuera, pensó Serena mientras seguía a Conrad a lo largo del extenso túnel. No obstante, en cuanto llegaron a la Gran Galería él se detuvo y miró hacia arriba.

—Éste sería un buen momento para que rezaras una breve oración —le dijo.

—Conrad, ¿qué pasa?

—Creo que la P4 está liberando una serie de llamaradas a través de los pasadizos verticales para derretir el hielo que la rodea —explicó—. Y esta maquinaria es la encargada de procesar el agua.

Serena entornó los ojos y siguió la mirada de Conrad hacia el techo de la galería. Distinguió una sombra en movimiento en la parte superior. Fue entonces cuando sintió las primeras gotas de agua sobre las mejillas y se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder.

—¡Dios mío! —chilló al tiempo que una gigantesca cascada de agua comenzaba a descender por la galería, a sus espaldas—. ¡Tenemos que ponernos a cubierto!

Serena comenzó a tirar de Conrad de vuelta hacia la cámara.

—Todavía no —se negó él—, o acabaremos achicharrados.

En el túnel, el agua ya les llegaba a las rodillas. Para cuando hubieron recorrido la mitad de la distancia que los separaba de la cámara, estaban cubiertos hasta la cintura. En unos cuantos segundos, la corriente aumentó y los levantó del suelo.

Serena trató de agarrarse a Conrad, pero no fue capaz de encontrarlo por ningún lado. La invadió el pánico y comenzó a chapotear con desesperación, sin

dejar de tragar agua al tiempo que jadeaba en busca de aire. Comprendió que estaba a punto de morir ahogada. El agua los arrastraría y los ahogaría. Era imposible que Dios hubiese decretado algo así para ella, pensó. Sin embargo, en ese instante recordó a la niña enterrada en el hielo y comprendió que había visto demasiados rostros semejantes al suyo alrededor del mundo como para saber a ciencia cierta lo que el Creador le tenía deparado. Lo único que tenía claro era su deseo de seguir con vida y de que Conrad viviera también.

Dios mío, ayúdanos, suplicó.

Una sombra cayó sobre ella, y al alzar la mirada vio a Conrad de pie en la entrada del túnel que llevaba a la cámara estelar, con el agua arremolinándose alrededor de sus rodillas. Sostenía el obelisco en una mano.

—¡Sujétate al extremo! —aulló por encima del estruendo de las turbulentas aguas.

Serena alargó el brazo, se agarró al obelisco y dejó que Conrad la alzara. Sin embargo, sintió un tirón en el tobillo y, al mirar hacia abajo, vio que un rostro sangriento emergía del agua. El hombre gritó algo ininteligible al tiempo que ella intentaba zafarse de su mano. No obstante, el hombre tiró con más fuerza y se sintió arrastrada hacia abajo. De repente, reconoció el rostro desfigurado: era uno de los hombres que Kovich había dejado en la cámara superior.

—¡Aguanta! —gritó Serena, y dejó que Conrad la alzara. Una vez sobre el saliente, se dio la vuelta para ayudar al ruso.

Las piernas abrasadas del soldado apenas habían llegado al borde cuando Serena escuchó gritar a Conrad:

—¡Rápido!

Fue entonces cuando vio que la puerta de la cámara estelar se cerraba tras el arqueólogo y que un enorme bloque de granito se separaba del techo. Conrad, obelisco en mano, se agachó para entrar en la cámara (que, al parecer, ya se había enfriado) y comenzó a hacerles señas con la mano para que pasaran.

Serena aún seguía arrastrando al ruso en dirección a la puerta, cuando un espantoso crujido hizo que el túnel se sacudiera a su espalda. Al mirar hacia atrás vio que la losa había sellado la entrada e impedía, de ese modo, que el agua penetrara en la cámara. Se detuvo para recuperar el aliento y escuchó que Conrad la llamaba a gritos. Estaba señalando hacia el techo. Otras dos enormes losas descendían desde la parte superior y una de ellas se encontraba justo sobre su cabeza.

Luchó por avanzar, pero el anorak empapado era como un bloque de cemento, y además cargaba con el peso muerto del ruso, cuyas extremidades habían dejado de moverse.

—¡Serena! —gritó Conrad.

La tercera puerta comenzaba a descender.

Se dejó caer sobre las rodillas y siguió arrastrando al soldado. Justo entonces

sintió que Conrad la agarraba con fuerza de los tobillos y comenzaba a tirar de ella. Sus rodillas cedieron y cayó de bruces.

—¡Suéltalo! —le ordenó.

—¡No!

Siguió aferrando las manos heladas del hombre con toda la fuerza de la que era capaz mientras Conrad tiraba de ella hacia el interior.

El ruso estaba a mitad de camino cuando la losa cayó sobre él y lo partió en dos. De pronto, Serena comprendió que estaba arrastrando medio cuerpo. De todos modos, aún sentía cierta renuencia a abandonarlo, a aceptar que ya no había nadie a quien pudiera salvar.

Con un chirrido colosal, la cuarta y última losa comenzó a descender. Serena forcejeó para zafarse de la fría mano de aquel cadáver desmembrado. Cuando logró soltarse, algo tiró de ella hacia el interior en el mismo momento en que la puerta de granito caía sobre el suelo con un ruido angustioso.

Se volvió para dar las gracias a Conrad, pero éste estaba tumbado en el suelo con el cabello lleno de sangre. Lo más probable era que se hubiese golpeado la cabeza contra la puerta mientras la arrastraba hacia el interior.

—¡Conrad! —lo llamó—. ¡Conrad!

Gateó hasta la figura que yacía inmóvil. Conrad no daba señales de vida y los temblores que sacudían la cámara eran demasiado intensos como para que pudiera buscarle el pulso. En ese instante vio el obelisco en el suelo, al lado de la mochila (la mochila de Yeats), y lo cogió.

Otro nuevo temblor sacudió la estancia y se apoyó contra la pared para ponerse en pie, hasta que se dio cuenta de que los muros comenzaban a calentarse y le estaban quemando las manos. Se alejó dando traspiés y temblando de pies a cabeza mientras intentaba mantener el equilibrio.

Estaba sola, comprendió, y se dejó caer de rodillas, acunando el obelisco entre los brazos mientras suplicaba a Dios que el terremoto se detuviera y tratara de reprimir todo pensamiento acerca de la niñita enterrada en el hielo. Escuchó una tremenda explosión y levantó la mirada en el momento en que toda la estancia pareció darse la vuelta.

El estruendo que provocó el gigantesco glaciar al caer al agua fue semejante al estallido de una bomba, y provocó que el almirante Warren se tambaleara y que los ventanales del puente de mando del *USS Constellation* se hicieran añicos.

Otro estallido siguió al primero unos segundos más tarde, y se escucharon unos cuantos más cuando las enormes olas golpearon la proa. Los fragmentos de cristal se diseminaron por la cubierta de vuelo, donde setenta y seis cazas tironeaban de sus sujeciones.

—¿Almirante?

Warren se giró para enfrentarse con un señalero.

—Una comunicación urgente. —El suboficial le tendió una carpeta y sostuvo una luz roja por encima para que Warren pudiera leerla.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Warren, que empezó a leer—. Los sensores del servicio de vigilancia geológica de los Estados Unidos situados en la Estación McMurdo acaban de registrar una onda expansiva de once-cero-uno.

—¡Almirante! —gritó un teniente de navío.

Warren tuvo tiempo de levantar la vista antes de ver cómo una gigantesca pared de agua verdosa se cernía sobre la proa y arrasaba la cubierta de vuelo, esparciendo los cazas como meros juguetes y aplastándolos contra la superestructura en la que se encontraban. Un ensordecedor crujido inundó sus oídos cuando la ola de agua demolió el puente de mando. Desesperado, buscó algún lugar al que aferrarse.

El agua llenó el compartimento. Warren se agarró a una barra del panel de instrumentos y pegó la espalda a la pared para mantenerse en pie. Cuando el mar se hallaba en calma, el portaaviones de 86 000 toneladas se elevaba 61 metros por encima de la línea de flotación. No obstante, aquellas olas lo alzaban como si no fuera más que una caja de habanos vacía.

Warren escupió un poco de agua y le gritó a quienquiera que pudiese oírle:

—¡Remonte la ola o acabaremos volcando!

Aguzó el oído para escuchar una respuesta a su orden, tal vez un « ¡sí, señor! » de algún timonel, pero no se oía más que el rugido del agua.

Cuando la ola rompió, el almirante observó lo que quedaba del puente y vio dos cuerpos que flotaban. El resto se lo había tragado el mar. Bajó las escaleras corriendo hacia la sala de navegación, sin dejar de aferrarse a la barandilla con todas sus fuerzas. Esa sala también estaba vacía.

Se volvió para mirar a la costa y vio que otra enorme masa gris, una ola gigantesca, se estaba acercando. Agarró una de las cadenas que se reservaban para sujetar a los aviones de 25 000 kilos, se la echó por encima de los anchos hombros y se dirigió a la cubierta de vuelo.

Tanto hombres como aviones se bamboleaban de un lado a otro de la cubierta inclinada. En ese momento, una nueva ola levantó el portaaviones hacia el cielo. Mientras caía, todavía con la cadena, Warren vio una barandilla. El agua volvió a descender sobre la cubierta y lo hizo caer de rodillas. Sin embargo, había visto su salvación. Si pudiera alcanzar aquella baranda entre una ola y otra, podría encadenarse a ella.

La siguiente ola soltó el caza JSF de doble ala que había frente a él, por lo que tuvo que agacharse para evitar que un ala rota lo partiera por la mitad. Se obligó a levantarse y, a pesar de que le temblaban las piernas, echó a correr hacia la baranda a través de los charcos.

Una parte de él deseaba deslizarse y caer, dejar de luchar y morir, pero siguió en pie hasta que alcanzó la barandilla. Levantó los brazos para liberarse de la pesada cadena con ambas manos, para luego atarse a la barandilla antes de que la siguiente ola cayera sobre ellos.

El viento y la espuma azotaban la cubierta mientras él luchaba por su vida. La ola rompió por encima de la proa; justo en el instante en que Warren sintió que la fuerza del agua lo levantaba de la cubierta e intentaba arrastrarlo, la cadena se tensó y lo mantuvo en su sitio.

Permaneció de esa forma durante más de un minuto, con el convencimiento de que, al final, el mar le arrancaría el brazo y se lo tragaría como si fuera otro de los aviones que aún quedaban en la cubierta. Pero que Dios lo ayudara, juró, porque iba a sobrevivir a aquella catástrofe aunque solo fuera para hacérselo pagar a Yeats. En ese instante sintió que el portaaviones se deslizaba, muy despacio, y luego oyó el crujido de la masa de acero al retorcerse. Levantó la vista y vio que el barco estaba a punto de volcar antes de que la enorme ola terminara de pasar.

—¡Maldito seas, Yeats!

Tercera parte

Amanecer

Quince horas para el amanecer

En el interior de la cámara estelar de la P4, Conrad comenzó a toser en el momento en que el *whisky* se deslizó por su garganta. Levantó la vista hacia Serena, que estaba sentada a su lado. Tenía el pelo húmedo peinado hacia atrás y su rostro había perdido el color.

—¿Jack Daniels? —preguntó él con voz ronca.

—Lo encontré en la mochila de Yeats. —Alargó el brazo para acariciarle la cara. Fue la sensación de esa mano sobre su rostro lo que hizo que Conrad recuperara del todo la consciencia—. Tienes la piel caliente.

—Todo este lugar está caliente. —Conrad se incorporó hasta quedar sentado y sintió un dolor espantoso en la base del cráneo. Gruñó—. ¿Dónde está el obelisco?

—No lo sé —respondió Serena.

—Estaba justo aquí —Conrad estudió rápidamente la cámara estelar. Vio el altar vacío que se elevaba en el centro del cartucho. Se le encogió el estómago al recordar una pesadilla en la que el suelo se abría bajo sus pies—. ¿Dónde está Yeats?

—Desapareció por el pasadizo del suelo.

Conrad buscó el pasadizo con la mirada, pero había vuelto a ocultarse de nuevo bajo el altar.

Está muerto, pensó.

Notó que estaba temblando y que el corazón latía a toda máquina en su pecho.

—Siento mucho lo de tu padre, Conrad.

La miró a los ojos y se dio cuenta de que lo sentía de verdad. Sin embargo, había algo curioso en el modo en que lo observaba. Había algo diferente. No podía llamarlo miedo, pero había algo en su mirada que ponía cierta distancia entre ellos. Era imposible que hubiera creído el cuento de Yeats acerca de sus orígenes... ¿O no? Era evidente que se había tratado de una estratagema psicológica.

—¿No creerás de verdad que...?

—Seas lo que seas, Conrad, es evidente que no te encuentras en la lista de « los más honorables » de nadie: ni en la de Dios, ni en la de los atlantes, ni en la mía —dijo Serena—. Vas a morir por tus pecados de todas formas, con la única diferencia de que, en esta ocasión, nos arrastrarás a todos los demás contigo hacia las profundidades del infierno. Eso es lo que creo.

Conrad solo fue capaz de mirarla fijamente.

—Nunca te detienes ante nada, ¿verdad? Siempre tienes que decir la última palabra.

En ese momento, Conrad vio que algo brillaba en el suelo. Extendió un brazo para tocarlo. ¿Se trataba de luz solar? Levantó la mirada hacia el techo y entornó los ojos. Los dos pasadizos ocultos cuya presencia siempre había sospechado estaban abiertos de par en par en ese momento, y a través del pasillo meridional se filtraba un rayo de luz que caía sobre el centro del suelo, justo donde había estado el obelisco.

¿Se habría derrumbado la sima de hielo que había por encima?, se preguntó con alarma. ¿Qué había pasado con la Base Glacial Orión? Durante un segundo se le pasó por la cabeza la horripilante posibilidad de que el respiradero geotérmico de la P4 hubiera fundido el hielo, o de que hubiera llegado a provocar el deslizamiento de la corteza terrestre, pero la desechó al instante. Si hubiera sucedido semejante catástrofe, tanto Serena como él estarían muertos.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las tres de la tarde —respondió ella—. En septiembre, la Antártida tiene las mismas horas de luz que de oscuridad. Así que solo nos quedan unas cuantas horas para que anochezca.

Conrad estiró el cuello para atisbar los pasadizos que había en las paredes inclinadas del norte y el sur de la cámara. Podría arrastrarse por uno para ver qué había en el exterior. Era la única manera de salir. Sin embargo, la inclinación parecía bastante pronunciada y habría, al menos, unos treinta metros de subida hacia solo Dios sabía dónde.

—Tendré que echar un vistazo ahí fuera —le dijo a Serena.

Ella asintió con lentitud, como si hubiera llegado a la misma conclusión bastante antes de que él recuperara el conocimiento.

—Necesitarás esto para escalar por el pasadizo.

Serena sujetaba en las manos unas ventosas presurizadas para las rodillas y las manos.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó él.

—De la mochila de tu padre —fue su respuesta—. Parece que venía preparado para cualquier eventualidad.

Conrad contempló el altar que había en el centro de la estancia y que cubría el pasadizo que se había tragado a su padre.

—No para todo.

Se puso en pie, cogió el equipo de ventosas que le ofrecía Serena y cruzó la estancia hasta el pasadizo meridional. Levantó los ojos hacia el Sol y parpadeó.

—Parece que la tormenta polar ya ha amainado.

—Eso parece, sí. —No lo dijo con mucha convicción. Ni siquiera parecía interesada en saber lo que sucedía.

—Si algún equipo ha salido en nuestra busca, tendremos que hacer una señal o lanzar una bengala —le dijo al tiempo que se colocaba las ventosas—. Yo treparé por el pasadizo y me llevaré una cuerda, por si acaso es nuestra única salida y resulta necesario que te reúnas conmigo. Mientras tanto, utiliza la radio de Yeats para tratar de contactar con la Base Glacial Orión. Cuéntales lo que ha pasado.

Pudo sentir que Serena buscaba las respuestas en sus ojos.

—¿Y qué es lo que ha pasado, Conrad?

Deseaba estrecharla entre sus brazos, si ella se lo permitía, y decirle que todo saldría bien. Pero ambos sabrían que era mentira.

—Voy a averiguarlo —le dijo—. Te lo prometo.

El cuadrado de luz que aparecía sobre su cabeza se fue agrandando a medida que se acercaba a la parte superior del pasadizo. La escalada había resultado más difícil de lo que esperaba, puesto que las ventosas que necesitaba para ascender habían retrasado la marcha, y estaba sin aliento. Cuando se aferró al extremo superior del pasadizo y salió a la luz del día, el viento seguía soplando.

El resplandor le hizo daño y tuvo que parpadear repetidas veces para dar tiempo a que sus ojos se acostumbraran. Una vez conseguido esto volvió a parpadear, pero esta vez de incredulidad.

Desperdigadas a cosa de kilómetro y medio por debajo de él se hallaban las ruinas de una antigua ciudad. Templos, zigurats y obeliscos derruidos yacían esparcidos por lo que había sido —o podría haber sido— un paraíso tropical. Advirtió la presencia de una serie de canales circulares concéntricos que partían de la base del complejo piramidal, lugar que, según dedujo, debía de ser el centro de la ciudad. Se trataba de un entramado urbano muy avanzado, como de otro mundo, que llevaba oculto doce mil años bajo casi tres kilómetros de hielo.

Hasta ese mismo momento.

Se protegió los ojos con las manos para poder ver. El terreno subglacial se extendía en un radio de casi diez kilómetros desde la pirámide: una isla tropical en un mar de hielo. A lo lejos, podía ver las cimas nevadas de los Montes Transantárticos.

El aire era limpio y fresco, e incluso podía escuchar el rumor de unas cascadas lejanas. De alguna manera sus miedos, sus dudas y sus estúpidas ambiciones quedaron reducidos a la nada ante la majestuosidad de todo aquello. Sin embargo, mientras contemplaba el nuevo mundo, lo asaltó de repente una pregunta: ¿qué había sucedido con el antiguo?

Quince horas para el amanecer

USS Constellation

El almirante Warren cruzó entre chapoteos la cubierta del hangar del *USS Constellation* mientras elaboraba un informe de daños. A pesar de todo el navío no había volcado, pero la cubierta había recibido suficiente agua como para hundir el *Titanic* dos veces. Sin embargo, aquella vieja preciosidad se había mantenido a flote, aunque renqueaba gracias a los motores de emergencia.

Los informes iniciales que se habían recibido desde el Servicio de Vigilancia Geológica de los Estados Unidos que se encontraba en Golden, Colorado, así como los de algunas agencias de Japón dedicadas a predecir sismos, achacaban el maremoto a un gran terremoto con epicentro en la Antártida oriental. Un terremoto de 11,1 en la escala de Richter. No obstante, Warren no podía confirmarlo ni con la Estación McMurdo ni con la Amundsen-Scott. Todo tipo de comunicación con las bases norteamericanas en el continente había quedado inutilizado por un PEM.

Y eso no hacía más que dar credibilidad a los informes provenientes de Moscú y Pekín, que decían que el « incidente sísmico » acaecido en la Antártida era en realidad una explosión nuclear secreta llevada a cabo por los Estados Unidos; algo que, sin duda, era una flagrante violación del Tratado Antártico Internacional.

El pulso electromagnético, o PEM, también había anulado los satélites espía que los observaban. Según las informaciones que Warren había conseguido, si él no era capaz de poner un pájaro en el aire para que realizara un vuelo de reconocimiento sobre el epicentro, pasarían al menos dieciséis horas antes de que las fuerzas de los Estados Unidos pudieran llegar hasta allí, ya fuera para demostrar que esas acusaciones eran falsas o para ocultar las operaciones encubiertas de Yeats.

—Maldito seas, Yeats —masculló Warren al tiempo que rodeaba los restos de un ala rota que flotaban en cubierta. Parecían pertenecer a uno de sus F/A-18 Hornet. El resto se mezclaba con lo que en otro tiempo fuera un S-3B Viking.

Warren sacudió la cabeza. Veintiséis heridos, tres de ellos en estado crítico, y nueve desaparecidos. Y ése solo era el informe de bajas del *USS Constellation*. Los nuevos informes decían que un tercio de la isla de Male, la capital de las Maldivas, había quedado sepultado por el agua. En esos momentos, la más mínima subida en el nivel del mar podía tragarse toda la nación: las 1180 islas. La totalidad de la población, unos 263 000 habitantes, se encontraba en peligro.

La única buena noticia que Warren podía transmitirle a Washington era que su tripulación había logrado rescatar a los activistas de Greenpeace de su barco, que ya se había hundido. Esos entrometidos estaban echando una mano con los heridos, y además hacían uno de los mejores cafés que Warren había probado en su puñetera vida.

Iba por su cuarta taza cuando uno de los operadores de radio apareció.

—Un mensaje de acción de emergencia por el Milstar, señor.

Warren contempló un calcetín que pasaba flotando a su lado sobre la cubierta del hangar. El Milstar era el enlace de comunicación entre el presidente y el Alto Mando militar. La Red de Conferencias de Voz de la Comandancia Militar, que había costado 17 000 millones de dólares, estaba diseñada para permitir que el Alto Mando debatiera la posibilidad de que un misil balístico amenazara los Estados Unidos y, en caso de que fuera cierto, decidir qué respuesta sería la adecuada.

—Prioridad uno, señor.

—Ya voy.

Warren le dio un último sorbo al café al tiempo que contemplaba el resistente Black Hawk en el que trabajaban varios de sus operarios de mantenimiento en uno de los extremos de cubierta... por órdenes expresas suyas. Después tiró la taza de poliestireno al suelo del hangar, donde el agua se encargó de llevarse la.

En el interior del centro de información de combate del *Constellation*, el agua solo llegaba a la altura de los tobillos. Warren entró y se encontró con que su segundo al mando, McBride, estaba sentado a la mesa de conferencias. Junto a McBride, para sorpresa y consternación de Warren, se hallaba el pirado de Greenpeace del *MV Arctic Sunrise* que la CNN había ensalzado. Tecleaba sobre un portátil de colorines que parecía de juguete.

Warren frunció el ceño.

—¿Qué está haciendo este civil aquí, McBride?

—Es Thornton Larson, un doctor en Geofísica del Instituto Tecnológico de Massachusetts —explicó McBride—. Ha revisado las imágenes que hemos descargado del Milstar y tiene algo que decirle.

—¿No podían haberse encargado los oficiales de eso, McBride?

El segundo respondió:

—Los datos son tan anómalos, señor, que necesitábamos una segunda opinión. El doctor Larson ha llegado a algunas conclusiones muy interesantes.

Warren se sentó y estudió al desaliñado Larson. El capullo ni siquiera sabía lo que era una cuchilla de afeitar, pensó, y McBride le estaba revelando secretos que concernían a la seguridad nacional.

—Ilumineme, Larson.

—He sido capaz de recuperar la última imagen de un satélite que pasaba sobre nosotros antes de que ese PEM lo dejara frito —dijo Larson con nerviosismo—. La he limpiado y aquí está.

Warren miró la enorme pantalla que había en la pared. Apareció una imagen azul de la Antártida, algo con lo que Warren había llegado a familiarizarse durante esos días. Sin embargo, en medio de la imagen o, mejor dicho, en el centro de la Antártida Oriental, se veía un punto entre amarillo y parduzco.

—¿A que es alucinante, tío? —Larson solo podía emocionarse ante su propio trabajo.

—Dios Todopoderoso, dígame que eso es una tormenta o algo por el estilo y no una zona cero —dijo Warren.

Larson fijó la imagen en la pantalla de la pared.

—Muy bien, señor Zona Cero, ¿está listo para echar una miradita más de cerca?

El punto amarillo parduzco de la pantalla comenzó a agrandarse píxel a píxel, hasta que Warren se encontró contemplando un cráter en el hielo, en cuyo fondo se hallaba un complejo de pirámides, templos y canales. Warren llegó a la conclusión de que el chaval los estaba tomando por tontos.

—Se cree muy gracioso, ¿verdad, Larson? —preguntó mientras se ponía en pie—. Veamos qué gracia le encuentra al calabozo.

—Por favor, señor —intercedió McBride—. Lo hemos comprobado y este tipo no ha modificado nada.

Warren volvió a sentarse muy despacio. Sus pensamientos volaron de inmediato hacia Yeats. El hijo de puta debía de saberlo todo desde el principio.

—¿Quiere decir que lo que estoy viendo en esa pantalla es real?

—Lo que ve es un hecho consumado, como una banda que toca en un garaje a punto de saltar a la fama —dijo Larson—. Esto no es más que el primer *single* de un disco que yo llamo *Cacofonía de la Madre Naturaleza en el Día del Juicio Final*.

Warren le lanzó una mirada a McBride, esa que indicaba que se estaba jugando el culo con aquello; mirada que McBride tuvo a bien reconocer.

—Présteme atención, chicos —dijo Larson.

Warren levantó la vista hasta la pantalla de la pared. La imagen de una antigua ciudad rodeada por el hielo había desaparecido. En su lugar había algo en el centro que rotaba y parpadeaba con cada caída de tensión del sistema eléctrico del portaaviones, y tenía toda la pinta de una imagen térmica del Sol en el espacio.

—Dígame qué estoy viendo en esa pantalla, Larson.

—El núcleo de la Tierra, chaval —dijo Larson—. ¡El núcleo! Una nueva técnica muy parecida a una ecografía nos permite generar una imagen del interior del planeta. He utilizado la última versión de PowerPoint en mi G5 para generar...

Warren agitó la mano con impaciencia.

—Vaya al grano.

—Tío, la Tierra es como una cebolla: está hecha a base de capas —explicó Larson—. Y es una cebolla que rota, que no deja de crear huracanes y tormentas en su atmósfera. Sin embargo, el núcleo gira de forma independiente, y cualquier cambio que lo afecte puede tener consecuencias importantes en sus proximidades, y también en la superficie del planeta. Y hablo de CONSECUENCIAS, en mayúsculas.

—¿Se refiere a terremotos y maremotos? —preguntó Warren.

—De los buenos —dijo Larson—. Albert Einstein, el padre de la Teoría de la Relatividad, llegó a exponer algunas hipótesis según las cuales la corteza exterior, la litosfera, se desplaza periódicamente sobre la astenosfera debido a la acumulación de hielo en las regiones polares.

—¿Qué está intentando decir?

—Lo que digo, chaval, es que parece que vamos a presenciar lo que se conoce como «desplazamiento de la corteza terrestre». Supongo que vosotros los militares preferís un acrónimo que suene perverso, como DCT.

Warren no tenía ni idea de lo que se había fumado aquel tipo, pero era necesario saber adonde los conducía aquella teoría.

—¿Y qué va a hacer este DCT?

—Bueno, en este punto es cuando se pone seria la cosa —contestó Larson—. La Antártida se verá desplazada hasta el Ecuador y América del Norte va a quedar más o menos en el Círculo Polar Ártico.

Otra imagen digitalizada apareció en la pantalla, aunque en aquella ocasión era de la Tierra. Warren sintió que su propia temperatura aumentaba al ver cómo la Antártida se desplazaba hacia el centro del globo, ya libre de hielo, y cómo América del Norte era empujada hacia la parte superior del mapa.

—Así que lo que me está diciendo es que sería mejor que nos quedáramos aquí y nos tostáramos en las playas de la Antártida en lugar de congelarnos el culo en los Estados Unidos, que van a quedar sepultados bajo tres kilómetros de hielo.

—¡Bingo! —exclamó Larson—. ¡Bingo para el caballero! Un DCT podría causar que la extinción se produjera a diferente velocidad en los distintos continentes, según las variaciones de la latitud. He trazado un mapa donde figuran las líneas de destrucción extrapoladas, que llamaremos LDE. ¡Anda, he creado unas siglas nuevas! Bueno, resulta que estas LDE son de lo más alucinantes, si no

te importa que lo diga.

De vuelta a la pantalla, Larson trazó un círculo alrededor del globo que atravesaba el Polo Norte y el Polo Sur.

—La línea de mayor desplazamiento atraviesa América del Norte, el oeste de América del Sur, parte en dos la Antártida, viaja hacia el sureste asiático, pasa por Siberia y vuelve de nuevo a América del Norte. Todos los continentes por los que pase la línea de mayor desplazamiento, o LMD, van a experimentar extinciones en masa.

—Nadie puede adivinar el futuro —dijo Warren, que no se sentía muy cómodo con aquella alarmista certidumbre verde—. Si leyera alguna vez las previsiones del Pentágono con más de cinco años de antigüedad, lo sabría. ¿Cuánto le llevará a este supuesto anillo de muerte extinguirnos a todos?

—No es más que una estimación, pero mi diseño prevé que comenzará un DCT dentro de un par de días, y que el proceso se habrá completado, a lo sumo, en una semana.

Warren estaba perplejo.

—¿Toda esa destrucción en apenas unos pocos días?

—Colega, si según el Génesis a Dios le llevó seis días crear el universo —dijo Larson—, ¿por qué iba a llevarle a un DCT más tiempo destruirlo? Es como una espiral que, una vez que alcanza su punto límite, se despliega a una velocidad devastadora e imparable.

Warren se inclinó hacia delante.

—¿Ha ocurrido antes?

—Varias veces.

—Y me figuro que usted estaría allí para cuantificar todas esas veces.

—Ojalá —dijo Larson—. La última vez fue hace unos 11 600 años, sobre el 9600 a. C. Es la fecha en la que los informes geológicos datan los cambios climáticos que devastaron el planeta. Se fundieron bloques de hielo gigantescos que aumentaron el nivel de los océanos. Pereció un gran número de mamíferos descomunales y se produjo un repentino flujo de personas hacia las Américas. Fue todo un espectáculo, ¿sabéis?

—¿Y esto sucede cada doce mil años, más o menos?

—No, en realidad cada 41 000 años —explicó Larson, que de pronto había alcanzado su propio límite y estaba perdiendo fuelle. Se dejó caer en el asiento—. No debíamos enfrentarnos a otro DCT hasta dentro de unos treinta mil años. Por algún motivo, el ciclo se ha acelerado. No sé cómo.

Tampoco Warren lo sabía, pero estaba casi seguro de quién era el responsable.

—¿Y cuánto falta hasta que alcancemos el comienzo del proceso? —exigió saber—. ¿De qué tipo de cuenta atrás estamos hablando?

—El DCT debería comenzar durante el amanecer de mañana. —Larson

comenzó a contar con los dedos con mirada perdida—. Mierda, eso nos deja menos de quince horas. Una última noche para probar suerte antes de que todo se vaya al garete.

El almirante Warren solo acertó a quedarse mirando al chaval con la esperanza de que el doctorado se le hubiese subido a la cabeza y estuviese desvariando. En caso contrario, a todos se les habría acabado la suerte.

Catorce horas para el amanecer

Serena se paseaba de un lado a otro de la cámara estelar geodésica mientras esperaba el regreso de Conrad.

Algo había salido terriblemente mal. Podía olerlo en el aire y sentirlo en los huesos. Había ocurrido algo a gran escala, algo muy profundo. Tenía el estómago revuelto, como cuando no comía ni bebía nada durante horas, excepto una taza tras otra de café expreso. Ojalá hubiese solucionado sus dudas antes, o se hubiese mostrado más persuasiva con Conrad, o hubiese enredado más a Yeats...

Mientras paseaba y meditaba, contempló con inquietud el altar vacío que había en el centro de la estancia. Por un terrorífico momento se había abierto como la boca del infierno, incinerando a Kovich y tragándose a Yeats.

Tal vez fuera un respiradero geotérmico de algún tipo, algo que servía como espita al calor del interior de la tierra y que retenía su poder. Después de todo, las celdas de combustible más avanzadas diseñadas por los ingenieros humanos generaban productos derivados del calor y del agua. Y la P4 tenía ambas cosas en enormes cantidades.

En cualquier caso, concluyó, la P4 estaba siguiendo las instrucciones preprogramadas de los constructores, quienesquiera que fuesen. Y estaba claro que su intención no había sido otra que la de crear algún tipo de suceso que provocara la extinción global, a menos que a la humanidad se le ocurriera algún tipo de momento « más honorable » para justificar su existencia.

Miró a uno y otro lado antes de meter la mano en su mochila para sacar el cetro de Osiris. Sostuvo el resplandeciente obelisco entre las manos. Guiada por el instinto le había mentido a Conrad, incapaz de decirle que era ella quien tenía el objeto.

Se acercó al altar vacío y colocó el cetro en su base redondeada. Todo empezó a temblar cuando el techo estrellado de la cámara geodésica comenzó a girar. Trató de colocar el firmamento tal y como estaba antes de que Conrad quitara el obelisco. El movimiento se detuvo y ella esperó. No ocurrió nada. Fuera lo que fuese lo que había hecho Conrad, no podía revertirse. Y lo mismo

podría decirse de su virginidad. Estaba claro que ella no era más «honorable» que él.

Quitó el obelisco del altar y sintió un estremecimiento proveniente de la pared que tenía a las espaldas. Se giró para descubrir que las cuatro puertas de la habitación se abrían una tras otra.

Durante un largo minuto permaneció allí de pie, inmóvil, preguntándose qué hacer. A continuación miró el obelisco que tenía en las manos. Había algo en él que parecía diferente. El lateral que tenía los cuatro soles había cambiado. Ahora había seis, y el sexto Sol era el más grande. Sus peores miedos se habían convertido en realidad: acaecía el amanecer de una nueva era, un acontecimiento que solo podía suponer el final de la antigua.

Lo que no había cambiado era la inscripción que decía que el lugar al que pertenecía el cetro de Osiris era el Santuario del Sol Primigenio. Comprendió que, en algún lugar de las cercanías, había una estructura semejante a la P4, un monumento dedicado a una época del tiempo. Si la P4 era la Pirámide del Cuarto Sol, entonces el Santuario del Sol Primigenio debía de haber sido construido durante el Tiempo Primordial o Génesis. Si Conrad estaba en lo cierto, el Génesis había sido el «momento más honorable», puesto que al principio Dios había mirado Su creación y había dicho que era «buena».

Tenía que encontrar ese Santuario del Sol Primigenio y descubrir su secreto, decidió. Solo así podría reubicar la cámara estelar y colocarla en el momento más honorable, con el fin de detener lo que fuera que estaba ocurriendo.

Pero ¿dónde se encontraba el santuario, y cómo podría reconocerlo siquiera?

Conrad lo sabría. Caminó hacia el parche cuadrado de luz que había bajo el pasadizo meridional y siguió con la mirada la cuerda que había utilizado él para ascender. Había un resquicio de luz al otro extremo. ¿Por qué tardaba tanto?

Se apartó del pasaje y contempló la estancia vacía. La mochila de Yeats estaba en el suelo. Ya la había revisado una vez, pero en ese momento notó que el forro de la parte trasera no era normal. Con una inspección más concienzuda, descubrió que había algo cosido por dentro.

Sacó un cuchillo militar de la propia mochila y lo utilizó para rasgar el forro. Dentro encontró una especie de plano plegado. Parecía el dibujo técnico de algún tipo de columna. Entonces, de repente, reconoció la «columna» como el obelisco que tenía en la mano: era exactamente igual, con base redondeada incluida.

Tal y como sospechaba, los norteamericanos sabían mucho más acerca de ese lugar de lo que Yeats había admitido. Estaba claro que el general tenía ese plano antes de que entraran siquiera en la P4, y mucho antes de que encontraran el obelisco. De alguna forma, Yeats sabía que el cetro de Osiris estaba allí abajo antes de verlo siquiera.

Lo más probable era que esa increíble historia acerca de que había

encontrado a Conrad en el hielo no fuera cierta, se dijo. No era más que una treta para jugar con las emociones de Conrad durante semejante situación de crisis. Incluso Conrad pensaba lo mismo.

Sin embargo, Conrad había murmurado algo antes de despertar, algo sobre lo que ella había estado meditando desde entonces. Había parecido un gemido de dolor, pero había algo en la estructura, la sintaxis y el acento del sonido que le resultaba familiar. Y pensándolo bien, se dio cuenta de que Conrad había repetido la palabra «mamá» en algún tipo de idioma pre-aimara. Sin embargo, no había forma de que él pudiera saberlo.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Quizá Conrad fuera un atlante, después de todo. O quizá ella estuviese loca. Cogió el obelisco y lo comparó con el del plano. Parecían idénticos, salvo por las marcas que, como acababa de comprobar, poseían la capacidad de cambiar.

Abrió su mochila y sacó el termo de café. Giró la cubierta exterior hasta que se desprendió y, a continuación, la separó del termo como si de una funda se tratara. Después, enrolló el plano alrededor del tubo interior y volvió a colocar la cubierta externa, girándola hasta encajarla de nuevo. Era un escondite en el que había aprendido a confiar más de una vez durante sus viajes. Acto seguido, volvió a colocar el termo en la mochila.

Levantó la vista para observar el pasadizo meridional, pensando que no debería marcharse sin Conrad. Pero llevaba demasiado tiempo fuera, se dijo mientras contemplaba la puerta abierta. No podía esperar eternamente. ¿Y quién podría decir hasta dónde conduciría el sendero de descubrimiento personal de Conrad? Ella, en cambio, sabía sin lugar a dudas lo que tenía que hacer. Tenía que llevar el cetro de Osiris al Santuario del Sol Primigenio. Albergaba la esperanza de poder descubrir allí el famoso Secreto del Tiempo Primordial que, de algún modo, le permitiría detener lo que estaba sucediendo.

En cuanto a Conrad, era evidente que no podía confiar en él, al igual que no había podido confiar en Yeats. Por lo que sabía, no podía confiar siquiera en el Papa, ni en Dios. ¿Cómo había podido Él permitir que sucediera aquello... otra vez? Pensó en la niña enterrada en el hielo. No podía sacarse de la cabeza la expresión de su rostro. Aquello ya había ocurrido antes, así que estaba claro que Dios iba a permitir que ocurriera de nuevo. Pero ella no.

Introdujo el obelisco de nuevo en la mochila, se la colocó sobre el hombro y salió de la estancia por la puerta abierta. El túnel la condujo hasta una bifurcación al fondo de la galería principal y tomó el túnel del medio, que descendía hacia la entrada de la P4.

Cuando salió del oscuro interior de la P4 a la luz del día, el Sol le pareció más brillante que nunca. Hacía calor, pero era esa clase de calor seco que a ella le gustaba. La Antártida era un desierto climático con o sin hielo, pensó mientras se protegía los ojos colocando una mano sobre la frente. Lo más probable, no

obstante, era que el calor procediese de la enorme maquinaria geotérmica del subsuelo.

Un minuto más tarde, una vez que sus ojos se acostumbraron a la luz, descubrió que se encontraba de pie en medio de una ciudad emplazada al fondo de algún enorme cráter. Las paredes de hielo se elevaban a lo lejos, sirviendo como telón de fondo espectacular para aquel desierto paisaje de pirámides, obeliscos, templos y canales. A lo lejos se escuchaba el rugido de una cascada.

Cerró los ojos y respiró hondo. La oleada de aire fresco y rico en oxígeno abrumó sus sentidos. Al igual que el hecho de que, muy probablemente, se podría investigar durante siglos allí abajo. Aunque viviera un millar de vidas, apenas si estaría empezando a desentrañar los enigmas de la ciudad.

En cualquier caso, se dio cuenta de que el descubrimiento había cambiado la historia de la humanidad.

Aún con los ojos cerrados, creyó escuchar el ladrido de un perro. Ridículo, pensó, y comprendió que debería estar rezando, escuchando alguna llamada del Espíritu Santo o alguna sugerencia de Dios. No obstante, lo único que escuchaba eran esos ladridos que parecían estar acercándose y resultaban más irritantes a cada segundo que pasaba. Parpadeó para abrir los ojos, y al hacerlo vio al *husky* de Yeats, *Nimrod*, que trotaba hacia ella.

La sorprendió sentir semejante alegría y lo llamó:

—¡Ven aquí, chico!

El perro corrió hacia sus brazos y empezó a lamerle la cara.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. ¿Todo el mundo está bien?

Nimrod se giró de inmediato y comenzó a correr en otra dirección, deteniéndose para mirar hacia atrás.

—¿Quieres que te siga, chico?

El animal ladró y siguió corriendo, pero en esa ocasión no se detuvo a mirar atrás.

Serena siguió al perro durante media hora por lo que parecía ser el canal principal de la ciudad deshabitada. Sin embargo, cuanto más caminaba menos se parecía aquello a una ciudad. No había nada que sugiriera que alguien hubiese vivido realmente en esa meseta alguna vez. No había calles, solo canales. Algunos llenos de agua resplandeciente, otros secos. Y la tierra que había entre los pabellones era yerma. No había vida vegetal. Nada. Tal vez eso cambiara en unos cuantos días.

Quizá las residencias se encontraran en las afueras, pensó, ocultas todavía bajo el hielo. Sin embargo, aquellos edificios, con su gélida magnificencia, le recordaban a una planta de extracción petrolífera abandonada, semejante a una ciudad que vio una vez cuando viajaba por el Mar Caspio, en la antigua Unión Soviética: kilómetros y kilómetros de cañerías oxidadas sobre las que podría conducir un camión, y fantasmagóricas refinerías que se extendían como

cúmulos de porquería sobre el horizonte.

También tenía la inquietante impresión de que alguien la observaba, pese a saber que era absurdo. No había nadie alrededor que pudiera verla. No obstante *Nimrod* estaba allí. Quizá hubiera otros. En ocasiones perdía de vista al perro, pero siempre podía escuchar sus ladridos. En ese momento, los ladridos se hicieron más fuertes y Serena se dio cuenta de que el animal la estaba esperando para mostrarle algo.

A lo lejos pudo ver el objeto que resplandecía bajo la luz del Sol. Muy pronto llegó hasta un destrozado tractor Hagglunds que había a la orilla de un canal de agua. La cabina trasera estaba hecha añicos y había brillantes trozos de fibra de vidrio por todo el suelo. Sin embargo, la cabina delantera permanecía intacta.

Serena caminó hasta la puerta del conductor, que estaba medio abierta, y la abrió de par en par. Soltó un jadeo cuando el cuerpo del coronel O'Dell cayó al suelo, junto a sus pies; la cabeza del hombre era una masa sanguinolenta y su cabello estaba lleno de pequeños trozos del panel de instrumentos. *Nimrod* olisqueó el cadáver con un gemido.

Pobre O'Dell, pensó Serena, y cayó en cuenta de que tendría que enterrar su cuerpo. Eso sería lo más apropiado. No obstante, primero tenía que ver si el transmisor del tractor funcionaba, y si había comida y agua. Odiaba tener que admitirlo con O'Dell allí tumbado en el suelo, pero estaba famélica.

Subió al interior de la cabina y buscó de forma sistemática algún teléfono vía satélite, armas, bolsas de comida, cualquier cosa. Sin embargo, allí no había nada, salvo una única ración del ejército y una radio de onda corta.

Rasgó el envoltorio de la comida. *Nimrod* dejó claro que esperaba compartir el alimento cuando se acercó olisqueando a la cabina.

—Bueno, está bien —dijo Serena—. Sube.

Juntos dieron cuenta del almuerzo. Sin embargo, cuanto más masticaba Serena, más se daba cuenta de que tenía hambre de noticias, y no de otras cosas. Contempló la radio de onda corta preguntándose si funcionaría y deseando, casi de forma perversa, que no fuera así.

Incapaz de soportarlo más, la encendió. Funcionaba. El ruido estático aumentó cuando subió el volumen y se dispuso a recorrer la banda de frecuencias en busca de la BBC. Cuando lo logró, la voz del locutor estaba cargada de tensión.

—La evacuación masiva de las ciudades costeras de los Estados Unidos ya está en marcha —comentó el hombre—. Según los informes del gobierno federal, se ha permitido el acceso de los refugiados a los casi 650 millones de acres de terreno público que posee, casi un treinta por ciento de los Estados Unidos.

Poco a poco fueron dando los detalles: el descomunal « incidente sísmico » acaecido en la Antártida había provocado el desprendimiento de un glaciar del

tamaño de Texas, el hundimiento de las Maldivas y otras islas del Pacífico, las reuniones del Consejo de Seguridad de la ONU en Nueva York y una andanada de acusaciones hacia el gobierno de los Estados Unidos, que era acusado de haber realizado pruebas de armas nucleares secretas en la Antártida.

Dios santo, pensó. ¿Qué hemos hecho?

Serena contempló su comida y comprendió de pronto que ya no tenía hambre. Dejó que *Nimrod* terminara con lo que quedaba.

Distintos comentaristas, analistas y científicos internacionales sopesaron la situación: algunos expresaron el temor de que el casquete polar se estuviese fragmentando; otros anunciaban que el aumento del nivel del mar podría inundar las ciudades costeras y las tierras que se encontraran por debajo del mismo, como Florida. Aquellos que tenían acceso a los puestos de poder confesaron haber oído rumores acerca de un posible desplazamiento en la corteza terrestre y una catástrofe geológica global.

Serena apagó la radio y sacó el cetro de Osiris de su mochila. Lo miró fijamente, pensando en todo lo que había provocado hasta ese momento, y se le encogió el estómago.

Abrió la puerta del asiento del acompañante. *Nimrod* saltó de la cabina, corrió hasta la orilla del río y comenzó a beber agua. Ella lo siguió y se agachó junto a él para mirar la orilla opuesta. Había una distancia de unos 150 metros.

Después de comprobar que el perro no se encontraba mal por haber bebido, sacó una botella vacía de la mochila y la hundió en el agua. La corriente era tan fuerte que se llevó la botella al instante, de modo que metió una mano en el agua a modo de cuenco y sorbió. Estaba refrescándose el rostro, grasiento y lleno de polvo, cuando escuchó un aullido.

Levantó la mirada y descubrió a *Nimrod*, que yacía de costado y respiraba con dificultad, con los ojos en blanco. Escupió el agua de la boca y lo observó de nuevo.

—¿Qué pasa, chico?—preguntó con preocupación mientras le acariciaba la oreja—. Por favor, dime que no es el agua.

No lo era. De uno de los muslos de *Nimrod* brotaba sangre. Lo miró más de cerca. Parecía un agujero de bala.

—Dios mío... —empezó a decir, pero en ese instante vio aparecer un brillante punto rojo en el peludo pecho del animal. Un segundo más tarde comenzó a manar la sangre a borbotones. Serena dio un salto hacia atrás y empezó a gritar.

Una docena de soldados con uniformes de la CNUA apareció por el horizonte, la rodeó y la encañonó con los AK-47. El comandante avanzó unos pasos hacia ella y empezó a hablar por la radio.

—Aquí, Jamil —dijo el hombre en árabe—. Tenemos un superviviente, señor. Una mujer.

A Serena le pareció que tenía acento egipcio, y su suposición se vio confirmada cuando escuchó la respuesta por radio:

—Tráigamela.

—Sí, señor.

Antes de que Serena pudiera moverse, Jamil hizo un gesto a uno de sus hombres y el soldado la arrojó al suelo, tras lo cual la sujetó con una mano, demostrando una fuerza considerable. Le rasgó el uniforme, metió una mano por dentro y la tocó de arriba abajo.

—¿Qué es esto? —preguntó el soldado, que tenía acento saudí, al tiempo que se apartaba con una navaja automática.

El saudí sostuvo la navaja y abrió la hoja, arrancando aullidos de risa de sus camaradas. A continuación, lanzó la navaja al aire para enterrarla en el suelo. Sus ojos despedían fuego cuando se quedó de pie junto a Serena, con los brazos en jarras.

Serena ya había tenido suficiente. El saudí estaba a punto de apartarse en el momento en que ella le asestó una patada en la entrepierna. Cuando el hombre se encogió de dolor, ella saltó y preparó la rodilla para golpearlo en la cara. Pero, de pronto, media docena de puntos rojos colorearon su pecho y Serena alzó la vista para ver los cañones de otros tantos AK-47 apuntados hacia ella.

Levantó las manos a modo de rendición y observó al saudí al que había dado la patada. El hombre se retorció en el suelo. Otro árabe se colocó tras ella; éste era afgano, a juzgar por su acento, y la obligó a marchar fuera del círculo para presentarla ante su comandante, Jamil.

Jamil parecía encantado con su actuación.

—Ali, ¿qué tenemos aquí?

—Se lo demostraré —dijo Serena en árabe, al tiempo que le daba un codazo en la cara al afgano que tenía detrás.

El hombre soltó un alarido y dejó caer su rifle. Serena lo cogió y lo apuntó hacia el soldado herido.

—Déjeme marchar —le ordenó a Jamil mientras hundía el AK-47 en la espalda del afgano—. O mataré a su hombre.

—No podría hacer daño ni a una mosca, *mademoiselle*.

Jamil sacó un Colt con la culata de nácar, lo apuntó hacia el rehén que mantenía Serena y lo mató él mismo. Serena contempló en atónito silencio cómo el afgano caía al suelo, dejándola de pie justo delante de la pistola de Jamil.

—Entrégume el cetro de Osiris, *mademoiselle*, o también la mataré a usted.

—¿Sabe lo del cetro?

—Dispárele —le dijo otro soldado a Jamil.

Éste sonrió.

—No antes de que me cuente todo lo que sabe.

El viento arreció y Serena alzó la mirada para descubrir un helicóptero. Era

uno de esos aparatos franceses en los que había volado un par de veces, un Z-9A, y al parecer pertenecía a los soldados de la CNUA, porque Jamil no parecía muy preocupado por su llegada.

—He dicho que me dé el cetro.

—Lo he escondido en un lugar seguro —dijo Serena—. Deje que me marche y se lo mostraré.

Sin embargo, uno de los hombres de Jamil, que estaba inspeccionando la mochila, gritó de repente y sacó el obelisco.

Jamil tomó el objeto en sus manos y lo examinó un instante, tras lo cual la miró y soltó una carcajada.

—Dile al coronel Zawas que hemos encontrado el cetro de Osiris.

Encaramado muy cerca de la cima de la P4, Conrad disfrutaba de una vista panorámica de la ciudad perdida a la luz de las últimas horas de la tarde. *Si mi padre pudiera ver esto...*, pensaba sin perderse detalle desde la entrada del túnel exterior.

La ciudad consistía en una serie de canales de agua concéntricos, diseñados sobre una cuadrícula. Desde el complejo central, en el que se alzaba la P4, se extendían unas amplias avenidas flanqueadas por templos y diversos pabellones. El trazado le recordaba a la Avenida de los Muertos en Teotihuacán, México, e incluso al National Mall de Washington D. C.

Con una extensión aproximada de kilómetro y medio de largo, la necrópolis tenía su centro en la P4; en el extremo oriental podía verse una estructura parecida a una esfinge; y, en el lado opuesto, una pirámide escalonada de la que caía el agua en varias cascadas que resplandecían bajo la luz del Sol. Las dimensiones eran espectaculares.

Lo más sorprendente de todo era el hecho de ver cómo los diferentes anillos concéntricos en los que se alzaban los pabellones se movían con lentitud hasta quedar anclados en su lugar. ¿O era la P4 la que rotaba de modo casi imperceptible? Conrad no habría sabido decirlo. En cualquier caso, los constructores habían hecho mucho más que erigir una ciudad alineada con las estrellas antes de que un antiquísimo desplazamiento de la corteza terrestre moviera el continente: construyeron una urbe en la que, de algún modo, los monumentos cambiaban de posición con el fin de ajustarse con cada nueva alineación, tal vez a través de la presión hidráulica del agua que fluía por las venas de la propia ciudad.

Intentó absorber el celestial paisaje que tenía ante sí, grabar su imagen en la memoria de modo que jamás pudiera olvidarla. No obstante, la magnitud de su escala desafiaba toda comprensión. Probablemente hubiera más de 2000 hectáreas de ciudad para explorar, dentro de un cráter de hielo cuyos muros se alzaban a más de tres kilómetros de altura a lo largo del perímetro. Y ésa era tan

solo la parte de la ciudad que podía ver. Asumió que lo que tenía delante formaba parte de una metrópolis mucho mayor.

Estuvo tentado de dejarse caer por el pasadizo para explicarle a Serena lo que había encontrado, aunque solo fuera para convencerse él en el proceso. Sin embargo, sabía que, antes de nada, tenía que inmortalizar esa imagen. Sacó la cámara digital y comenzó a grabar el valle que se extendía a sus pies. Sin tener en cuenta cualquier otra cosa que pudiera llevarse de ese lugar, al menos tendría esa imagen, la prueba de que había sido la primera persona en 12 000 años en vislumbrar la época más antigua de la humanidad. Tal vez fuera el primer humano que contemplaba una civilización de origen alienígena. Tal vez fuesen sus propios antepasados, si creía lo que Yeats le había contado.

No obstante, las revelaciones del general habían proporcionado más preguntas que respuestas. A todas luces, habían abierto una brecha entre Serena y él. No le había pasado desapercibida la incertidumbre con la que ella lo había observado en la cámara estelar. Lo que no tenía claro era si ésta se debía a lo que él era en realidad o a lo que había hecho. Sin embargo, los agujonazos de culpabilidad que le producía saber que esa obsesión le había costado la vida al único hombre que podía haber respondido sus preguntas —Yeats— se negaban a desaparecer.

La realidad era que el único padre que había conocido estaba muerto.

Me quería, pensó Conrad. Lo hizo lo mejor que pudo. Incluso trató de decírmelo a su modo.

Sin embargo, Yeats estaba muerto y ya no cabía la posibilidad de que se produjera la reconciliación entre padre e hijo que el general se merecía.

Conrad sintió un ataque de náuseas, pero lo frenó con una honda bocanada del fresco aire antártico y se preguntó qué diría Yeats de encontrarse en aquella situación. Y la respuesta fue de lo más clara y contundente.

Su padre habría citado la frase de algún militar, como la que el almirante Mahan de la Marina de los Estados Unidos pronunció durante la Revolución: « Cuando se dispongan a hacer algo, comiencen por decidir cuál será su objetivo. Una vez que lo hayan decidido, no lo pierdan nunca de vista » .

Conrad tenía muy claro su objetivo: trazar el mapa de la ciudad y encontrar el Santuario del Sol Primigenio, que no era sino una reminiscencia del Tiempo Primordial. En el santuario se encontraría el Asiento de Osiris, idéntico al que había visto en el sello real. Si pudiera llevar el cetro desde la cámara estelar hasta el santuario, solo tendría que ocupar el Asiento de Osiris para desvelar así el Secreto del Tiempo Primordial; sin lugar a dudas, « la época y el lugar de los más honorables » .

Sostuvo la cámara en alto y grabó a derecha e izquierda, desde el cielo hasta el suelo. Utilizó el *zoom* para captar mejor ciertos detalles, comenzando por el monumento en forma de esfinge del extremo oriental, para dirigirla después

hacia la pirámide escalonada con las cascadas que se alzaba en la parte occidental.

Satisfecho tras haber grabado todo lo posible, reprodujo algunas de las imágenes en la pantalla de la cámara para asegurarse, una vez más, de que no estaba soñando. Mientras lo hacía, captó un punto oscuro que se movía a ras del suelo. Estaba situado sobre el enorme canal que dividía el centro de la ciudad.

Con el corazón acelerado por el miedo y la excitación, enfocó la cámara en esa dirección y amplió la imagen poco a poco. Allí estaba, una figura borrosa que, sin lugar a dudas, se movía. No, se trataba de dos figuras borrosas. Amplió la imagen un poco más. De repente, la primera de ellas apareció en su campo de visión.

Era *Nimrod*, el perro de la Base Glacial Orión. Y, junto a él, caminaba Serena. Instantes después, el animal se dio la vuelta en el mismo momento en que una docena de figuras rodeaba a Serena y un helicóptero aterrizaba cerca del grupo. El encuentro no parecía ser muy amistoso.

Conrad bajó la cámara y vio un enjambre de helicópteros militares que zumbaban sobre su cabeza. Antes de que pudiera hacerles señales, una ametralladora abrió fuego en su dirección y los disparos impactaron en la cara de la pirámide.

Se dejó caer por el pasadizo que conducía a la cámara estelar tan rápido como pudo, y encontró la estancia completamente vacía. Serena había desaparecido, la mochila de Yeats había desaparecido y la serie de puertas que llevaba hacia la galería estaba abierta.

Escuchó que algo golpeaba el pasadizo superior por el que había descendido y, al alzar la mirada, vio una granada de gas que cayó al suelo. Casi al instante comenzaron a escocerle los ojos, y comprendió que se trataba de gas lacrimógeno. Salió de la cámara a toda velocidad.

En cuanto llegó a la bifurcación del fondo de la galería, echó un vistazo al pasadizo que Serena debía de haber tomado para llegar a la entrada de la P4. Hacia él se acercaban unos cuantos pares de ojos verdes que brillaban en la oscuridad. Su única salida era dejarse caer por el pasadizo que llevaba a la sala de calderas. Aterrizó sobre un torrente de agua que se alejaba de la pirámide a través de un canal subterráneo.

En esos momentos recorría el canal subterráneo, atrapado por una corriente tan fuerte que solo era capaz de mantener la cabeza fuera del agua. ¿En qué lío se había metido?, se preguntaba. Justo entonces vio la boca de un túnel que se cerraba sobre él y, un segundo después, fue engullido por las tinieblas.

Muy por debajo de la antigua ciudad, Conrad chapoteaba en la oscuridad, jadeando en busca de aire mientras la corriente seguía desplazándolo a través de los canales subterráneos. El agua helada lo desorientaba y lo único que distinguía era el sonido del agua al ser tragada por los distintos túneles.

Rebotó contra un muro y acabó girando en un remolino allí donde el canal se unía a otro túnel mucho más largo. El abrumador empuje del nuevo desagüe agitó el ya de por sí furioso torrente y transformó la corriente en un torbellino. Echó un vistazo sobre el hombro y, en ese instante, una ola espumosa cayó sobre él, arrastrándolo hacia la oscuridad. Conrad creyó que había llegado su hora, no obstante la ola lo alzó por encima de una de las orillas de piedra y lo depositó en un pasadizo.

Ya fuera del agua se detuvo para recuperar el aliento, pero una nueva ola surgió del canal y le golpeó las rodillas en un intento por arrastrarlo de nuevo hacia la corriente. Sin embargo, ésta tardó poco en retroceder y él logró ponerse en pie y comenzó a recorrer el pasadizo. Un rápido vistazo le indicó que aquel corredor era el doble de grande que los que había transitado en el interior de la P4.

A medida que se abría paso entre el laberinto de pasadizos que se extendían bajo la ciudad, Conrad se sintió a la vez maravillado y furioso por la magnitud de semejante infraestructura subterránea. Podría pasar toda una eternidad estudiando la ciudad, pensó. Y si no encontraba pronto una salida, eso era exactamente lo que iba a suceder.

También estaba furioso con Serena, otro de los misterios de la vida que no llegaría a comprender jamás. Estaba claro que no confiaba en él. ¿Por qué si no iba a marcharse de la P4 para investigar por su cuenta? Serena había pasado a «modo de supervivencia» y, según lo veía él, lo consideraba su enemigo. No obstante, estaba preocupado por su seguridad después de haber presenciado el momento en que los soldados la capturaban.

Pocos minutos después, llegó a una bifurcación y se detuvo. Ante él se extendían dos acueductos más pequeños, de unos doce metros de alto y seis de ancho. El de la derecha retumbó en ese momento. Conrad escrutó la oscuridad y vio un destello de luz. Un destello de luz que se hacía más grande a medida que el sonido se intensificaba. Se trataba de otra nueva avalancha de agua que descendía en su dirección; en un par de segundos la ola lo estamparía contra las paredes del túnel y lo mataría.

Al instante, se percató de que el único camino por el que podía escapar era el acueducto de la izquierda. Corrió hacia él y giró en el mismo momento en que un muro de agua salía del canal de la derecha y se vertía sobre el túnel principal. Con el agua por las rodillas, observó desde el interior del acueducto izquierdo cómo la riada rugía durante tres minutos antes de que el flujo de agua se detuviera.

Cuando todo acabó, descubrió que estaba temblando. *Demasiado cerca*, pensó al tiempo que se incorporaba. Dio su primer paso hacia el interior del acueducto y escuchó un chapoteo distante. Por un segundo creyó que otro nuevo torrente iba a arrastrarlo; pero no sucedió nada. Aguzó el oído. El sonido tenía un cierto

ritmo.

Escudriñó la oscuridad. Alguien se acercaba hacia él desde el otro extremo del túnel, pero aún estaba lejos. Más de una persona, de hecho, ya que distinguió el murmullo de unas voces que se hacían cada vez más claras. Hablaban en árabe.

Conrad retrocedió hacia el túnel principal. El sonido de sus pasos sobre el agua no fue tan silencioso como le hubiera gustado. Permaneció inmóvil y durante un segundo no escuchó nada. Después, el sonido de los pasos que chapoteaban en el agua llegó de nuevo hasta él.

—¡Deténgase! —gritó una de las figuras en inglés.

Conrad miró sobre su hombro y vio dos pares de ojos verdes que resplandecían y se movían en la oscuridad. Corrió de camino hacia el túnel principal. Sonó un disparo y se agachó en el mismo instante en que una bala rebotaba en la pared. Se quedó paralizado en la bifurcación de los dos acueductos. Poco a poco se dio la vuelta y vio que tenía un punto rojo sobre el pecho. No, dos puntos rojos.

Inmóvil, observó cómo la pareja emergía del acueducto de la izquierda. Ambos hombres llevaban gafas de visión nocturna, vestían sendos uniformes de la CNUA y tenían sus AK-47 listos para disparar. No obstante, esos hombres no se parecían en nada a los inspectores de armas de las Naciones Unidas.

—Avisa a Zawas, Abdul —ordenó el de la derecha.

El tal Abdul intentó hacer la llamada, pero solo se escuchó una serie de chasquidos.

—Tenemos que salir a la superficie —dijo con patente frustración—. Estos muros bloquean la señal.

El compañero de Abdul dio unos pasos hacia Conrad justo cuando comenzaba a oírse otro nuevo estruendo en la distancia. Conrad se acercó al borde del acueducto derecho.

—¡No se mueva! —ordenó Abdul—. ¿Adonde cree que va?

—A la superficie, tal y como acaba de decir —contestó Conrad sin mirar hacia atrás.

Según se acercaba a la entrada del otro acueducto, sintió una brisa fresca y húmeda en la cara. El sonido se intensificó. En ese momento una bala silbó junto a su oreja, por lo que se detuvo y se dio la vuelta.

Abdul y su compañero se encontraban a unos veinte metros en el interior del túnel principal, y miraban a su espalda con creciente curiosidad. Estaban diciendo algo, pero el ruido que provenía del fondo del túnel hacía imposible que Conrad los oyera. Justo cuando sintió las primeras gotas de agua sobre su espalda, vio que los dos hombres bajaban las armas y echaban a correr.

Conrad se introdujo en el túnel izquierdo en el mismo momento en que un muro de agua surgía del acueducto que había a su espalda y arrastraba a los

soldados. La riada no tardó en convertirse en un diminuto arroyo, como si un temporizador hubiera cerrado la espita. Los dos hombres habían desaparecido.

Permaneció inmóvil durante un instante, atento al goteo de agua y a sus propios jadeos. A su espalda sonó un chapoteo. Se giró con rapidez para ver una figura voluminosa que se acercaba a él desde la oscuridad, y que se hacía más y más grande y amenazadora a medida que emergía de las sombras. Cuando estuvo cerca de él, la figura se quitó las gafas de visión nocturna.

—Te he estado buscando —dijo Yeats.

—¡Papá! —Conrad sintió el deseo de abrazar a su padre con fuerza.

En vez de hacer eso, Yeats se inclinó hacia delante y recogió algo brillante que flotaba en el agua. Conrad vio que era un *ankh* (la cruz egipcia con el extremo superior rematado en un círculo y que representaba la vida) que debía de haberse caído del cuello de uno de los dos soldados, y a quien, ahora que había muerto, le servía para bien poco. Yeats alzó el colgante hasta el haz de luz de la linterna que llevaba en la cabeza.

—Al menos, parece que ahora también les jodes la marrana a los demás, Conrad —dijo.

Doce horas para el amanecer

En el interior del helicóptero Z-9A, Serena se encontraba acalorada y bastante incómoda mientras el aparato se sacudía de un lado al otro sobre el altiplano. El piloto egipcio tenía bastantes problemas para mantener la estabilidad del sobrecargado helicóptero, por lo que cada vez que éste descendía se escuchaba una sarta de palabrotas procedentes de los soldados de la CNUA que viajaban en la parte de atrás. Por lo pronto, el hedor de Jamil resultaba insoportable en un espacio tan reducido. Con cada sacudida del helicóptero, Serena sentía los crueles ojos del hombre clavados en sus pechos.

—Estás disfrutando del viaje, ¿no es cierto? —le preguntó él en árabe.

—No tanto como usted —replicó ella—. Tal vez lo hiciera si su piloto me permitiera tomar los mandos.

Jamil la contempló con una mirada iracunda.

—¿Te atreves a contestarme?

Ella no respondió. Por el contrario, se concentró en las espectaculares vistas de la ciudad y de los canales que sobrevolaban, al tiempo que se preguntaba qué le habría sucedido a Conrad y quiénes serían en realidad esos soldados de la CNUA, por no mencionar qué propósitos albergarían.

Se había enterado de que el coronel Ali Zawas se encontraba en la Antártida en nombre de las Naciones Unidas; era evidente que esos hombres se habían puesto en contacto con él y que la llevaban ante su presencia. Tal vez la misión del equipo de la CNUA fuese una simple tapadera para encubrir sus verdaderas intenciones. Tal vez esos soldados hubieran estado esperando durante todo aquel tiempo con el fin de poder arrebatar a los norteamericanos lo que encontrarán bajo el hielo. Jamil parecía conocer la existencia del cetro de Osiris. ¿Cómo era posible?

Las escasas conclusiones a las que había llegado a esas alturas eran bastante sombrías: los estadounidenses de la Base Glacial Orión estaban muertos, al igual que los inspectores de armas rusos; y, en aquellos momentos, Zawas y su equipo estaban al mando de la ciudad, al menos hasta que llegasen los refuerzos

norteamericanos. Sin embargo, no llegarían a tiempo para evitar que Zawas completase su misión, fuera cual fuese, y mucho menos para impedir el inminente cataclismo geológico que estaba a punto de sacudir el planeta.

El helicóptero giró hacia la derecha y, un instante después, Serena vio el gran canal de agua que se extendía bajo ellos, y más allá, al final de la acrópolis, una enorme pirámide escalonada que se alzaba como una oscura fortaleza. El Templo del Portador del Agua, lo había llamado Jamil cuando hablaba con el piloto; y, a decir verdad, hacía honor a su nombre. Dos cataratas semejantes a las del Niágara caían por dos de sus lados, y en el promontorio que se alzaba entre ellas se distinguía una especie de campamento.

Descendieron siguiendo la cara oriental del templo, que carecía de escalones y que estaba situada entre las dos enormes cascadas, y aterrizaron en el helipuerto del campamento establecido en el promontorio. Esas cascadas, concluyó Serena al tiempo que las puertas del helicóptero se abrían y los soldados bajaban, habían sido las responsables del lejano estruendo que no había dejado de escuchar desde que saliera de la P4 y pusiera un pie en la ciudad. Era la intensidad de esas vibraciones lo que la ponía tan nerviosa y lo que, a un mismo tiempo, despertaba en su interior una especie de mal presagio.

Salió al exterior y observó los alrededores. Dos hileras de estrechos escalones zigzagueaban hasta el suelo a cada lado. En el centro, se amontonaban varias cajas con material embalado. En la parte de atrás había una verja de hierro, delante de una especie de entrada que conduciría sin duda al interior del templo. Habían erigido una torre y una batería antiaérea sobre la cima de la pirámide. Allí debía de haber otro helipuerto, puesto que se distinguía el ruido de las aspas de un helicóptero suspendido sobre la pared. Serena se asomó al borde del saliente. Distinguió varios *quads* e incluso una balsa de goma con motor fuera borda, idéntica a las que usaban los Navy SEALs, que estaba amarrada al pie de las cataratas. Quienesquiera que fuesen esos tipos, disponían de una buena financiación y de un buen equipo.

La improvisada verja de hierro se abrió y un hombre salió caminando con paso lento en dirección al centro del promontorio. Al igual que el resto de los soldados, llevaba el uniforme de campaña de las Naciones Unidas. La única diferencia radicaba en que su cabeza estaba descubierta y en que tampoco se distinguían divisas o rango alguno; no obstante, Serena lo reconoció de inmediato.

Era Ali Zawas, coronel de las Fuerzas Aéreas de Egipto y vástago de la familia de diplomáticos más prominente de ese país. Había nacido en Nueva York, donde permaneció hasta que se graduó en la Academia de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, tras lo cual se trasladó a El Cairo. En realidad, era más norteamericano que egipcio. Lo había visto en varias ocasiones en la sede de la ONU y una vez en la Universidad Norteamericana en El Cairo. Sin embargo, siempre había lucido el uniforme de gala durante esos actos formales, y no el

amenazador uniforme de campaña que llevaba ahora. Además, por regla general su pelo era negro y ondulado, mientras que para esa misión se había afeitado la cabeza.

Zawas se detuvo al llegar al centro del promontorio, por delante del grupo de soldados. Jamil se adelantó con rapidez y lo saludó. Zawas le hizo un gesto para que dejara las formalidades a un lado. Era un hombre guapo, de ojos hundidos y oscuros. Intercambió con Jamil unas breves palabras en árabe. Serena apenas pudo escucharlos, pero el desdén que mostró el rostro de Zawas resultó bastante elocuente.

Observaba al resto de los hombres con cierta indiferencia, hasta que sus ojos llegaron a Serena. La contempló un momento en silencio y después le dijo algo a Jamil, tras lo cual éste se acercó a ella, la agarró del brazo y le dio un tirón para obligarla a acercarse al Coronel. Serena luchó con todas sus fuerzas para controlar el pánico que comenzaba a invadirla, dado que sabía que no la ayudaría en aquel momento, y se esforzó por aparentar una actitud tranquila.

Mantuvo la cabeza gacha, pero Zawas le alzó la barbilla y ella lo miró directamente a los ojos.

—Si es usted una atlante —comenzó en inglés—, entonces esto es de verdad el paraíso. Pero me da la impresión de que es norteamericana.

Ella negó con la cabeza y respondió en voz baja:

—No, coronel. Soy de Roma.

A Zawas le llevó un instante registrar su acento como australiano y, acto seguido, Serena pudo ver la expresión de perplejidad que reflejó su rostro al reconocerla. Al instante, el egipcio esbozó una enorme sonrisa.

—Usted es la hermana Serghetti —le dijo—. ¿Qué la trae por aquí?

—Soy la doctora Serghetti, Coronel, y yo estaba a punto de hacerle la misma pregunta —replicó ella, mientras observaba a los soldados que había a su alrededor—. No esperará que me crea que cumple órdenes de las Naciones Unidas, ¿verdad?

Zawas sonrió. Serena se dio cuenta de que le hacía gracia que fuese ella quien exigiera respuestas.

—Considérenos los representantes de ciertos productores de petróleo árabes que tendrían mucho que perder si se descubriera una fuente de energía alternativa. —La tomó del brazo y ordenó con indiferencia por encima del hombro—: A trabajar, Jamil.

Jamil esperó a que ambos se alejaran y, acto seguido, gritó algo ininteligible que quedó sofocado por el inmediato estrépito que los soldados ocasionaron al desembalar los equipos. Taladros, medidores sísmicos, detectores de metales, explosivos...

Serena y Zawas llegaron a los escalones que conducían a la verja de hierro de la entrada al templo. El coronel se detuvo y se giró para observarla con el

ceño fruncido por la curiosidad.

—En un primer momento no la reconocí —confesó—. Ha pasado mucho tiempo y, por regla general, no suele aparecer tan sucia en las portadas de las revistas.

—Siento mucho haberlo decepcionado.

—En absoluto. Creo que le sienta muy bien.

Ella lo observó con atención. Guapo, astuto, incluso amable si le convenía, estaba segura de ello.

—¿Usted cree?

—Le da un aspecto terrenal. —Esbozó una pequeña sonrisa al tiempo que arbría la verja y la precedía al interior.

La cámara apenas estaba amueblada. Una mesa, varias sillas, computadores y un catre. Mientras cerraba la puerta, Zawas le quitó la mochila y la dejó sobre una silla.

—Tome asiento, por favor.

Haciendo gala de su buena educación, acercó una silla hacia Serena para que se sentara. Él tomó asiento en el lado opuesto de la mesa. La mujer no perdió el tiempo.

—¿Qué cree que va a encontrar aquí? —le preguntó—. ¿Una fuente alternativa de energía?

—No cualquier fuente, doctora Serghetti, sino La Fuente —contestó él—. La legendaria fuerza del Sol que los atlantes, según se cree, consiguieron dominar. ¿Qué cree que están buscando el general Yeats y el doctor Yeats?

Serena no supo qué contestarle, pero sus ojos se desviaron de forma involuntaria hacia la mochila que descansaba sobre la silla. Recordó los planos del obelisco que había escondido en el termo. En realidad, lo que quería averiguar era por qué razón Zawas creía que la Antártida era la Atlántida, además de cuál era la supuesta y poderosa «fuente de energía» que se ocultaba tras ella.

—En ese caso, usted está aquí porque siente la misma sed de poder que todos los demás —concluyó ella—. Ésa no es la reputación que se ha ganado en las Naciones Unidas.

—Al contrario —la rectificó él—. Me preocupa que las economías inestables de Oriente Medio permitan que ciertos *mullahs* con bastante influencia comiencen a sembrar el malestar en la población y a acumular poder. El hecho de que me vea obligado a usar a animales como Jamil para detener al resto de sus congéneres no es más que una de las muchas ironías de la geopolítica.

—Veo que lo he malinterpretado todo —afirmó ella—. Usted no es un terrorista. En realidad, es un patriota al que nadie comprende.

—Usted se preocupa demasiado por las almas de personas como yo o el doctor Yeats —prosiguió él—. Sí, lo sé todo sobre él. Más de lo que usted sabe, tal

vez. Si aún está con vida, lo encontraremos. No obstante, debería comenzar a preguntarse por qué está aquí. Resulta evidente que no ha venido a proteger el medio ambiente, puesto que, tal y como puede comprobar, se ha visto significativamente alterado desde su llegada.

—Está bien —dijo ella al tiempo que cruzaba los brazos por delante del pecho—. Dígame por qué estoy aquí.

—Está aquí porque yo ordené que viniera.

Serena sintió que se le secaba la boca.

—¿Usted requirió mi presencia?

—Bueno, tal vez no la suya en concreto, pero sí la de alguien como usted —explicó Zawas—. Sabía que iba a necesitar a un traductor para que me ayudara a localizar el Santuario del Sol Primigenio. ¿Por qué cree que alerté al Vaticano sobre la expedición del general Yeats?

A Serena le dio un vuelco el corazón. ¿Qué estaba insinuando Zawas? ¿Qué sabía él que ella desconocía?

—¿Qué es lo que quiere que traduzca exactamente?

—Un mapa.

El coronel desplegó un viejo pergamino sobre la mesa.

Serena lo observó y comprendió que se trataba de un mapa de la ciudad. Había inscripciones en una lengua anterior a los jeroglíficos egipcios. Distinguió sin dificultad el emplazamiento del Templo del Portador del Agua, señalado con claridad, además de otros pabellones. Era un mapa terrestre que reproducía con todo detalle el mapa celestial que Conrad había descubierto en el cetro.

—Lo encontramos hace algunos años en una cámara secreta, oculta bajo la Gran Esfinge de Giza —informó Zawas—. Fue trazado por el antiguo sacerdote egipcio Sonchis, la fuente original que Platón utilizó para escribir su historia acerca de la Atlántida. Como comprenderá, no teníamos modo alguno de saber si el mapa reproducía un lugar real, y mucho menos cuál era su localización, hasta que los estadounidenses descubrieron la P4 en la Antártida.

—¿Y cómo sabían ellos el emplazamiento de la P4? —preguntó Serena.

—Hasta donde yo sé, no lo sabían —contestó el coronel—. Fue la actividad sísmica lo que los atrajo a la Antártida oriental. El Vaticano se embarcó en el proyecto cuando los norteamericanos encontraron algo bajo el casquete de hielo.

—¿El Vaticano? —repitió Serena, que había arqueado una ceja—. No lo creo.

—El Vaticano tiene su propio mapa de la Atlántida —reveló Zawas—. En un principio estuvo albergado en la Biblioteca de Alejandría, durante la época de Alejandro Magno. Los romanos lo robaron cuando ocuparon Egipto. Más tarde, tras la caída del Imperio Romano, fue trasladado a Constantinopla. Cuando la ciudad fue saqueada durante la Cuarta Cruzada, el mapa fue introducido de contrabando en Venecia. Allí lo redescubrió un sacerdote jesuita en el siglo XVII.

Serena comenzó a estremecerse, presa de la ira. Lo que no tenía claro era si

estaba furiosa con Zawas por haberle contado todo aquello o con el Papa por no haberle dicho nada.

—No creo ni una palabra de lo que dice.

—¿Por qué otra razón iba a mostrarse el Vaticano tan ansioso por enviarla aquí? —le preguntó el coronel—. No creerá que estaban interesados en salvar el ecosistema virgen de la Antártida, ¿verdad?

—Entonces, ¿cuál fue el motivo? —preguntó ella a su vez.

—Sin lugar a dudas, lo hicieron como medida de protección. Para proteger su poder. La Iglesia no es más honorable que la imperialista y secular república norteamericana. Temían que apareciera cualquier tipo de revelación divina que pudiera menoscabar su influencia en la historia de los avatares humanos. Y eso es lo que hay aquí, doctora Serghetti. Algo más antiguo que el islam, que el cristianismo, incluso que el judaísmo. Sus superiores tienen buenas razones para estar asustados. Y usted tiene buenas razones para no confiar en ellos ni en cualquier otro... a excepción del hombre que se ha molestado en contarle la verdad. Por tanto, va a ayudarme a encontrar el Santuario del Sol Primigenio que contiene la fuente.

—¿Y si no lo hago?

—Sufrirá, al igual que el resto del mundo —fue su respuesta.

—¿El resto?

—¡Vaya! Veo que no ha escuchado las noticias —contestó él—. La Estación McMurdo ha perdido su pista de aterrizaje en el hielo. Y el portaviones norteamericano que se acercaba al continente no se ha recuperado del todo de ese maremoto y avanza a media máquina. Mis servicios de información me dicen que las tropas estadounidenses se encuentran a dieciséis horas de camino. Hasta que lleguen, yo soy el poder supremo en la Atlántida.

—¿Y cuando lleguen?

—Ya será demasiado tarde. —La determinación brilló en los ojos oscuros de Zawas—. Ya me habré apoderado de la tecnología oculta en el Santuario del Sol Primigenio y el equilibrio de poder en el mundo se romperá. Los Estados Unidos desaparecerán del mapa, víctimas del desplazamiento de la corteza terrestre que está a punto de producirse. Y la Atlántida, por tanto, será nuestra.

—¿También predice el futuro, coronel?

—Es nuestro destino. —Se inclinó hacia delante y sonrió—. Debe comprender que ésta es la Tierra Prometida de mi pueblo, doctora Serghetti.

Once horas para el amanecer

Conrad se subió la cremallera del uniforme de inspector de armas de la ONU e hizo una mueca al ver la placa identificativa que llevaba sobre el bolsillo izquierdo, en la que se leía «Capitán Bassein». Yeats tenía un par de aquellos uniformes, pero no sabía nada de sus dueños. Conrad no quería ni imaginarse cómo los había conseguido. Paseó la vista por la cámara a la que Yeats los había conducido. Había equipo informático, fusiles M-16 y explosivos por todas partes.

—¿Qué es esto?—preguntó Conrad.

—Un zulo de armas que he encontrado. —Yeats estaba muy atareado metiendo paquetes de C-4 en su mochila—. Acabé en este sitio después de que me tiraras por ese pasadizo de la P4 como si fuera una mierda. Conseguí salir gateando, me orienté y arrastré hasta aquí todo lo que pude encontrar.

—¿Y este zulo no estaba vigilado por ninguno de esos mercenarios?

—Nada de mercenarios—respondió Yeats—. Ya no.

El instinto de supervivencia de Yeats le resultaba asombroso incluso a Conrad, que llevaba luchando las últimas horas para mantenerse con vida. Se preguntaba cómo coño había sobrevivido a esa caída. No sabía si concederle una medalla a su padre o darle una patada en la entrepierna. El general ni siquiera había demostrado un poco de alivio al ver que su único hijo seguía con vida; y tampoco había comentado nada más acerca de sus orígenes.

—¿Cómo sabes que esto no volverá a inundarse?

—No lo sé. —Yeats comprobó los temporizadores del C-4—. Sin embargo, esta estancia está separada de los corredores que hay más abajo. En cualquier caso, no nos quedaremos mucho tiempo.

—Entiendo. —Conrad miró de soslayo la abultada mochila cargada con C-4 que Yeats se echó al hombro—. ¿Y sabes quiénes son estos tipos?

—Entrené a su jefe, el coronel Zawas.

Conrad miró a Yeats fijamente.

—¿Cómo que lo entrenaste?

—En la academia de las Fuerzas Aéreas de Colorado Springs, durante un

programa de intercambio militar entre los Estados Unidos y Egipto al final de la década de los ochenta —explicó Yeats—. Resultó bastante útil durante los bombardeos aliados sobre Iraq que se produjeron en la Guerra del Golfo. Un piloto árabe que derriba dos cazas iraquíes es la propaganda perfecta para legitimar la campaña de bombardeo como un esfuerzo internacional.

—¿Es eso lo que le enseñaste, cómo matar a otros árabes?

—Ya me habría gustado... —dijo Yeats—. No, lo entrené en la escuela de armamento de la Fuerza Decisiva. La idea era utilizar una fuerza sobrecogedora, de forma que se aniquilara al enemigo o se lo obligara a rendirse.

—¿De manera que el equipo de inspección de armas de la ONU no era más que una tapadera? —preguntó Conrad.

Yeats asintió.

—Evidentemente, Zawas ha reemplazado al equipo con sus propios hombres. Lo más probable es que se cargara a los otros y planeara decirle a todo el mundo que lo hicimos nosotros. No me sorprendería saber que fue él quien nos echó a los rusos encima en la P4, con la esperanza de que nosotros hiciéramos el trabajo sucio.

—Así que, según tú, Zawas ha venido con unos amiguitos —replicó Conrad.

—Y con potencia de fuego —dijo Yeats—. En condiciones normales, unos cuantos mercenarios no serían rivales para la mayor superpotencia del mundo. Pero la Antártida es un escenario totalmente distinto. No es muy difícil ganarle la mano a un pequeño equipo de norteamericanos en un continente que está casi desierto.

—Bueno, pues su teniente ha matado a tu perro y ha secuestrado a Serena.

Conrad observó cómo se hinchaban las venas del cuello del general.

—¿Dónde está el obelisco?

Conrad no respondió.

Yeats le dirigió una de esas poco frecuentes miradas de desdén que utilizaba para amedrentarlo cuando era un niño.

—Joder. ¿Me estás diciendo que Zawas no solo le disparó a mi perro sino que también tiene el cetro de Osiris?

—No, he dicho que tiene a Serena.

—Es lo mismo. Despierta, muchacho. Ya oíste lo que dijo la señorita « Salvemos la Tierra» en la P4. El cetro de Osiris pertenece al Santuario del Sol Primigenio, y allí es donde esa mujer piensa llevar a Zawas.

—La estás subestimando.

—No estás pensando con la cabeza —dijo Yeats—. Nuestra misión es impedir que Zawas consiga cualquier tipo de arma avanzada o tecnología alienígena que pudiera alterar el equilibrio de poder en el mundo. La fuerza asimétrica. ¿Lo vas captando? Pues que se te grave en el cerebro.

—Vaya, papá, y yo que creía que íbamos a descubrir quién soy realmente y

de dónde provengo... —contraatacó Conrad.

Yeats guardó silencio durante un instante y Conrad casi pudo escuchar el zumbido del disco duro que se encontraba tras los ojos de su padre, mientras éste se devanaba los sesos en busca de una respuesta apropiada.

—Lo descubriremos si llegamos al Santuario del Sol Primigenio con antelación suficiente como para tenderle una trampa a Zawas, siempre y cuando Serena lo conduzca hasta allí. —Yeats le dio unas palmaditas a la mochila cargada con C-4 antes de ponerse en marcha, como si ya hubiera dicho todo lo que quería—. Por supuesto, el problema será encontrarlo sin que ellos nos encuentren a nosotros antes. Algo que sucederá más pronto que tarde. Zawas se dará cuenta de que faltan algunos de sus hombres. Controla el cielo y todo lo que sucede en la superficie. Vamos a tener que permanecer aquí abajo hasta que anochezca.

—De todas formas, necesitamos las estrellas —dijo Conrad, al tiempo que sacaba el computador de bolsillo en el que había almacenado las imágenes que había tomado del obelisco—. Porque, según las instrucciones del cetro, el que va a ser el Rey Sol debe unir el Cielo y la Tierra. Solo entonces « el Centelleante» revelará la ubicación del Santuario del Sol Primigenio.

—Serena nunca mencionó eso.

—Lo sé —replicó Conrad—. Pero el cetro sí.

—Creía que no sabías leer las inscripciones.

—Digamos que algunas cosas me resultan bastante familiares.

—En ese caso, ¿me crees ahora? —preguntó Yeats—. Me refiero a lo de haberte encontrado en una cápsula y todo eso.

—Nunca creeré nada de lo que me digas —contestó Conrad—. Y me reservo la opinión acerca de ciertas cosas. Sin embargo, esta inscripción que se encuentra bajo las cuatro constelaciones que hay en uno de los lados del obelisco es casi idéntica a la que Serena nos leyó.

—¿En qué se diferencian?

—La inscripción que descifró Serena advertía de que no debía retirarse el cetro a menos que uno fuera « el más honorable» para los Centelleantes o, en caso contrario, se desgarrarían el Cielo y la Tierra —explicó Conrad.

—Que es lo que parece que está sucediendo —dijo Yeats.

—Así es —convino Conrad—. No obstante, esta inscripción que hay bajo los cuatro signos del Zodíaco le indica al que será el Rey Sol cómo encontrar el Santuario del Sol Primigenio con la ayuda de uno de los Centelleantes, y así volver a unir el Cielo y la Tierra.

—¿Y qué cojones es un Centelleante? —preguntó Yeats.

—Algo que no es de este mundo. Lo más probable es que se trate de algún tipo de fenómeno astronómico. Lo sabré cuando lo vea.

—Me cago en la puta, Conrad, da la impresión de que eres de verdad el Rey

Sol. —Yeats le dio una palmadita en la espalda por primera vez en muchos años y Conrad no pudo negar que le había resultado agradable—. Pero ¿dónde exactamente se supone que debemos consultar a ese Centelleante? Hay millones de estrellas en el cielo.

—Nos guiaremos por el mapa del cetro —dijo Conrad.

—¿Qué mapa?

—Las cuatro constelaciones. —Conrad le mostró a Yeats la imagen que había tomado del contorno completo del obelisco—. ¿Lo ves? Son los signos zodiacales de Escorpio, Sagitario, Capricornio y Acuario.

Yeats observó la imagen.

—¿Y qué pasa con esto?

Conrad le dio un golpecito al dispositivo de bolsillo.

—Pues pasa que si esta ciudad está alineada con las estrellas, es bastante probable que estas coordenadas astrales tengan un equivalente terrestre.

—¿Es bastante probable? —preguntó Yeats—. Tendrás que hacerlo mejor.

—Ya sabemos que la P4 está alineada con la estrella central del cinturón de Orión, Alnitak —dijo Conrad, a lo que Yeats asintió—. De la misma manera, es muy posible que encontremos santuarios estratégicamente colocados a lo largo de la ciudad que se encuentren alineados con Escorpio, Sagitario, Capricornio y Acuario.

Yeats frunció el ceño.

—¿Significa eso que tenemos que seguir los pabellones o templos consagrados a esos signos como si fueran el rastro de algún tesoro celestial?

—Exacto.

—De manera que estos marcadores astrales nos llevarán hasta Acuario —dijo Yeats—. Y luego, tendremos que encontrar su equivalente terrestre.

—Así es —respondió Conrad—. En el exterior, ya está anocheciendo. Pronto podrán verse las estrellas. Nos servirán como mapa y nos conducirán a alguna clase de monumento dedicado al Portador del Agua. Allí será donde se encuentre el Centelleante, que, a su vez, nos guiará hasta el Santuario del Sol Primigenio.

Yeats asintió.

—Y hasta aquello que llevamos toda la vida buscando.

En el interior del Templo del Portador del Agua, la luz de las estrellas se colaba en la cámara en la que Serena permanecía atada a un pilar. Ése era su castigo por negarse a prestar ayuda al coronel Zawas para traducir el mapa de la Atlántida que éste poseía. Ayudar a Zawas a localizar el Santuario del Sol Primigenio sería como traicionar a Conrad, se dijo, ya que había llegado a la conclusión de que, a pesar de todos sus defectos, era su única esperanza de evitar un cataclismo global. Sin embargo, aunque Conrad llegara antes al altar, Zawas seguiría teniendo el cetro en su poder. De alguna manera tenía que aguantar hasta dar con una forma de robarlo.

Oyó unas voces que provenían del exterior; poco después, tres sombrías figuras llenaron el vano de la puerta y bloquearon la vista del cielo. Se trataba de Jamil, flanqueado por dos egipcios. Serena se tensó al ver que el hombre extendía un paño en el que había varios cuchillos y agujas sobre una pequeña mesa.

—Al coronel Zawas le ha decepcionado mucho no haber podido convencerla para que nos prestara su ayuda, doctora Serghetti —dijo—. Ahora me toca a mí.

—Sí, ya veo —respondió ella sin apartar la vista de los sanguinarios instrumentos desplegados sobre la mesa—. ¿No le parece que esto es un poco exagerado? Ya le he dicho al coronel Zawas que no sé dónde se encuentra el santuario. De verdad. Si lo supiera, se lo diría.

—Ha sido un buen intento, doctora Serghetti, de verdad que sí. —Jamil observó su instrumental, entre el que se contaban jeringuillas, cuchillos de varias formas y aparatos de descargas eléctricas—. Hay que ver todos los trucos que su Inquisición nos ha enseñado.

Levantó una maza negra de unos sesenta centímetros. De repente, ésta cobró vida como si fuera un rayo: se trataba de un bastón de descargas eléctricas.

—Éste es mi favorito —dijo al tiempo que lo movía delante de ella. Un arco eléctrico de color azul zigzagueó entre dos varillas metálicas—. Cada descarga libera 75 000 voltios. Unos toquitos podrían dejarla inconsciente. Con unos cuantos más, acabaría muerta.

—¿Es esto lo que siempre deseó hacer en su vida, Jamil?

Jamil maldijo y trató de abrirle la boca. Serena giró la cabeza. Sin embargo, el hombre consiguió meterle el bastón, y ella estuvo a punto de atragantarse cuando se lo introdujo casi hasta la garganta.

—A los chinos les gusta meterles esto a los prisioneros por la garganta y luego darles un viaje —dijo mientras Serena tosía—. La descarga que recorrería su cuerpo la dejaría retorciéndose de dolor en el suelo, en mitad de un charco de sangre y excrementos.

Serena sintió las varillas metálicas en el fondo de la garganta y dejó escapar un gemido. Sin embargo, Jamil le sacó el bastón y volvió a activarlo para que pudiera ver la corriente azul de electricidad que chisporroteaba entre las dos varillas.

—Y hay más lugares en los que podría introducir esto —le dijo, lo que provocó que ella apretara los muslos de manera instintiva—. Bien —dijo con una sonrisa antes de dejar el bastón en la mesa—. Me doy cuenta de que va comprendiendo. —Cogió entonces una jeringuilla y dejó al descubierto la aguja hipodérmica con el dorso de los dedos. Surgió un líquido amarillento—. Ahora podemos empezar.

Unas cuantas horas más tarde, Serena recobró el conocimiento y se encontró sumida en la oscuridad, contemplando el farol improvisado que Jamil había colgado del techo: era el bastón de descargas, balanceándose en el extremo de una cuerda, y que creaba grotescos sonidos cada vez que saltaban las chispas. Intentó cerrar los ojos, pero lo único que consiguió fue que los chasquidos se escucharan con más fuerza. Tal vez la culpa de que se sintiera tan mareada la tuvieran las drogas que le habían inyectado en el torrente sanguíneo.

De alguna manera percibió que había otra persona en la cámara, así que abrió los ojos y descubrió una sombra alargada junto a la pared. Desvió la vista hasta la puerta, donde apareció una figura borrosa que entró en la estancia.

—¿Conrad? —preguntó.

—Es bonito soñar, doctora Serghetti.

Era Zawas. Serena dejó caer la cabeza de nuevo cuando el hombre se acercó a la mesita donde Jamil había dejado sus instrumentos de tortura.

—Me han dicho que no se ha mostrado muy cooperadora —dijo Zawas al tiempo que examinaba los juguetes de Jamil—. Me ha costado la misma vida evitar que Jamil borrara sus recuerdos de forma permanente con estas drogas suyas. Pero bueno, ese hombre no es más que un animal. Allí donde va, les da mala fama a los árabes. Debe saber que la mayoría no somos así. Tiene que entenderlo. Su Iglesia alberga a sacerdotes que abusan de niños y, sin embargo, usted no ha abandonado su misión. Y yo no he abandonado la mía.

Serena no pronunció palabra mientras él observaba la estancia. Su mochila, que estaba en el suelo, llamó la atención del hombre. Caminó en círculo a su

alrededor y luego miró a Serena a la cara, antes de levantar la mochila y colocarla en la mesa para abrirla. Comenzó a rebuscar en el interior y a examinar sus pertenencias: tabletas purificadoras de agua, botellas de agua caliente, una bengala, cosas por el estilo.

Después se concentró en su termo verde. Serena sintió una opresión en el pecho cuando el hombre comenzó a desenroscar el tapón. Rezó para que no encontrara el plano oculto en el compartimento secreto. Por lo que sabía, ese plano contenía información suficiente para que él descubriera o desarrollara esa fuente de energía ilimitada que buscaba en el Santuario del Sol Primigenio.

—Me recuerda al faraón, Zawas —dijo Serena—. Ya sabe, el que aparece en la Biblia.

Eso pareció hacerle gracia, ya que dejó el termo sobre la mesa.

—En ese caso, debería saber que mi poder procede directamente de los dioses, y que por eso debe satisfacer mis órdenes.

—Los dioses de Egipto ya fueron derrotados en una ocasión —replicó ella—. Y pueden volver a sufrir el mismo final.

—La Historia está a punto de reescribirse, doctora Serghetti. Aunque, para eso, primero tengo que encontrar el Santuario del Sol Primigenio. Hasta el momento, su ubicación me ha estado eludiendo. Al igual que el doctor Yeats. Sí, por supuesto que está vivo. Lo sé porque varios de mis hombres han desaparecido —dijo—. Los ha matado él, de la misma manera que ha matado a tantos otros en la Atlántida en su búsqueda egoísta de los orígenes de la civilización humana. Sé todo lo que hay que saber acerca de ese hombre. No le preocupan en absoluto las consecuencias de sus actos sobre los gobiernos, las personas o incluso los lugares en los que excava. Debería agradecerme que la haya salvado, junto con el cetro de Osiris, de sus garras.

Serena no dijo nada, ya que no había defensa alguna contra las acusaciones de Zawas: eran ciertas.

—No obstante, a diferencia del imprudente doctor Yeats —prosiguió Zawas—, yo sí aprecio y quiero conservar la belleza natural en todas sus formas, sobre todo la femenina. Odiaría ver que un hombre como Jamil le hace daño de cualquier forma.

Serena sabía que eso era mentira.

—De modo que usted es un caballero entre bárbaros.

El hombre la observó con detenimiento.

—Ya veo que nos comprendemos muy bien. La verdad es que no puede negarse que, a lo largo de la historia, la Iglesia católica se ha envuelto en un manto de honorabilidad y caridad social para luego hacer pactos con el Diablo según su conveniencia.

—En ese caso, usted es un héroe —le dijo Serena—. El único problema es que se halla en lado de los perdedores.

—Ni más ni menos —replicó Zawas—. Igual que el faraón durante el Éxodo. No fue sino un golpe de mala suerte que la erupción del volcán de la isla de Thira, en el Mediterráneo, produjera las plagas que tan gustosamente le han atribuido al Dios de Moisés. El Mar Rojo no se abrió. Los hebreos cruzaron por el Mar de Cañas que tan solo tenía quince centímetros de profundidad, pero fue suficiente para trabar las ruedas de los carros del faraón.

—En ese caso, fue un milagro mayor del que yo pensaba —dijo Serena—. Todos los soldados y los caballos del faraón se ahogaron en quince centímetros de agua.

A Serena le resultó evidente que a Zawas no le había hecho ninguna gracia su argumento, ya que su rostro adquirió una expresión aún más severa bajo la luz parpadeante.

—La historia la escribe el vencedor —le dijo el hombre—. ¿De qué otra manera puede explicar si no la exaltación judeocristiana de un supuesto Dios misericordioso y lleno de amor que se dedica a matar a los primogénitos de los antiguos egipcios?

—Podría haberlos matado a todos —dijo ella.

Zawas estaba furioso.

—¿Eso significa que la culpa fue del faraón?

Serena trató de concentrarse. Incluso en el estado tan precario en el que se encontraba, se daba perfecta cuenta de que aquél podría ser un momento decisivo a la hora de convencer a Zawas.

—Debe saber que, en ciertos momentos de la historia, todo depende de un hombre o una mujer —dijo—. Noé y el arca. El faraón y los israelitas. Dios le ofreció al faraón la oportunidad divina de ser el libertador más grande de todos los tiempos. Sin embargo, su corazón era arrogante y obstinado. Y ahora ha llegado de nuevo ese momento. Usted puede ser ese hombre.

—O usted esa mujer —dijo él—. ¿Dónde está el Santuario del Sol Primigenio?

—Para serle franca, no lo sé.

—Entonces, para serle franco, tendré que dejarla en manos de Jamil para que termine el trabajo —replicó el hombre—. Ya no puedo hacer nada. Me lavo las manos.

—Como Poncio Pilatos.

—Y yo que creía que era el faraón. —Sacudió la cabeza y levantó las manos—. ¿Es que me va a comparar con todos los villanos que aparecen en sus Escrituras? ¿Nunca ha considerado la posibilidad de que todos esos líderes fueran los verdaderos héroes de la historia, y de que sus santos no fuesen más que los autores de una novela revisionista?

Estaba a punto de darse la vuelta y marcharse cuando sus ojos volvieron a posarse en el termo de café que había sobre la mesa.

—¿Por qué sigue llevando su termo?

Serena no respondió y fingió que no lo había escuchado.

No obstante, el hombre ya estaba girando la carcasa exterior. Al oler el café compuso una mueca.

—Yo prefiero el té.

Vació el café en el suelo de piedra e intentó enroscar de nuevo el tapón. Al hacerlo, el plano cayó al suelo.

Serena contuvo el aliento.

Zawas levantó el plano y dejó escapar una carcajada. Después se lo enseñó y dijo:

—¿Sabe lo que son estos diseños?

Serena dejó caer los hombros, derrotada.

—Los planos del cetro de Osiris.

—No —replicó el hombre—. Son los planos que llevan al Santuario del Sol Primigenio.

Serena se limitó a mirarlo fijamente mientras sentía que la cabeza le daba vueltas.

—Sí —dijo Zawas—. Ahora tengo tres cosas que el doctor Yeats quiere. Y si él no me conduce hasta el Santuario del Sol Primigenio, lo hará usted. Le diré a Jamil que tiene más trabajo por delante.

Escorpio. Sagitario. Capricornio. Durante varias horas, Conrad había guiado a Yeats a través de la oscura ciudad, siguiendo las coordenadas celestes hasta sus equivalentes terrestres, para después pasar de un monumento astronómicamente alineado a otro. Cada templo, cada pabellón y cada símbolo podrían haberse considerado en sí mismos como el descubrimiento arqueológico más importante de todos los tiempos, pero la escasez de tiempo, el zumbido de los helicópteros y los focos que había por encima de ellos los obligaban a seguir en marcha. A la postre, el rastro de ese tesoro celestial los condujo hasta el equivalente terrestre de la constelación de Acuario, un templo espectacular dedicado al culto del Portador del Agua.

Aquel pabellón, que se asemejaba a una esfinge, se recortaba como una calavera contra el cielo mientras sus plateados saltos de agua brillaban a la luz de la luna. Más allá se adivinaba la oscura y elevada cima de la P4.

—Aquí es —dijo Conrad al tiempo que le pasaba el visor nocturno a Yeats. Se hallaban agazapados en la orilla de uno de los canales de agua más grandes de la ciudad, que fluía directamente desde el monumento—. El Templo del Portador del Agua.

Yeats le echó una mirada.

—No es lo único que has encontrado. Mira bien.

Conrad estudió el templo y, de repente, vio luces alrededor de la base y del promontorio.

—¿Zawas?

—Parece que lo ha convertido en su campamento base.

Conrad dejó a un lado el visor nocturno.

—¿Cómo coño lo supieron?

Yeats se encogió de hombros.

—Tal vez la Madre Tierra los esté ayudando.

—O tal vez cuenten con algún tipo de mapa.

—Lo dudo —dijo Yeats—. Tú mismo has dicho que el mapa está en las

estrellas. —Yeats guardó silencio durante un instante—. ¿Estás totalmente seguro de que tienes que entrar ahí? Porque nos jugamos el culo, y me refiero a los dos, si Zawas nos coge.

Conrad asintió.

—Solo si estás en el lugar adecuado, en el momento propicio, el Centelleante señalará la ubicación del Santuario del Sol Primigenio —dijo.

Yeats entrecerró los ojos.

—¿Y dónde se supone exactamente que tenemos que consultar a este «Centelleante»? ?

Conrad dudó un instante antes de soltar las malas noticias.

—Me temo que el lugar se encuentra entre las cascadas del Templo del Portador del Agua. Justo en el centro del campamento de Zawas.

Yeats giró la muñeca y miró la brillante esfera de su reloj.

—Ya son las cuatro horas cero-cero. Casi ha amanecido. El Sol saldrá dentro de poco. No nos queda mucho tiempo.

Conrad pasó la siguiente media hora vigilando el templo desde lejos mientras Yeats trazaba un plan.

—Mira, el promontorio que hay en la cara oriental tiene unos cincuenta metros de altura —le dijo Yeats—. Hay dos escaleras bastante estrechas a ambos lados que conducen hasta el pie de los saltos de agua. Por ese motivo, dudo que Zawas haya apostado a más de un guardia al final de cada tramo de escaleras. Por eso y porque necesita el mayor número de personas posible dedicado a la búsqueda del Santuario del Sol Primigenio.

Conrad examinó la cara oriental, desde la parte superior de los saltos de agua hasta el suelo. De repente, los centinelas que se encontraban en el extremo norte de aquella cara cobraron nitidez. De la misma manera en que lo hizo una lancha hinchable que había bajo las cascadas. La proa elevada le indicó que se trataba de una Zodiac Futura Commando, una de las preferidas por las fuerzas especiales de todo el mundo.

—Veo a los guardias —dijo—. Y también una Zodiac amarrada.

—¿Solo una?

—Lo más probable es que las otras estén patrullando los canales en nuestra busca.

—Déjame ver. —Yeats se apoderó del visor nocturno—. Zawas cambia la guardia cada tres horas. O al menos eso era lo que hacía cuando trabajaba en las misiones de paz de la ONU. Esta guardia parece a punto de terminar, a juzgar por el lenguaje corporal. —Yeats le devolvió el visor nocturno a Conrad—. Así que lo único que tendremos que hacer es relevar la guardia actual unos minutos antes. A continuación, una vez que me haya asegurado de que estás cubierto, nos separaremos.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

Yeats encendió un viejo mechero para iluminar el dibujo que había trazado en la oscuridad.

—Tú encuentras eso que llamas el «Centelleante» y que va a guiarnos hasta el Santuario del Sol Primigenio —dijo Yeats, que trazó una línea con el dedo hacia el promontorio—. Yo me dirigiré hacia la cima, donde Zawas tiene los helicópteros, y me haré con uno para la huida. Tienes seis minutos para llegar desde el promontorio hasta la cima. Después, nos largaremos por aire.

—¿Y ya está? —preguntó Conrad.

—Y ya está —respondió su padre—. Haré estallar los demás helicópteros para que Zawas no pueda perseguirnos por aire. Eso nos dará la ventaja necesaria para llegar al santuario antes que él.

Conrad observó el encendedor que Yeats estaba utilizando para iluminar el bosquejo. Se trataba de un viejo Zippo con el anagrama de la NASA y con una dedicatoria para Yeats del capitán Rick Conrad, uno de los soldados que murió en la Antártida en 1969 y el hombre que, según le habían dicho, era su padre biológico. Pertenecía a la época en la que los astronautas fumaban. De niño, se había colado muchas veces en el estudio de Yeats para jugar con él. En una ocasión estuvo a punto de prender fuego a la casa. Había albergado la esperanza de que el General acabara por darse cuenta de lo desesperado que estaba por poseer algo que hubiera pertenecido a su padre y le regalara aquella maldita cosa. Pero Yeats nunca lo hizo.

—Creía que habías dejado de fumar.

—Jamás pongo fin a nada de lo que hago, hijo. —Yeats apagó el mechero y se lo dio a Conrad.

Sorprendido, Conrad se limitó por un instante a evaluar el viejo y conocido peso del Zippo en la palma de la mano, antes de comenzar a encenderlo y a apagarlo.

—¿Qué pasa con Serena? —preguntó Conrad—. ¿Qué pasa con el obelisco?

—Si Zawas se da cuenta de que falta uno de ellos antes de que averigües la localización del Santuario del Sol Primigenio, caerá sobre nosotros y nuestra misión habrá concluido —contestó Yeats—. Además, si nos marchamos sin el obelisco y sin la monja, creará que hemos fracasado. Para cuando descubra lo que tramábamos en realidad, nosotros estaremos ya en el interior del Santuario del Sol Primigenio, habremos cogido lo que necesitamos y le habremos tendido una trampa. Zawas nos llevará el obelisco y a Serena.

—Si no la mata antes.

—Hazme caso por una vez en tu vida —le dijo Yeats, enfadado—. Serena conseguirá que Zawas nos siga. Confía en mí, ese hombre cuenta con ella. No va a matarla hasta que deje de serle útil.

—Eso resulta de lo más tranquilizador. —Conrad trató de devolverle el encendedor a Yeats, pero, para su completo asombro, éste lo rechazó.

—Pongámonos en marcha.

Había luces en lo alto y el rugido del agua de las cascadas se extendía por los alrededores. Justo al doblar la última esquina, Conrad pudo ver la oscura silueta de un centinela que se encontraba al pie de la escalera, y más allá la lancha Zodiac que se agitaba en el agua. El egipcio se estaba fumando un cigarrillo. Conrad estaba a punto de dar un paso en su dirección cuando una de sus botas golpeó la piedra.

El centinela se giró, sobresaltado.

—¿Yasser?

Conrad asintió y le dio un golpecito a su reloj.

El centinela le escupió una reprimenda en árabe antes de darse la vuelta y alejarse.

Conrad observó cómo se marchaba y echó un rápido vistazo a su alrededor. Tenía apenas unos minutos antes de que el guardia regresara y se topara con el verdadero Yasser. Después de cerciorarse de que no había nadie cerca, subió las escaleras de piedra que conducían al promontorio.

Los escalones eran estrechos y estaban resbaladizos debido al agua de las cascadas, pero alcanzó la cima con rapidez. Una vez en el promontorio, vio que una figura se le acercaba desde el otro extremo.

—Yeats, ¿eres tú?—susurró por la radio.

—Estoy haciendo círculos con la mano—respondió Yeats.

Conrad apenas si podía oírlo por encima del estruendo del agua. Sin embargo, sí que podía ver que la figura que había al otro lado movía la mano en círculos.

—De acuerdo.

—Pongamos manos a la obra—dijo Yeats—. Y, pase lo que pase, cífete al plan y no olvides que tenemos una cita dentro de seis minutos.—Tras eso, desapareció en la oscuridad.

Conrad caminó por el borde del promontorio que se extendía entre los saltos de agua y se colocó en posición. Podía sentir las tremendas vibraciones de las cascadas bajo los pies, así que tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio.

Miró hacia el frente y descubrió lo que andaba buscando. Allí, justo antes del amanecer del equinoccio de primavera, se alzaba la constelación de Acuario en el Este. Encajaba a la perfección con el monumento en el que se encontraba. El Portador del Agua terrestre miraba al Portador del Agua celeste. Y el Sol que comenzaba a despuntar—el Centelleante—marcaba el lugar.

Sin perder tiempo, sacó el sextante digital que Yeats le había dado y realizó los cálculos. Teniendo en cuenta los resultados, dedujo que el Santuario del Sol Primigenio estaba enterrado a unos 90° hacia el Sur. Eso colocaba la X justo debajo del canal, a una profundidad de unos treinta metros, según sus cálculos. Barrió el horizonte con la cámara digital para delimitar el lugar.

Conrad volvió a mirar el cielo. Ya despuntaban los primeros rayos del alba.

Pronto, Acuario estaría bien alto en el firmamento y se convertiría en un portador de agua con el cántaro reclinado contra el horizonte. En ese mismo momento el Sol, que marcaría el inicio de la primavera, se encontraría en algún lugar tras la última estrella que saliera del cántaro.

Conrad desvió la vista hasta su reloj. Casi habían dado las cinco de la mañana. Tenía que moverse deprisa, pensó; sin embargo, justo cuando se daba la vuelta, un egipcio salió del templo y se encaminó hacia él.

—¿Por qué no estás en tu puesto, Yasser? —gruñó.

—¿Y por qué no estás tú en el tuyo? —respondió Conrad en un árabe bastante pasable, si bien lo poco que sabía del idioma consistía en unas pocas palabras que había ido recopilando a lo largo de los años.

El hombre pareció calmarse.

—Me tomaba un descanso —dijo, o al menos eso creyó Conrad—. Estas monjas no ceden con facilidad. Las entrenan para ser mártires. Además, tuve que poner mucho cuidado a la hora de elegir la parte del cuerpo que iba a dañar. Puede que me sea útil incluso después de muerta.

Conrad se dio cuenta de que llevaba algo en la mano. Era un puñado de cabello. El cabello de Serena. Conrad deseó matarlo en aquel mismo instante y rescatarla. No obstante, sabía que no podía dejar que el soldado le viera la cara, así que se limitó a reír el chiste de mal gusto y se dio la vuelta para contemplar el paisaje que se extendía por encima de los saltos. En ese momento sintió que el cañón de un AK-47 se le clavaba en la espalda.

—¿Ha encontrado el santuario, doctor Yeats?

Se dio la vuelta y miró al hombre directamente a los ojos, que ardían de furia.

El tipo esbozó una sonrisa de triunfo.

—Ya no necesito a la monja para nada —dijo—. Y bien, ¿dónde está ese lugar?

—Por allí —respondió Conrad, siguiéndole el juego—. ¿Puede ver la constelación de Acuario?

Hizo un gesto con la mano izquierda y el guardia no pudo evitar seguir el movimiento. En ese instante, la mano derecha de Conrad le cruzó el cuello con el cuchillo de mango de hueso que le había quitado al ruso en la P4, y que había ocultado en su manga. La hoja dejó una línea roja.

El soldado intentó gritar, pero solo pudo soltar un gorgoteo apagado de sorpresa antes de caer por el borde del promontorio y desaparecer en la oscuridad. Conrad observó cómo el cuerpo rebotaba dos veces contra el monumento antes de caer al río.

A continuación, se giró hacia las escaleras que conducían a la parte superior del promontorio y hacia el lugar donde estaban los helicópteros y donde se suponía que debía encontrarse con Yeats. Sin embargo, otro egipcio salió del

templo y comenzó a andar hacia él. Conrad se quedó helado. Por la forma de moverse del hombre, supo que solo podía tratarse del coronel Zawas. Como también supo que, en aquella ocasión, no habría escapatoria posible.

Pasaban pocos minutos de las cinco de la mañana cuando Zawas salió de su alojamiento para fumar un cigarro en el promontorio y echar otro vistazo al plano del Santuario del Sol Primigenio que le había quitado a Serena. Puesto que ya sabía lo que buscaba, solo necesitaba saber dónde mirar.

Bajo las estrellas, con el habano apagado en la boca, notó que el firmamento se iluminaba. Muy pronto saldría el Sol y su oportunidad de encontrar el Santuario del Sol Primigenio desaparecería. Fue entonces cuando vio a uno de sus guardias (Yasser, según parecía) junto a una de las cascadas y se acercó a él. El hombre se puso en posición de firmes en la penumbra al darse cuenta de que se aproximaba.

—Descanse, teniente —dijo Zawas, y Yasser se relajó—. No vemos un amanecer como éste a menudo, ¿no es cierto?

Yasser murmuró algo que Zawas tomó como un no. Se dio cuenta de que la mayoría de sus hombres mostraba los efectos del cansancio y la tensión.

Suspiró, y había comenzado a dar palmaditas en los bolsillos en busca de una cerilla cuando Yasser le ofreció un anticuado mechero Zippo. Zawas acercó la llama a la punta de su cigarro cubano e inhaló. Era maravilloso.

—Continúe en su puesto —dijo al tiempo que comenzaba a caminar hacia el cuartel.

A medio camino, sin embargo, se dio cuenta de que había algo que le resultaba familiar en aquel cigarro enrollado a mano. No, no se trataba del cigarro. Era el viejo mechero Zippo plateado que había encendido Yasser. Era exactamente igual que el de su abuelo. Zawas no tenía ni la más mínima idea de que Yasser ni ninguno de sus hombres poseyeran semejante objeto. Le preguntaría al soldado dónde lo había encontrado.

Sin embargo, cuando se giró en busca de Yasser, éste había desaparecido de su puesto. Zawas juró por lo bajo y caminó de vuelta hacia el promontorio. Se asomó al borde de la cascada, pero no pudo ver nada. Parecía que el hombre se hubiese desvanecido en el aire. ¿Se habría caído realmente? El soldado no era tan

estúpido.

Cogió la radio que llevaba en el cinturón.

—Jamil —gruñó—. Reúne a tus hombres. ¡Conrad está aquí!

Pero Jamil no respondió.

—Jamil —repitió Zawas cuando escuchó una explosión a sus espaldas.

Empezó a caer una lluvia de escombros y levantó la vista para ver los destellos de luz que provenían de la cima de la pirámide escalonada. De repente, la brillante cabina de un helicóptero Z-9A cayó por la cara oriental de la pirámide; el acero arañaba la roca a su paso con un chirrido ensordecedor. Zawas se apartó mientras el aparato se estrellaba contra el promontorio y estallaba en una bola de fuego.

—¡El cetro! —exclamó.

Corrió al interior de la cámara en la que se guardaba el obelisco. Sin embargo, los dos guardias estaban en el suelo, muertos, y el cetro había desaparecido.

Conrad cayó con tal fuerza al agua junto a la base del Templo del Portador del Agua que creyó que se mataría. Sin embargo, un minuto más tarde emergió a la superficie en busca de aire con un jadeo, y se dio cuenta de que su chapuzón desde el aire había pasado inadvertido para los guardias de abajo, gracias al rugido de las cataratas.

Nadó en la oscuridad hacia la lancha, cortó las amarras, subió a bordo y puso en marcha el motor. Para cuando los guardias se percataron de lo que estaba ocurriendo y empezaron a disparar, él ya se encontraba a cientos de metros canal abajo y se alejaba cada vez más.

Miró hacia atrás por encima del hombro para observar las lejanas explosiones que provenían de la cima del Templo del Portador del Agua. También vio una enorme sombra que caía hacia él a toda velocidad: uno de los helicópteros de Zawas. Sus luces se apagaron y empezó a volar bajo, casi por encima de él, tapando las estrellas. Conrad intentó que el motor aumentara la velocidad, pero no pudo lograrlo.

El helicóptero comenzó entonces a moverse sobre él y lo sobrepasó para aterrizar unos metros por delante, a un lado del canal. Cuando Conrad se acercó a la orilla, distinguió una figura que le hacía señas.

Era Yeats. Y tenía en la mano el cetro de Osiris.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Conrad al acercarse a la orilla.

—Seguí el ruido de los disparos —replicó Yeats al tiempo que subía a la lancha—. ¿Has localizado el santuario?

Conrad observó el helicóptero con incredulidad.

—¿Cómo has conseguido escurrirte sin que te descubrieran?

—Tuve que crear una distracción y dejar a Zawas una pista falsa al mismo tiempo.

Conrad sintió el conocido aguijonazo de traición que lo acompañó durante su niñez.

—¿Cogiste el cetro y dejaste a Serena atrás?

—No me quedó otra elección, una vez que os vi a ti y al terrorista ése, hijo —dijo Yeats con la indiferencia y la rapidez típicas de los militares—. Me di cuenta de que el plan se había ido al traste. Cogi lo que pude y salí pitando. Bien, ¿has encontrado el santuario o no? Zawas está cabreado de cojones y viene tras nosotros.

Conrad se apartó un mechón de cabello húmedo de la frente.

—Lo he encontrado. Está justo ahí delante.

—Ése es mi chico —dijo Yeats con un gesto de aprobación—. Vamos.

Siguieron el curso del agua hasta un túnel. El GPS de Conrad los condujo hasta un pequeño corredor que se bifurcaba en dirección al canal subterráneo. Al final había una especie de enrejado de piedra.

—Ésa es la puerta del Santuario del Sol Primigenio —dijo Conrad—. Está ahí abajo. A unos trescientos metros.

Abandonaron la lancha y dejaron que siguiera su camino por el túnel como señuelo.

Conrad observó cómo desaparecía la embarcación en la oscuridad y después examinó su reloj GPS. Se les estaba acabando el tiempo. Eran casi las 5:15 de la mañana, y el amanecer ya despuntaba sobre el cielo de la ciudad.

Excavaron junto al enrejado para encontrar un pasadizo del tamaño de un hombre. Se deslizaron hacia otro laberinto de pasillos subterráneos, internándose más y más hacia el centro de la Tierra. Media hora después, llegaron a un largo y oscuro túnel que terminaba en una luz azul.

—Ahí es —dijo Conrad.

Yeats sacó su linterna. El haz reveló una puerta. Tan pronto como pasaron bajo la luz azul, la puerta se abrió y entraron en una sombría caverna. Esa cámara parecía más grande que cualquiera de las que habían visto hasta ese momento.

—Voy a lanzar una bengala —dijo Yeats—. Con un retardo de treinta segundos.

Conrad se protegió los ojos cuando Yeats arrojó el pequeño cilindro al interior de la cámara. A falta de dos segundos para acabar la cuenta atrás, todo se inundó de luz. Durante un instante contempló el increíble espectáculo que proporcionaba un obelisco gigantesco, muy parecido al de la P4. Solo que éste estaba inserto en una especie de cilindro formidable y tenía al menos unos 150 metros de alto. En la base había una especie de rotonda descomunal que debía de ser la entrada.

A su alrededor, los escalones de baldosas del cilindro se elevaban hasta mezclarse con el techo abovedado. Conrad se dio cuenta de que se encontraban a mitad del camino de descenso antes de que se apagara la luz.

—¡Increíble! —dijo, y su voz produjo un gran eco.

Descendieron los escalones dispuestos en espiral a lo largo del interior del cilindro hasta llegar al fondo. Una vez allí, permanecieron en la base del obelisco gigante y levantaron la vista. No podían ver nada más allá de unos seis metros, salvo el parpadeo de unas luces rojas alrededor del cilindro: los dispositivos por control remoto de los paquetes de C-4 que Yeats había colocado en el camino de descenso.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó Conrad.

—Tenderle una trampa a Zawas —respondió Yeats.

—Tiene a Serena, ¿lo recuerdas?

—No te preocupes, no tienen temporizadores. Tengo el detonador aquí mismo.

Si se suponía que eso debía de tranquilizar a Conrad, no tuvo éxito. Sin embargo, estaba demasiado entusiasmado con el descubrimiento como para enzarzarse en una discusión que no podía ganar. En cambio, siguió a Yeats a lo largo de la base redonda hasta lo que parecía ser la puerta de entrada a la base del obelisco gigante.

Se preguntó si les resultaría siquiera posible entrar. Y, justo entonces, descubrió una hendidura cuadrangular junto a la puerta. Tenía más o menos el tamaño de la base del cetro de Osiris.

—Puede que necesitemos el cetro para abrir esto.

—Pues adelante, hijo —respondió Yeats al tiempo que se lo ofrecía.

Conrad insertó el cetro en el agujero cuadrado y notó una pequeña vibración. La puerta se abrió y pasaron al interior del obelisco gigante.

Zawas apretó la mandíbula al observar los destrozos del exterior. Maldijo a Conrad Yeats, el hombre cuyo rostro no había visto jamás pero que había conseguido robar el cetro de Osiris delante de sus narices.

Sacudió la cabeza al contemplar, abajo en la cascada, los restos incinerados del Z-9A que estaba encallado en la base, haciéndose pedazos mientras el agua lo arrastraba río abajo. Ya que el otro helicóptero también había desaparecido, en ese momento solo le quedaba un pájaro con el que volar.

Siguió con la vista un trozo de parabrisas que flotaba canal abajo hacia el horizonte, donde los primeros rayos de luz del amanecer apagaban la luz de las estrellas antes de hacerlas desaparecer. Había algo en la configuración de esas estrellas que llamó su atención. En ese instante retrocedió de un salto al darse cuenta de que estaba observando la constelación de Acuario. De pronto, todo el mapa cobró sentido.

Corrió hacia su alojamiento y estudió el mapa de Sonchis. Contempló el Templo del Portador del Agua, donde se encontraba en esos momentos. Después miró los símbolos «clave» de la esquina: las constelaciones de Acuario, Capricornio y Sagitario. Sudaba ligeramente cuando cogió el mapa con manos

temblorosas y lo observó como si lo viera por primera vez.

A continuación, corrió hacia la cámara de Serena y comenzó a desatarla.

—¿Las cosas se están poniendo feas, Zawas?

—*Au contraire*, doctora Serghetti —respondió y la empujó al exterior, hacia el promontorio.

Ella se resistió de camino al borde, temiendo que la arrojara abajo. Sin embargo, el hombre le ordenó que siguiera con la vista el canal de agua hasta el horizonte, donde despuntaban las primeras señales del amanecer. Y, entonces, se descubrió cara a cara con la constelación de Acuario.

—He encontrado el Santuario del Sol Primigenio —le dijo Zawas—, y eso quiere decir que he encontrado a Conrad Yeats.

Cuarta parte

El día del Juicio Final

Cuarenta y cinco minutos para el amanecer

Conrad y Yeats se encontraban dentro del gran obelisco, sobre una plataforma circular de metro y medio de diámetro suspendida en la oscuridad. Conrad escuchaba un murmullo sordo y una corriente de aire de olor grasiento le rozaba la mejilla. Encendió su linterna halógena. El haz de luz recorrió unos quince metros antes de iluminar una gigantesca columna y salir disparado, acto seguido, hacia otras tres columnas metálicas que estaban dispuestas a su alrededor. Cada reflejo aumentaba la intensidad de la luz, que al final resultó cegadora. Cerró los ojos.

—¡Apágala! —gritó Yeats, y su voz resonó en la oscuridad.

Con los ojos cerrados, Conrad buscó a tientas el interruptor y apagó la linterna. Pasado un minuto comenzó a parpadear, pero no podía librarse de las motitas luminosas que lo cegaban.

—Esas columnas de luz —comenzó a decir Yeats al tiempo que se frotaba los ojos—, ¿qué son?

—No son columnas de luz —dijo Conrad—. Tan solo reflejan y magnifican cualquier tipo de luz que caiga sobre ellas. Espera un segundo. —Conrad se metió la mano en el bolsillo y sacó el encendedor Zippo—. Esto tiene poca potencia. ¿Estás preparado?

—¿Para que nos dejes ciegos?

—No será tan malo esta vez —le aseguró Conrad—. Ponte las gafas de sol y relájate.

Conrad se puso sus propias gafas y esperó a que Yeats hiciera lo mismo antes de encender el mechero. El efecto fue el mismo que tendría una sola vela en una catedral cavernosa. A su alrededor, a la luz mortecina, se veían cuatro pilares de seis metros de diámetro, translúcidos y relucientes, que se alzaban por encima de la oscuridad unos sesenta metros, y que se hundían en el abismo otro tanto.

—Así que éste es el famoso Santuario del Sol Primigenio —dijo Yeats, que miraba directamente hacia arriba.

—Es como estar dentro de un filtro de café del color del bronce —musitó

Conrad, que miró a su alrededor y comenzó a sentirse como algo insignificante.

Un halo de niebla se adhería a los brillantes pilares, que parecían formar un embudo hacia el vértice superior. Y, sin duda, el aire tenía cierto olor grasiento. Bajó la vista al tiempo que se preguntaba hasta qué profundidad se hundía en la tierra ese Santuario del Sol Primigenio, y cuánto más deberían descender ellos para descubrir el Secreto del Tiempo Primordial. Lo asombraba la cantidad de cosas que le quedaban por descubrir, si bien era dolorosamente consciente del limitado tiempo del que disponía.

—Mira esto. —Yeats acercó el mechero a un pilar brillante y pulido. La superficie de espejo no solo multiplicaba por cien la intensidad de la luz, sino que también parecía crear ondas—. Apuesto a que esta superficie tiene un índice de refracción de más del cien por cien.

—¿Y eso tiene importancia?

—Lo mejor que hemos podido conseguir es un ochenta y ocho por ciento con el aluminio.

—Estas columnas no son de aluminio.

—No. —Yeats pasó la mano por la superficie de la columna—. Están hechas con algo mucho más ligero.

—¿Ligero? —Conrad tocó la columna. La superficie era resbaladiza, casi líquida. Sin embargo, podía sentir algún tipo desconocido de textura—. Parece tan suave como una telaraña y tan duro como el acero. Una especie de seda más ligera que el aire.

—Eso es porque el tejido está perforado con agujeros más pequeños que el ancho de onda de la luz. —Yeats parecía casi entusiasmado—. Diría que el diámetro oscila entre una micra y algo cuatrocientas veces menor que un milímetro. ¿Qué hacemos ahora? ¿Vamos hacia arriba o hacia abajo, hijo?

Tejido. Conrad cayó en cuenta de que ésa era precisamente la palabra que andaba buscando. Resultaba de lo más sorprendente que Yeats la hubiera encontrado antes. No obstante, tenía razón. Aquellas columnas eran rollos gigantes de un tejido ligero y delgado, semejante a un espejo, y tan brillante que podría confundirse con la luz que reflejaba a tamaño intensidad.

—¿Hacia arriba o hacia abajo? —repitió Yeats.

—Hacia arriba —respondió Conrad, para su propia sorpresa.

Porque, en realidad, no tenía ni idea. Nunca se había encontrado con nada parecido a aquel santuario en los textos egipcios de las antiguas pirámides, ni en las leyendas tradicionales de América Central. Tampoco podía acordarse de que apareciera en alguna pesadilla o recuerdo de su infancia. Su mera función, hasta donde era capaz de aventurarse, era la de servir como una proyección a escala real del obelisco que había cogido de la P4. Sin embargo, en alguna parte de aquel obelisco se hallaba el llamado «Asiento de Osiris», el último lugar de reposo del cetro y el Secreto del Tiempo Primordial. La única pregunta que se le

planteaba era si podría reconocerlo cuando lo viera, por no mencionar si sabría qué hacer con él.

—Vamos hacia arriba —repitió.

Y eso hicieron. La plataforma en la que se hallaban comenzó a subir como un ascensor, elevándolos entre las columnas de luz. Conrad levantó la vista y vio que los pilares se unían hasta formar un vértice.

—Agárrate fuerte —dijo, tenso pero decidido. Se dio cuenta de que no se había sentido tan entusiasmado en toda su vida.

Debían de haber pasado por varios niveles de compartimentos, calculó Conrad cuando volvió a levantar la vista y se encontró con un punto de luz al final. Un minuto más tarde entraron en una cámara refrigerada. De repente, la plataforma se detuvo con un ruido seco. Conrad se tambaleó hacia el borde de la plataforma. Yeats lo agarró del brazo con fuerza.

—Final del trayecto —dijo.

El arqueólogo se detuvo para orientarse. Aquel lugar parecía bastante reducido en comparación con los espacios tan altos que había más abajo. Sus voces ya no resonaban y el aire era más fresco. Se quitó las gafas de sol y encendió la linterna halógena. En aquella ocasión no se produjo ningún reflejo cegador. El rayo de luz iluminó la pared más cercana.

Un vistazo rápido reveló dos corredores, uno a cada lado de ellos. Tomó el de la derecha.

—Por aquí —dijo. El ambiente estaba cargado de una especie de impaciencia que los apremiaba a seguir adelante.

—¿Y cómo lo sabes?

—Según tú, soy un atlante, ¿recuerdas?

Conrad precedió a su padre por el oscuro túnel durante un minuto. Al final de éste se hallaba una puerta semejante a la de una cripta de casi dos metros de alto. Junto a ella se encontraba un panel cuadrado, muy parecido al que había en la entrada exterior. Apuntó la linterna hacia la puerta. La superficie metálica tenía grabados unos símbolos desconocidos que, en un principio, desafiaron su comprensión. Tan solo cuando pasó la mano por encima de ellos entendió su significado.

—Es una constelación —dijo sin rodeos.

Yeats asintió.

—Esta estrella de aquí es Sirio.

—La diosa Isis en su forma astral. —Conrad apoyó la mano contra la fría puerta metálica, totalmente abrumado. Se le hizo un nudo en la garganta y el corazón comenzó a latirle más deprisa. Apenas si pudo pronunciar con un susurro —: Hemos encontrado la cripta de la reina.

—Yo buscaba la del rey. —La voz de Yeats no reflejaba emoción alguna, como si no fuera más que un asunto de negocios—. ¿Qué te apuestas a que

encontramos la de ese cabrón de Osiris en el pasillo de enfrente?

Junto con el Asiento de Osiris y el Secreto del Tiempo Primordial pensó Conrad antes de advertir el punto rojo que había en el dorso de su mano y girarse de golpe. Yeats apuntaba hacia la puerta con el AK-47, con la mirilla láser encendida.

Conrad se apartó de un salto.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Vas a abrir esta puerta para que podamos ver si esa zorra sigue ahí dentro.

Conrad, con el pulso desbocado, colocó la mano sobre el panel cuadrado y sintió el flujo de energía. Apartó la mano y la puerta se deslizó hasta abrirse del todo. Una neblina fría salió de la cámara.

—Ni siquiera has necesitado el obelisco para hacer eso —dijo Yeats casi de modo reverencial.

—Puede que el sistema guarde un registro una vez que ya lo has utilizado —conjeturó Conrad.

—O puede que tu identidad ya se encontrara almacenada en el sistema.

Se abrieron paso a través de la neblina y entraron en la pequeña estancia. El punto láser del rifle de Yeats barrió la celda y se detuvo sobre un intrincado hueco que había en una de las paredes. Tenía la forma de una silueta humana que no sobrepasaba los dos metros. A juzgar por la figura, se trataba de una mujer. Tenía dos brazos, dos piernas, diez dedos en las manos y diez en los pies, y una silueta curvilínea, como la de un reloj de arena.

—Mamá. —Conrad contempló aquella visión y dejó escapar un silbido—. ¿Estás contento ahora, Yeats? Nos hemos topado con el enemigo y se parece a nosotros. Tal vez no sea solo yo. Tal vez todos seamos atlantes.

—Esperemos que no. No a menos que queramos sufrir el mismo destino. Ahora, vamos a buscar a papá.

Al otro lado de la entrada, la puerta de la cripta de Osiris lucía las estrellas de la constelación de Orión en la superficie. En aquella ocasión, Conrad no dudó un segundo. Tocó la puerta con la mano y ésta se abrió. Una vez más, de la cámara surgió una fría neblina. Yeats se introdujo en ella con su AK-47, seguido muy de cerca por Conrad, que dirigió la luz de su linterna hacia la pared más lejana y contuvo la respiración.

—Dile hola a papá, Conrad —dijo Yeats.

Aquella cripta trazaba el contorno de una criatura cuya altura, en posición erguida, resultaba muy superior a la de un humano. Dentro había una especie de arnés o exoesqueleto impresionante que parecía tan misterioso en su complejidad como el ser para el que había sido diseñado. Una bandolera translúcida, en la que se guardaba una cantidad increíble de instrumentos, engranajes y, quizás, armas, cruzaba en diagonal el anillo central.

—Santo Dios —musitó Conrad.

—No tan santo si lo que dice la Madre Tierra es verdad —dijo Yeats—. Este mide casi tres metros.

Conrad encendió el Zippo y lo acercó al extremo del arnés. Daba la impresión de que el material, fuera cual fuera, a partir del cual estaba fabricado era ignífugo y, tal vez, incluso indestructible. Sin embargo, resultaba evidente que a su portador solo le brindaba una protección parcial. A juzgar por su tamaño, Conrad no podía sino asumir que una criatura semejante no necesitaría mucho más.

Criatura, pensó. ¿Acaso era eso su verdadero padre? ¿Era eso él mismo? Tenía mucho más en común con el hombre que estaba a su lado que con cualquier criatura que hubiera utilizado ese arnés.

—No hay ni la más remota posibilidad de que yo tenga algún tipo de parentesco con el dueño de esto —le dijo a Yeats—. Hubiera quedado reflejado en mis análisis de ADN, o algo por el estilo.

—Si Serena está en lo cierto y eran los atlantes a los que el Génesis llama «hijos de Dios» —explicó Yeats—, tu padre biológico estaría separado una o dos generaciones de la primera pareja, y sería más o menos humano.

—¿Más o menos humano? —repitió Conrad—. Eso suena incluso...

—Enséñame el putito Asiento de Osiris, hijo. Se nos acaba el tiempo.

Conrad asintió.

—Tiene que estar por algún sitio, más cerca incluso de lo que creemos —comentó—. Si nos separamos, cubriremos el doble de espacio en la mitad de tiempo.

—Entonces será mejor que te quedes con esto.

Yeats le tendió el cetro de Osiris, que Conrad cogió con una mano. Aquella cosa prácticamente vibraba con energía pura.

—Ahora cambia tus auriculares a la frecuencia de apoyo —dijo Yeats—. Está marcada con esa cinta azul en la parte de atrás. El azul es para apoyo.

—Ya está, ya está. —Conrad cambió a la frecuencia B—. Comprobando.

—Comprobado.

Durante un par de minutos, lo único que Conrad escuchó fue la voz grave de Yeats en el oído derecho a medida que continuaban con la exploración. No obstante, el general no tardó mucho en quedar fuera de alcance. Para cuando Conrad se hubo convencido de que había explorado toda la superficie de la planta superior del obelisco y regresó a la plataforma central, Yeats había desaparecido. Estaba solo y decepcionado. No había encontrado nada y se preguntaba dónde se habría metido su padre y qué habría encontrado.

Permaneció en la plataforma, dentro de la cámara superior del obelisco, y comenzó a reflexionar sobre la naturaleza alienígena del interior del obelisco. Por extraño que pareciera, había algo que le impulsaba a creer que ya había estado en aquel lugar con anterioridad. O en algún lugar parecido. Algo en su interior lo

impulsó a levantar la mirada hasta el techo. Había algo allí que lo desconcertaba. Cuando lo iluminó con la linterna, vio algo que había pasado por alto antes: un pequeño panel cuadrado, idéntico a los anteriores.

Así pues, había otra cámara por encima de su cabeza, comprendió con una oleada de nerviosismo.

Claro que también se encontraba a dos metros por encima de su alcance.

Poniendo mucho cuidado para no quedar aplastado contra el techo, se las apañó para utilizar los controles de la plataforma de manera que ésta se detuviera entre dos niveles, y después presionó la mano contra el panel. De pronto, se dibujó el contorno de una trampilla antes de que ésta se abriera y dejara al descubierto otra cámara superior con techo abovedado; sin duda, el verdadero techo del santuario.

Conrad hizo subir la plataforma hasta el nivel superior. Examinó la estancia con la luz de la linterna y descubrió un enorme asiento de respaldo alto, situado en horizontal sobre una especie de altar, que señalaba hacia la cúspide de la bóveda.

Eureka, pensó Conrad. *El Asiento de Osiris*.

—¡Sí! —exclamó en voz alta. Palpó con nerviosismo el control de la radio—. Yeats, lo he encontrado.

Sin embargo, no recibió respuesta alguna. ¿Dónde coño se habría metido?

—Yeats. —El silencio tenía una cualidad extraña, enervante.

Movió una y otra vez el receptor que tenía en el oído y que no dejaba de emitir ruidos de estática que comenzaron a resultarle molestos, pero seguía sin oír nada. De manera que lo apagó. Se preguntó qué estaría haciendo Yeats y si se encontraría bien. Sintió que los nervios le provocaban un nudo en el estómago. De cualquier forma, no podía esperar más.

Despacio, rodeó el asiento vacío y contempló la escena que tenía ante él. La luz de la linterna no reveló ninguna otra cosa en la estancia. Ni artefactos, ni marcas, ni ninguna otra prueba de que se hubiera utilizado aquella cámara con anterioridad. A pesar de todo, le resultaba muy familiar.

Era como sumergirse en un antiguo jeroglífico que hubiera cobrado vida. Los antiguos relieves egipcios mostraban a Osiris como el Señor de la Eternidad, sentado en su trono y tocado con la corona *atef*, tal y como podía verse en el Templo de Seti I, en Abidos. Conrad también recordó la escultura del hombre envuelto por una serpiente de las ruinas olmecas de La Venta, en México, que estaba sentado en algún tipo de dispositivo mecánico muy parecido al que tenía ante él. También estaba aquella tapa de sarcófago que había en el Templo de las Inscripciones, en las ruinas mayas de Palenque en Chiapas, México, en la que se había representado un diseño mecánico relacionado con un hombre que se sentaba dentro de algún tipo de artilugio.

Sí, ya había estado allí antes, pensó al tiempo que el sudor comenzaba a

correr por su frente. Sentía las manos torpes y húmedas. La única diferencia era que, en esos momentos, el trono era real, el mismísimo Asiento de Osiris. E igual de real era la pequeña base que, a modo de altar, estaba a su lado y que, a todas luces, era el receptáculo para el cetro de Osiris. Lo único que le quedaba por hacer era coger el cetro, sentarse en la silla y descubrir el Secreto del Tiempo Primordial.

Deslizó la mano por los suaves contornos del asiento. Parecía un cascarón vacío. Cuando presionó la superficie, sintió que se hundía. Quería sentarse en él, pero recordó lo que había sucedido con el cetro en la P4 y eso lo hizo dudar.

Esa ocasión era diferente, razonó. La primera vez fue un error. Eso estaba claro. Sin embargo, en esos momentos trataba de enmendar ese error, y si no se atrevía a hacerlo se perderían miles de millones de vidas humanas. Sí, concluyó, por muchos defectos que tuviera, por muy indigno que fuera, tenía que sentarse en aquel trono; si no en su propio beneficio, por el bien de la humanidad.

Se acomodó en el Asiento de Osiris, introdujo el cetro en su receptáculo y fijó la vista en el techo piramidal. *Esto es interesante*, pensó, sintiéndose como uno de esos estudiantes a los que guiaba por el recorrido de las Líneas de Nazca, a la espera de que se produjera esa gran revelación que nunca llegaba.

—Una cosa es segura, Conrad —dijo en voz alta, lo justo para escuchar el sonido de su propia voz—. Por fin has llegado a algo en la vida. Acabas de actualizarte y convertirte en tu proyección astral. Eres el Rey Sol.

Se echó a reír, presa de los nervios. Si Mercedes pudiera verlo en aquel instante, lo grabaría todo. Ya podía imaginarse los anuncios en televisión: « ¡En directo desde el Santuario del Sol Primigenio! », « ¡Desvelados los secretos de la Atlántida! », « ¡Sea testigo del fin del mundo! ». Por desgracia, a juzgar por el desarrollo de los acontecimientos, no pasaría mucho tiempo antes de que el último titular se hiciera realidad.

De repente, lo consumió una oleada de pesimismo mientras estaba sentado en el Asiento de Osiris. ¿Acaso había viajado tanto y había sufrido tanto la humanidad para descubrir que todo se trataba de una gran broma cósmica? ¿Qué ocurriría si el Secreto del Tiempo Primordial consistía precisamente en que no había tal secreto?

No, se dijo. Alguien se había tomado demasiadas molestias para construir aquello. Y, sin duda, debía de estar pasando por alto algunas correlaciones astrales. Tenía que haber una forma de detener el desplazamiento de la corteza terrestre. Tal vez no fuese el hombre adecuado para encontrarla. Se sintió sobrecogido por la impotencia. Le había fallado a Serena. Le había fallado a la humanidad. Se había fallado a sí mismo y punto. ¿Qué más podía hacer? Ése era, evidentemente, el final del camino.

Se reclinó en el asiento, cerró los ojos y rezó: *Dios de Noé, Moisés, Jesús y Serena. Si estás ahí, si te importa algo Serena y todo lo que a ella le importa,*

ayúdame a encontrar la solución antes de que Osiris y los de su ralea os jodan a ti y a los tuyos a base de bien.

Abrió los ojos. No había sucedido nada.

Una vez más se recostó en el asiento, y tan pronto como lo hizo se dio cuenta de que el trono se había encajado en un hueco y acababa de fijarse con un ruido sordo. Trató de incorporarse para echar un vistazo, pero la cápsula en forma de cascarón, aunque no resultaba incómoda, le impedía levantarse.

Sintió que una secuencia de vibraciones le subía por la columna.

El asiento lo estaba abrazando, le apretaba la cintura y los hombros, lo devoraba. Una consola metálica se desplegó delante de su frente.

—¡Yeats!

De repente, la consola cobró vida con un sonido agudo. Comenzó a brillar con una escalofriante luz azulada y, acto seguido, se encendió un panel de instrumentos. Una terrible sacudida recorrió el obelisco y Conrad notó que las vibraciones se intensificaban en el respaldo del asiento.

—¡Yeats!

Apareció por encima de él un único haz de luz blanca que lo dejó ciego.

—¡Yeats!

Otro rayo lo iluminó desde abajo e inundó la cámara de luz. Conrad comprendió que se trataba de la luz del Sol que se filtraba a través de dos pasadizos verticales, uno por encima y otro por debajo del asiento. Exactamente igual que en el pasadizo estelar de la P4. ¿Luz del Sol? ¿Y de dónde procedía?

Consiguió ponerse las gafas de sol y miró los pasadizos. En realidad eran ventanas tras la que se veía un cielo iluminado. Había abierto las puertas del silo.

Se produjo otra sacudida y, de pronto, lo vio todo claro.

El obelisco no es un santuario, pensó. Es una nave. Una nave espacial.

—¡Papá!

Conrad intentó bajarse del asiento. No lo consiguió. Trató de desplazarse a la derecha. Nada. Probó de nuevo hacia la izquierda. Sí. A continuación se abalanzó hacia delante con todas las fuerzas que pudo reunir; su liberación produjo una especie de chispa semejante a la que se habría ocasionado al arrancar un cable eléctrico de su enchufe. La consola se apagó y desapareció, las vibraciones cesaron y el asiento se deslizó hacia delante y lo dejó libre. Respirando entre jadeos, Conrad intentó serenarse.

Permaneció sentado en el suelo un tiempo, incapaz de moverse; sin embargo, su mente volaba. Carecía de referencias pasadas para esta experiencia. ¿O no? Los textos funerarios del Antiguo Egipto hacían mención de una serie de naves cósmicas cuya finalidad era la de llevar a los muertos en sus viajes celestiales hacia el firmamento. La «barca de Osiris», por citar un ejemplo, y también la «barca de millones de años». Los egiptólogos las llamaban «barcas solares». También estaba ese bote de madera de cedro de cuarenta y tres metros y medio

de largo que Kamal el-Mallakh descubrió en 1954 enterrado en una fosa, en la cara meridional de la Gran Pirámide. Las excavaciones posteriores en esa misma zona sacaron a la luz nuevos botes: símbolos de las barcas solares en las que las almas de los reyes muertos navegaban hacia la otra vida.

Aquél silo, comprendió, se encontraba en la cara meridional de la P4.

Recordó entonces los grabados de los tres signos zodiacales que había en el obelisco. Recordó que los textos de las pirámides de Giza decían que el Rey Sol elevaría su «barca solar» sobre la Vía Láctea hacia el Tiempo Primordial. Para los astroarqueólogos como Conrad, «barca solar» era una metáfora del Sol, sobre todo de su trayectoria eclíptica y anual a través de las doce constelaciones del Zodíaco. Pero ¿qué ocurriría si se trataba de algo más que una metáfora?

Ésta es la verdadera barca solar, pensó Conrad, el barco celestial construido para llevar al que debería ser el Rey Sol a través de las estrellas hasta el Tiempo Primordial.

Sintió que la euforia estallaba en su interior.

Sin embargo, la cruda realidad del descubrimiento no tardó en cortar de raíz sus esperanzas: el Secreto del Tiempo Primordial yacía, esperando, al otro lado del destino prefijado de la barca solar. No obstante, faltaban pocas horas para el desplazamiento de la corteza, si es que no eran minutos. No había manera de cambiar la fecha de la cámara estelar de la P4 a la del Tiempo Primordial sin completar el viaje. Lo más que podía hacer era aproximarse a la fecha del Tiempo Primordial basándose en la estimación de los años luz que le llevaría a la barca solar llegar a su destino final. Y esa información estaba fuera de su alcance.

El receptor de la radio emitió un chasquido y Conrad dijo:

—Yeats, ¿dónde coño te has metido?

La voz que le llegó desde el otro lado fue la de Serena.

—Conrad.

—¿Serena? —preguntó—. ¿Dónde estás?

—Mira hacia arriba.

Conrad levantó la vista y vio las figuras de unos soldados egipcios que rodeaban el borde del silo, con las pistolas y varios misiles SAM apuntando en su dirección. Sin embargo, lo que llamó su atención fue el brazo estirado de Zawas, que sostenía una pistola contra la cabeza de Serena.

—El coronel Zawas quiere que sepas que, a menos que te reúnas con nosotros en la base del santuario dentro de diez minutos y lleses el cetro, va a matarme. Le dije que no lo harías. Yo no valgo tanto; y tú no eres tan estúpido —dijo Serena.

—Dile a Zawas que ya bajo —contestó él por radio.

Veinticinco minutos para el amanecer

Conrad atravesó la enorme nave en dirección a la base redonda. Mientras caminaba, todo comenzó a cobrar sentido: las criptas con esa especie de cámaras criogénicas para los largos vuelos interestelares; las torres de luz que funcionaban como algún tipo de sistema de propulsión...

Salió de la barca solar y descubrió que todo el silo estaba bañado por los primeros rayos del sol. Al alzar la mirada, vio que la cúpula se había abierto. Se protegió los ojos con la mano, y en ese mismo momento sintió un empujón en la espalda.

—Muévase —le dijo alguien con acento árabe.

Conrad, que seguía parpadeando a causa de la intensidad de la luz, giró el cuello para echar un vistazo. Su curiosidad se vio recompensada con un golpe en la cabeza, proporcionado por la culata de un AK-47.

—¡Estúpido!

Con un dolor palpitante en la cabeza, avanzó dando tumbos hacia el otro lado de la rotonda.

Serena y Zawas lo estaban esperando. Mientras Zawas le quitaba el cetro de las manos, él echó un vistazo a Serena y tragó saliva. Su mirada estaba teñida de tristeza, pero, aparte de eso, su actitud era fría como el hielo.

—Dime qué te han hecho estos cabrones —le dijo Conrad.

—No mucho, si lo comparamos con lo que va a sufrir el mundo gracias a ti —contestó Serena.

—Doctor Yeats. —Zawas lo estudió con detenimiento—. No hay duda de que merece la reputación que lo precede. Nos ha guiado hasta el Santuario del Sol Primigenio.

—Para lo que le va a servir...

—Eso será y quién lo decida.

En ese momento, Zawas alzó el cetro frente a sus hombres, como si de un ídolo se tratara. No hubo ninguna exclamación de asombro. Los soldados que el coronel había traído como apoyo eran profesionales y no simples fanáticos. Para

ellos, el obelisco podría haber sido la cabeza de un enemigo asesinado, una bandera norteamericana incendiada o un ingenio nuclear. El hecho de poseer un símbolo semejante solo era, a sus ojos, una confirmación del poder que ostentaban.

Zawas miró a Conrad y dijo:

—Ahora va a contarme el Secreto del Tiempo Primordial, doctor Yeats.

—Lo desconozco. No se encuentra aquí. Y tal vez nos resulte imposible descubrirlo.

El egipcio lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y por qué?

—El santuario, como usted lo llama, es en realidad una nave espacial destinada a llevar al descubridor hasta el enclave del Tiempo Primordial; el Sol Primigenio real, al menos según los atlantes.

—¿Una nave espacial? —repitió Zawas.

—Y ése es el motivo por el que, probablemente, jamás descubramos el Secreto del Tiempo Primordial. —Miró de soslayo a Serena, cuyos ojos tristes le comunicaron que ella había llegado a la misma conclusión—. La existencia de la barca solar implica que el secreto no está en este planeta, sino en el destino al que debe llegar la nave, el cual, por lo que he podido averiguar, se encuentra en algún lugar más allá de la constelación de Orión.

Cuando Serena habló, su voz no fue más que un susurro.

—Eso quiere decir que no hay modo de detener el desplazamiento de la corteza terrestre.

Conrad negó con la cabeza sin dejar de mirarla.

—Nada que se me ocurra.

Zawas se acercó a Conrad hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros.

—Afirma que este altar es una nave espacial, doctor Yeats. Afirma que no hay esperanza para el planeta. En ese caso, ¿por qué no se marchó en ella?

Conrad clavó la vista en Serena por encima del hombro del coronel. Ella se limitó a sacudir la cabeza con incredulidad.

—Eres un idiota, Conrad.

En ese momento, se escuchó una voz:

—Vaya, por fin estamos de acuerdo en algo, hermana.

Conrad se dio la vuelta en el mismo instante en que Yeats aparecía por detrás de un pilar de la base redonda, con un aspecto mucho más funesto que de costumbre.

—Deme el obelisco y a la chica, Zawas —exigió Yeats—. Y nos iremos.

Conrad miró a su padre de hito en hito.

—¿Adonde? ¿Vas a meterte en una nave espacial y a largarte?

—Por supuesto que sí, joder.

Conrad se dio cuenta de que a Yeats le daba exactamente igual adonde fuera la nave; lo importante era marcharse. Estaba decidido a llevar a cabo la misión espacial que le habían negado en su juventud.

—Mira, hijo, si no nos vamos, moriremos junto a todos los demás —dijo Yeats.

—Puedes hacer que parezca todo lo lógico que quieras, pero no me lo trago.

Zawas agarró el cetro con más fuerza e hizo un tranquilo gesto con la cabeza en dirección a sus hombres, que rodearon a Yeats y lo encañonaron con los AK-47.

—Usted estuvo a punto de destruir mi base y acabó con la vida de varios de mis hombres, todos ellos buenos soldados —lo acusó Zawas—. Ahora insulta mi inteligencia.

Conrad no dejaba de mirar a Yeats y a Zawas, quienes a su vez no apartaban la vista el uno del otro.

—Jamás te interesó la posibilidad de descubrir un arma ni de desactivar una estúpida trampa alienígena, ¿no es cierto, Yeats? —preguntó Conrad, encolerizado por la deserción del militar—. Y tampoco estabas interesado en ayudarme a encontrar mi destino. Has interpretado el papel de capitán Ahab durante todos estos años porque sabías que esta cosa se encontraba aquí abajo.

—Lo sospechaba, hijo —confirmó Yeats—. Ahora lo sabemos. Éste es el final feliz por el que hemos estado luchando desde que te encontré. Vas a volver a casa.

¿A casa?, pensó Conrad. Era la primera vez en años que consideraba la idea de tener un verdadero hogar en algún sitio, y, por supuesto, nunca había pensado que estuviese fuera del planeta Tierra.

Zawas los interrumpió:

—Supongo que no esperará que le permita marcharse con la barca solar, ¿verdad?

—A decir verdad, eso es precisamente lo que espero —contestó Yeats, que alzó el brazo izquierdo, en cuya mano sostenía un pequeño control remoto. Observó a Zawas con la mirada más fría que Conrad había visto jamás en esos ojos azules—. O me voy yo o nos vamos todos —amenazó—. He minado este sitio con suficiente C-4 como para que todos volemos hasta el Tiempo Primordial sin necesidad de nave alguna.

Los ojos del egipcio se oscurecieron.

—Es un farol.

—¿Eso cree? —Yeats pulsó uno de los botones y un pitido estereofónico resonó por el silo, al tiempo que un círculo de luces rojas comenzaba a parpadear entre las sombras—. Adelante, eche un vistazo.

Conrad siguió con la mirada a Zawas, que se acercó hasta la luz intermitente más próxima, se agachó y se quedó inmóvil. Muy despacio, se puso en pie y se

dio la vuelta para encarar a sus hombres.

—Suelten a la doctora Serghetti.

—Y el cetro, Coronel. Déselo.

Conrad vio cómo el egipcio le entregaba el cetro de Osiris a Serena y, acto seguido, le daba un ligero empujón en dirección a Yeats.

—Lo siento, querida —le dijo Zawas.

Yeats la atrapó y la arrojó hacia la base redonda de la barca solar.

—Vamos, Conrad.

Sin embargo, éste no se movió. Miró a Yeats y a Serena, y dijo:

—Creo que acabo de descubrir el modo de detener el desplazamiento de la corteza terrestre. Sin embargo, la respuesta reside en la cámara estelar, no aquí —afirmó a la par que señalaba la barca solar.

En el rostro de Yeats apareció una expresión de desconcierto.

—Es demasiado tarde. Vámonos.

—No. Yo me quedo. —Miró a Serena—. Pero necesito el cetro y también a Serena.

El General negó con la cabeza.

—Lo siento, hijo. Necesitamos el cetro para despegar.

Conrad sintió que la furia lo consumía.

—¿Y para qué coño quieres a Serena?

—A modo de incentivo, para que reconsideres tu decisión —replicó Yeats al tiempo que arrastraba a Serena hacia la barca solar—. Si la quieres, ven a buscarla.

Desesperado, Conrad corrió en pos de ella, que no dejó de mirarlo con incertidumbre por encima del hombro hasta que desapareció en el interior de la gigantesca nave espacial.

No mucho después, la tierra comenzó a retumbar con el comienzo de la cuenta atrás de la secuencia de lanzamiento. Zawas no pudo menos que contemplar con furiosa admiración a su antiguo mentor, antes de ordenarles a sus soldados que abandonaran el silo a voz en grito.

—¿Y usted? —vociferó Conrad—. ¿Adonde va?

—A ponerme a cubierto —fue la respuesta del egipcio—. Si ese supuesto desastre llegara a producirse, estamos en el lugar más seguro del planeta. Incluso podemos encontrar supervivientes y gobernar un nuevo mundo. Si no sucede nada, habremos obtenido una nueva fuente de energía ilimitada y gobernaremos el planeta de todos modos.

—¿Y qué pasa conmigo? —volvió a preguntar Conrad.

—Usted puede irse al infierno, doctor Yeats —le respondió Zawas mientras dos soldados egipcios lo ataban a un pilar cercano a la base de la barca solar—. Su inminente muerte hará que su padre se detenga o, de no ser así, dejará esta vida con una gloriosa llamarada cuando esta barca solar suya se eleve y su fuego

lo consuma.

Conrad observó cómo Zawas precedía a sus hombres y abandonaba el silo, dejándolo solo. Tiró de las cuerdas que le inmovilizaban las manos, y la desesperación comenzó a arder en su interior cuando vio que la barca solar despertaba a la vida con un enorme estruendo y se preparaba para despegar con Serena y el obelisco en su interior.

Dentro de la barca solar, Serena descubrió que estaba al lado de Yeats en una plataforma circular rodeada por cuatro magníficas columnas de una pulsante luz dorada. El general, que aún tenía el control remoto del explosivo plástico en una mano, apoyó el cetro en el suelo con la ayuda de la otra. Al instante, la plataforma comenzó a elevarlos.

—Yeats, si no devolvemos la cámara estelar a su posición original, toda la Tierra se moverá —le dijo Serena, con la voz cargada de furia y desesperación—. Miles de millones de personas morirán. No puede despegar sin más.

—Es inútil volver atrás —contestó él de forma sucinta. Tenía la mirada fija en la cámara que se encontraba sobre sus cabezas—. Ya escuchó lo que dijo Conrad. Sea cual sea el Secreto del Tiempo Primordial, está clarísimo que no se encuentra en la Tierra. La supervivencia de la raza humana depende de que logremos despegar.

Serena lo miró. Tenía la expresión de un arrogante guerrero, encantado consigo mismo y convencido de que nadie podría detenerlo. Había tensado la mandíbula y le brillaban los ojos bajo el tenue resplandor de las cuatro columnas de luz. A ella le enfurecía ese absoluto desprecio que mostraba por todas las personas que estaban a punto de perder la vida.

—¿Cómo sabe que llegaremos siquiera a alzarnos del suelo? —le preguntó.

—Lo que ve a su alrededor es algún tipo de sistema de heliogirot —informó Yeats—. Esas inmensas columnas son unas aspas increíblemente largas de heliogirot, semejantes a las de un helicóptero, pero a escala gigantesca. Tan pronto como hayamos abandonado la órbita de la Tierra y nos movamos en una trayectoria de escape hacia el espacio, se expandirán y desplegarán la vela solar.

Sin lugar a dudas se encontraba en el campo de Yeats, y, por muy chiflado que estuviera ese hombre que una vez fue astronauta, era el entendido en la materia, mientras que ella era una mera ignorante.

—Una vez desplegada —continuó Yeats—, la vela funcionará como un espejo de gran reflexión. Cuando los fotones golpeen la superficie, ejercerán presión y crearán una fuerza que empujará a la vela. Cuanto mayor sea el tamaño, mayor será la fuerza. Y si giramos el espejo en diferentes direcciones, podemos dirigir la fuerza hacia donde queramos.

—No me diga que se cree capaz de pilotar esta cosa.

—Tal y como Colón hizo navegar a *La Pinta* —le contestó—. Estoy seguro de que todos los cálculos en cuanto a distancias, establecimiento de órbita,

ecuaciones de movimiento y correcciones de velocidad ya se han introducido en el sistema de navegación de la nave.

Serena permaneció en silencio mientras la plataforma se detenía. Yeats la empujó con el extremo del obelisco a lo largo de un pasillo en cuyo extremo se alzaba una puerta metálica con extrañas inscripciones.

—¿Y por qué iban a construir una nave como ésta? —Se sorprendió a sí misma al hacer la pregunta. Tenía que lograr que Yeats siguiera hablando; tenía que conseguir tiempo para poder dar con el modo de detenerlo.

—Tendrá que preguntárselo a ellos cuando lleguemos —replicó él—. No obstante, supongo que la nave fue construida a modo de salvavidas y está diseñada para atravesar largas distancias con el mínimo gasto energético. Ésa es la belleza de este bebé: tal vez tenga una propulsión lenta, pero su velocidad de escape es infinita, puesto que no utiliza propulsor alguno. La vela solar es el vehículo perfecto para los viajes interestelares.

—Si no fuera porque necesita la luz del Sol —puntualizó Serena—, algo que dejaremos atrás en cuanto salgamos del sistema solar. Exactamente igual que un barco de vela cuando se encuentra en mitad de un océano y no hay viento.

Yeats se detuvo en la puerta.

—La gravedad ayuda —dijo.

—¿Cómo dice?

—Así es como nos moveremos sin luz —le explicó él. El tono de voz tranquilo y racional con el que le hablaba no solo enfurecía a Serena, sino que también la asustaba—. Rodearemos Júpiter con el fin de utilizar su gravedad para impulsarnos hacia una órbita más rápida que nos lleve en dirección al Sol; una vez cerca de éste, lo utilizaremos como si de un tirachinas se tratase y nuestra velocidad aumentará todavía más a medida que empecemos a alejarnos del sistema solar. De cualquier forma, estoy seguro de que esta cosa tiene una serie de *máseres* y láseres cuyas microondas pueden generar una enorme aceleración y velocidad en las velas.

—Al parecer, se está convenciendo a sí mismo, Yeats —le dijo Serena—. ¿Cuánto tardaremos?

Yeats hizo una pausa.

—A la velocidad convencional, probablemente un año.

¿Un año?, pensó Serena.

—A esa velocidad no alcanzaremos la estrella más cercana hasta dentro de...

—El lapso de tiempo oscila entre los 250 y los 6600 años.

Serena ni siquiera quiso imaginarse cuánto tiempo pasaría hasta que llegaran a la estrella de destino, ni tampoco quiénes los estarían esperando.

—¿Algún plan para mantenernos con vida mientras tanto?

—Sí.

Yeats hundió el cetro en el muro y la puerta se abrió, revelando una cámara

cubierta por una fría neblina. Serena observó el interior y distinguió algo parecido a un ataúd en el extremo más alejado de la estancia. El molde era el de una mujer de una altura aproximada a la de la propia Serena.

—Al parecer, los constructores pensaron en todo —comentó Yeats—. Bienvenida a su criocripta.

Las alarmas se dispararon en el interior de la cabeza de Serena al comprender que Yeats esperaba que se tumbara dentro de esa máquina. Se tensó en la entrada y se negó a poner un pie en aquel lugar. Al instante, sintió una mano sudorosa en la nuca. No pensaba entrar a ese lugar de ninguna de las maneras.

—Usted primero —lo invitó ella, mientras le asestaba un pisotón en los dedos del pie, al tiempo que le hundía el codo en las costillas.

El hombre gimió y Serena se giró para darle un rodillazo en la entepierna, tras lo cual unió las manos y le propinó un tremendo golpe sobre la espalda doblada. A pesar de todo, Yeats levantó la cabeza con rapidez, la golpeó bajo la barbilla y le partió el labio. Ella se tambaleó en dirección a la cámara al mismo tiempo que el general se enderezaba. Cuando la miró, sus ojos tenían una expresión letal y fría en la tenue luz que los rodeaba. Alzó el brazo y la apuntó con la pistola.

—Rece sus oraciones antes de acostarse, hermana.

Tras eso, alzó la pierna y la golpeó con todas sus fuerzas en el centro del pecho, arrojándola de espaldas a la cripta, que la acogió y se cerró a su alrededor como si de arcilla se tratara. Serena sintió una especie de cosquilleo en su interior. Comenzó en la parte baja de la espalda, ascendió por la columna vertebral y desde allí se expandió al resto de su cuerpo.

De repente, sintió que se entumecía de la cabeza a los pies. No obstante, inmóvil y con un hilo de vida en la oscuridad, aún seguía percibiendo los latidos de su corazón. No tardarían mucho en desvanecerse. Justo entonces, la puerta de la cripta se cerró y dejó de sentir nada.

Veinte minutos para el amanecer

Aún atado a la columna, Conrad sintió que los muros del silo comenzaban a vibrar en cuanto los potentes propulsores de la barca solar cobraron vida. El aire grasiento que despedía la nave estaba a punto de sofocarlo, y también era consciente del aumento de la temperatura. A través de la abertura en el techo del santuario, vio que el cielo se había nublado. En ese momento, las puertas del silo se abrieron todavía más y comenzaron a caer escombros y rocas.

Cerró los ojos para protegerse de la nube de polvo. Cuando los abrió, parpadeó varias veces y echó un vistazo a la cavernosa rampa de lanzamiento. Por un instante, el humo y la confusión le impidieron ver la nave y temió que ésta hubiera despegado. Justo entonces, la cortina de humo se abrió y ante él apareció la increíble y brillante imagen de la barca solar. También vio un AK-47 abandonado en el suelo, olvidado al parecer por uno de los soldados de Zawas que había huido presa del pánico. Sin embargo, el fusil estaba a unos diez metros de distancia, y por tanto no iba a sacarlo del apuro en el que se encontraba.

El aire comenzó a saber a humo. Los ojos le escocían y le picaba la nariz a causa del polvo. Sin dejar de toser, forcejeó para librarse de las ataduras. Cayó en cuenta de que, tuviese o no el Secreto del Tiempo Primordial, el cetro de Osiris era el único medio de conseguir colocar la cámara estelar de la P4 en su posición original y evitar, de ese modo, el desplazamiento de la corteza terrestre. Y se encontraba en la nave espacial. Tenía que librarse de las ataduras de algún modo y recuperar el cetro antes de que la barca solar despegara y lo achicharrara.

La imagen del fuego le hizo recordar el encendedor Zippo que Yeats le había dado. Aún lo tenía en el bolsillo delantero de la camisa. Si pudiera ingeniárselas para cogerlo, podría quemar las cuerdas que lo retenían. Inclino la barbilla hasta apoyarla sobre el pecho y tiró de las gafas de sol con los dientes hasta sacarlas del bolsillo. Acto seguido, usó las gafas para alzar el encendedor. Tras un par de minutos que le dejaron el cuello dolorido, se dio por vencido; sin embargo, otra sacudida de los motores de la barca solar lo apremió a intentarlo una vez más.

En esa ocasión funcionó. Se las arregló para levantar el encendedor en uno de los cristales de las gafas. Se dio cuenta de que la situación era bastante precaria, ya que sujetaba las gafas con los labios y el encendedor se balanceaba de forma inestable; decidió inclinar la cabeza hacia la izquierda y así introducir las gafas por el cuello de la chaqueta, justo sobre el hombro. Si consiguiera llegar a la axila...

El encendedor se deslizó por la manga de la chaqueta y, con unas cuantas sacudidas, acabó en la palma de su mano. Lo encendió con facilidad. Soltó una maldición cuando la llama le quemó la mano, y a punto estuvo de arrojar el Zippo al suelo.

Se detuvo durante unos instantes, intentando decidir cuál sería el mejor modo de quemar las cuerdas sin ocasionarse quemaduras de tercer grado en las muñecas y en las manos. A la postre, concluyó que no había ningún modo de evitarlo. Respiró hondo, apretó los dientes y encendió el Zippo. La llama le quemó la muñeca mientras forcejeaba con las cuerdas. Todos sus instintos le rogaban que arrojara el encendedor, pero se obligó a sujetarlo con más fuerza. Las lágrimas no tardaron en hacer su aparición. Sin embargo, se concentró en la barca solar y en la tarea que tenía por delante.

Se estaba abrasando el dorso de la mano y el olor, muy parecido al de la goma quemada, le provocó una oleada de náuseas. Incapaz de soportarlo por más tiempo, dejó que el Zippo se deslizara entre sus dedos y escuchó el golpe cuando cayó sobre el suelo de piedra. No tardó en comprender que había estropeado la única posibilidad de escapar. Lo que era peor, se dio cuenta de que el olor a goma quemada procedía de la correa de su reloj, que era lo que en realidad se había quemado.

Dejó escapar un gemido. Puesto que no tenía nada que perder, intentó separar las muñecas de un tirón. Notó que la cuerda chamuscada cedía un poco, antes de que su cerebro registrara el dolor del corte que le acababa de producir.

Volvió a intentarlo, tirando con todas sus fuerzas. Se obligó a separar las muñecas quemadas todo lo que pudo, estirando la tosca cuerda hasta que, por fin, las hebras quemadas comenzaron a deshacerse y sus muñecas se separaron de golpe.

Se tambaleó hacia delante y miró fijamente los círculos rojizos que rodeaban sus temblorosas manos. Sin perder tiempo, desgarró el uniforme y se envolvió las muñecas con unas tiras de tela. Cogió el AK-47 del suelo y corrió hacia la barca solar a través de la nube de polvo.

Una vez en la base redonda, se dirigió hacia la puerta exterior de la nave que poco antes descubrió con Yeats. Estaba cerrada y palpataba con la energía que rodeaba al gigantesco obelisco. Colocó la mano sobre el panel cuadrado.

La plataforma que transportaba a Conrad apareció en la fría planta criogénica un minuto más tarde. Justo encima de su cabeza, vio el módulo que

llevaba hasta la cabina de mando de la nave. El círculo de luces le indicó que Yeats estaba allí arriba, con el obelisco.

Echó un vistazo al pasillo que se extendía a su izquierda y que conducía a la cámara de Osiris. A su derecha, otro pasillo acababa en la cámara de Isis. Tomó el camino de la derecha.

El final del oscuro pasillo estaba débilmente iluminado por una espectral luz azulada. A medida que se acercaba a la puerta de la criocripta, vio que estaba cerrada y que las estrías grabadas en su superficie emitían una serie de destellos. Al instante comprendió que «Isis» estaba allí dentro. El general había congelado a Serena.

—Maldito seas, Yeats —gruñó, y golpeó la puerta con la culata del fusil.

Examinó el panel cuadrado situado a la derecha de la puerta. Colocó la mano sobre él y escuchó un agudo zumbido. Las luces situadas tras los surcos ganaron intensidad y los destellos resultaron tan molestos que tuvo que protegerse los ojos con la mano y retroceder hacia el pasillo. Con la misma rapidez con la que se encendieran, las luces se apagaron hasta convertirse en un tenue resplandor y comenzaron a parpadear del mismo modo que las ascuas de una hoguera a punto de apagarse. Finalmente, el pasillo se sumió en la oscuridad.

¡Dios mío!, pensó Conrad. ¿Qué he hecho?

Dio un golpe con la palma de sus manos sobre la gruesa y fría puerta, más fría en ese momento que nunca. Trató de moverla sin ningún resultado. De todos modos, sabía que era inútil. Abandonó sus intentos y dejó que su cuerpo se deslizara a lo largo de la puerta para sentarse en el suelo; entonces la sintió vibrar. ¡La puerta se estaba moviendo! Se puso en pie de un salto para observar cómo la criocripta se abría y una neblina gélida flotaba hacia el exterior. Sin esperar a que ésta se despejara, entró en tromba en busca de Serena.

Se encontraba en el interior de la cripta y su piel translúcida tenía un color azulado. La cogió en brazos, se la echó al hombro y la sacó al pasillo. Una vez fuera, la dejó en el suelo y comenzó a masajearle los brazos y las piernas. Apenas respiraba.

¡Dios! No permitas que muera, suplicó para sí.

—Vamos, nena, vamos —repetía sin cesar—. Tú puedes conseguirlo.

Las mejillas de Serena recuperaron poco a poco el color y su respiración se hizo más profunda y regular. Cuando abrió los ojos, Conrad quedó sorprendido por la mirada vacía y exánime con que lo contempló.

—Serena, soy yo, Conrad —le dijo—. ¿Sabes dónde estás?

Ella gimió. Se acercó a sus labios y la escuchó decir:

—Si tú eres Conrad Yeats, esto debe de ser el infierno.

—Gracias a Dios. —Y exhaló un enorme suspiro de alivio—. Estás bien.

Serena intentó sentarse y recuperar el control poco a poco.

—¿Yeats?

—Arriba, en la cápsula —le contestó él—. Pero bajará antes del despegue para entrar en la criocripta de Osiris. Cuando aparezca, lo estaré esperando.

—¿Y yo?

—Mientras esté conmigo, tú sube a la cápsula y coge el cetro. Pase lo que pase, tienes que impedir que esta nave despegue, y después volver a la P4, ¿entendido?

Serena se frotó las sienes.

—¿En serio crees que podemos impedir el desplazamiento?

—No lo sé, pero al menos tenemos que intentarlo —contestó al tiempo que el círculo de luces que coronaba la plataforma comenzaba a parpadear—. Ya viene. Tengo que esconderme.

Espera aquí y no subas hasta que él haya llegado al otro extremo del pasillo.

Serena asintió con la cabeza.

Conrad atravesó el pasillo a la carrera, camino de la criocripta de Osiris. Cuando llegó al corredor central, Yeats ya estaba descendiendo en la plataforma, de modo que atravesó la neblina de la cripta abierta de Osiris y esperó allí al general.

Con la respiración acelerada, Conrad se apoyó contra la pared y sintió algo en el hombro. Al darse la vuelta, vio el arnés alienígena. Lo último que quería era encerrarse por accidente en la criocripta durante buena parte de la eternidad. En ese momento escuchó que la puerta de la cámara se abría.

Parpadeó y vislumbró la silueta de Yeats entre la neblina. Se adelantó con el AK-47 en alto.

—Misión cancelada, Yeats.

—¿Eres tú, hijo? —preguntó—. Estoy impresionado. Sabía que te reunirías con nosotros.

—Entrégame a Serena y el obelisco.

Conrad se percató de que Yeats echaba un rápido vistazo al vendaje de sus muñecas y percibía la poca fuerza con la que sujetaba el rifle. Le resultaba imposible creer que estuviera apuntando a su padre con un arma. Aunque Yeats no fuese su padre biológico, y a pesar de que se había pasado más de media vida odiándolo, era la única figura paterna que había conocido.

—No vas a usar eso contra mí, hijo.

—¿No?

—Si me matas, perderás cualquier oportunidad de lograr el objetivo que has perseguido durante toda tu vida —afirmó Yeats—. La única forma de descubrir tus verdaderos orígenes pasa por poner en órbita este nuevo obelisco, esta nave espacial, y completar el viaje prefijado hasta el punto de destino.

—¿Y qué pasa con mis congéneres humanos?

—Tú no eres humano, y es demasiado tarde para salvar la Tierra. La raza humana no merece ser salvada, y el Secreto del Tiempo Primordial solo será

descubierto al final del viaje celestial de la barca solar. Tienes tantos deseos de conocer la verdad como yo. Joder, lo más probable es que haya sido programada con tu código genético.

—Yo no apostaría por eso. —Conrad lo apuntó con el AK-47—. Deja la pistola en el suelo. Despacio. Con dos dedos.

Yeats abrió la funda que llevaba sujeta al cinturón y sacó la Glock 9 mm con mucho cuidado.

—Al suelo.

Siguiendo sus órdenes, Yeats dejó el arma en el suelo y levantó las manos.

—Atrás.

Yeats sonrió cuando Conrad alejó la pistola de una patada.

—Tú y yo nos parecemos más de lo que te atreves a admitir.

—En tus sueños, Yeats. —Conrad sabía que su padre solo quería ganar tiempo, con la esperanza de que la barca solar despegara y pusiera rumbo a su destino programado.

Sin embargo, él estaba esperando a Serena, que debía de estar a punto de bajar con el cetro de Osiris.

—Hay muchas cosas que despiertan mi curiosidad —confesó Yeats—. Y no solo los orígenes de la civilización humana, sino el mismo universo. ¿No te has preguntado nunca por qué quise ir a Marte, para empezar?

—Para plantar tu bandera y ser el primer hombre en mear sobre el planeta rojo.

—«Planetología comparativa», como la llaman los científicos. —Yeats parecía más seguro de sí mismo a cada momento, al ver que Conrad, en realidad, no pensaba dispararle—. Les gustaría estudiar la historia del sistema solar y la evolución de los diferentes planetas mediante la comparación de evidencias encontradas en la Tierra, en la Luna y en Marte. La exploración de otros mundos nos permite explorarnos a nosotros mismos y comprender en mayor medida cómo encajamos aquí.

Conrad no contestó, se limitó a observar con fascinación el ajado rostro de su padre, que acababa de animarse con una especie de luz espiritual interna.

—Durante siglos, nos guiaron las ideas del astrónomo egipcio Ptolomeo, que nos enseñó que la Tierra era el centro de todo. Más tarde, Galileo nos corrigió y aprendimos que el Sol es el centro alrededor del cual nos movemos, no solo nosotros sino también el resto de los planetas —prosiguió Yeats—. No obstante, desde la perspectiva psicológica aún nos aferramos al punto de vista de Ptolomeo. ¿Y por qué? Mientras permanecemos aquí, en la Tierra, seremos de hecho el centro de todas las cuestiones importantes. No hay por qué ir a la Luna para entender lo que se siente al observar a la Tierra de lejos. El espacio no gira en torno a los logros tecnológicos, sino alrededor del espíritu humano y de nuestra contribución al propósito universal. El espacio no es sino una metáfora de la

expansión, la oportunidad y la libertad.

Conrad alzó el arma de nuevo y apuntó al pecho de Yeats.

—Debo de haberme perdido el desayuno con los *Boy Scouts* en el que soltaste ese discursito tan huevón.

Impertérrito, Yeats le sostuvo la mirada.

—Deseas saber dónde acaba todo esto tanto como yo.

En ese momento, se escuchó una voz a espaldas de Yeats.

—Acaba justo aquí, general.

Yeats se dio la vuelta y vio a Serena, que sostenía el cetro de Osiris en una mano. Conrad observó cómo la espalda de su padre se tensaba por la furia.

—Ahora ya sabes que las criocriptas funcionan, Yeats —le dijo—. Así que supongo que no te importará entrar en ésta, al menos de momento. —Hizo un gesto hacia la cámara de Osiris.

—Creo que deberías tirar el arma, hijo.

Conrad miró a su padre con incredulidad. El General había deslizado una mano hasta su espalda y ahora empuñaba una pequeña pistola. Conrad no se había percatado de nada. Tampoco Serena.

Yeats esbozó una sonrisa.

—Hay que estar siempre preparado, como dicen los *Boy Scouts*.

—Dispárale, Conrad —dijo Serena.

Conrad se adelantó, pero Yeats colocó el grueso cañón del arma en la sien de la mujer.

—Quédate donde estás.

El arqueólogo dio otro paso al frente.

Yeats jaló de la larga melena oscura de Serena hasta que ésta gritó de dolor.

—Ahora o nunca, hijo.

Conrad dio un tercer paso.

—¡He dicho que la tires! —gritó Yeats, al tiempo que jalaba con más fuerza del cabello de Serena.

Conrad sabía que a su padre no le resultaría difícil partirle el cuello en un momento dado, si así lo deseaba.

—No le hagas caso, Conrad —le dijo ella, que tuvo que esforzarse para poder hablar—. Sabes que va a matarte.

No obstante, Conrad solo necesitó mirarla nuevamente a los ojos y ver el miedo en su mirada para convencerse de que no podía arriesgarse. Bajó el arma.

—Buen chico —dijo Yeats—. Ahora, tírala.

Conrad arrojó el AK-47 en dirección al pasillo, y el ruido que hizo al llegar al suelo resonó por la estancia. Volvió a mirar a Serena y vio las lágrimas que caían por sus mejillas.

—No tienes remedio, Conrad —le susurró.

Quince minutos para el amanecer

Conrad observó cómo Yeats recogía del suelo el AK-47. En esos momentos los separaban escasos metros y pudo contemplar la expresión maniaca de su padre, que no había advertido desde la distancia. El hombre parecía un animal atrapado en un cepo, dispuesto a arrancarse su propia pierna a mordiscos para liberarse.

—Sabía que no me matarías —dijo sujetando con fuerza a Serena, que forcejeaba para soltarse—. Y que me cuelguen si quiero matarte. Pero lo haré, si es necesario.

—Quítale las garras de encima, Yeats.

—Tan pronto como estés tranquilito y congelado, hijo. Tal vez cuando llegemos adondequiera que vayamos, y nos descongelemos, recuperes el buen juicio.

—Tendrás que matarme antes de congelarme, papá —respondió Conrad.

Se abalanzó a por el arma y ésta se disparó; la bala lo hirió en el hombro y lo hizo rodar por el suelo. Asombrado, se llevó la mano al hombro y vio cómo manaba la sangre entre sus dedos. Acto seguido miró a Yeats, que se acercaba para rematarlo.

—Saludaré a Osiris de tu parte.

Yeats estaba a punto de dejarlo inconsciente con la culata del arma cuando Conrad rodó a un lado sobre el otro hombro y le dio una patada en el pecho con ambos pies.

El golpe hizo que Yeats se tambaleara de espaldas hacia el extremo puntiagudo del cetro de Osiris que Serena sostenía, y ésta gritó. El impacto fue tan fuerte que el General aulló de dolor.

Dejó caer el arma y trastabilló durante algunos segundos antes de que Conrad lo empujara al interior de la cámara criogénica. Una vez dentro, cerró la puerta en el momento en que una espesa neblina a una temperatura bajo cero comenzaba a salir al exterior.

De repente todo quedó en silencio, salvo por los suaves zumbidos de energía de la nave que se filtraban a través de las consolas, las paredes y los suelos.

Conrad intentaba ponerse en pie a duras penas en medio del haz de luz, cuando Serena se acercó corriendo y lo abrazó. Fue entonces cuando ella debió de sentir la calidez que se derramaba de su hombro.

—Estás lleno de sangre —le dijo.

—¿Lo has averiguado tú solita?

Serena desgarró un trozo de tejido de la manga de Conrad, se lo enrolló alrededor del hombro y lo ató con fuerza, muy consciente de que él no le quitaba la mirada de encima.

—Y ahora ya tienes todo lo que siempre quisiste. Tal vez debiéramos caminar juntos hacia la puesta de sol.

Conrad vio el sangriento cetro de Osiris en el suelo. Al cogerlo, se dio cuenta de que ella tenía razón. Lo único que tenía que hacer era dejar que la barca solar los llevara a su destino preprogramado, y así podría descubrir de una vez por todas el Secreto del Tiempo Primordial.

La miró con incredulidad.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Lo que digo es que no sabemos si este DCT es un suceso que pueda conducir a la extinción global. Puede que la humanidad sobreviva, o puede que sigamos el camino de los dinosaurios. Pero la única forma de asegurar la supervivencia de nuestra especie es que tú y yo continuemos con esto.

Conrad contempló su mirada suplicante. Serena no quería hacerlo por él, comprendió, sino por el bien de la humanidad. Y estaba dispuesta a renunciar a todo lo que amaba para hacerlo.

—¿Permitirás que condenemos al mundo al infierno? —le preguntó.

—No, Conrad. Crearemos un nuevo Edén en otro mundo.

Mientras consideraba esa ridícula idea, la nave empezó a temblar. Conrad colocó un dedo en la mejilla de Serena y retiró una lágrima.

—Sabes que tenemos que regresar.

Lo sabía, por eso no se resistió cuando comenzaron a caminar en silencio por la plataforma que conducía a la base de la barca.

Cuando finalmente emergieron a cientos de metros del silo, el suelo se sacudía con más fuerza que nunca. Apenas había empujado a Serena hacia el exterior del túnel cuando un géiser de fuego atravesó el aire y los obligó a agazaparse contra el suelo.

Cuando Conrad levantó la vista, vio que había una docena más de géiseres en erupción que formaban un anillo alrededor del silo, mientras la barca solar se elevaba de su cráter y se alzaba hacia las alturas. Contempló cómo la nave que se llevaba a su padre, vivo o muerto, desaparecía en el cielo.

—Le pido a Dios que sepas lo que estás haciendo, Conrad. —Serena arrancó un cordón de sus botas y se ató el cabello chamuscado para retirarlo de la cara —. Porque ése era el último vuelo de salida de esta roca.

Dos minutos para el amanecer

Serena se encontraba de pie en el interior de la cámara estelar de la P4, con la cara bañada en lágrimas, mientras observaba cómo rotaba el techo geodésico. El chirrido de los engranajes de la cúpula giratoria resultaba ensordecedor, de modo que no podía escuchar lo que le decía Conrad, que estaba de pie junto al altar y le hacía señas para que se acercara.

—Pon el cetro en la ranura —le gritó Conrad.

Serena miró el cetro de Osiris que tenía en las manos y, una vez más, leyó para sí la inscripción que rezaba: «Solo aquel que se presente frente a los Centelleantes en el momento y lugar más honorables podrá retirar el cetro de Osiris sin desgarrar el Cielo y la Tierra». ¿Acaso podría haber un momento «más honorable» en toda la historia de la humanidad? ¿O acaso el profeta hebreo Isaías tenía razón cuando dijo que los actos de justicia de los humanos palidecían ante la santidad de Dios?

—Yeats tenía razón, Conrad —dijo con el alma en los pies—. Los atlantes eran demasiado avanzados para nuestra capacidad de raciocinio. No podemos ganar.

—Creí que estábamos de acuerdo en que los dioses de Egipto ya fueron derrotados en una ocasión —replicó Conrad. Comenzó a hablar más deprisa y cada vez más fuerte—. Bueno, ¿y cuándo fue eso?

Serena dudó antes de continuar.

—Durante el Éxodo, cuando Moisés sacó a los hebreos de Egipto.

—Exacto —dijo Conrad—. Fue uno de esos sucesos cósmicos que cambian el curso de la historia de una civilización, tal y como la colisión con un meteorito cambia el curso de la historia natural. Si no se hubiera producido el Éxodo, no habría habido ninguna epifanía en el Sinaí. Si no hubiera existido el Sinaí, tampoco habría habido ningún Moisés, ni Jesús ni Mahoma. Osiris e Isis serían los gobernantes supremos, las pirámides se alzarían contra el cielo de Manhattan y nosotros beberíamos cerveza de cebada fermentada en lugar de café con leche.

Serena sintió que se le aceleraba el pulso. Conrad estaba a punto de llegar a

alguna conclusión.

—La pregunta es —prosiguió el arqueólogo con los ojos brillantes, como si estuviera a punto de realizar un gran descubrimiento—: ¿qué fue lo que acabó por doblegar al faraón y lo instó a liberar al pueblo de Israel?

—La Pascua —respondió Serena—. El hecho de que el dios de los hebreos matara al primogénito de cada familia egipcia, pero pasara por alto las casas de los esclavos hebreos cuyas puertas estaban marcadas con la sangre de un cordero.

—Muy bien —dijo Conrad—. Ahora solo nos queda encontrar una forma de ampliar el círculo y extender la Pascua a todas las razas.

De repente, Serena se dio cuenta de la solución y exclamó:

—¡El Cordero de Dios!

—Jesucristo, ¡claro!

Las manos de Conrad volaban mientras volvía a colocar las estrellas en la cúpula de la cámara, con el fin de reproducir el cielo tal y como se veía sobre Jerusalén.

De pronto, la cámara entera pareció ponerse cabeza abajo. Sin embargo, no fue más que una ilusión óptica, comprendió Serena, ya que el firmamento del Hemisferio Norte había intercambiado su lugar de repente con el Hemisferio Sur.

—Muy bien, tenemos un lugar en la Tierra —dijo Conrad—. Ahora necesitamos un año.

Aquello era más difícil, pensó Serena.

—La tradición dice que Jesús murió cuando tenía treinta y tres años, lo que situaría la crucifixión entre el 30 y el 33 d. C.

—Tendrás que hacerlo mucho mejor. —Conrad parecía bastante impaciente—. Necesito un año en concreto. —Serena luchó contra el pánico que la invadía. El calendario cristiano se basaba en los cálculos poco fiables llevados a cabo por un monje del siglo VI, Dionisius Exiguus, que traducido del latín era « Dionisio el Exiguo». Apodo bastante apropiado si se tenía en cuenta que la estimación de Dionisio acerca de la fecha del nacimiento de Cristo se quedó corta por unos cuantos años. Los eruditos eclesiásticos modernos emplazaban la Natividad no mucho después de la muerte del rey Herodes, alrededor del año 4 a. C.

—El año 29 después de Cristo —dijo por fin—. Prueba con el año 29 después de Cristo.

Conrad ajustó el Cetro en su altar y la cúpula que había en lo alto comenzó a girar. El rugido resultó ensordecedor.

—Necesito una fecha —gritó—. Y la necesito ya.

Serena asintió. La celebración de la Pascua católica tenía lugar cada año en primavera, pero no tenía fecha fija en el calendario. Sin embargo, la Iglesia ortodoxa mantenía la fecha histórica con una precisión astronómica. El Concilio de Nicea, en el año 325 d. C., decretó que la Pascua debía celebrarse el domingo

posterior a la primera luna llena del equinoccio de primavera, pero siempre después de la Pascua judía, para así mantener el orden de los sucesos que la Biblia les atribuía a la Crucifixión y la Resurrección.

Así que gritó:

—El viernes después de la primera luna llena del equinoccio de primavera.

—¿El viernes? —Los ojos del hombre reflejaban su duda—. ¿No el domingo?

—Viernes. —Serena se mantuvo en su decisión—. La Resurrección fue una demostración de victoria sobre la muerte. Pero el momento más honorable debió de ser cuando Jesús estaba muriendo en la cruz para redimir los pecados de la humanidad y perdonó a sus enemigos.

—Entendido —dijo—. Necesito la hora.

—Las Escrituras dicen que fue en la hora nona —respondió Serena.

Conrad realizó un gesto de perplejidad.

—¿Qué?

—Las tres en punto.

Conrad asintió, realizó los últimos ajustes y se apartó.

—Rece una oración, hermana Serghetti.

La cúpula geodésica giró para encajarse en la posición adecuada: una recreación del cielo de Jerusalén alrededor del año 29 d. C., en la novena hora del quinto día posterior a la primera luna llena del equinoccio de primavera.

—Mas ahora sin ley se ha manifestado la justicia de Dios... —comenzó a rezar Serena entre dientes, repitiendo las palabras que escribió San Pablo en su *Carta a los romanos*.

Una fuerte sacudida recorrió la cámara y Serena tuvo que retroceder de un salto, ya que el suelo se abrió y el altar que contenía el cetro cayó por un pasadizo vertical y desapareció. Antes de que pudiera echar un vistazo por el borde, el pasadizo se cerró, dejando tras de sí un cartucho adornado con el símbolo de Osiris. Después pudo escuchar más abajo algo que se asemejaba al sonido de un trueno.

De repente, todo quedó sumido en un silencio muy extraño. Serena incluso podía escuchar que alguien sollozaba. Parecía una niña pequeña. Sintió que una lágrima resbalaba por su mejilla y se dio cuenta de que era ella. Por alguna razón se sintió renovada por dentro, como si todas sus preocupaciones, sus miedos y su culpa hubieran desaparecido.

—Lo conseguiste —dijo al tiempo que abrazaba a Conrad—. Gracias a Dios.

—¿Qué te parece si buscamos una forma de salir de aquí? —respondió él en el momento en que un estruendo profundo y aterrador resonaba tanto dentro como fuera de la estancia.

Serena se quedó muy quieta.

—¿Qué pasa, Conrad?

—Creo que estamos a punto de quedar sepultados bajo tres kilómetros de

hielo.

Zawas y sus hombres contemplaban cómo desaparecía la barca solar en el cielo, desde su campamento en el promontorio del Templo del Portador de Agua, cuando tuvo lugar la primera sacudida. Las tiendas comenzaron a desmoronarse, y a Zawas le entró el pánico al ver cómo el único helicóptero Z-9A que quedaba se deslizaba sobre el helipuerto hasta el borde del saliente.

—¡Asegurad el helicóptero! —gritó, y cinco egipcios corrieron a amarrarlo.

No importaba lo que le ocurriera al resto del mundo, se dijo; no importaba a cuántas ciudades costeras se tragara el mar, no había lugar más seguro en la Tierra que aquél en el que su equipo y él se encontraban en esos mismos momentos. Tanto si tardaba un día como una semana, una vez que el desplazamiento de la corteza terrestre hubiese seguido su violento curso, el suelo sobre el que se encontraban se convertiría en el centro del nuevo mundo.

No paraba de repetirse eso mismo mientras sus pensamientos se dirigían hacia su extensa familia en El Cairo, la mayor parte de la cual vivía en unos elevados apartamentos de irrisorio «lujo» que se derrumbarían con una mínima sacudida de tierra.

De repente, el aire se volvió cálido y las sacudidas se hicieron más violentas.

De hecho, llegaron a ser tan molestas que comenzó a reconsiderar su estrategia de acampar en el Templo del Portador de Agua y se preguntó si una zona al aire libre, lejos de los edificios y santuarios, no sería una elección más prudente.

Entró en su cámara, que se encontraba lejos del promontorio, buscó el mapa de Sonchis en su escritorio y lo metió dentro del termo verde de la monja, junto a los planos norteamericanos de la barca solar.

Otra sacudida estuvo a punto de arrojarlo de la silla. Se agarró al escritorio para equilibrarse, pero no pasó mucho tiempo antes de que la mesa también comenzara a moverse. Enroscó la cubierta externa del termo en su lugar y lo arrojó a su mochila antes de que los gritos de sus hombres lo instaran a salir. Lo que vio lo hizo encogerse de terror.

El cielo parecía estar derrumbándose.

Cogió unos prismáticos y examinó las montañas de hielo que formaban un anillo alrededor de la ciudad. Entonces se dio cuenta: el cielo no se estaba desmoronando, eran los acantilados de hielo que rodeaban la ciudad los que se estaban viniendo abajo.

Una avalancha de hielo que llegaba desde todas partes para sepultarlos.

—¡Al helicóptero! —gritó Zawas, haciendo un gesto a sus hombres mientras se introducía en el Z-9A y ponía en marcha el motor en un intento frenético de salir volando antes de que se produjera el impacto. Las hélices comenzaron a girar, pero de repente se detuvieron. El helicóptero estaba diseñado por los franceses pero era construido bajo licencia especial por los chinos, quienes les habían proporcionado a los egipcios distintos modelos.

—Malditos sean esos infieles de Pekín.

Trató de poner de nuevo las hélices en movimiento al tiempo que una docena de egipcios se amontonaba en el interior. Mientras el piloto se hacía cargo de los controles, Zawas ajustó los prismáticos para hacer una rápida estimación del tiempo que les quedaba antes del impacto.

Una pared de hielo saltó dentro de su campo de visión; estaba a punto de chocar contra el helicóptero y convertirlos a todos en una masa sangrienta y retorcida de metal y carne. Sintió que se le detenía el corazón cuando la espumosa avalancha cayó sobre el templo y comenzó a extenderse hacia el promontorio. Justo en ese momento, notó que el helicóptero se elevaba hacia el cielo.

En el interior de la cámara estelar de la P4, Serena empezó a sentir el calor a medida que subía por el pasadizo meridional utilizando la cuerda que Conrad había llevado con él la primera vez que le echara un vistazo a la ciudad. Sin embargo, cuando miró hacia atrás Conrad se encontraba todavía en la cámara inferior, tratando de subir con una sola mano mientras la otra colgaba inerte a un lado del sangriento torniquete. Pudo ver cómo el agua burbujeaba alrededor de sus tobillos, y comenzó a sentir pánico.

—¡Conrad! —gritó.

Afirmó las botas contra los lados del pasaje y estiró la mano para aferrarle el brazo derecho. Lo alzó con un gruñido, pero notó que se le escurría la mano y escuchó un chapuzón.

—Utiliza esto —gritó él al tiempo que sacudía lo que parecía una larga pañoleta roja. Era su torniquete. Se lo había quitado.

Serena se enrolló un extremo alrededor de la muñeca y bajó el brazo para que Conrad pudiese atar el otro extremo alrededor de la suya. Tiró con tanta fuerza que sintió un espasmo de dolor en la espalda. Soltó un grito al repetir la operación con más fuerza todavía, hasta que finalmente el arqueólogo consiguió subir al pasaje.

—Gracias —dijo Conrad, que respiraba con dificultad—. Ahora, vámonos.

Serena miró la parte superior del pasadizo, hacia el trozo cuadrado de cielo azul.

—¿Por qué molestarnos? —preguntó ella sin aliento—. Ya no hay nada ahí fuera. Ni radio, ni forma de contactar con la gente.

—Es nuestra única oportunidad —respondió él—. El respiradero geotérmico subterráneo se está viniendo abajo. Lo más probable es que la última oleada de calor vaya derritiendo todo lo que nos rodea a medida que bombea agua a través del sistema hidráulico. Pero el agua está a punto de convertirse en hielo. Y todo se congelará.

Serena comprendió.

—¡La niña del hielo! Lo mismo nos sucederá a nosotros.

—No, si puedo evitarlo. Toma esto. —Le dio la sangrienta tira del torniquete—. Utilízala como bandera. Ahora, ¡muévete! Yo estaré justo detrás de ti.

A regañadientes, Serena cogió el ensangrentado harapo y siguió camino arriba por el pasadizo, consciente de que Conrad iba tras ella. En ocasiones lo llamaba y escuchaba su respuesta, pero cada vez parecía más débil.

Al final, llegó al extremo cuadrado del pasaje y se le congelaron los dedos cuando se agarró al borde. El viento aullaba y la temperatura estaba descendiendo tan súbitamente como había subido. Se encaramó al borde y contempló una magnífica visión que la dejó sin aliento.

Todo el cuenco de hielo que rodeaba la ciudad se estaba desmoronando; la nieve derretida se había convertido en un lago gigantesco a punto de inundar la ciudad que se encontraba a unos mil quinientos metros por debajo. A esas alturas, tan solo quedaba a la vista la parte superior de los templos y obeliscos más altos, y el nivel del agua estaba llegando a la parte baja de la pirámide. Era cuestión de minutos que la alcanzara.

—Dios, por favor, no —dijo, y volvió la vista hacia Conrad.

Había desaparecido.

—¡Conrad! —gritó, consumida por el pánico.

No hubo respuesta.

Contempló el oscuro pasaje y vio un leve destello. Era el agua, que subía hacia donde ella se encontraba. Y no había ni rastro de Conrad.

Incapaz de sostenerse durante más tiempo, Conrad se deslizó a través del pasadizo hasta la cámara estelar de la P4, que estaba inundada de agua hasta arriba. Desesperado por respirar, se agarró al techo de piedra en la oscuridad con el fin de buscar la apertura del pasaje de nuevo. No obstante, lo único que descubrió fue que el agua se cerraba sobre él.

En ese momento, una poderosa succión proveniente de la zona inferior se apoderó de sus piernas y lo arrastró por la Gran Galería de la pirámide hacia una especie de cañería. Incapaz de seguir conteniendo la respiración, abandonó todo

intento de sobrevivir y dejó que sus pulmones se llenaran de agua.

Se estaba hundiendo en la inconsciencia cuando su cuerpo golpeó contra un enrejado de piedra. De pronto, el agua pasó sobre él y desapareció por el desagüe.

Empapado y luchando por respirar, colocó las manos en el enrejado y se puso en pie. A continuación, corrió como un loco túnel abajo, tratando de orientarse, pero sabiendo que estaba totalmente perdido. Estaba confuso y muy preocupado por Serena. Le dolía todo el cuerpo mientras avanzaba con dificultad por el agua, que le llegaba a los tobillos y se hacía cada vez más profunda. Fue entonces cuando escuchó un sonido atronador a su espalda.

No necesitó darse la vuelta para saber lo que sucedía. Se limitó a rodearse con los brazos y a respirar hondo. Una pared de agua lo golpeó y lo arrastró hacia un túnel más pequeño. Tragó un poco de líquido mientras la corriente lo succionaba y lo sacudía una y otra vez bajo el agua.

Aguantó todo lo posible, pero sintió que comenzaba a perder poco a poco la consciencia. Incapaz de agarrarse a ningún sitio, se dejó llevar. Lo envolvió la oscuridad y percibió que pasaba a toda velocidad a través de un túnel.

De repente se vio impulsado hacia la luz del día, arrojado casi quince metros por el aire por un géiser de agua que surgió a través del sumidero. Aterrizó con un ruido sordo sobre el tembloroso suelo, y el viento y el agua lo dejaron inconsciente.

Incapaz de moverse durante algunos minutos, se vio sacudido por los temblores de la tierra y el ensordecedor rugido de las montañas heladas que se desmoronaban sobre el valle de la ciudad.

Escuchaba el goteo del agua junto a su oído, y se dio cuenta de que no había sitio donde esconderse: arriba o abajo, todo lo que se encontrase por debajo de una altura de 3000 metros desde la superficie subglacial estaba a punto de quedar anegado y congelado. Aterrorizado, recordó a las personas que vio enterradas en el hielo durante el descenso a la P4 y decidió que no quería convertirse en uno de ellos.

De alguna forma consiguió ponerse a cuatro patas y gatear a través del agua, cuyo nivel se elevaba por momentos. Tras unos cuantos pasos, sintió que la temperatura descendía con cada ráfaga de viento. Se estremeció en aquel ambiente frío y húmedo.

Aminoró el paso un instante al ver un cuerpo que flotaba hacia él, hinchado y azul. Cuando pasó a su lado, Conrad reconoció el rostro del coronel O'Dell, de la Base Glacial Orión. La expresión de horror del cadáver le hizo acelerar el paso.

El agua ya le llegaba a las rodillas, y el cuenco de montañas que rodeaba la ciudad estaba empezando a colapsarse al igual que una lata bajo una presión tremenda. Le dolía el hombro más que nunca y los agujonazos le resultaban insoportables. Aplicó más presión con la otra mano mientras se ponía en pie a

duras penas. En ese momento, vio un destello de color a través del agua.

Era un Haggglunds rojo destrozado, una reliquia de la Base Glacial Orión. No podía viajar en él, pero la cabina delantera podría hacer las veces de refugio en el que respirar.

De pronto, el suelo se sacudió con violencia y Conrad se vio arrojado hacia delante. Levantó la mirada y vio que una pared de agua y hielo de unos quince metros de altura se abalanzaba sobre él. Sencillamente no había lugar donde esconderse de esa fuerza de la naturaleza, y supo que había llegado su hora. Sin embargo, pensó en Serena y con un último esfuerzo alcanzó la puerta del Haggglunds y giró el picaporte negro hasta que se abrió la puerta.

En aquel momento llegó el agua. Primero le cayeron unas cuantas gotas en la cabeza. Después, todo un chorro.

Se metió como pudo en el interior de la cabina, y apenas había conseguido colocarse el cinturón de seguridad y cerrar la puerta cuando la pared de agua golpeó el Haggglunds y el vehículo se perdió en aquel caldero burbujeante de hielo y agua.

Una hora después del amanecer

Serena observó el cielo encapotado desde la abertura del pasadizo meridional que ascendía desde la cámara estelar de la P4. Las condiciones meteorológicas estaban empeorando; las nubes que se cernían sobre los páramos helados estaban cargadas de nieve y en el lejano horizonte restallaban los primeros relámpagos.

Escuchó un zumbido familiar sobre su cabeza y alzó la vista con perplejidad para descubrir que un helicóptero militar de los Estados Unidos, un Black Hawk nada menos, cruzaba el tormentoso cielo. Comenzó a agitar las manos con desesperación.

Como si estuviese inmersa en un sueño, vio caer una escala, a la que se agarró con firmeza. Miró hacia el oscuro pasadizo y vio algo brillante. Dudó un instante y observó con más atención. Era agua. Un chorro de agua que buscaba la superficie como lo haría un géiser. Tiró de la escala y fue alzada justo en el instante en el que el agua salía del pasadizo y pasaba a escasa distancia del helicóptero.

Un soldado estadounidense la agarró por los hombros y la arrastró al interior del Black Hawk. A juzgar por las caras de la tripulación, los hombres estaban tan sorprendidos de ver a la Madre Tierra como ella lo estaba de verlos a ellos. Casi tan sorprendidos como cuando comenzaron a sobrevolar las ruinas que se extendían bajo el helicóptero. El oficial al mando, un hombre que se había presentado como el almirante Warren, gritó al piloto por encima del rugido del helicóptero y del agua:

—¡Sáquenlos de aquí!

—No —dijo Serena, a la que le castañeteaban los dientes—. Tenemos que encontrar a Conrad, al doctor Conrad Yeats. Está allí abajo.

Warren la miró fijamente.

—¿Se refiere al general Griffin Yeats?

—No, a su hijo.

Warren miró al piloto y éste negó con la cabeza.

—Créame, no hay nadie ahí abajo.

El Black Hawk comenzó a alejarse.

—¡No! —gritó Serena al tiempo que intentaba llegar hasta la cabina y hacerse con los controles.

A pesar de sus esfuerzos, dos soldados la detuvieron y la arrojaron sin muchos miramientos contra las provisiones médicas. Trató de incorporarse, pero sintió que la habían abandonado las fuerzas. En ese momento, el médico le inyectó algo en el brazo.

—Cálmese, hermana, ha sufrido una experiencia muy traumática —la tranquilizó Warren mientras colocaba un chubasquero de la Marina alrededor de sus trémulos hombros.

Serena estaba mareada y aturdida. Se apartó unos cuantos mechones de pelo húmedo de la cara y miró por la ventanilla. La ciudad estaba a punto de ser engullida por un torbellino de agua. Tan solo la cumbre de la P4 sobresalía de las oscuras profundidades. De niña, solía preguntarse cómo habría sido ese momento en el que las aguas del Mar Rojo se abrieron para dejar pasar a los hijos de Israel, antes de volver a caer sobre los caballos y los carros del faraón. En esos momentos, ya lo sabía.

Suplicó a Dios que mantuviera a Conrad sano y salvo, pero sabía que era una pérdida de tiempo. En su delirio, se vio buscándolo. En un momento dado alguien localizaría a Conrad, tambaleándose a merced de las ráfagas de hielo que azotaban las llanuras, tras haber sobrevivido de modo milagroso. Aparecería entre la neblina, más blanco que la nieve, con las cejas y el cabello cubiertos de copos blancos y casi resplandecientes, como si acabara de atravesar los brillantes velos del más sagrado de los altares. Los norteamericanos se verían obligados a tomar tierra. Ella saldría corriendo hacia Conrad y lo abrazaría. Ambos regresarían al helicóptero que los aguardaba y su pasado quedaría atrás. Se abrazarían con fuerza mientras los copos de nieve caían a su alrededor, como si de estrellas se tratase.

Sin embargo, Conrad no iba a aparecer, comprendió con amargura. Y Dios no siempre respondía a sus plegarias tal y como a ella le hubiera gustado. Mientras el helicóptero se elevaba para alejarse, volvió a mirar hacia abajo y atisó el vértice superior de la P4, plano al carecer del piramidi6n, apenas visible sobre las aguas. Tenía la sensaci6n de estar sobrevolando el Océano Antártico. No había rastro de la ciudad que existía bajo las aguas... ni de Conrad. Todo había desaparecido; el agua se lo había llevado por delante como si nunca hubiera estado allí.

Warren comenzó a gritar de nuevo. Serena no consiguió entender casi nada de lo que dijo debido al ruido de las aspas y al aullido del viento. Cuando alzó la mirada, vio que el almirante estaba en la puerta del helicóptero. El Black Hawk giró hacia el lugar que el hombre señalaba con el dedo.

Serena se puso en pie sin pérdida de tiempo y se agarró a Warren para

asomarse al exterior. Una figura solitaria había aparecido sobre la cumbre de la P4. Un hombre que agitaba los brazos con desesperación y que vestía un uniforme de las Naciones Unidas.

—¡Es él! —gritó con las pocas fuerzas que pudo reunir.

—¡Descienda más! —ordenó Warren al piloto, que luchaba contra las ráfagas de aire.

Serena cogió los prismáticos del almirante al tiempo que el Black Hawk descendía. Cuando estaban a unos diez metros de distancia, vio que el hombre levantaba la cabeza. En ese momento comprendió con horror que la cara que estaba mirando no era la de Conrad. Era uno de los soldados egipcios, y llevaba un fusil en la mano.

—¡Almirante, apártese! —le advirtió Serena.

—Ya lo tenemos, no se preocupe —la tranquilizó Warren, y Serena miró hacia atrás para ver que dos tiradores apuntaban con sus rifles al egipcio—. Lo quiero vivo.

Serena sintió que algo pasaba junto a su oreja y volvió a mirar al egipcio, que acababa de recibir un disparo en la pierna y caía chapoteando al agua.

Warren asintió satisfecho.

—Adelante.

Sin embargo, tan pronto como el helicóptero se acercó, el soldado egipcio se levantó y comenzó a disparar a diestra y siniestra.

El almirante, que seguía en la puerta, recibió una bala en la garganta y se desplomó muerto sobre Serena. Ésta forcejeó para quitarse el pesado cuerpo de encima y gritó pidiendo ayuda. Sin embargo, cuando echó un vistazo sobre su hombro vio que otro de los norteamericanos, también alcanzado por un disparo, caía hacia atrás, y que según lo hacía su rifle sembraba de balas la cabina del helicóptero. Oyó gritar al piloto.

El Black Hawk dio un brusco bandazo y ella se agarró a una barra de hierro para guardar el equilibrio. Justo en ese momento, el helicóptero se elevó sin previo aviso y Serena se vio arrojada a través de la puerta. Sintió que caía por el aire hasta aterrizar con un chapoteo sobre la cumbre de la P4.

Se dio la vuelta hasta quedar de espaldas y levantó la vista. El Black Hawk ascendió otros diez o veinte metros, momento en el que viró bruscamente hacia la izquierda y explotó, convirtiéndose en una enorme bola de fuego. Los fragmentos en llamas se esparcieron en forma de metralla, lo que destruyó cualquier posibilidad de escapar.

Calada hasta los huesos y con el agua ya por la cintura, se puso en pie frente al soldado egipcio herido. El último vestigio del ejército de Zawas la apuntaba con un tembloroso AK-47; la sangre salía a borbotones de su pierna herida.

Ni siquiera se molestó en alzar los brazos cuando el hombre se acercó con una expresión desesperada en el rostro. ¿O miraba a algo detrás de ella?

Cuando se dio la vuelta vio que otro helicóptero militar se acercaba, éste con el emblema de la ONU. Sus ametralladoras de gran calibre entraron en acción y las hileras de balas impactaron sobre el agua a lo largo de la cumbre de la P4, alcanzando al egipcio, que cayó de espaldas y se hundió en la corriente.

Serena elevó la mirada hacia el helicóptero que volaba en círculos sobre su cabeza. Le lanzaron una escala. Se aferró al primer peldaño y comenzó a ascender. Cuando llegó al extremo superior, una mano tiró de ella con fuerza. Cuando buscó el rostro del hombre se encontró con el coronel Zawas, que la estaba apuntando con una pistola automática que llevaba en la mano derecha.

La sonrisa de Zawas la dejó petrificada. Una ráfaga de viento arrancó la gorra del egipcio.

—No me mire con esa cara de desilusión, doctora Serghetti. —Levantó el termo verde de Serena para que ésta pudiera verlo.

—Ahora que tengo en mi poder el mapa de Sonchis, no hay nada que me impida regresar algún día para terminar lo que he empezado. La historia, como ya le dije en otra ocasión, la escriben los vencedores.

Tal vez, se dijo Serena para sus adentros. Echó un vistazo y se percató de que en el helicóptero solo viajaban Zawas y el piloto.

—Dígame, Coronel, ¿cerró el termo girando hacia la derecha o hacia la izquierda?

—Hacia la derecha. —Zawas la observó con cautela—. ¿Por qué lo pregunta? Ella sonrió.

—Por nada, en realidad.

La confianza del egipcio comenzó a resquebrajarse. Bajó la pistola y se dispuso a abrir el termo. Mientras lo hacía, Serena intentó quitarle el arma de la mano de una patada. Falló, pero le dio en el brazo y la pistola se disparó. El helicóptero giró de improviso, haciendo que el Coronel perdiera el equilibrio, pero no antes de que volviera a hacer dos disparos más en un intento por matarla.

Serena miró al piloto y comprobó que había sido alcanzado por una de las balas; saltó hacia la cabina, arrojó al hombre a un lado y se hizo cargo de los controles. Miró por encima de su hombro a tiempo de ver que Zawas se ponía de nuevo en pie.

—¡Coronel! —chilló—. ¿Sabe pilotar un helicóptero?

Zawas la miró con el ceño fruncido.

—Por supuesto, mujer.

—Pues ya somos dos.

Hizo que el helicóptero virara de forma brusca y observó cómo el egipcio se tambaleaba y caía por la puerta abierta. Descendió por el aire agitando los brazos, hasta que golpeó la superficie del agua y desapareció.

Serena respiró hondo y estabilizó el helicóptero. Una rápida mirada al panel de instrumentos le confirmó que, con suerte, podría acercarse lo bastante a la

Estación McMurdo para quedar dentro del campo de alcance de la radio y aterrizar sobre un hielo que no se estuviera derritiendo. Sin embargo, no era capaz de alejarse sin echar un último vistazo atrás. Escudriñó el hielo, luchando por contener las lágrimas. La ciudad había desaparecido y el indicador de combustible comenzaba a descender.

Mientras surcaba el borrasco cielo, avanzando sobre las placas de hielo cada vez más sólidas, rezaba por el alma de Conrad Yeats. Tras unos instantes más de búsqueda, giró el helicóptero hacia la Estación McMurdo, que se encontraba en la Plataforma Glacial Ross, y se alejó.

Amanecer: el día después

A las 06:00, hora zulú, el general de división Lawrence Baylander, un neozelandés duro de roer, condujo su convoy de Hagglunds cargado con inspectores de armas de la CNUA alrededor de una fisura para llegar a la zona que habían fijado como objetivo.

El área había quedado arrasada por el viento, por lo que si había alguna evidencia de las pruebas nucleares norteamericanas, no la hallarían a simple vista. Sería necesario realizar lecturas dosimétricas, análisis térmicos y pruebas sísmicas para detectar cualquier radiación, instalaciones subterráneas y cosas por el estilo. Aunque eso significara tener que excavar para obtener muestras del núcleo subglacial, pensó. Ojalá tuvieran más tiempo.

Sin embargo, Baylander comprendió que ya había llevado demasiado lejos al equipo de búsqueda y rescate, ya que los suministros, y por tanto el tiempo, comenzaban a escasear. Había llegado a la conclusión de que tendrían que abandonar los tractores y regresar en aviones una vez llegaran los refuerzos aéreos. Lo peor de todo era que, teniendo en cuenta cómo funcionaban tanto la política como los fondos internacionales, sabía que no podrían regresar a esa tierra desolada. Lo único que conseguiría llevarse de aquel infierno helado sería la torva satisfacción de saber que la ONU les daría un tirón de orejas a los Estados Unidos.

Casi podía saborear la oportunidad de hacer que los norteamericanos salieran corriendo con el rabo entre las piernas. Exhausto y molesto, estaba a punto de llamar por radio a la base para decirles que su equipo estaba listo para regresar cuando el convoy descubrió que el camino estaba bloqueado.

Parecía que un Hagglunds rojo, medio enterrado en el hielo, había caído en una fisura y se había bloqueado. Se mantenía en pie, pese a que estaba un poco inclinado. La cabina delantera estaba aplastada.

Baylander soltó un juramento y ordenó por radio que el convoy se detuviera. Se entretuvo lo justo para colocarse las botas de nieve de plástico maleable, que había mandado hacer a medida. Decidió dejar el motor en marcha. Abrió la

puerta de un tirón, saltó al suelo y comenzó a andar con zancadas largas y lentas, pese a que la nieve le llegaba por la cintura.

Contempló el amasijo de metal y dio una vuelta a su alrededor. Algo que se encontraba por detrás del destrozado parabrisas tintado llamó su atención, de modo que se acercó para echar un vistazo. Dentro había una figura, acurrucada en posición fetal. Un cadáver congelado. Si se trataba de un norteamericano, ya tenía su prueba. Baylander se incorporó y fue hasta la puerta de la cabina.

Aunque sabía que el tirador estaría inservible, lo intentó de todas maneras. Estaba completamente congelado. Así las cosas, cogió su porra de metal, hizo añicos la ventanilla lateral y entró con mucho cuidado.

El hombre yacía sobre los asientos de piel. Baylander le dio la vuelta. El rostro blancuzco había pertenecido en otro tiempo a un hombre bastante atractivo. Durante un largo minuto, Baylander se quedó con la vista fija en aquella aparición fantasmagórica; después se inclinó para comprobar que no respiraba. Y así era.

Baylander procedió entonces a desabrochar el abrigo del cadáver, bajo el que descubrió un uniforme de los inspectores de armas de la CNUA.

Me cago en la puta, pensó. Debía de ser uno de los nuestros, uno del primer equipo.

No encontró identificación alguna.

Examinó el cuerpo para determinar la hora de la muerte. No podía haber transcurrido mucho tiempo, decidió; tal vez unas veinticuatro horas, ya que el cadáver estaba comenzando a adquirir un tono azulado. Algo muy interesante, dado el tiempo que llevaba allí. La cabina debía de haber protegido al inspector de los rigores del clima, de manera que había sobrevivido más tiempo del que creía. Baylander supuso que las últimas horas de aquel hombre habían sido una mezcla inmisericorde de semiinconsciencia, delirio y el lento deterioro de los órganos vitales. Debía de haber sido una manera muy desagradable de morir.

Se quitó los gruesos guantes y colocó dos dedos sobre la arteria carótida. Para su absoluto asombro, percibió un débil asomo de pulso.

Dos días después del amanecer

Conrad Yeats se despertó a la tarde siguiente en una habitación de la enfermería principal de la Estación McMurdo. Yació inmóvil durante bastante tiempo, hasta que poco a poco fue tomando conciencia de que tenía las manos vendadas y uno de los hombros en cabestrillo. Tenía la cabeza como un bombo. Encontró un timbre y lo pulsó con una mano vendada, pero la enfermera de la Marina que acudió le dijo que no se moviera.

Así lo hizo y, retazo a retazo, fue recolectando los sucesos que tuvieron lugar el día anterior hasta media mañana. A medida que lo hacía fue esbozando un dibujo, para lo que tuvo que sujetar el lápiz entre las dos manos. Después, volvió a sumirse en el sueño. Cuando se despertó, había una mujer sentada junto a su cama. Ella le sonrió.

La miró.

—Como las habitaciones de los hospitales de antaño: una cama y una monja —dijo. Intentó sonreír, pero le dolía. Su voz apenas podía considerarse un susurro —. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Apenas unos minutos —respondió ella con una cálida sonrisa.

Sin embargo, Conrad sabía que estaba mintiendo. Se había despertado en mitad de la noche y la había visto dormir en aquella misma silla. En aquel momento, había creído que estaba soñando.

—Estás viva.

Extendió un brazo para agarrarle la mano y Serena le tocó los vendajes.

—Igual que tú, Conrad.

—¿Y el resto del mundo?

—Todo está bien. —Una lágrima rodó por su mejilla— gracias a ti.

—¿Qué se sabe de Yeats?

Serena pareció ponerse rígida.

—Supongo que ya debe de haber pasado Plutón.

—¿Crees que lo que dijo sobre mí era una locura? —Buscó su mirada.

—No más que una ciudad perdida bajo un casquete polar.

Conrad pensó un segundo lo que iba a decir.

—¿Significa eso que es una locura o que es verdad?

—Ya no hay ciudad, Conrad —dijo ella—. Todo este asunto ha terminado. Está acabado. *Finito*. ¿Me comprendes?

—No mucho —le dijo—. He hecho un descubrimiento cojonudo, Serena. Mira esto.

Le enseñó el tosco bosquejo de la barca solar que había dibujado.

Serena frunció el ceño. Era tan hermosa...

—Ni se te ocurra decirme que me lo he inventado —le advirtió.

—No, no lo has hecho —replicó ella—. Lo he visto antes. Los planos originales del Monumento a Washington tenían este mismo aspecto hace unos doscientos años, incluida la rotonda de la base que ahora falta.

Conrad estudió el dibujo y se dio cuenta de que Serena tenía razón. De repente, decidió que tendría que volver a Washington. Allí se encontraba la propiedad de su padre, por supuesto, y tendría que atar los cabos sueltos. Quizás alguno de esos cabos incluyera ciertos archivos de la oficina del general Yeats en la DARPA.

Un nuevo viaje comenzaba a tomar forma en su mente, pero al parecer a Serena no le gustaba lo que estaba viendo.

—Escúchame, Conrad —comenzó a decirle con amabilidad, casi de forma seductora—. Eres un magnífico arqueólogo, pero un aficionado en todo lo demás. No vas a publicar nada. No vas a producir nada. Entre otras cosas, porque no hay nada. No hay cetro de Osiris. Nada. El único recuerdo de nuestra gran escapada es el mapa de Sonchis, y se vuelve conmigo a Roma.

Conrad desvió la vista hasta la mesita de noche.

—¿Dónde está mi cámara?

—¿Qué cámara?

Conrad se quedó muy quieto.

—¿Qué pasa con nosotros?

—No hay un nosotros. No puede haberlo. ¿No te das cuenta? —El dolor inundaba sus ojos—. No tienes ninguna historia que contar. No tienes pruebas. La ciudad se ha perdido. Lo único que queda es tu palabra al respecto. Si insistes en contarlo todo, nadie te creerá, excepto los amigos de Zawas en Oriente Medio, que te perseguirán. Has acabado siendo la víctima de tus locas ambiciones. Tienes suerte de seguir con vida.

—¿Y qué pasa contigo?

—Soy la directora de la Sociedad Australiana para la Preservación de la Antártida y consejera de la Comisión de las Naciones Unidas para la Antártida, que investiga las violaciones de los protocolos medioambientales establecidos en el Tratado Antártico Internacional —contestó.

—¿Eres todo eso?

—Fue mi equipo el que te encontró en el hielo —continuó ella—. Dado que eres el único testigo de los supuestos hechos, cualquier información que pudieras aportar sería bienvenida. La incluiré en mi informe a la Asamblea General.

—¿Te eligieron para que escribieras el informe?

Conrad dejó escapar una débil carcajada. Por supuesto que lo habían hecho, se dijo. ¿Quién más reunía el reconocimiento internacional y la pasión necesaria en lo referente a la conservación de aquel enorme y virgen continente blanco?

Serena se puso en pie para marcharse. Cuando bajó la mirada para observarlo, sus ojos desbordaban ternura, pero su cuerpo estaba rígido por la determinación.

—Menuda suerte tienes. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Los ángeles de Dios te protegen.

—Por favor, no te vayas. —Lo decía muy en serio. Tenía miedo de no volver a verla nunca más.

Serena se dio la vuelta con la mano en el tirador.

—Deja que la Madre Tierra te dé un consejo, Conrad. —Hablabla con fortaleza, pero él se dio cuenta de que intentaba reprimir las lágrimas—. Vuelve a los Estados Unidos, haz que alguna otra alumna se enamore de ti y límitate a las conferencias universitarias y a las baratijas de los turistas. Olvida todo lo que sabes que viste en este lugar. Olvidate de mí.

—Y una mierda —contestó cuando ella cerró la puerta.

Se quedó mirando a la nada durante lo que le pareció una eternidad, con la mente puesta en Serena. Después, una enfermera entró y rompió el hechizo.

—Tiene una llamada telefónica —le dijo—. Y el doctor me ha dicho que puede usted beber café si lo desea. Me ha costado un montón encontrar el termo que usted quería.

—Tiene valor sentimental —le dijo a la enfermera cuando ésta dejó el termo en la mesita de noche—. La doctora Serghetti fue muy amable al guardarlo por mí. Espero que lo reemplazara como le pedí.

—Envolví para ella uno igual con su regalito en el interior —respondió la enfermera—. Volveré con su café en un par de minutos.

—Gracias —le dijo cuando se marchaba.

Miró pensativo el termo antes de levantar como pudo el teléfono con las manos vendadas.

Se trataba de Mercedes, su productora de *Antiguos enigmas del universo* en Los Ángeles, que se reía al otro lado de la línea. Lo sucedido en Nazca durante su último encuentro estaba ya olvidado y perdonado.

—Acabo de ver las noticias en Internet —dijo ella—. ¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien?

Conrad sostuvo el teléfono con el hombro bueno. Por alguna extraña razón, se sentía contento.

—Estoy bien, Mercedes.

—Estupendo. ¿Cuándo podrás ponerte en marcha de nuevo?

Se abrió una rendija en la puerta y Conrad pudo ver que dos policías militares de la Marina de los Estados Unidos hacían guardia fuera.

—Dame un par de días. ¿Por qué?

—La audiencia es floja y las cadenas buscan algo de relleno. Hemos preparado un especial que trata justamente de tu campo. ¿Qué te parece Luxor?

Conrad suspiró.

—Ya no queda nada para mí en aquel lugar.

—Imagínate a ti mismo de pie entre las ruinas de una ciudad de esclavos — dijo Mercedes—. Le revelarías al mundo que el Éxodo sucedió de verdad. Incluso hemos conseguido una estatua de Ramsés II perteneciente a la decimonovena dinastía egipcia para demostrarlo. Tus honorarios serían el doble de los habituales. Lo único que tienes que hacer es asegurarte de hacer las paces con los egipcios. ¿Cuándo puedes empezar?

Conrad lo meditó un momento.

—Dentro de un mes —le respondió—. Antes tengo que hacer una parada en Washington.

—Maravilloso. Y ya que estamos, este asunto de la Antártida... ¿Hay historia?

—No, Mercedes —replicó Conrad con lentitud—. No hay ninguna historia.

Tres días después del amanecer, Roma

El avión de Serena procedente de Sydney llegó a Roma con la puesta de sol. Benito la recogió con un sedán negro y la llevó al Vaticano para que le presentara su informe al Papa. Hablaron en privado hasta casi las tres de la madrugada. Al final, Su Santidad colocó sus temblorosas manos sobre la frente de Serena y susurró una breve plegaria.

—Bien hecho —dijo sin más—. La ciudad ha quedado enterrada, los norteamericanos apenas si conocen la mitad de la historia, que además se reservarán para sí, y las Naciones Unidas ya pueden concentrar sus esfuerzos en causas más productivas. Y, puesto que el coronel Zawaw ha desaparecido, todas las evidencias se han desvanecido.

Aquello era cierto en su mayor parte, pensó Serena. No obstante, los recuerdos seguían estando en su sitio. Y dudaba mucho que alguna vez pudiese hacerlos desaparecer.

El Papa la miró a los ojos.

—¿Qué hay del doctor Yeats?

—No dirá nada —contestó Serena—. Y si lo hace, nadie lo creerá. Tengo su cámara digital y el mapa original de Sonchis.

Serena buscó en su mochila y sacó un termo verde. El Papa se inclinó hacia delante con expectación mientras ella palpaba en busca de la cubierta exterior y fruncia el ceño. No había tal cubierta exterior. Era otro termo.

—¿Algún problema? —preguntó Su Santidad.

Serena recordó la visita a Conrad y la lacrimógena despedida.

—¡Lo robó!

El arrugado rostro del Papa esbozó una amplia sonrisa, y se echó a reír con más fuerza de lo que ella le había escuchado reír jamás. Con tanta fuerza, de hecho, que comenzó a toser y tuvo que darle unas palmaditas en la espalda.

Serena no le veía la gracia al asunto por ningún sitio.

—Le prometo que encontraré la manera de recuperar el mapa.

El Papa, que ya respiraba mejor, le hizo un gesto con su nudosa mano.

—Creo que ése es su plan, hermana Serghetti.

—¿Hermana? —repitió ella—. Santidad, me...

—Ha sido readmitida, si ése es su deseo.

Serena guardó silencio. Era una oferta increíble, una segunda oportunidad que no se repetiría en toda su vida.

—Pero ¿por qué, Santidad? —le preguntó—. ¿Por qué ahora?

—No vivirá mucho más, hermana Serghetti —respondió—. Y no sé quién será mi sucesor. Sin embargo, mientras el Señor tenga a bien mantenerme en la Tierra, le otorgaré todos los privilegios de semejante readmisión, incluido el acceso sin restricciones a los archivos del Vaticano.

—¿A los archivos? —repitió ella, asombrada. Solo dos o tres hombres (porque todos eran hombres) disfrutaban de semejante privilegio. El Santo Padre estaba dispuesto a compartir con ella los secretos más valiosos (y malditos) de la Iglesia —. Es muy tentador, Santidad. Me tienta con el conocimiento, casi del mismo modo en que la serpiente lo hiciera en el Jardín del Edén.

—Esto no es ninguna tentación, hermana Serghetti, se lo aseguro —afirmó el Papa—. Es una realidad. Un regalo. Y, si estuviera en su lugar, lo aceptaría. Porque aquel que me suceda podría no ser tan benevolente con usted como lo he sido yo.

Serena lo comprendía, pero seguía sin decidirse. Declararse de nuevo de modo oficial como prometida de Cristo la apartaría permanentemente de Conrad y acabaría con cualquier posibilidad de que alguna vez consumaran su relación.

El Papa pareció percibir su conflicto interior.

—Usted ama al doctor Yeats —dijo.

—Sí, así es —replicó ella, perpleja al escuchar las palabras que salían de su boca.

—En ese caso será consciente, sin lugar a dudas, de que él corre más peligro ahora que nunca.

Serena asintió. De alguna forma, lo había presentado desde que abandonara la Antártida.

—Necesitará de todos los medios del Cielo y la Tierra para protegerlo —dijo el Papa.

—¿Proteger a Conrad? —inquirió ella—. ¿De qué?

—Todo a su debido tiempo, hermana Serghetti, todo a su debido tiempo. En estos momentos tenemos obligaciones más apremiantes.

¿Qué podía ser más apremiante que aquello?, se preguntó Serena cuando el Papa le mostró la portada del *International Herald-Tribune*.

—Cuatro monjas han sido violadas y asesinadas en Sri Lanka por nacionalistas hindúes relacionados con el gobierno —le informó—. Los crímenes cometidos contra los musulmanes se han vuelto contra los cristianos una vez más. Debe ir allí a primera hora de la mañana y hacer lo que mejor se le da: defender

nuestra causa ante la atenta mirada del mundo.

—Pero la mañana ya ha llegado, Santidad.

—Sí, debe de estar agotada. Descanse unas cuantas horas.

Serena asintió. Las preocupaciones del mundo real eran demasiado abrumadoras; tanto que incluso expulsaron de su mente cualquier pensamiento acerca de una civilización perdida enterrada bajo el hielo. Había batallas más grandes a tener en cuenta, comprendió, batallas contra el odio, la pobreza y la enfermedad.

—Haré lo que me pide —respondió Serena antes de hacer una pausa—. Primero, iré a Sri Lanka para documentar los crímenes. Después me dirigiré a Washington D. C. y presentaré el asunto al Congreso de los Estados Unidos antes de exponerlo ante las Naciones Unidas.

—Muy bien.

Permitió que Benito la llevara a su apartamento con vistas a la Piazza del Popolo. Era una habitación sencilla, con solo una cama y una mesita de noche. Sin embargo, se sentía mucho mejor ahora que había regresado a su propio mundo, aquél en el que había tomado los hábitos por primera vez.

Había un crucifijo en la pared, junto a las puertas correderas que enmarcaban una pálida Luna. Se arrodilló delante de él con las primeras luces del alba. Cuando levantó la mirada hacia la figura de Cristo, le confesó a Dios su arrogancia al creer que sabía más del sufrimiento y la pérdida que Él, y le agradeció Su redención de los pecados de la humanidad a través de Jesús.

A continuación, caminó hasta el balcón y contempló la *piazza* con el obelisco egipcio que Augusto había hecho traer a Roma unos dos mil años atrás.

El monumento le recordó otro obelisco, uno enterrado en una pirámide bajo tres kilómetros de hielo en la Antártida. En ese momento se preguntó si realmente había sido la obra de redención de Cristo en la cruz lo que había roto la maldición de los antiguos «hijos de Dios» y salvado al mundo, o si por el contrario había sido el acto de un hombre ateo como Conrad, que había sacrificado la obsesión de su vida y devuelto el obelisco a la cámara estelar. Al final, llegó a la conclusión de que lo último no podría haber ocurrido sin lo primero.

Mientras escuchaba los alegres sonidos del tráfico de una ciudad que nunca dormía, se metió la mano en el bolsillo y sacó el mechón de cabello que había cortado de la cabeza de Conrad. A su debido tiempo, si alguna vez era capaz de alejarse de él, lo mandaría analizar.

Por el momento se limitó a rezar por el alma inmortal de Conrad Yeats, quienquiera que fuese, y por su propio perdón, a pesar de que en el fondo de su corazón sabía que, de una forma o de otra, volverían a encontrarse.



THOMAS GREANIAS (Chicago, Illinois, EE. UU., 19 de febrero de 1965). Periodista y escritor estadounidense que ha trabajado tanto para la prensa escrita como para la televisión. Pasó los veranos de su infancia en Grecia, inmerso en las antigüedades y las aventuras. Allí leyó por primera vez la historia de Platón acerca de la Atlántida, uniéndose a diversas excavaciones arqueológicas y expediciones submarinas que buscaban restos de la ciudad perdida en las islas de Santorini y Creta.

Conocido especialmente por sus investigaciones y novelas sobre la Atlántida especialmente *El resurgir de la Atlántida*, publicada en 2005 y que fue todo un éxito que se tradujo a varios idiomas. El éxito de esta novela le hizo publicar una segunda parte titulada *La profecía de la Atlántida* publicada en el 2008 y a una tercera entrega titulada *El apocalipsis de la Atlántida* publicada en 2009.

Desde la publicación de *El resurgir de la Atlántida*, ha fundado dos empresas de comunicación que completan su trabajo de escritor con la producción de audiolibros, juegos interactivos y películas.